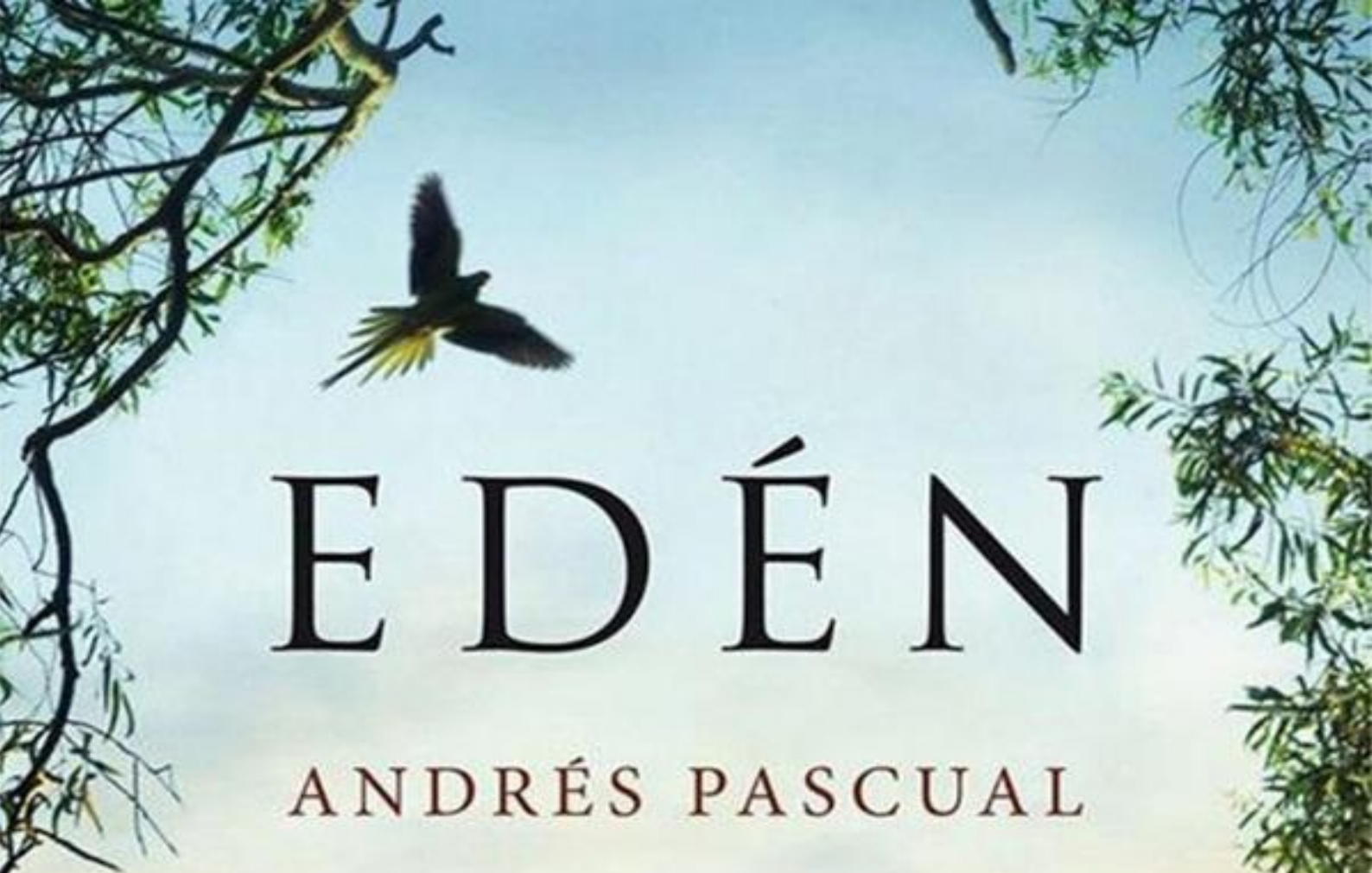




EDÉN

ANDRÉS PASCUAL

¿Hasta dónde llegarías para
cambiar el mundo?



Lectulandia

A Mika no le sonríe la suerte últimamente. En paro y sin perspectivas de futuro en España, decide abandonarlo todo y buscar trabajo en Brasil, el floreciente país de las nuevas oportunidades. Poco después de aterrizar en São Paulo, un repentino apagón deja a oscuras a sus veinte millones de habitantes. Al instante, siete potentes focos que forman una estrella sobre la azotea de un rascacielos iluminan las favelas del extrarradio. Entre tanto, las redes sociales se inundan con la fotografía de un cadáver sin identificar con el texto #D aPrimero.

Éste es solo el principio de una cadena de increíbles acontecimientos que convertirán a Mika en la pieza fundamental de una trama de inabarcables proporciones diseñada para terminar con la civilización actual: carcomida por las desigualdades, la aniquilación de los recursos naturales y la corrupción política y empresarial. Mientras los asesinatos se suceden, Mika se enfrent r  al conflicto que planea sobre toda revolución:  hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?

Lectulandia

Andrés Pascual

Edén

ePub r1.2

Titivillus 29.12.14

Título original: *Edén*
Andrés Pascual, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Gloria y Chema,
por quererme tanto como ahijado,
por el amor y la música que inundan la casa, del ático al jardín*

*Mi tristeza de hoy
es como la tuya de siempre,
la que no pudre ni envenena,
tristeza sola y simple
como salida de un crisol;
como tuvo que ser
la tristeza primera
del mundo:
ver el amor trocado en otra cosa.*

MARÍA EUGENIA REYES LINDO,
fragmento del poema «Oda a tu tristeza».

*We can be heroes
just for one day.*

DAVID BOWIE,
Heroes

tiniebla

El pequeño indígena corría despavorido hacia la parte oscura de la selva, allá donde los árboles sagrados ocultaban el sol. Su corazón latía como los viejos tambores de guerra. Los labios apretados contenían sollozos. No llegaba a apartar la vegetación que le golpeaba en la cara. Seguía adelante como un jaguar sorteando olas de helechos, dunas de raíces, cascadas de enredaderas. El universo verde que tanto amaba se volvía de pronto en su contra, dificultando su huida del cazador de hombres.

Un nuevo disparo atravesó la maleza. Los guacamayos alzaron el vuelo. Una familia de monos capuchinos inundó el aire de chillidos. El chico vio que el cazador había errado el tiro por varios metros, pero no podía confiarse. Notaba cada vez más próximo el cañón caliente, las balas calladas que aguardaban en la recámara.

Se detuvo detrás de un tronco para coger aire y apoyó las manos en los muslos, lacerados por unas hojas finas como cuchillas de afeitar que crecían a media altura. Su madre insistía en que usara los pantalones vaqueros que compraban en Manaus, pero él, a pesar de estar a punto de cumplir once años, prefería el taparrabos que su abuela le hizo con cuero de tapir. Permaneció unos segundos con la mirada clavada en las palmas teñidas de sangre. No había tiempo para lamentos, tenía que escoger una ruta. Se encontraba a varias horas de cualquier enclave habitado, aparte de la comunidad de su familia, a la que no podía volver porque el cazador le cortaba el paso. El problema era que comenzaban a fallarle las fuerzas. Sentía calambres en las piernas, su respiración frenética le quemaba la garganta.

Bebió de una bromelia que acumulaba agua de lluvia en sus hojas con forma de copa y cerró los ojos al tragar. Hizo una inspiración entrecortada y olió la tierra siempre húmeda, la resina de copal y la fragancia de unas orquídeas que salpicaban de rojo las riberas del río...

¡El río!

Reanudó como pudo su carrera y no paró hasta que alcanzó la orilla. Se encaramó a las piedras pulidas con cuidado de no resbalarse. Había llovido de forma torrencial durante la última semana y la corriente bajaba desbocada. Comprobó con angustia que desde allí no podía bordear el kilómetro que le separaba del puente. Miró al otro extremo. Era una locura. Incluso cuando no había crecida utilizaban una cuerda para bañarse...

Oyó voces, se volvió un instante y de nuevo clavó los ojos en la otra orilla. Tenía que cruzar, era la única forma de dejarlos atrás.

Saltó con decisión. Durante unos segundos peleó contra los remolinos, pero

pronto se convenció de que era inútil y se dejó llevar, rogando que apareciera un delfín rosado que con el pico le alzase a su lomo. Dio vueltas y más vueltas entre la espuma y los troncos arrastrados. Le golpeaban, el agua le anegaba la nariz y la boca. Cuando ya lo creía todo perdido logró sacar la cabeza y, entre el enérgico chapoteo, reparó en dos lianas que se introducían en el agua. Se estiró hacia la primera y la tocó con la punta de los dedos, pero un latigazo de la corriente le sumergió hasta el fondo. Dio un grito que retumbó en su cabeza, alzó el brazo hacia la superficie y en el último instante consiguió asirse a la otra. Soportó como pudo el tirón y avanzó a duras penas hasta que, extenuado, se introdujo en un recodo de manglar.

Permaneció inmóvil con el agua hasta la barbilla para recuperar fuerzas y echar de nuevo a correr, pero cuando fue a incorporarse ya era tarde. El cazador se acercaba a la orilla acompañado del guía de la selva y otro nativo, vestido con ropa occidental, que había organizado la batida. El chico lo había visto una semana atrás rondando su comunidad desde una barca con motor, y después se había cruzado con él en la ruta que hacía al atardecer para revisar la cosecha familiar de caucho. Le inquietó su expresión sombría y la certeza de que aquel hombre tenía alguna cuenta pendiente con su selva, pero no dijo nada en casa. No podía imaginar que andaba buscando una pieza de safari.

Gateó hacia la margen de barro junto a la que flotaban unos enormes nenúfares, se introdujo entre las hojas circulares y frotó con las flores su cara y cabello. El denso aroma a albaricoque impediría que el experimentado olfato del guía lo detectase...

O eso esperaba.

—Si no ha salido por aquí, se lo ha llevado el río —oyó que decía el nativo.

Sumergió la cabeza en la marisma hasta los ojos. Su pelo mojado se confundía con las piedras, pero en cualquier momento lo descubrirían. Los tenía literalmente encima.

—Maldita sea... —gruñó la voz grave del cazador.

—No se preocupe, localizaré otra presa para usted.

—Quiero ésta.

—Pero mister, si nos dirigimos hacia...

—Quie-ro-és-ta —repitió aquél, imprimiendo a cada sílaba una gélida cadencia.

A pesar de tener al chico a unos centímetros de sus botas no acertaba a verlo, pero su instinto depredador le mantenía anclado al suelo. Se sabía cerca de su trofeo y estaba excitado. Observaba las lianas, calibraba la fuerza de la corriente y apretaba con rabia el fusil.

Mientras se concentraba para no moverse, el chico comprobó con pavor que una araña peluda se aproximaba hacia él sobre una de las grandes hojas de lirio. Comenzó a temblar. Nunca había tenido reparo en pescar pirañas con un simple sedal o coger con los dedos orugas urticantes que seccionaba para extraer su pulpa curativa, pero sentía aprensión por las arañas. No podía soportar el movimiento acompasado de sus ocho patas.

Intentó pensar en otra cosa. Recordó las noches de tormenta, años atrás, en las que su abuelo le explicaba que no debía tener miedo, que el mundo se creó de la nada y que todo lo que había en él, incluidos los niños y los truenos, estaban hechos de la misma sustancia. Los disparos eran peor que los truenos, pensó, pero comenzó a entonar mentalmente la vieja canción indígena que su abuelo canturreaba para cerrar la historia y hacer que conciliara el sueño bajo el resplandor de los relámpagos:

*La tierra desnuda y fría
se vistió con árboles gigantes.
Entre las ramas el viento silbaba.
Shhh... Shhh... Shhh...*

En aquel momento ocurrió algo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el cazador.

—¡Allí! —señaló el guía en dirección a la foresta.

El cazador corrió unos metros hacia el interior con la culata apoyada en el hombro y disparó.

—¡Mierda! ¡He vuelto a fallar!

—No se preocupe, mister...

—¡No me seas condescendiente, hijo de puta!

—¡Era un aullador colorado, mister! —se explicó el guía estirando las manos hacia él para calmarle—. Lleva siguiéndonos desde hace horas.

Mientras el simio se perdía entre los árboles, el niño aprovechó para salir del agua. Amparado por el estruendo del río, bordeó unos metros para alejarse de sus perseguidores y corrió hacia las profundidades de la selva, sin mirar atrás, hasta que llegó a la base de una inmensa ceiba.

Contempló el tronco que lo convertía en el rey indiscutible del lugar. Ya estaba allí cuando, siglos atrás, llegaron los primeros expedicionarios. Mediría unos setenta metros de altura, sobresaliente su majestuosa copa por encima del manto amazónico, y casi cuatro de diámetro. Era el imponente retablo de aquel templo de columnas de madera, envuelto en una bruma que se desplazaba como humo de incienso y salpicado de luciérnagas que vibraban como las llamas de las velas. Pensó en esconderse entre sus pliegues, pero si el cazador lo encontraba no tendría escapatoria posible, así que decidió trepar. Y comenzó a subir, cuidando de no clavarse las espinas, aferrándose a ellas a modo de escalones hacia las nubes.

De repente, un nuevo disparo rasgó el aire. Sus ojos se abrieron de par en par al tiempo que sentía una quemazón insoportable en el talón. El cazador le había alcanzado. Pero siguió trepando, tirando de sí con las manos y un solo pie, espina a espina, hasta que llegó a la altura de una gran rama que, en su unión con el tronco, le ofrecía un hueco a modo de hamaca. Fue a introducirse en él cuando oyó otro disparo y sintió un brutal picotazo en la espalda.

Permaneció inmóvil, inquieto por el momentáneo silencio.

De su boca salió un hilillo de sangre.

Vinieron a su mente las tardes pasadas con sus primos en busca de unas ranas amarillas a las que extraían el veneno en un peligroso ritual que los convertía en hombres. Llevó la mano al pequeño cuchillo que colgaba de una cuerda anudada a su cintura y apretó el mango de hueso para combatir el miedo. Los viejos hablaban del paso a otra vida como quien cruza un puente colgante, largo e inestable. No quería caer al vacío y sufrir los tormentos del infierno. Iba a echarse a llorar, pero escuchó una música suave como las mariposas que vivían un solo día y a la vez rotunda como los tifones de verano y todo se calmó en su interior. Miró al cielo a través de la copa del árbol. El sol penetraba como flechas de luz entre las hojas movidas por el viento. Los chillidos del mono aullador se volvieron silbidos juguetones, los loros agitaron sus alas sin moverse de las ramas, brillaban los ojos vigilantes de los tipis.

Oyó un bisbiseo. Eran las hojas que susurraban: Ven, deja que tu alma ascienda hacia nosotras, que primero roce las de los árboles bajos, luego las de los medianos y por fin alcance la copa de este gran tronco que une la tierra y el cielo. El chico se recostó sobre la rama. Apoyó la cara en los líquenes. Las enredaderas le abrazaban. No sentía dolor, estaba en casa.

—He nacido de las hojas y vuelvo a las hojas —dijo con dulzura, citando a su abuelo—. Soy la raíz de estos árboles, mi sangre es su savia.

luz

Mika pegó la nariz a la ventanilla del avión. Suspiró de forma entrecortada. Treinta por ciento eran nervios; setenta, excitación. Limpió su propio vaho condensado con la manga del suéter. Era de noche y llovía, pero ya se divisaban los contornos de aquella ciudad que se extendía más allá del horizonte. São Paulo era un continente entero de cemento y cristal. Los rascacielos apiñados formaban cordilleras. Emergían a cada cual más esbelto, labrándose un hueco a codazos entre el resto, y se estiraban hacia las nubes.

La voz del comandante sonó por megafonía. Pidió al personal de cabina que se preparase para tomar tierra y a los pasajeros que se asegurasen de que sus asientos estaban erguidos y sus cinturones, abrochados. Mika siguió mirando sin perder detalle. Podía distinguir las personas minúsculas yendo de aquí para allá como sedimentos llevados por el viento, acariciar las cimas de hormigón. No había espacio para jardines o estanques. Según las zonas, las azoteas de las casas ricas con helipuerto daban paso a los tejados de uralita de las favelas.

Se preguntó cuál de ellas sería Monte Luz, la comunidad del extrarradio que su amigo Purone y los demás miembros del colectivo artístico Boa Mistura estaban embrujando con sus pinturas. Aquellos cinco jóvenes madrileños, que se habían hecho un hueco en la élite internacional de la creatividad tras firmar impactantes murales en cuatro continentes, se encontraban decorando las calles de una favela por iniciativa de un mecenas brasileño que aún creía en el poder inspirador del arte urbano para mejorar la sociedad. Si no hubiera sido por ellos, no estaría en aquel avión. Fue Purone quien, cuando le contó que habían recibido ese encargo, le sugirió que São Paulo también era el mejor sitio del mundo para encontrar trabajo. Tres años después de obtener el grado en Publicidad y Relaciones Públicas, aún seguía enviando currículums y haciendo entrevistas, persiguiendo un puesto digno acorde con su preparación, por lo que le pareció una gran idea saltar el charco y abrir un nuevo frente.

Apenas había pasado un mes desde aquel día. Recordó cuando regresó a casa y se metió en internet. Su amigo estaba en lo cierto. Según afirmaban los foros y la página del consulado, en Brasil había empleo de sobra. Los sectores de servicios, turismo y recursos humanos estaban en auge y precisaban mano de obra cualificada. Sólo necesito hacer las maletas, pensó entonces con un hormigueo en el estómago.

Mientras escuchaba cómo se abría el tren de aterrizaje bajo sus pies, no pudo evitar sonreír. En verdad se encontraba comenzando una nueva y apasionante andadura. Volvió a pegar la nariz al cristal. Estaba frío. Apoyó también los pómulos sonrosados, primero uno, luego el otro, para calmar un repentino ardor.

Desde que aterrizó en el aeropuerto de Guarulhos le golpeó el caos que envolvía el día a día de los veinte millones de paulistas. El falso silencio que había respirado en el interior del avión fue sustituido por el estruendo de la tromba de agua, la publicidad que arrojaban las pantallas de televisión en las áreas comerciales de la terminal y las voces de aquéllos que le ofrecían hotel, vehículos de alquiler y cambio de divisas. En condiciones normales aquel barullo le habría energizado, pero estaba rota por el vuelo y confundida por el cambio horario —había hecho dos largas escalas para conseguir un billete más económico— y no veía el momento de echarse a dormir en una cama.

Mañana será otro día, el primero de mi nueva vida. Ahora sólo quiero que mi maleta salga de una maldita vez por esa cinta...

Cruzó la aduana y se plantó en mitad de la zona pública. Eran las diez de la noche, pero estaba abarrotada. Se detuvo entre la multitud y miró a ambos lados. Había algo, más allá del ruido, que la desazonaba. No lograba identificarlo. Le habían advertido de que São Paulo era una ciudad agresiva, incluso peligrosa si se cruzaban determinadas líneas, pero no era eso lo que le preocupaba. Quizá fuera la lluvia. Había imaginado un Brasil siempre soleado. Lo cierto es que percibía un temblor en el ambiente, como el nerviosismo que los animales destilan antes de un cataclismo.

Odiaba sentirse vulnerable.

Una cama, eso era todo lo que necesitaba.

Y cuanto antes. Ya no se soportaba ni a sí misma.

Buscó la forma de llegar a Villa Madalena, un barrio céntrico en el que había reservado alojamiento para moverse con fluidez los primeros días. Podía ir en taxi, pero estaba a más de veinte kilómetros del aeropuerto y llevaba el dinero justo para aguantar unos días hasta que comenzase a trabajar. Pronto localizó una línea de autobús que no le dejaría lejos de la *pousada*. Dudó. Estaba tan cansada... Por otro lado, a la mañana siguiente tenía concertada la cita en la oficina comercial de la embajada, de la que confiaba salir con una oferta laboral firme...

Seamos prudentes. Autobús.

Pero cuando tiró de su repleta bolsa de viaje hacia donde marcaban los indicadores luminosos, terminó de romperse una rueda que se había rajado en la bodega del avión.

—¡Se acabó! —gritó, sacando todo su genio ante la mirada de otros viajeros.

Arrastró la bolsa hacia las puertas de salida a la calle, pasó bajo una marquesina que desaguaba torrentes de lluvia y en unos segundos estaba montada en un Peugeot que salió disparado del aparcamiento con los limpiaparabrisas desahorados y el aire acondicionado en modo huracán.

Cruzaron urbanizaciones residenciales en construcción. Grúas, grúas. Iluminadas como las norias de un inmenso parque de atracciones. Levantó la vista. Le llamó la

atención la cantidad de helicópteros que trazaban insolentes líneas rectas en el cielo. Policiales, supuso. Los mosquitos de la nueva jungla.

A pesar de su tamaño, São Paulo era una ciudad joven. Su desarrollo apenas comenzó cien años atrás, cuando los hacendados locales vieron en el café una alternativa a la denostada caña de azúcar. A partir de entonces creció y creció, más en población que en infraestructuras, y dio lugar a las hacinadas favelas y al congestionado centro en el que el taxi se internaba sorteando obras y atascos.

—¿Ha venido de vacaciones? —se lanzó a preguntar el conductor, un hombre de mediana edad y piel oscura.

Vestía una camiseta sin mangas con el logotipo de Metallica que dejaba ver los numerosos tatuajes que cubrían sus brazos. Se esmeraba en hablarle de forma pausada para que ella le comprendiera, una fórmula aparentemente ingenua pero que daba buen resultado con los turistas de lengua castellana.

—A trabajar —contestó Mika en perfecto portugués.

—¿Habla mi idioma?

—Viví varios años en Mozambique.

—¡Qué *legal*! ¿Qué hacía allí?

—Mi padre estuvo destinado en Maputo. Es una larga historia.

—Me alegra que usted haya escogido Brasil. Cada día recojo a europeos que vienen aquí buscando lo que les falta allí. Antes ocurría al contrario.

—El mundo está cambiando.

—¡Y tanto! Fíjese en él.

Señaló una valla publicitaria en la que aparecía un hombre con una arrolladora sonrisa. A su lado, unas siglas: CoCo; y la leyenda: BUSCA EL ORO QUE HAY EN TI.

—¿Es un político?

—De momento no, pero dele tiempo. Es Gabriel Collor, el hombre más rico de Brasil. Dicen que pronto se convertirá en el más rico del planeta.

—¿Y le llaman CoCo?

—Es por Collor Corporation —aclaró el taxista—, un conglomerado de empresas. ¡Creo que a lo único que no se dedica es al fútbol! ¿En qué trabaja usted exactamente?

—*Exactamente* en nada. —Mika sonrió y cruzó una mirada a través del retrovisor—. Estudié una carrera pero aún no he tenido mi primer empleo serio.

—Es muy joven.

—Ya han pasado tres años desde que me licencié... —murmuró, como si se lo estuviera recordando a sí misma.

—¿Tanto? Si no puede tener más de veintidós.

—Veinticinco.

—No está mal tomarse las cosas con calma. Ya sabe lo que dicen: quien vive apurado, muere apurado. Tendríamos que disfrutar de la jubilación al principio de la vida laboral, cuando todavía andamos con ganas de samba.

—En realidad he estado dedicada al deporte.

¿Por qué tengo que justificarme?

—¿Fútbol?

—Kárate.

—¡Qué *legal*! No sabía que hubiera karatekas tan guapas fuera de la película *Kill Bill*.

La verdad es que Mika no respondía físicamente a su perfil de mujer cinturón negro segundo dan con la que es mejor no meterse porque atesora el mayor índice de victorias del circuito nacional. Su padre, que fue quien le inició en el arte marcial, se refería a ella como «mi pantera». Pero con sus cincuenta kilos, siempre controlados para no saltar de categoría por el peso, más parecía un cervatillo que un peligroso felino. Desprendía una sensualidad de la que carecían otras deportistas de su gimnasio. Quizá fuera por cómo miraba desde detrás del flequillo, oscuro y cortado de forma desigual; o por la ropa un tanto *hippy* que mostraba sin reparos buena parte de su cuerpo tallado con cincel por una genética generosa y las horas de insaciable entrenamiento.

—Muchas gracias por el cumplido. —Se recolocó sobre el hombro un tirante caído—. Veo que los brasileños dejan corta su fama.

El taxista rió con complicidad.

—No quería importunarla.

—No lo ha hecho.

—¿En serio puede alguien dedicarse a ese deporte en España?

—Ya no.

—Pero ¿llegó a competir en campeonatos importantes?

—Con la selección española. Varias veces.

—¡Qué *legal*!

Mika concluyó que aquella expresión repetida expresaba admiración.

—No sé si es tan *legal*. He dejado escapar en tres ocasiones la medalla de los juegos europeos; la última, antes de la pasada Navidad.

Estaba en un taxi a diez mil kilómetros de casa. No era un mal confesionario.

—Una lástima.

—O una suerte. Aquella derrota también influyó en la decisión de mudarme aquí.

—¿Le dieron una buena paliza?

Mika sonrió por la ternura que destilaba aquella pregunta.

—Me la di yo misma.

—¡No puedo creer que se golpease sin querer!

—Me refería a que... No sé por qué le estoy contando todo esto.

—Puede contarme lo que quiera. A mí también me gustaría saber kárate o cualquier otra arte marcial. Me vendría muy bien en esta ciudad.

—¿De verdad es para tanto lo que cuentan sobre la delincuencia?

El taxista levantó el dedo índice para anunciar una declaración de peso.

—Los paulistas padecemos dos lacras que nos impiden ser libres: la delincuencia y el tráfico. No podemos movernos a la hora que queremos ni por donde queremos. Hemos de evitar coincidir con estos insoportables atascos —señaló a la interminable fila que de repente tenían delante—, pero sobre todo debemos evitar que nos entren las prisas y la tentación de tomar un atajo. La mitad de las calles están prohibidas.

—¿Debo asustarme?

—¡Qué va! ¡Esta ciudad es una delicia! Está llena de hombres que se arrojarán a sus pies y la tratarán como a la reina del carnaval. Tan sólo sea consciente de que el mayor peligro está en el interior de los vehículos. Entre el personal de seguridad, las cámaras y las alambradas que rodean muchos edificios, es raro que alguien entre a robar en las casas ricas. Pero si circula por la calle equivocada después del anochecer, puede encontrarse con un Kaláshnikov cortándole el camino.

—¿Le ha ocurrido a usted?

—Cuando pueda, vaya en metro.

—¡Y me lo dice un taxista!

—Las cosas son como son. El metro es seguro, limpio, rápido y barato, pero tiene pocas líneas y hay muchos sitios a los que no llega. Para eso estamos nosotros. Al final, en São Paulo todos encontramos nuestro hueco.

Quizá sea verdad que he venido al sitio adecuado...

Al cabo de un rato, el conductor señaló más allá del parabrisas tintado.

—Estamos entrando en su barrio.

Mika bajó la ventanilla. Había dejado de llover. El escenario había mutado de repente. Circulaban por una calle empinada, flanqueada por edificios de dos plantas color pastel.

Aparte de estar bien situado, Villa Madalena era el enclave bohemio por excelencia. Una montaña rusa de boutiques de autor y locales nocturnos. Le encantaron las fotos que vio en internet, pero más aún le atrajo su historia. Antes de recibir su nombre actual —que provenía de la hija de un potentado de la colonia que compró los terrenos en los tiempos de bonanza del café—, fue bautizada como «Villa de los Harapos» por las cabañas de sus primeros pobladores indígenas, mudados a las colinas que se elevaban a un lado del río Pinheiros para aislarse de los jesuitas afincados en el centro de la ciudad. Hoy, pensó Mika, aquellos harapos han sido sustituidos por las creaciones de los modistos más alternativos. No era una mala inspiración.

Un lugar ideal para reinventarse.

Echó un vistazo rápido. La zona parecía cualquier cosa menos intimidante. Había gente diversa en terrazas comiendo torreznos troceados y bebiendo botellas mágnium de cerveza: reponedores de un supermercado estirando un descanso, yuppies de ambos sexos rematando una cena de empresa, musculosos que iban y venían del gimnasio nocturno y ancianas asomadas al fresco tras el chaparrón.

Mika habría querido unirse a cualquiera de aquellos grupos, pero lo que en aquel

momento necesitaba era dormir. Cerrar los ojos, aparcar en la tierra de los sueños las frustraciones que traía consigo y despertar en un mundo nuevo. Vacío de derrotas. Lleno de posibilidades.

Cerrar los ojos...

Mientras caían los párpados le sacudió un grito del taxista.

—¿Qué ocurre?

—¡Se ha ido la luz!

Dio un fuerte volantazo. Mika se agarró al reposacabezas del copiloto para no vencerse hacia la puerta, pero aun así rozó con el hombro la hebilla metálica del cinturón de seguridad que no llevaba puesto. Tras dos violentas sacudidas se estrellaron de lado contra una fila de coches aparcados.

—¡Mierda! —rabió el taxista, llevándose la mano a la frente con gesto de dolor—. ¿Está usted bien?

—¡Sí! ¿Qué ha pasado?

—¡He esquivado a esa moto! ¡Se me echaba encima!

Una scooter yacía a las ruedas de una camioneta. Su conductor se levantaba tambaleante. El taxista seguía apretándose la frente. Le sangraba una ceja. Mika estaba conmocionada. Más frenazos. Pitidos. Gritos.

Salió del vehículo. De pie sobre la calzada, aún agarrada al marco de la puerta, miró a su alrededor.

El barrio entero estaba a oscuras.

Los semáforos, las farolas, las luces de los bares y restaurantes, de los escaparates, de las ventanas y terrazas. Todo se había apagado de pronto. Sólo funcionaban los faros de los vehículos, como luciérnagas en mitad de un bosque sin luna, lo que acrecentaba aún más la confusión. Cegaban en las distancias cortas y no alumbraban lo suficiente en las largas. Se apelotonaban en los cruces ciegos.

Mika se asomó al interior del taxi.

—¿Está usted bien?

—¿Por qué ha tenido que tocarme a mí? —se lamentaba el conductor.

—¿Qué puedo hacer?

—¡Coja su maleta y váyase! ¡Dios, no paro de sangrar!

Mika no sabía qué hacer.

Fue hacia la parte trasera del vehículo pisando cristales. Abrió el maletero y sacó la bolsa. Volvió a asomarse. Ni siquiera le había pagado el viaje.

—Al menos deje que...

—¡Lárguese de una vez y ahórreme el papeleo! ¿Quiere que me echen de la empresa por haber chocado mientras llevaba a una turista?

Mika arrastró sobre los cristales la bolsa de viaje de una sola rueda. No sabía hacia dónde tirar. En la negrura, apenas distinguía un puñado de figuras saliendo en tropel de los bares, maldiciendo, asustadas. Una mujer pedía ayuda porque acababan de darle un tirón. Cuando otros se acercaron para asistirle le entró un ataque de

pánico; no quería que nadie la tocara. Todo era confusión. El barrio se había infestado de espectros. Mika apretó contra su cuerpo el pequeño bolso en el que llevaba la documentación y la cartera.

Respira hondo y concéntrate, no puedes quedarte aquí parada...

Se acercó a un grupo numeroso que se aglomeraba en la parte más alta de la calle. Una vez arriba, se introdujo a codazos entre la multitud hasta que se situó en primera fila. Estaba en la cima de un morro, uno de los cerros que se alzaban junto a la cuenca del río. Parecía puesto allí a modo de mirador. Agarró con fuerza la bolsa de viaje para que no se despenase y la arrastrase consigo hacia el barranco. Permanecer allí era peligroso, pero Mika no podía apartarse de la sobrecogedora vista panorámica de la ciudad...

De la ciudad a oscuras.

El apagón no se limitaba al barrio. Todos los edificios de São Paulo, todas sus plazas y estadios se estremecían en el valle carente de luz.

Ni una ventana iluminada en los rascacielos, ni un simple destello en las calles interminables. Desde lo alto se respiraba la ansiedad de las personas atrapadas en los ascensores; la confusión de los hospitales que preparaban a toda prisa sus generadores para restablecer la asistencia a los quirófanos; el grito de las bocas del metro, que escupían viajeros aterrados mientras terminaban de tragar los ríos de la tormenta.

Más pitidos, más confusión.

Veinte millones de personas sumidas en la negrura.

Alrededor de Mika, la gente comenzó a especular de forma atropellada.

—¿Veis algo en el cielo?

—¿Qué vamos a ver aparte de nubes?

—¡Ovnis!

—¡No digas sandeces!

—¿Y las luces intermitentes que se avistaron en el último apagón de México? Me enviaron el vídeo de YouTube y estaba clarísimo.

—¿Qué estaba clarísimo?

—Ha tenido que ser un atentado —argüía otro—. He oído la explosión.

—¿Qué explosión? ¡No ha habido ninguna explosión!

—O un rayo —opinaba una mujer—, como el que le voló el dedo al Cristo Redentor.

—¡La tormenta no era eléctrica!

—Una tormenta solar. Eso es lo que ha sido...

—Qué idiotez —saltó un individuo con el torso desnudo—. ¿Dónde está el sol?

—No hace falta que lo veas, puede actuar sobre todo el planeta sin que te enteres.

—Si fuera una tormenta solar, tampoco funcionarían los faros de los vehículos —declaró un hombre enjuto que parecía ilustrado en esos temas, a juzgar por la explicación que comenzó a desgranar en mitad de la creciente polémica.

Mika temía, más que por la causa del apagón, porque alguno de aquellos exaltados le empujase sin pretenderlo al fondo del barranco. Se disponía a dar media vuelta para marcharse de allí cuando ocurrió algo que le encogió el corazón.

En lo alto de un rascacielos situado en el centro de la ciudad se encendió una estrella.

—Madre mía... —murmuró con la boca literalmente abierta.

Una estrella de siete larguísimas puntas que rasgó el cielo negro, quebrando la oscuridad.

Los rayos se proyectaban desde la azotea en un plano horizontal, un tanto inclinados hacia abajo como las varas de una sombrilla. Al partir de un punto tan alto, sobrevolaban todo el centro de la ciudad sin encontrar obstáculos y terminaban impactando en laderas y zonas elevadas de diferentes barrios de las afueras.

Mika intentó divisar qué artificio producía aquella luz, tan potente que podía verse desde kilómetros de distancia. Era difícil distinguirlo, por el contraste de la estrella con la oscuridad absoluta sobre la que había prendido. Tenía que tratarse de siete cañones como los que utilizaban algunas discotecas, pero sus rayos resultaban muchísimo más anchos e intensos. Tanto que más que focos parecían cilindros sólidos, blancos inmaculados y de perfectos contornos.

—¡Están iluminando las favelas! —exclamó alguien de pronto, fragmentando el silencio sepulcral que se había apoderado de la ciudad.

—¡Es cierto, fijaos! —confirmó otro, y comenzó a señalar aquí y allá hacia donde apuntaban los rayos—. Paraisópolis, Brasilândia, Heliópolis...

Las áreas alumbradas por la estrella eran conocidas comunidades del extrarradio. Un indigno cinturón para el floreciente centro de la ciudad.

Las siempre oscuras favelas...

Por una noche, eran ellas las que brillaban.

En la mente de Mika pugnaban por hacerse un hueco una difusa paz, desconcierto, ansiedad... Ni siquiera podía asegurar que lo que estaba viviendo era real. Alguien acababa de sugerir que el apagón respondía a la llegada de seres extraterrestres, y aquella imagen bien parecía sacada de una película de Spielberg. Bella y épica, pero al mismo tiempo alarmante y turbadora. A medida que pasaban los minutos, las posibilidades más funestas iban tomando forma. Imaginaba una legión de terroristas con un interruptor en la mano, preparados para detonar la estrella y llevarse por delante a los veinte millones de habitantes de São Paulo... y a ella misma. Recién aterrizada.

¿De verdad voy a acabar así?

Lo que más le alarmaba a corto plazo era desvanecerse por la falta de sueño y la excitación y caer despeñada barranco abajo. Necesitaba encontrar como fuera su *pousada*, cubrirse con una sábana y despertar al día siguiente, cuando el sol hubiese derrocado el gobierno marcial de la estrella.

Leyó las señas en voz alta confiando que alguien le indicase cómo llegar. Los que la rodeaban, tan angustiados como enganchados a la adictiva contemplación de los cilindros de luz, no le hacían el menor caso. Parecían haber sido ya abducidos por las eventuales criaturas espaciales. Tras dar un último grito reclamando atención, un joven se ofreció a acompañarla. Una vez memorizó sus indicaciones, Mika le rehusó con maestría, echó una última mirada a la estrella y se separó del grupo.

Subió y bajó las empinadas cuestas, entre personas desorientadas que sollozaban en la oscuridad y vehículos que, a falta de avanzar, no dejaban de tocar el claxon. Le resultaba imposible adaptar los ojos a la negrura, ya que cada dos por tres le cegaban las linternas de los vecinos del barrio, empeñados en alumbrarle la cara para ver quién era la loca que se acercaba arrastrando semejante bulto.

Pasado un buen rato, con el tobillo dolorido por haber despertado una lesión reciente y el pelo calado primero por la lluvia y después por el sudor, se pegó a un poste —casi encaramándose a él— para comprobar si el nombre de la calle se correspondía con el que traía garabateado en su libreta de viaje.

Rua Harmonia.

Por fin...

Escudriñó un portal en el que habían colocado unas velas.

Pousada do Vento.

Había llegado.

Tuvo que contener las lágrimas que afloraron de puro agotamiento. La garganta dañada por el esfuerzo le raspaba al respirar. ¿Cuántos kilos de ropa, zapatos, botes y libros llevaba en aquella maleta? ¡Ni que se fuera a vivir a una isla desierta! Por

fortuna, el edificio destilaba un acogedor ambiente de oasis, ideal para desembarcar después de la tempestad. Era un antiguo caserón familiar reconvertido en hostel que preservaba el encanto original a cambio de renunciar a otras prestaciones de los hoteles convencionales.

Cruzó un pasillo oscuro flanqueado por un abrevadero que seguía estando allí desde los tiempos en que la planta baja era una cuadra, ahora lleno de agua cristalina surcada por dos carpas anaranjadas. Se asomó a la recepción. Por todas las estanterías habían repartido velas que, además de iluminar, pintaban la estancia de magia. En la sala próxima donde se servían los desayunos, un estruendoso grupo electrógeno dotaba de corriente a un televisor que a duras penas se hacía oír sobre el ruido.

Mika saludó a la encargada e hizo el gesto de taparse los oídos mientras le entregaba su pasaporte.

—Al menos podemos seguir las noticias que emiten desde Río y los canales extranjeros —se justificó aquélla.

—¿Se sabe ya lo que ha ocurrido?

La chica, que no tendría más de dieciocho años, le contestó con una mueca indefinida y se dedicó a preparar la ficha de ingreso.

Se sentó en un taburete de bar en la salita del televisor. Otros cinco huéspedes que habían bajado de sus habitaciones le saludaron de forma cómplice. Al fin y al cabo, todos eran prisioneros de la oscuridad. Uno de ellos se había apropiado del mando a distancia. Lo mantenía a media altura, rebuscando por los diferentes canales cualquier nueva información. Nadie quería reconocerlo, pero la posibilidad de que el apagón y la estrella formasen parte de un acto terrorista que todavía hubiera de deparar nuevas sorpresas les sumía en un profundo abatimiento.

La NBC americana retransmitía en directo imágenes tomadas desde los helicópteros que sobrevolaban el rascacielos del que provenían los cañones de luz. Trataban de acercarse lo máximo posible a la azotea para conseguir los mejores planos. Para entonces ya había sido ocupada por un grupo de élite de la policía. Parecía desierta, pero no dejaban de subir patrullas pertrechadas con la equipación de asalto.

A la espera de que las instituciones hiciesen públicos los detalles sobre lo que hubieran podido encontrar allí arriba, el corresponsal de la cadena buscaba paralelismos con otros grandes apagones del pasado, intentando a duras penas quitar hierro a lo que estaba ocurriendo.

«Algunos de ustedes recordarán el apagón de Nueva York en 1965, por colapso de la red eléctrica. En aquel momento aún no se cernía sobre la ciudad la sombra del fanatismo religioso, por lo que la ciudadanía se lo tomó con calma, aprovechó bien la oscuridad y nueve meses después se dio una de las tasas de nacimientos más altas de la historia. O el ocurrido en Lima en 2006 durante la celebración del cumpleaños del alcalde Gustavo Sierra

Ortiz, cuando un globo aerostático chocó contra una torre de alta tensión y dejó a oscuras a medio millón de personas. Pero no hace falta viajar tan lejos, ni en el tiempo ni en el espacio. En este mismo país, el 10 de noviembre de 2009, la tormenta que azotó la subestación eléctrica de la represa de Itaipú, situada en Foz do Iguaçu, provocó una disminución en una línea de transmisión y dejó sin luz a dieciocho estados.

»Fallos humanos, averías en los equipos, sobrecargas, cortocircuitos... Desde que el mundo depende de la electricidad, muchos son los motivos que han sumido al hombre en la oscuridad. Pero más imperioso que buscar las causas de este apagón es encontrar respuestas sobre esos misteriosos focos que iluminan las favelas.

»¿Quién ha dibujado esa estrella en la oscuridad?

»¿Y para qué?».

El huésped que blandía el mando a distancia se paseó por otros canales. Estaba como ido, apenas se paraba a comprobar el contenido de las emisiones.

—¡Bastante asustados estamos ya como para que nos metan más miedo en el cuerpo! —saltó de pronto en un borroso inglés.

—Son ellos los que están aterrados —dijo otro desde una esquina, manteniendo una calma fingida—. Se supone que los medios siempre disponen de información fresca, pero éstos no saben nada.

—Usted, que acaba de llegar, ¿lo ha visto en persona? —le preguntó el primero a Mika. Ella asintió—. Yo prefiero no salir a la calle. Quién sabe si no habrán dispersado algún producto químico.

—Le ruego que se ahorre esas tonterías —le recriminó el otro hombre.

El del mando se volvió hacia él.

—Quizá usted quiera creer que esa estrella es inofensiva, pero yo estoy seguro de que los tiros van por otra parte.

—No hable de tiros, por favor —intervino una mujer mayor con aire de ejecutiva que había permanecido callada hasta entonces.

El del mando, hastiado, comenzó a cambiar de canal como si estuviera loco. Cuando pulsó el botón con el número 6, en el que estaba sintonizada la cadena TV Brasil, se reclinó sobre su butaca dándole una tregua al obsesivo *zapping*.

En un plató de los estudios de Río de Janeiro, la conocida presentadora del noticiario nocturno Eloísa Meneghel presidía un debate al que habían invitado a cuatro personas siguiendo el esquema habitual: dos políticos de diferentes tendencias, el responsable de una ONG de corte social y un catedrático de universidad al que habían convocado para aportar rigor científico al programa —este último con cara de haber sido sacado de la cama—. Todos ellos, sentados frente a la cámara en una mesa con forma de media luna, se ocupaban de desmenuzar la información que iban recibiendo desde São Paulo. A su espalda, una enorme pantalla proyectaba en directo

las imágenes que remitía el helicóptero de la cadena.

«¿Podemos hablar de conspiración?», lanzaba al ruedo la presentadora, abriendo un nuevo frente de análisis mucho más inquietante que las meras averías a las que hacían alusión en la otra cadena.

«¿Conspiración?», se alarmaba el representante del Partido de los Trabajadores, gobernante en la región.

«Recuerde el apagón provocado en Argentina durante el Proceso de Reorganización Nacional. Los militares dejaron sin suministro eléctrico a Ledesma para capturar estudiantes y sindicalistas involucrados con la guerrilla y otras facciones de izquierda».

«En cualquier caso creo que es pronto para aventurarse».

«¿Cómo que es pronto? —saltó el portavoz de la oposición—. ¿Acaso no están viendo lo mismo que yo? —Se volvió airado para señalar la estrella, que brillaba impactante en mitad de la gran pantalla—. No estamos hablando de una torre de alta tensión desplomada por el peso de un nido de cigüeñas, sino de una acción provocada. Más aún, una acción perfectamente madurada y para la que no se ha reparado en gastos. Eso que vemos ahí no son cañones de xenón de cuatro kilovatios como los que alumbran el cielo de Cannes el día del festival. —Hizo una pausa para regodearse en sus deberes bien hechos—. Es algo mucho más sofisticado. Algo que busca un objetivo concreto».

«¿Qué objetivo?», preguntó la presentadora.

«Aún no lo sabemos, eso es lo indignante. —Miró de soslayo a su opositor—. ¿Por qué la policía no dice de una vez qué han encontrado en esa azotea? Hay treinta agentes rebuscando en el nudo de focos».

«¿Desde cuándo la jefatura de policía ha de publicar cada paso que dan sus investigadores?», se defendió el portavoz gubernamental.

«Mire a las cámaras y jure a los televidentes que usted tampoco sabe nada de lo ocurrido», le retó el opositor.

«Esto es increíble... —rió con sorna el político—. Corrijo: viniendo de usted es de lo más creíble».

«En lo que todos estamos de acuerdo es en que se trata de una acción provocada por el hombre —retomó Eloísa Meneghel—. Podemos archivar las especulaciones sobre visitas extraterrestres y las llamadas “luces sísmicas” de las que se hablaba al principio de la noche, ¿verdad, doctor?».

La presentadora dio paso al hombre situado en el extremo a su derecha. Según rezaba el rótulo que pusieron a pie de pantalla, era un catedrático de Geofísica General de la Universidad Estatal de Campinas.

«No soy quién para pronunciarme sobre cuestiones alienígenas, pero sí para ratificar que esta estrella no tiene nada que ver con esas luces que se dejan ver en el cielo preconizando los grandes terremotos, ni con ningún otro fenómeno natural. Aquí no hay fricciones en la falla, ni gas radón, ni nubes de hoyos-p liberados por esfuerzos sísmicos. Lo que tenemos ante nuestros ojos, como ha dicho el compañero —señaló cordial al contertulio de la oposición—, es un artilugio manufacturado».

«¿Y quién puede fabricar algo así salvo el propio gobierno? —intervino por fin el responsable de la ONG, un ecologista recalcitrante—. No tengo ni idea de qué querrán conseguir con ese aparato, pero visto el castigo que infligen a nuestro entorno con tal de enriquecer a las clases dirigentes, podemos esperar cualquier cosa...».

Paulatinamente, Mika fue dejando de escuchar las divagaciones en las que se sumían los contertulios, encaminadas a llenar minutos de emisión ante la falta de novedades reales. Tenía un sueño terrible, pero ninguna intención de irse a dormir en aquellas circunstancias. Si los siete cañones que iluminaban las favelas tenían que acabar explotando porque se trataba del primer estadio de un sofisticado acto terrorista —una posibilidad que los medios ni siquiera se atrevían a comentar para no alimentar el caos—, que le pillase despierta. Así que siguió sentada en el taburete, viendo a los helicópteros revolotear como polillas alrededor de la inquietante luz, mientras en su mente resonaban las preguntas que había formulado el corresponsal de la NBC:

¿Quién ha dibujado esa estrella en la oscuridad?
¿Y para qué?

A las 6.41 horas, el sol proyectó sus primeros rayos sobre las cimas de los rascacielos.

En ese mismo instante se apagó la estrella y se restableció el servicio eléctrico en toda la ciudad.

Mika hizo una inspiración rápida y permaneció expectante.

Pasó un minuto. Las bombillas seguían encendidas.

Todo había acabado.

La recepcionista detuvo el motor del grupo electrógeno. El repentino silencio fue tan liberador como la vuelta a la normalidad.

Intercambió una mirada con los otros huéspedes, que también habían pasado la noche en vela. Ninguno dijo nada. Se levantaron con claros gestos de alivio y arrastraron los pies hacia sus habitaciones.

Mika se arrojó sobre la cama y volvió a mirar el reloj.

—No puedo creerlo... La reunión.

Había quedado a las nueve en punto en la oficina comercial de la embajada. Después de lo ocurrido, no sería extraño que cancelasen las citas del día, pero no podía arriesgarse a no acudir y que anulasen su expediente de empleo. Tampoco podía llamar para preguntar, ya que tenían un horario de atención al público restringido y si, esperaba a que abriesen las líneas, ya no llegaría a la reunión a tiempo.

Ni siquiera deshizo la maleta, salvo para sacar el neceser y algo de ropa para cambiarse. Se dio una ducha y bajó a desayunar zumo de papaya y la tarta de zanahoria que la cocinera de la *pousada*, intentando aparentar tranquilidad, se afanaba en cortar en porciones idénticas que colocaba en una vajilla floreada.

A pesar de la hora temprana, hacía mucho calor. El sol recalentaba el pavimento húmedo. Aquello se parecía más al Brasil que había imaginado.

Antes de salir se dio un último repaso en el espejo de la recepción. Hasta que le cogiese el pulso a la ciudad, lo importante era no llamar la atención. Remiró los pantalones pitillo con bolsillos laterales de campaña, las Nike negras y la camiseta de tirantes que dejaba al aire sus hombros atléticos. Puede valer. Gafas de sol retro y sin joyas —nunca llevaba, ni siquiera reloj—. Todo bien... salvo un detalle. Cogió un fular para tapar el escote cuando llegase a la oficina comercial. Hasta ese momento lo guardaría en el bolso.

Consultó el mapa para buscar el camino más corto. Siguiendo los consejos del taxista que le trajo desde el aeropuerto, y para no seguir tirando de sus escasas

reservas sin necesidad, se decidió por una combinación de metro y tren urbano. Era cierto que, comparado con otras grandes urbes, apenas había líneas, pero la zona de Brooklin Novo a la que se dirigía —cerca de la flamante Villa Olimpia en la que buscaban un hueco las empresas que querían aparentar prosperidad— estaba bien provista de paradas.

Trazó la ruta con el dedo sobre el *mapa do transporte metropolitano*: línea 2 Verde hasta Consolação, enlace con la 4 Amarela hasta Pinheiros, cambio a la 9 Esmeralda hacia el sur... Aquella combinación le llevaba casi hasta la puerta de la oficina por tres reales, poco más de un euro.

Genial. Allá voy.

Mientras caminaba hacia la estación de Villa Madalena miraba de reojo al cielo una y otra vez. Aunque el mundo hubiese vuelto a girar —al menos eso querían creer todos—, no podía quitarse de la cabeza el sobrecogedor estallido de luz en la oscuridad. Se sintió un poco sola, huérfana en el fin del mundo.

Era el momento de llamar a su padre.

Siempre habían tenido una bonita y estrecha relación. Su madre murió de cáncer cuando Mika era una niña y Saúl Salvador —así se llamaba él— se ocupó de cuidarla. Era militar, pero tras enviudar abandonó la carrera castrense para dedicarse a la seguridad privada de empresas españolas en el extranjero, normalmente en zonas en conflicto. Nunca faltaban ofertas de trabajo para un exoficial del ejército sin reparos ni problemas de movilidad.

Mika nunca le echó en cara ese vuelco vital, a todas luces extremo e incluso peligroso. Consideraba que, lejos de dejarse vencer por la tristeza, Saúl sacó pecho y buscó nuevos horizontes en los que sólo pervivieran los buenos recuerdos. Y lo más importante: la llevó consigo en todo momento, de un país a otro, ocupándose personalmente de su educación hasta que Mika comenzó los estudios universitarios en Madrid y se instaló en un piso compartido con dos compañeras de clase.

Estos últimos fueron los años de sedentarismo en los que, mientras cursaba el grado, se dedicó en cuerpo y alma al kárate que desde niña había practicado a diario con Saúl, maestro de las artes marciales. Los años en los que interrumpió el periplo por el globo..., que ahora recomenzaba por sí misma.

Desde hacía unos meses, su padre trabajaba en una planta petrolífera en Libia, por lo que se veían muy poco. A Mika le apetecía contarle la experiencia casi mística que le supuso el contemplar con sus propios ojos el advenimiento de la estrella. Explicarle las sensaciones que había vivido durante el apagón. Decirle: y después de todo aquí estoy, en mitad de una rúa de locos, bajo un sol capaz de disolver la nube de contaminación y lluvia contenida, tan fuerte que quema a través de la ropa y me recarga las baterías.

Saltó el contestador.

No dejó mensaje, ya volvería a intentarlo más tarde. La última vez que hablaron fue siete días antes de su partida. Saúl también estaba contento por el paso que había

dado. Le alegraba comprobar que su pantera se parecía a él cada día más. ¡Benditos apetitos nómadas! ¡Apátridas no, mejor ciudadanos del mundo!

Desde hacía algún tiempo, Saúl tenía pareja. Se llamaba Sol y era una simpática ingeniera informática con la que Mika se llevaba muy bien. En los pocos ratos que pasaban juntas (cuando iban de visita a España), Sol se esforzaba en hacerla reír. Su ya madura intuición femenina le decía que Mika —como todo el mundo— necesitaba cariño, aunque aparentase estar siempre tan segura de sí misma y mostrase esa fortaleza que le llevaba a enfrentarse a cualquier injusticia con la valentía de una moderna Juana de Arco.

Sol también le había apoyado en su decisión. La víspera de coger el avión le envió un cariñoso *mail* en el que le decía que podía contar con el apoyo de sus cachorros. Así llamaba a los alumnos que tenía repartidos por todo el mundo. Jóvenes *hackers* informáticos que habían asistido a sus cursos por internet sobre programación avanzada, con los que había compartido conocimientos en los límites de la legalidad y que le profesaban fidelidad eterna. Más de uno vivía en São Paulo, lo cual no era de extrañar dado que la ciudad se había convertido en uno de los centros mundiales de la tecnología. «Mis cachorros me adoran, puedes pedirles lo que quieras», le había confiado a Mika con complicidad. Ésta le creyó. Sol era extremadamente inteligente y muy generosa. Y tan freak como ellos.

Tras una hora de conexiones y esperas en andenes abarrotados, llegó a la oficina comercial. Se trataba de una pequeña sede en un lujoso edificio construido frente a un parque.

—Enseguida avisamos al señor Cortés —dijo, solícita, una secretaria.

Empezaba bien. Su contacto, el jefe adjunto del Departamento de Promoción encargado de la gestión de currículums y enlace con empresas que requerían trabajadores bilingües, estaba allí. Le pidieron que esperase en la entrada. Dos sofás y una estantería llena de folletos: los mejores vinos de Rioja, el mejor aceite de oliva de Puente Genil, empresas de telefonía, moda. Marca España.

Diez minutos después salió a recibirle un hombre de aspecto juvenil, con la corbata aflojada y la camisa remangada hasta los codos. Por lo que Mika había visto durante su paseo ferroviario desde la *pousada*, mucha gente en São Paulo mantenía una fachada de vitalidad con independencia de su edad. Sin duda se debía al energético sol que para entonces ya imponía su ley desde lo alto.

—Después de lo que ocurrió anoche no esperaba que vinieras —le confesó Cortés con una voz atiplada que no se correspondía con su físico.

Mika notó cómo repasaba algunos puntos de su fisonomía que, bien lo sabía ella, concentraban la mayor parte de su atractivo. Pelo abundante, cortado desigual de forma que algunos mechones escondían sus ojos verdes, grises según la luz; expresión seria, no arisca sino más bien misteriosa; los labios carnosos que había heredado de su madre, delineados para mandar un beso al aire, como en aquella antigua foto que llevaba siempre consigo. Estaba acostumbrada a que los hombres la

mirasen de esa forma, así que le dejó hacerlo durante un segundo y medio antes de contestar:

—Yo tampoco contaba con que hoy estuviese abierta la oficina.

—Estoy conmocionado. Mira que he visto cosas desde que llegué a este bendito país, pero como lo de ayer... Aún sigo destemplado por la vuelta que me dio el estómago. Pero ¿quién demonios ha hecho eso? Mi mujer se puso a gritar como una histérica en el balcón. Creía que se iba a tirar.

—He pasado la noche pegada al televisor, pero no he sacado nada en claro.

—Ni tú, ni nadie. Siguen dándole vueltas y más vueltas, sin rumbo alguno. Eso es lo que más asusta. Lo que no entiendo es cómo no ha habido cientos de muertos. Entre las incidencias en los hospitales, los ataques de pánico y los alucinados que se lanzaban en tropel a las calles invocando a sus espíritus... Y al amanecer, ¡tatachán! Sale el sol, se apaga la estrella y todo vuelve a funcionar a la perfección, como si alguien hubiese pulsado un botón. No puedo decir que esté tranquilo, pero la verdad es que fue algo... —Cambió su tono socarrón por otro más delicado que no se correspondía con su discurso y añadió—: Mágico.

—Sí —asintió Mika pensativa, recordando la visión entre demoníaca y angelical que disfrutó desde el morro de la antigua Villa de los Harapos—. Tuvo algo de mágico.

—¡Bien, el caso es que aquí estás! —recapituló Cortés mientras comenzaba a pasar hojas del expediente que había sacado de un armario metálico.

Mika reconoció, impresos en papel, algunos de los *mails* que habían intercambiado durante las semanas previas. También estaba su currículum. La foto en blanco y negro resultaba horrible. Parecía que tuviera manchas en la cara.

—Pues sí, aquí estoy.

—Eso es que tienes muchas ganas de trabajar.

—Empezaría ahora mismo.

—Siguen las cosas mal por España, ¿no?

—El trabajo no está mal, está imposible. Y en cuanto al resto de los asuntos como la educación, la política, la cultura... —Le salió la vena indignada que afloraba cuando le daban cancha—. Todo genera la misma sensación de inestabilidad. ¿Cómo podría explicarlo? Moverte ahora por Madrid es como caminar por esa casa oscura de las ferias que tenía en el suelo rodillos giratorios y planchas oscilantes.

Cortés sonrió.

—Pero tú no eres de las que se derrumban por un par de rodillos.

Mika se acordó de su padre.

—Me han enseñado a mantenerme erguida.

—Te refieres al kárate, supongo —anotó mientras releía la información que había recopilado—. Al parecer, eres un arma de destrucción masiva.

A Mika no le hizo gracia el chiste, pero se abstuvo de verter comentario alguno. Volvió la cabeza hacia el montón de expedientes del que había extraído el suyo.

¿Serían los demás demandantes de empleo tan jóvenes como ella? En realidad, no era tan joven. ¿Cómo que no? Estaba nerviosa. Recordó la noche que entró en la página del Consulado de Brasil y consultó los requisitos que el gobierno exigía a quienes solicitaban un permiso de trabajo. Se desinfló al leer que era necesario disponer de una oferta laboral previa, pero en la misma embajada le recomendaron viajar al país con un visado de turista y barajar sobre el terreno las diferentes opciones. Todo resulta muy fácil si te presentas en persona a los empresarios, le habían dicho.

—Tengo más material para adjuntar a mi currículum —comentó sacando pecho.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Alguna carta de recomendación y el proyecto de fin de carrera.

—¿De qué iba?

—De utilizar los fundamentos de las relaciones públicas comerciales para favorecer la comunicación entre los estados de diferentes tradiciones culturales y crecer en objetivos comunes. Ya sabe: Estados Unidos-Irán... Cosas así.

Cortés rió.

¿*Qué le hace tanta gracia?*

—Seguro que será muy útil para conocerte mejor. ¿Lo tienes aquí?

—Está todo archivado en mi ordenador, pero puedo enviárselo hoy mismo a su correo. Pensaba imprimirlo a mi llegada, pero con lo que ocurrió anoche...

—No te preocupes, ahora te paso mi nueva dirección de *mail*.

—¿No es la misma a la que mandé el currículum?

—Ya sabes cómo va esto —le confió, ufano—; en cuanto cambias de puesto, a hacer nuevas tarjetas.

—Enhorabuena.

—Es poca cosa. Me libero del sobrenombre de «adjunto» que me ha acompañado estos años y paso a ser jefe del Departamento de Promoción. Ya sabes, más responsabilidades y más objetivos a cumplir a cambio de cuatro euros extras. Pero ¡ya vale de hablar de mí; eres tú la que comienza una nueva aventura!

—También tengo...

Se detuvo a pensar.

—No te cortes, que en esta lucha vale todo. Supongo que como en el ring. —Rió.

Se llama «tatami», corrigió Mika mentalmente. Y en el tatami no vale todo; de hecho, mejor nos iría si en los negocios se respetaran un diez por ciento de las normas que regulan los combates de kárate.

—No sé si le servirá de algo o si será una salida de tono. Son comentarios breves que comencé a escribir desde que fui a vivir a Madrid. Como si fueran *posts* para un blog, pero que nunca he llegado a publicar. Es... No sé cómo explicarlo, mi visión de la situación actual del mundo.

—¡Indignaos! Pero ¡si tenemos aquí a una visionaria!

Eres idiota.

—Olvídelo.

—No, te digo en serio que me interesa. Seguro que son opiniones frescas.

—Sólo son pensamientos sobre los peligros y las necesidades de las explosiones económicas —se esforzó en explicarle Mika. Al fin y al cabo, de aquel hombre dependía su futuro laboral—. No puedo evitar preocuparme por ello, después de haberlo vivido en mis carnes y en las de mis amigos. Aquí está ocurriendo eso, ¿no? Una fantasía parecida a la de España. Más nos valdría aprender unos de otros.

—Visiones de la realidad clarividentes y sin adulterar —repuso Cortés, asintiendo con complacencia—. Eso es lo que hace falta en Brasil, sí señora. Puedo asegurarte que vas acumulando boletos para pasarte por la piedra a todos éstos.

Señaló la montaña de peticiones de trabajo, consciente de la altura que había alcanzado en los últimos tiempos y de su privilegiada posición para ayudar a unos o a otros. Lo que Mika no comprendía era cómo alguien como él ocupaba ese puesto.

—Qué bien —se limitó a decir.

Cortés cerró la carpeta de golpe y bebió un sorbo de café de un vaso de plástico.

—De todas formas, es un poco complicado.

—¿Qué es complicado?

—Lo que has dicho antes sobre empezar ahora mismo. Hasta después del carnaval no podremos ayudarte.

—¿Cómo dice?

—Puedes tutearme, yo lo estoy haciendo.

—Gracias, pero...

—No me digas que no contabas con que dentro de dos semanas empieza la fiesta.

—Ni lo había pensado.

La verdad es que se había tomado al pie de la letra las frases del tipo «podrás empezar a trabajar de inmediato» que Cortés había utilizado en sus correos. Qué ingenua... Se avergonzó de sí misma. Estaba claro que la expresión «de inmediato» tenía un sentido muy diferente según el lado del charco donde se pronunciaba.

—Sinceramente, estos días previos a la fiesta no son un buen momento para proponer entrevistas personales. Los empresarios están por cerrar asuntos y no por abrir otros nuevos. Y después de lo de ayer, ¡qué te voy a decir! Hasta que se aclare el tema del apagón y de la maldita estrella, la gente no querrá saber nada de otra cosa. —Mika dibujó una expresión de intensa gravedad—. ¡No te rasgues las vestiduras, mujer, que tampoco es para tanto! Así tendrás tiempo de aclimatarte. El visado de turista tiene validez para tres meses y tú acabas de llegar, ¿no?

—Anoche, justo antes de...

—El carnaval paraliza el país —se justificó con un tono más amable—. Entre las escuelas de samba que te machacan la cabeza con sus ensayos y la gente que huye de vacaciones... Pero no te preocupes. Moveré tu currículum y seleccionaré lo que más te pueda interesar. Te prometo que te avisaré en cuanto pase este lío.

—Gracias.

—De momento puedes enviarme el nuevo material para que le eche un vistazo.

—Le ofreció su recién estrenada tarjeta. *Embaixada da Espanha*; escudo nacional; suave textura satinada—. ¿Dónde te hospedas?

Mika pensó que, con el panorama que le pintaba, tendría que ir buscando otro alojamiento más económico.

—Ya le incluiré en el correo mis señas definitivas. De momento, yo también le dejo mi tarjeta.

Metió la mano en el bolso y rebuscó el taco que había impreso en una copistería la víspera de su partida. Soltó la goma y le entregó la primera. Al sacarla le pareció precaria, burdamente diseñada y de cartón corriente, pero ya era tarde.

—Era simple curiosidad —dijo el nuevo jefe del Departamento de Promoción mientras la dejaba sobre la mesa sin leerla—. Con tener tu dirección de *mail* nos es suficiente. En cualquier caso —terminó, poniéndose de pie y tocándole el brazo con paternalismo—, ésta es tu casa.

Mika se dirigió hacia la salida. Ascensor, veinte pisos hacia abajo. Cruzó el parque. Vagó durante un rato entre centros comerciales. Se paró frente a unos músicos callejeros que entonaban canciones de telenovela con un altavoz conectado a un generador que hacía más ruido que ellos. Jet lag. Sentada en un banco, se le cerraban los ojos. No quiero dormir, si caigo ahora mañana estaré igual o peor. Jet lag. *Delicia!*, le piropearon dos ratas de gimnasio con aspecto de rapero. Se tocó el cuello, los hombros descubiertos salvo por el hilo de la camiseta. ¿El fular? Llevaba toda la mañana guardado en el bolso. Ni siquiera se lo había puesto durante la entrevista.

De repente se escondió el sol.

Un estremecimiento.

Otra vez no, por favor...

Miró al cielo. Era sólo una nube. Una gran nube negra de tormenta.

Me voy a esa favela para visitar a Purone.

Se le ocurrió de golpe, al espabilarse con el susto.

Era el plan ideal para aguantar en pie el resto del día: buscar la comunidad de Monte Luz donde su amigo estaba pintando con sus cuatro compañeros del colectivo artístico Boa Mistura.

Tenía ganas de darle una sorpresa; además, después de la charla en la oficina comercial necesitaba un fuerte abrazo.

Se acercó a una marquesina de la red pública de transporte metropolitano y, comparando la maraña de líneas con el plano fotocopiado de la ciudad que llevaba consigo, escogió la mejor combinación para desplazarse hasta allí.

El ómnibus 8542-10 parecía una cámara colectiva de incineración. La goma de los apoyabrazos y la tela acrílica de los asientos se adherían a la piel. Mika soportaba con paciencia el largo trayecto y las sucesivas paradas, precedidas de frenazos que le impedían hacer una siesta rápida. Con la cabeza apoyada en la ventanilla, quieta como un reptil en plena canícula, notaba cómo las gotas de sudor iban surgiendo en el nacimiento de su abundante mata de pelo hasta que, cuando habían adquirido la dimensión suficiente, se proyectaban en una rápida carrera por sus sienes, sus pómulos y, las más avezadas, por la comisura de sus labios.

Cerró los ojos y de nuevo, como ya le ocurrió mientras el avión de Iberia desplegaba el tren de aterrizaje, pensó en la tarde que Purone le animó a embarcarse en aquella aventura...

Acababa de terminar el campeonato europeo de kárate, había dejado escapar la medalla por tercera edición consecutiva y estaba desolada. En aquella ocasión también acudió a ver a su amigo para que le diera un abrazo. Purone y ella se querían de forma relajada. Disfrutaban discutiendo, pero ambos sabían qué tecla pulsar para que el otro encontrase consuelo cuando la vida apretaba.

Se apeó del taxi en la estrecha calle San Hermenegildo, a un paso del rótulo: BOA MISTURA, ROCKING SINCE 2001.

El estudio ocupaba la planta baja de un antiguo edificio de Malasaña. Conservaba grandes ventanales y puertas de madera y cristal que llevaban allí desde la inauguración del primer negocio. Incluso perduraba un cartel centenario que decía FÁBRICA DE PEPINOS. Un rincón especial para aquel grupo de creativos que decían de sí mismos ser cinco cabezas, diez manos y un solo corazón.

A pesar de su juventud, estaban en la cresta de la ola. Comenzaron pintando murales en su barrio, pasaron unos años formándose en la universidad y cultivando todo tipo de disciplinas plásticas y, casi sin darse cuenta, se consolidaron como uno de los colectivos artísticos mejor valorados del globo. Su fusión del diseño gráfico, la ilustración, la fotografía y la arquitectura les habían aportado una visión amplia que hacía que nada se les pusiera por delante. Aunque lo que había asombrado al mundo eran sus descomunales intervenciones pictóricas en espacios urbanos de Argelia, Sudáfrica, Panamá, Georgia... En esos proyectos desplegaban toda la creatividad, el compromiso social y la sensibilidad que les convertía en unos artistas únicos.

El nombre Boa Mistura —«buena mezcla» en portugués— hacía referencia a la diversidad de estudios y puntos de vista, fundidos en favor de un resultado único. Javi

Pahg era arquitecto; a pesar de su risueño aspecto infantil, tenía la cabeza amueblada con precisas mediciones. Pablo Arkoh y Juan Derko se habían licenciado en Bellas Artes; el primero aportaba un toque de serenidad al grupo mientras, resguardado tras sus grandes gafas, buscaba nuevas visiones del mundo; el segundo, espigado y visceral, abría de par en par sus imposibles ojos verdes cada vez que vislumbraba una idea inexplorada. Rubén rDick, el mayor de todos, era ingeniero de caminos, pero su sendero había discurrido entre aerosoles y, en su caso, también entre los finos pinceles que le llevaban a presidir importantes exposiciones. Purone se había licenciado en Publicidad, como Mika (se conocieron en la cafetería de la facultad); era feliz por naturaleza, despistado como los grandes genios y su mejor amigo.

Empujó la puerta y saludó con la mano.

—¡Hola! —contestó Derko, dibujando una limpia sonrisa desde el portátil que tecleaba sobre la gran mesa común de trabajo.

Pahg y Arkoh le dedicaron un movimiento de cabeza y un guiño. Llevaban mascarillas y, de cara a la pared, retocaban un cartón pluma en el que habían dibujado un corazón del que germinaba un árbol, entrelazadas ramas y arterias.

Mika recorrió el estudio con la mirada buscando a su amigo. Aquel lugar le resultaba embriagador, y no sólo por el olor a barniz. Era perfecto para aislarse del mundo. Había botes de pintura en los alféizares de las ventanas, llenos y vacíos, fotografías, autorretratos de los miembros del colectivo elaborados con mil técnicas diferentes, un televisor de antenas y un tablero de ping-pong que en ocasiones usaban como mesa de taller. Todo estaba moteado de color, como un mercado de flores: manos, camisetas, el suelo, en el cual se abría una trampilla que conducía a un pequeño plató. En mitad del bohemio desorden, bocetos que parecían salidos de la mano de Da Vinci adquirirían vida en folios sueltos, en libretas Moleskine, en la portada de una revista de interiorismo.

—¡Qué haces tú aquí! —exclamó Purone desde la estancia contigua.

Apareció en compañía de rDick por un hueco en el que reposaba un piano antiguo cubierto, como todo lo demás, de aerosoles y botes repletos de pinceles.

—No quería molestar.

—¡Tú nunca molestas, karateka! ¿Qué tal ha ido?

—No muy bien.

—Vaya...

—El tobillo —explicó, encogiéndose de hombros.

Se refería a un esguince que se había hecho la víspera del combate, al pisar una rama mientras practicaba *katas* en el parque de El Retiro.

—¿Te ha mermado mucho?

—Eso no habría sido tan malo. Ya había luchado antes con lesiones más graves.

—Entonces ¿qué ha pasado?

—Me he retirado antes de empezar la semifinal.

Tras unos segundos de duelo, le preguntó si quería algo de beber.

—Si tienes una cerveza... Se acabó el régimen por esta temporada.

Sacó dos latas de San Miguel de una nevera y salió con Mika a la calle para hablar tranquilos. Se apoyaron en un coche aparcado. Ella no pudo evitar derramar una lágrima.

—Pero ¡bueno! —exclamó Purone con ternura.

—Perdóname, nunca me había comportado así.

—Pues has escogido el lugar ideal para hacerlo —le sosegó mientras sacaba del bolsillo un pañuelo de papel—. Yo lloro cada vez que se me tuerce una línea. ¿Quieres hablar del combate?

Ella negó con la cabeza.

—No es sólo eso. Está siendo una temporada de mucha tensión. He recibido dos correos rechazándome para unos trabajos que *tenía seguros*.

—Vaya...

—Será mejor pensar en esas cosas que se dicen por ahí: que es en los momentos críticos cuando surgen las grandes oportunidades. Lo que pasa es que en mi caso están tardando mucho y me estoy viniendo abajo. Fíjate lo que me ha pasado hoy: me he vencido a mí misma, he preferido retirarme antes que ser derrotada. Yo no soy así...

—También dicen que hay que aprovechar los palos que nos da la vida para reaccionar.

—¿A qué te refieres *exactamente*?

—A que en un momento u otro, todos necesitamos un cambio. Lo difícil es convencernos de que somos capaces de reinventarnos.

—Cada día resulta más difícil cambiar —se lamentó Mika.

Bebió un trago con resignación. Purone la contempló mientras pensaba qué decir.

—¿No te has planteado salir fuera?

—¿Fuera?

—Buscar trabajo en el extranjero.

—No sé... He pasado media vida saltando de un país a otro con mi padre y... —Hizo una pausa—. Pensaba que ahora tocaba otra cosa.

—¡Vente a Brasil!

—¿Qué dices? ¿Por qué Brasil?

—Ya sabes que nosotros vamos a pasar un mes en São Paulo pintando en la favela, pero tú podrías plantearte buscar trabajo allí de forma permanente.

—Estás loco.

—Tú sí que estás loca por no contemplarlo. São Paulo es la mayor urbe de Sudamérica y está en plena expansión económica. Allí se afincan todos los emprendedores y las empresas emergentes. Es el eje de innovación del continente; el equivalente a San Francisco en Norteamérica o a Tel Aviv en Oriente Próximo.

—No me tientes, que estoy muy vulnerable.

—Además, hablas portugués mejor que Adriana Lima.

—Podías haber dicho que soy más guapa que ella.

—Eso también.

—Gracias, eres un encanto.

—En serio, sólo depende de ti. Puedo pasarte mis contactos de la embajada. Seguro que conocen a quien lleve las relaciones comerciales.

Una repentina emoción.

—¿De verdad me estás sugiriendo que vaya a trabajar a Brasil?

—Y no sólo a trabajar. —Purone dio un trago a su cerveza—. El Amazonas, esas calas rodeadas de dunas... Métete en internet. Hay miles de kilómetros de playas desiertas. ¿Dónde puedes encontrar hoy en día playas desiertas? En un tiempo podrías dejar São Paulo y buscar otra empresa en algún rincón más tranquilo...

Un mes después de aquella charla, apoyada en la ventanilla del horno-ómnibus 8542-10, Mika se sorprendió a sí misma tarareando la bossa brasileña que Purone hizo sonar en su portátil cuando, cogidos del hombro, volvieron a entrar en el estudio.

Tardó más de dos horas en llegar a Monte Luz. La favela estaba situada en el extrarradio norte de la ciudad. En São Paulo, las comunidades menos favorecidas trazaban un círculo alrededor de los barrios del centro. No era como en Río de Janeiro, donde las zonas adineradas y las más necesitadas se fundían unas con otras dando lugar a cambios bruscos de escenario con tan sólo girar una esquina.

Monte Luz estaba levantada en una colina, a bastante más altitud que el centro. Por ello, cuando Mika se apeó en la parada que le indicó el chófer y se acercó al borde del barranco, obtuvo una visión panorámica parecida a la que había contemplado la noche anterior desde el morro de Villa Madalena. Era como observar desde la playa un mar agitado. Las hileras de rascacielos eran olas, una tras otra hasta perderse en el horizonte.

El auténtico impacto le sobrevino al girar sobre sí misma. Desde donde se encontraba y hasta la cima de la colina no había un solo centímetro cuadrado de suelo que no estuviera cubierto con las precarias edificaciones de la favela. Una colmena de ladrillo y chapa.

¿Cómo voy a encontrar a Purone en este laberinto?

Echó a andar hacia arriba por una escalinata sinuosa que se abría hueco con dificultad entre las apiñadas chabolas. Pensaba que en cualquier momento tendría que dar marcha atrás por carecer de salida, pero siempre surgía otro camino por el cual seguir subiendo. El interior de la colmena incluso disponía de una red de callejuelas por las que circulaban peatones y vehículos.

Si era recomendable pasar desapercibida en cualquier barrio de la capital, mucho más discreta debía mostrarse allí. Pero no podía evitar detener los ojos en cada rincón, como una turista en la capilla Sixtina. Se había transportado a otro mundo. ¿Debía tener miedo? ¿Por qué? La mayor parte de los pobladores de las favelas eran

inmigrantes desterrados a estos asentamientos prestados. Bastante duro debía de resultarles luchar contra la pobreza, como para además arrastrar el estigma que les convertía en potenciales criminales.

Consideraciones sociales aparte, lo más prudente habría sido regresar a la *pousada*, olvidar el cambio horario y meterse en la cama. Pero tiraba de ella el hechizo de lo desconocido, aquel canto de sirena que se filtraba por las ventanas sin cristal y la ropa tendida y hacía tirabuzones entre el cableado eléctrico que colgaba enmarañado sobre su cabeza.

Sentía como si su mente se hubiera vaciado con sólo alejarse de España y necesitase rellenarla con información fresca. Las casas estaban levantadas sin ningún criterio, con vocación de aguantar... ¿cuánto tiempo? Tal vez una sola noche. ¿Acaso no pensaban los habitantes de Monte Luz, a cada puesta de sol, que al día siguiente cambiarían las cosas? Esa promesa les había conducido a la urbe, huyendo de una selva indómita que desde la distancia se revelaba el jardín del edén. Sintió un escalofrío sólo de pensar que a ella pudiera ocurrirle lo mismo. Había depositado todas sus esperanzas en aquel viaje.

Quería crear una nueva Mika.

Caminó de forma mecánica buscando preguntar a alguien que le inspirase confianza. Pasó por delante de pequeños talleres, esquivando las miradas de los hombres que sostenían llaves inglesas con sus manos negras por la grasa. Se cruzó con una anciana cargada de bolsas de plátanos y colegiales ocultos bajo grandes mochilas. Cada vez más personas desocupadas, apoyadas en los quicios de las puertas. Comenzó a obsesionarle la idea de que su camiseta tuviera demasiado escote, aunque las mujeres que veía iban casi desnudas, con tirantes, pantalones cortos y hawaianas.

No sentía miedo, pero era consciente de que iba internándose más y más en el núcleo duro de la favela. A cada paso veía menos locales comerciales. De pronto se sintió vigilada. Niños que no levantaban un palmo del suelo le observaban desde las azoteas, aferrados a unas precarias cometas. Había oído que, a través de códigos encriptados en la forma de hacerlas volar, informaban a los traficantes de la presencia de la policía o de extraños que supusieran cualquier tipo de amenaza.

Le oprimió un creciente...

Silencio.

No tenía ni idea de cómo regresar a la parada del autobús, pero tampoco quería pensar en ello. Había superado una especie de punto de no retorno, por lo que más le valía llegar cuanto antes a su destino.

Se cruzó con una pareja de mujeres jóvenes que se ofrecieron a ayudarle. Mika les explicó lo que buscaba y ellas señalaron hacia la cima.

—Más arriba, a la derecha.

Más callejuelas, más laberinto.

Purone, dónde demonios estás...

Al poco llegó a una calle pintada por completo de azul celeste y supo que las mujeres no iban descaminadas. Estaba desierta, pero sin duda formaba parte de la intervención artística de sus amigos.

Paredes, suelo, puertas y ventanas de las casas, tubos de desagüe, tejadillos... todo monocromo. Sobre el azul, en las distintas superficies irregulares, habían estampado unas letras blancas aparentemente deformes pero trazadas con tan estudiada perspectiva que, desde un punto concreto al principio de la calle, hacían que se leyera una palabra completa como si estuviera escrita en el aire. Era tan perfecta la ejecución que a Mika le pareció estar contemplando una fotografía sobre la que se habían añadido las letras con un programa de edición digital. Según le había explicado Purone en su día, en cada una de las cinco calles escogidas para el proyecto tenían previsto escribir una palabra inspiradora diferente. En aquel caso podía leerse: BELLEZA.

Durante unos segundos quiso creer que le estaba lanzando un guiño. Nunca habían tenido una relación más allá de la amistad, y quizá por eso le echaba piropos cada dos por tres con la mayor naturalidad.

Fue entonces cuando oyó...

¿Un disparo?

Intentó tranquilizarse pensando que había sido el estallido de un tubo de escape en cualquiera de los talleres de las calles vecinas. Aun así, comenzó a descender sobre sus pasos tratando de calmar sus nervios, acelerando más de lo que permitía el firme irregular. La primera vez que levantó la vista del suelo para decidir por dónde seguir, pisó mal en un escalón que tenía roto el borde.

Soltó un grito sordo.

Maldito esguince...

Se sentó en un poyete para analizar la gravedad de la torcedura. Apenas había comenzado a masajearlo, se abrió la puerta de chapa de la casa situada al otro lado de la callejuela. El chirrido que produjo al raspar la piedra del suelo le provocó un estremecimiento.

Se asomó una mujer de edad indefinida, tal vez entre cuarenta y cincuenta años. Era más baja que ella y despedía un aire excéntrico. Vestía un turbante y una túnica blanca fruncida en la cintura con una cuerda. De su cuello colgaban dos collares de conchas que chocaban entre sí a cada movimiento.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me he torcido el tobillo.

—Me refiero a qué haces en la comunidad.

—Busco a unos amigos.

—¿Tienes amigos en Monte Luz?

—Son unos artistas españoles que llevan unos cuantos días alojados en el barrio.

Le acercó un papel con la dirección que llevaba apuntada. Mientras lo leía y asentía Mika se fijó en que la mujer iba descalza. En la calle, un reguero turbio se

abría paso entre sacos de obra. El interior de la casa parecía estar algo mejor.

—Pasa, no te quedes ahí.

—Pero...

—Que pases de una vez.

Mika echó un vistazo arriba y abajo de la callejuela. Se había esfumado todo signo de vida. Resurgió en su interior la sensación que percibió en el aeropuerto al poco de aterrizar, aquel nerviosismo preapocalíptico. La detonación perduraba en su mente como un eco. ¿Qué podía hacer? Sumisa, cojeó hacia el interior.

Estaba casi a oscuras. Apenas se distinguía el contorno de los muebles gracias a la luz que se filtraba a través de la ventana de la habitación contigua, que parecía ser la cocina.

—Siento molestarla, me ha parecido oír...

—¿Cómo te llamas?

—Mika.

—Yo soy Mamá Santa. Voy a traer algo para curarte en condiciones.

¿Qué clase de nombre era ése? ¿Y qué era eso de que le iba a curar?

—No hace falta...

—Si Yemanyá te ha traído aquí —le interrumpió—, lo quiera o no estoy obligada a actuar en consecuencia.

—¿Quién es Yemanyá?

—Siéntate en ese sillón.

Dio media vuelta y se dirigió con parsimonia a la cocina, donde comenzó a abrir y cerrar armarios.

Mika se dejó caer en el orejero, junto a una mesa grande de madera con pedazos de tela vaquera y utensilios para coser. Repasó la estancia. Anclado en la pared, un televisor plano junto a una fotografía enmarcada de una ciudad costera. En un rincón, una cómoda. Sobre ella reposaban los más variados objetos, colocados con un orden milimetrado.

Entornó los ojos para verlos mejor. Había platillos de diferentes tamaños con polvos de colores, un mechón de pelo, conchas, pulseras y colgantes de hierro con símbolos extraños, piedras de río y llamativos minerales, tarros, diminutas muñecas de paja, alfileres, velas, una daga en forma de rayo...

No era una cómoda.

Era un altar.

Se le secó la garganta. Cuando se documentó para el viaje leyó algunas cosas sobre el candomblé, la religión animista afrobrasileña extendida por todo el país. Estaba claro que no se trataba de un vestigio del pasado esclavista reducido a folclore. Ya en el avión ojeó un periódico que, en portada, daba cobertura a una investigación relacionada con aquellas prácticas. Habían aparecido siete cráneos humanos frente a varios consulados y templos mormónicos que, según mostraba la grabación de las cámaras de seguridad, había depositado allí una mujer con aspecto

de pitonisa. No pertenecían a muertos recientes, aclaraba el periodista quitándole importancia, apostando a que aquella excentricidad formaría parte de algún ritual para aumentar el poder de algún cliente. Setenta millones de brasileños acudían a ceremonias de candomblé con asiduidad. Seguro que la mayor parte de ellas no eran tan extremas, pero a Mika le estremeció pensar que a la primera de cambio había ido a parar al hogar de una *mãe-de-santo*, como llamaban a sus sacerdotisas.

Estaba a punto de levantarse para salir de allí cuando la mujer regresó con un bote de limpiador de zapatos en la mano.

—¿Has visto mi bella ciudad? —Señaló la foto enmarcada y se paró a contemplarla con orgullo—. Salvador de Bahía. *Capital da Alegria*, como la llamaban los portugueses por nuestras enormes fiestas. Aunque también la llamaban *Roma Negra*, por ser la metrópoli fuera de África con mayor porcentaje de negros. ¡De ahí mi color oscuro, y por eso te voy a untar a ti de betún!

Se arrodilló delante de Mika y colocó en el suelo el bote, que afortunadamente resultó contener un mejunje blanquecino. Le quitó la deportiva y el calcetín y se afanó en un extraño masaje. Mika la dejó hacer. Aquella mujer desprendía un hálito maternal al que consintió aferrarse durante un rato.

—Antes de sentarme a su puerta he oído algo —comentó.

—¿A qué te refieres?

—Un disparo.

—Habrá sido un tubo de escape.

—Eso quería pensar yo, pero...

Los dedos de la santera iniciaron una extraña danza sobre el tobillo.

—De vez en cuando se oyen ráfagas aisladas en las zonas prohibidas, pero los narcos llevan tranquilos una temporada. De otra forma, tus amigos no habrían podido venir a pintar, y mucho menos instalarse en una casa.

—¿Tienen mucho poder los narcos en Monte Luz? Creía que a estas alturas...

—¿Dónde te crees que estás, mi niña? En esta favela hay gente que trabaja duro en pos de la libertad y de la paz, buscando alternativas saludables para los jóvenes, pero no se crea un mundo mejor de un día para otro. El Estado prefirió apartar la vista del extrarradio y el narcotráfico ocupó su lugar. Fueron los cárteles los que se encargaron de suministrar agua, luz y gas a los vecinos, y desde entonces nos tiranizan exigiéndonos impuestos, cooperación y silencio.

—¿La policía no hace nada?

—La policía lleva tiempo quedándose en la comisaría de abajo, de ahí esta calma chicha. Ten en cuenta que muchos agentes terminan convirtiéndose en tentáculos de los traficantes. En este mundo decadente, lo más fácil y rentable es venderse al mejor postor. Pero...

—¿Pero?

—Tarde o temprano alguien le volará la cabeza a un agente corrupto y comenzarán de nuevo las redadas. Además, dicen que ha regresado un jefe de la

droga que quiere quitarle el puesto al comando que controla la zona. ¡Hace falta tener valor para eso! Aunque a éste parece que le sobra. Hace años le acusaron de robar un furgón de armas que estaban siendo transportadas para la producción de *Tropa de élite*.

—¿Qué es eso?

—Una película.

—¿Rodaron con armas reales?

—En Brasil, mi niña, todo es real.

Le soltó los dedos del pie, tirando de ellos uno por uno, e hizo girar despacio el tobillo.

—¡Esto ya está!

Mika comprobó con extrañeza que no le dolía.

—Muchas gracias.

—Quédate a comer. Prepararé *feijoada*, una receta *baiana* para chuparse los dedos. Frijoles negros, lengua de cerdo...

—He de ir a buscar a mi amigo. Si pudiera decirme dónde encontrarlo...

—Esta mañana estaban pintando cerca de aquí, pero no deberías salir todavía.

—Antes me ha dicho que la cosa estaba tranquila.

—Estar tranquila en la favela no es lo mismo que estar tranquila donde tú vives. Ese disparo habrá salido de un fusil de asalto que llevará colgado del cuello un adolescente drogado.

—¿No había sido un tubo de escape?

—Dales tiempo a que arreglen lo que haya podido pasar —concluyó con paciencia—. Aquí estás bien. Puedo encender el televisor.

¿Para qué?, se preguntó. ¿Para oír cómo siguen especulando sobre conspiraciones relacionadas con el apagón y la estrella? Era lógico que su alma de pantera sintiera ese temblor en el ambiente. ¿Qué demonios le pasaba al mundo?

Sintió una creciente ansiedad. Las figuras demoníacas del candomblé adquirieron vida, comenzaron a desperezarse sobre la cómoda.

Necesitaba abrazarse a su amigo Purone.

—Prefiero ir ahora —resolvió, levantándose como un resorte.

—De acuerdo, mi niña. Yemanyá te trajo y Yemanyá te lleva.

La acompañó a la puerta para darle algunas indicaciones. Mika se despidió y enfiló hacia donde le había dicho. Parecía fácil, pero una vez se sumergió de nuevo en el laberinto comenzaron las dudas. Al cabo de cinco minutos estaba convencida de que se había equivocado en algún cruce. Llegó a una zona más abierta y echó a andar por una calzada con coches aparcados, hasta una curva llena de basura desde la que se obtenía cierta perspectiva de las callejuelas situadas más abajo.

Se asomó. A un lado vio un edificio grande con aspecto de almacén; y no lejos de él...

El corazón comenzó a latir a toda prisa. Allí estaban Purone y sus compañeros de

Boa Mistura: Pahg, Arkoh, Derko y rDick. Pintando otra calle, esta vez de magenta, una nueva burbuja de color frente a la desesperanza, al tiempo que perfilaban las letras blancas en perspectiva para imprimir una nueva leyenda: DULZURA.

Sintió una profunda emoción. Estaban juntos en el otro extremo del mundo.

Se les veía en su salsa. Amaban trabajar de aquella forma, durmiendo en casas particulares para fundirse con los escenarios de sus intervenciones, entregándose en cuerpo y alma a proyectos socialmente comprometidos. Era la forma de seguir cultivando su espíritu más bohemio y solidario mientras, en su día a día en el estudio de Madrid, trabajaban otro tipo de encargos de diseño para diferentes empresas e instituciones que les proveían del dinero necesario para salir adelante.

Estaba claro que además de ser unos genios para crear sus obras, también lo eran para conectar con la gente. Un nutrido grupo de niños saltaba a su alrededor, ayudándoles a remover los botes de pintura e incluso a pasar el rodillo rosa sobre cada elemento de la calle: paredes, puertas, persianas, bordillos, aleros.

Mientras Mika se decidía entre gritar su nombre o bajar sin avisar para darle una sorpresa, Purone levantó la cabeza, se quitó las gafas de sol y la miró, entornando los ojos. Había adelgazado desde la última vez que se vieron en Madrid. Su cuerpo robusto, sin muscular en exceso, revelaba una mayor esbeltez y se mostraba de pronto proporcionado, cual canon renacentista, con su metro ochenta y cinco. La tupida barba rasurada, la piel tostada tras varios días pintando a la intemperie y, sobre todo, el brillo que desprendían sus ojos por estar haciendo aquello que amaba, terminaban de perfilar un atractivo personal del que Mika se sintió orgullosa.

Sonrió y agitó la mano. Él dio unos pasos para apartarse del resto, como si buscase cierta intimidad en mitad de la algarabía. Cuando se convenció de que era ella dio un grito que debió de oírse en toda la favela.

—¡Estás aquí!

—¡He venido!

Le indicó que bajase por una ladera de tierra en la que habían excavado unos escalones. Todo el grupo dejó la faena para recibirla. La chavalería también le dio la bienvenida levantando las palmas tintadas, como si la conocieran de toda la vida. Purone se adelantó para abrazarla, pero se echó hacia atrás en el último momento.

—¡Te voy a manchar de pintura!

—¡Da igual, ven aquí!

Sí, constató Mika al sentirse rodeada por sus brazos, ciertamente necesitaba este estrujón.

Los niños saltaban alrededor de su nueva huésped. Los otros cuatro miembros de Boa Mistura se acercaron para besarla.

—Es genial veros en acción —comentó dirigiéndose a todos. Habían formado un corrillo a su alrededor y la contemplaban sonrientes—. De verdad me parece mentira, después de tantos años pasando por vuestro estudio, viendo fotos de las obras que habíais pintado aquí y allá...

—¡Lo que parece mentira es que hayas venido! —exclamó Pahg entre risas—. Apareces de repente, saludando tan normal como cuando entras en el estudio.

—Nuestra querida Miss-Me-Gusta-Beber-Cerveza-Cuando-No-Tengo-Competición aceptará una lata fría, ¿no? —bromeó rDick.

Sacaron unas Bohemia de una neverita portátil y se sentaron en un murete.

—¿Y el apagón no impidió que el avión aterrizara? —preguntó Derko.

Antes de que Mika empezara a explicarse, le enfocó con una cámara como si estuviera haciéndole una entrevista. A ella no le sorprendió. Sabía que Derko filmaba cada paso de los proyectos artísticos del colectivo y tomaba declaraciones de la gente con la que compartían sus experiencias. Así disponían de material gráfico, además de las fotografías, para montar cortos documentales.

—Desviaron muchos aviones a Río —contestó ella después de dar un trago largo—, pero yo tuve tiempo de llegar para verlo todo en primera persona.

—Fue impresionante —dijo Purone.

—Sí que lo fue.

—Una obra de arte.

Mika rió.

—No sé si diría tanto como eso. Fue tremendo, pero arte, lo que se dice arte...

—¿Cómo que no? Pintaron en el cielo una especie de... despertar. Podría sacarle un millón de significados a esa estrella. Quienes hayan hecho eso son unos verdaderos genios. Utilizar el cielo negro como un lienzo...

—¡Brindemos por ellos! —exclamó Pahg, alzando su lata de cerveza.

—*Saúde!* —gritaron al unísono rDick y Arkoh.

—Os veo muy integrados.

—Es fácil integrarse aquí —dijo Purone—. La gente brilla, tiene luz propia. Son un ejemplo en mitad de este mundo deprimido.

—Vosotros sí que brilláis. Mirad lo que estáis haciendo.

Señaló la calle chorreante de color.

—Se merecen esto y mucho más.

—He pasado por otra de las calles que habéis pintado. La azul celeste con la palabra «belleza».

—Son cinco en total: «belleza», «firmeza», «amor», «dulzura» y «orgullo». Luego te llevaré a verlas todas. La gente de la comunidad está encantada, nos lo están poniendo muy fácil y nos ayudan mucho, ¿verdad? —preguntó con cariño a un par de niños que se habían sentado en el suelo frente a ellos—. Hemos titulado el proyecto *Luz nas vielas*. Así llaman aquí a estas diminutas callejuelas que sirven de conectores en el tejido urbano.

Hablaron un buen rato de aquel trabajo y de proyectos futuros. Purone le contó que con aquella actuación querían crear una serie llamada *Crossroads*, nuevas performances de arte urbano participativo para intervenir en comunidades desfavorecidas empleando el arte como herramienta de inspiración y cambio. Cuando

le preguntaron a Mika sobre sus planes laborales, les reprodujo la conversación que había mantenido en la oficina comercial.

—En este país todo marcha a otro ritmo —le consoló Arkoh—, no tienes que obsesionarte. Y si necesitas un lugar barato para vivir podemos preguntar a nuestra gente de aquí.

—Gracias, tengo mucha suerte de...

Se detuvo. Estaba emocionada de verdad.

—¿Sabes cómo llama nuestra madre adoptiva a tu amigo Purone? —saltó Pahg con su sonrisa habitual, refiriéndose a la dueña de la casa donde estaban alojados—. *Coxinha!*

—¿Qué quiere decir?

—¡Muslo de pollo! —Rió mientras señalaba los gemelos de Purone, que tenía muy desarrollados porque, según decía él, de pequeño siempre caminaba de puntillas.

—Pero ¡qué es esto! —se alarmó rDick.

—¿Qué pasa? —preguntó Mika, que no estaba para muchos sobresaltos.

—Vaya tuit más sobrado.

rDick mantenía los ojos pegados a la pantalla del móvil. Administraba un perfil de Twitter llamado @boamistura a través del cual enviaba a los seguidores del colectivo información y fotos a tiempo real de sus obras.

—Por la cara que ha puesto, seguro que se trata de un *spam* porno —bromeó Arkoh.

Su compañero acentuó el gesto de perplejidad.

—A mí no me parece ningún *spam*. Está viralizándose como un rayo. Toda la red está hablando de ello.

—Déjame verlo —le pidió Purone, estirando el brazo para que le pasase el móvil.

rDick se lo mostró. Los demás también se inclinaron para mirarlo.

—¡Joder! —saltó Pahg al verlo.

El mensaje provenía de un perfil con un nombre nada convencional, compuesto sólo de números y signos: @123456¿7?. Era el primer tuit que su autor remitía pero, como decía rDick, toda la red social estaba reenviándolo y comentándolo. No era para menos. Se componía de un *hashtag* con la leyenda #DíaPrimero como único texto y de una fotografía que mostraba el rostro de un hombre.

Un hombre... muerto.

—¿Es un cadáver de verdad? —saltó Mika.

Tenía los ojos abiertos, pero su expresión no dejaba lugar a dudas. La lengua hinchada sobresaliendo de la boca y, sobre todo, el color azulado de ponzoña que había adquirido la piel.

¿Quién era esa persona?

¿Y qué era eso de día primero?

Pasaron un rato haciendo cábalas acerca del origen del tuit y la identidad del muerto.

—Parece un aviso —dedujo Arkoh.

—¿Aviso de qué? —preguntó Derko, que no dejaba de grabar con su cámara.

—Si pone día primero, quizá sea porque habrá un día segundo.

—Suenan a asesino en serie.

—Eso es lo que se comenta en Twitter —confirmó rDick—. La red echa humo.

—No sé si después de lo de anoche estoy para asesinos en serie —murmuró Mika.

—Ven conmigo —salió al paso Purone, levantándose del poyete—, te enseñaré dónde estamos viviendo y te presentaré a nuestra madre adoptiva.

—La que te llama *coxinha*.

—Ja-ja-ja. Anda vamos, que está a cinco minutos.

—Ten cuidado, que puede que me instale con vosotros. Ya te he dicho que estoy buscando alojamiento.

—Tú misma, pero el baño no tiene techo y dormimos en cinco colchones que han echado en nuestro honor en el suelo de un garaje. Eso sí, comodísimos...

Atravesaron la calle llevándose el magenta en los zapatos, ya que el propio pavimento también formaba parte de la obra pictórica. Se introdujeron por un entramado de callejuelas cada vez más estrechas hasta que salieron a una plazoleta. Purone le hablaba de lo que estaban viviendo. En un momento dado, Mika se quedó paralizada.

—¿Qué ocurre?

Junto a un murete se acurrucaba un muchacho armado con una pistola ametralladora.

Durante unos instantes, Mika quiso creer que era de juguete, pero al momento recordó las palabras de Mamá Santa.

En Brasil todo es real.

Estaba allí atrincherado para cubrir el avance de otros que se aproximaban, agachados como un comando de mercenarios, por las calles situadas más abajo.

Caminaron en silencio hacia atrás, pero no pudieron evitar que el chico se percatase de su presencia. Se volvió con brusquedad y les apuntó. Purone hizo un movimiento rápido para apartar a Mika de la dirección del cañón. La empujó detrás del saliente de una pared con la mano en la que llevaba un par de pinceles grandes.

Al muchacho debieron de parecerle un arma.

La ráfaga rasgó el aire.

Esta vez no se trataba del reventón de un tubo de escape.

Mika soltó un grito desgarrador mientras su amigo caía desplomado hacia atrás.

—¡Nooo...!

La detonación produjo un efecto dominó que aceleró lo que estaba por llegar. En tan sólo unos segundos, la favela se convirtió en un infierno. Disparos, humo, jóvenes precedidos de sus fusiles de asalto y pistolas automáticas saliendo de todos los rincones. No había policía; debía de tratarse de escuadrones rivales. Era imposible adivinar cuál pertenecía a un bando y cuál a otro. Encaramados a los tejados de cemento y uralita, con sus camisetas de baloncesto y la cara tapada con pañuelos de colores vivos, parecían simples pandilleros juveniles a los que acababan de entregar un arma. Pero corrían por las escaleras buscando ángulos de tiro y propinando culatazos a quienes se asomaban a mirar con una sangre fría impropia de los novatos. Cuando se encontraban frente a frente en una calle disparaban unos contra otros a cuerpo descubierto, confiando acertar primero.

Mika estaba paralizada por el terror, viendo cómo el muchacho vaciaba cargadores por encima del murete. Cuando logró sobreponerse se estiró desde el rincón en el que se había protegido, agarró a Purone por los pies y, haciendo un esfuerzo descomunal, lo arrastró hacia sí.

Tenía un agujero de bala en la pierna.

—No te preocupes, no te preocupes... —repetía nerviosa bajo el estruendo mientras sacaba el fular que llevaba en el bolso y le hacía un torniquete.

Apretó con todas sus fuerzas. Purone no emitió un solo quejido. Tenía la cabeza vuelta hacia el lado opuesto.

—Dime algo, por favor...

Se inclinó sobre él y comprobó que otro disparo le había alcanzado en la cabeza. Tenía el pómulo derecho destrozado y el ojo cubierto de sangre.

—¡Dios, no!

No respiraba. Presionó su pecho intentando reanimarle; acercó la oreja a su boca. Nada. Era ella la que tiritaba; ella, la que tenía el corazón desbocado.

Pensó en llamar a los demás para que viniesen a ayudarla. En cuanto sacó el teléfono del bolso, el pandillero, como llevado por una suerte de intuición, se volvió y descerrajó otra ráfaga. Mika se resguardó a tiempo pero, al hacerlo, el móvil se le escapó de la mano y fue a caer entre una reja del precario sistema de alcantarillado que recorría la favela.

Directo al fondo.

Entre el barro que formaban el polvo y el agua sucia teñida de sangre.

Entró en estado de *shock*. Le costaba respirar. Su garganta emitía un sonido agónico. A su lado, tendido en el suelo, el cuerpo inerte de Purone.

—No te mueras...

Cuando reunió el valor suficiente para asomarse comprobó que el pandillero había desaparecido. Temblorosa, se lanzó a abrazar a su amigo. El tiempo se detuvo. Los disparos sonaban amortiguados. Intentó darle todo su calor, insuficiente calor,

hasta que aceptó que ya no estaba con ella. Suspiró de forma entrecortada. Haciendo un último esfuerzo lo apoyó en la pared de la forma más digna posible y le besó en el lado de la cara por el que no chorreaba sangre.

¿Qué podía hacer?

Tenía que salir de allí, pero no quería abandonar su cuerpo. No era capaz de pensar. Necesitaba ayuda. Quería volver sobre sus pasos para reunirse con los compañeros de Boa Mistura y regresar juntos a buscarlo, pero la zona a su espalda estaba infestada de miembros de la guerrilla urbana, a juzgar por el intercambio de fuego que se oía y el humo que se elevaba sobre los tejados. Miró a un lado y otro.

He de decidir algo rápido, decidir, decidir... ¡Vamos, Mika!

Pensó que lo mejor sería esperar a que todo pasase, pero oyó voces en una calle próxima y se puso en pie de un salto. Miró a un lado y otro buscando un sitio al que dirigirse para no echar a correr sin más por el laberinto.

Mamá Santa...

Eso es lo que haría: descender hasta la chabola de la sacerdotisa.

Se arrodilló en el suelo e intentó con todo su empeño sacar el teléfono móvil de la alcantarilla, pero la reja oxidada estaba sellada con cemento y no había hueco suficiente para introducir la mano.

Las voces se acercaban.

¡Tengo que irme ya!

Fue a dedicar una última mirada a su amigo, pero se obligó a no hacerlo. Cruzó su bolso a modo de bandolera para no perderlo y aceleró cuesta abajo por las *vuelas*.

Mientras corría, llegó a dudar si aquello estaba ocurriendo de verdad: aterrizar en São Paulo, el apagón, la estrella, la oficina comercial, la favela, el tiroteo... Se detuvo en el cruce de dos calles más abiertas por las que incluso podían transitar los vehículos y sonrió como una demente pensando que todo era un sueño, que en cualquier momento despertaría en Madrid la víspera del campeonato europeo de kárate, antes de haber perdido, antes de decidir embarcarse en aquel viaje. Pero entonces olió la pólvora y el agua estancada y la comida hirviendo en fuegos de butano y supo que todo era real. En los sueños carecemos de olfato, había oído decir a su padre años atrás.

Una ráfaga de ametralladora la sacó de su ensoñación. Habían disparado desde una ventana entreabierta situada sobre su cabeza. El destinatario de los proyectiles se puso a cubierto *in extremis* detrás de un destartado Volkswagen escarabajo que, por la cantidad de agujeros que atesoraba la chapa, debía de haber servido de parapeto en varias batallas. Mika se cobijó tras una pila de neumáticos. ¿Qué dirección tomar? ¿De qué bando tenía que protegerse? El de la ventana se detuvo a desencasquillar y el otro aprovechó para asomarse sobre el techo del vehículo al tiempo que retraía la corredera para insertar un cartucho en la recámara y daba la réplica con una serie rápida de disparos. Su oponente cayó envuelto en sangre y cristales y Mika soltó un grito que reveló su escondite.

El de la pistola, un chico alto y flaco con la cabeza afeitada y una gran perilla, corrió hacia ella, le retorció el brazo por la espalda y la arrastró hacia un callejón. Mika trató de resistirse, pero le abandonaron las fuerzas cuando el chico volvió a vaciar medio cargador junto a su oreja y ella oyó tan próximo el baile del percutor, el golpeteo de la aguja retráctil sobre el fulminante del culote, los casquillos despedidos.

No era la primera vez que tenía cerca un arma. Su padre solía ir al campo de tiro durante los períodos de entrenamiento y alguna vez lo había acompañado. Pero aquello era diferente. No se trataba de agujerear una silueta de papel, ni llevaba orejeras antirruido para los oídos.

El narco siguió caminando hacia atrás por la callejuela tirando de Mika hasta que llegó al extremo opuesto. Allí les esperaba un chico negro obeso en bermudas, con la espalda desnuda pegada a la pared junto a la esquina.

—¡No me seas *trucho cagado* y tira para fuera! —gritó el de la perilla.

—¡Sal tú, *corajoso*! ¡El del tejado anda *calzado* con una automática del ejército!

—¡Pues como vengan por la entrada de la calle nos van a freír!

—¡Y qué quieres que haga, *foder*!

—¡Úsala a ella!

—¿Qué?

El de la perilla empujó a Mika contra el otro, que la apretó contra su cuerpo seboso y le apoyó la boca del revólver en la cabeza. Para entonces, Mika parecía una muñeca de trapo.

—¡Malditas burguesas estrechas que venís aquí a comprar droga y no sabéis ni *merda*! —escupió el obeso—. ¡Te vas a enterar de cómo es la vida de la favela!

—¡Yo no he venido a comprar droga! —saltó la joven por inercia.

—¡Calla, puta!

—¡Sal de una vez y acaba con ese desgraciado! —le urgió el otro—. ¡Y aguanta a la chica contra tu pecho sin soltarla hasta que llegues! ¿Has entendido?

Mika se dio cuenta de que iban a utilizarla como escudo. No era la forma en la que había previsto morir.

Cerró los ojos.

Mi burbuja...

Se concentró para visualizar la dimensión paralela en la que se sumergía justo antes de los combates de kárate. Sé que estás ahí, dijo para sí; Purone ha sido capaz de pintar una burbuja de color en mitad de este caos, yo también puedo encontrar la mía, mi burbuja de vacío, necesito abstraerme un segundo, tomar conciencia de mis músculos y articulaciones...

Notaba en su rostro el sudor del pandillero que la aprisionaba, el cual, a punto de doblar la esquina para lanzarse hacia la casa donde estaba el francotirador, transpiraba como una manguera. El de la perilla se había vuelto hacia el extremo opuesto de la callejuela. Permanecía allí, rodilla en suelo, dispuesto a volarle la cabeza a cualquiera que asomase.

Proyecta tu masa corporal en un solo impacto, siguió diciendo Mika para sí, en uno solo, como la estocada de una catana...

Oyó un clic en su cerebro.

A una velocidad insospechada liberó el brazo izquierdo y propinó a su captor un puñetazo en el pómulo. A pesar de la capa de grasa que le cubría la cara oyó cómo crujía el hueso. Fue suficiente para que aquél le soltara el otro brazo. Ya libre, con un balanceo estudiado se inclinó sobre su pierna derecha y con la izquierda le atizó a la altura de las bermudas una patada brutal que, a pesar de su peso, lo desplazó lo suficiente para ponerlo al descubierto. Antes de que hubiera podido reaccionar, el tirador del tejado atravesó su cuerpo obeso con una ráfaga certera.

El de la perilla se volvió, pero lo único que tuvo tiempo de ver antes de perder el conocimiento fue el otro talón de Mika estampándose contra su arco nasal.

Mika respiró hondo. Contempló los dos cuerpos tirados en el suelo. Le sorprendía estar tan serena. Tal vez había perdido el juicio... No. Era muy consciente de lo que había hecho: sobrevivir. Eso no estaba reñido con el espíritu del *bushido*, con *el camino del guerrero* que llevaba años recorriendo. Era como si toda su vida hubiera estado preparándose para ese momento. Nunca imaginó lo que podían dar de sí sus entrenamientos, ni que algún día llegaría a utilizarlos en ese sentido.

—Bendito Yemanyá... —oyó que decía alguien—. ¿Qué ha pasado, mi niña?

Se volvió. Era Mamá Santa, asomada bajo su aparatoso turbante. Hasta entonces no se había dado cuenta de que estaba frente a su puerta.

Se fijaron al unísono en los dos cuerpos. Uno a los pies de Mika con la cara ensangrentada. El otro en la confluencia con la calleja adyacente, con el pecho cosido a disparos.

—Yo no... Ellos...

—¡Entra rápido!

Se dispuso a abrir la puerta de chapa, pero Mika sólo pensaba en huir lo más lejos posible. Le aterraba que alguien que la viera entrar, o la propia santera, avisase a los narcos y enviasen a un escuadrón entero para capturarla.

Sin pensarlo dos veces, se encaramó a un murete desde el que saltó a un balconcillo de la casa de enfrente.

—¿Adónde vas? —gritó Mamá Santa—. ¡Te van a matar!

Mika ya no la oía. Se sujetó al alero del tejado y siguió trepando, con tan mala suerte que la cinta del bolso que llevaba cruzado se enganchó en el hierro de un pilar que sobresalía de la fachada. Tiró de él y logró recuperarlo, pero se desestabilizó y a punto estuvo de caer. Alargó el brazo para asirse a un canalón, apoyó el pie en un agujero abierto en los ladrillos y terminó de impulsarse hacia arriba. Cuando logró llegar a la azotea, pasó a gatas de una casa a otra, cuidando de no enredarse en los cables y los alambres que mantenían erguidas las antenas.

Metro a metro, alejándose de aquel lugar fatídico.

Al poco se asomó a otra calle un tanto apartada del tiroteo.

Miró abajo.

No pienses en la altura...

Saltó.

Cayó al suelo y rodó sobre la gravilla. Cuando iba a levantarse, un deportivo plateado giró una esquina y se precipitó sobre ella. Frenó a menos de un palmo de su cuerpo tembloroso, dejando marcas de caucho en el asfalto y un fuerte olor a quemado. Mika, recomponiéndose después del golpe y el susto, se levantó y miró a través del parabrisas tintado lo justo para comprobar que quien conducía era un hombre rubio de unos cincuenta años que, al igual que su deslumbrante vehículo, estaba fuera de lugar en aquel infierno.

Se deslizó sobre el capó para no perder ni un solo segundo, abrió la puerta del copiloto y se lanzó al interior cerrando tras de sí.

—¿Quién eres tú? —preguntó el hombre, sujetando el volante con ambas manos.

—¿Está blindado? Por favor, no me eche...

Los ojos azules del hombre seguían abiertos. El verde grisáceo de los de Mika se empañaba suplicando compasión.

—Ponte el cinturón.

Despertó a los cuatrocientos caballos del Aston Martin con un solo pisotón y salió disparado calle abajo. Mika se preguntó si había sido buena idea subir a aquel coche. Esquivaron sacos de obra, furgonetas aparcadas, pasaron rozando algunas casas. Ella se agarraba al asiento. Los disparos se oían cada vez más lejanos. Al tercer giro propio del Rally de Montecarlo comprendió que no era ni la primera ni la décima vez que aquel hombre conducía por allí. Más que tranquilizarse, cuando aflojó la tensión se desinfló por completo.

En una confluencia de calles, el conductor hizo derrapar el vehículo y lo detuvo en seco. Les envolvió una nube de polvo. Mika, sabiéndose apartada de la batalla campal, rompió a llorar.

—Dime quién eres —volvió a preguntar él sin enternecerse. Mika no podía hablar, se frotaba los ojos con las manos sucias de polvo y sangre, formando una máscara trágica al mezclarlos con sus lágrimas—. ¿Hablas portugués? —Ella afirmó con la cabeza y él continuó interrogándole con la misma frialdad—. Dime algo o baja ahora mismo del coche.

—Han matado a Purone —acertó por fin a contestar entre sollozos—. Y yo he... Yo he...

—¿Quién es Purone?

—Había venido a verle...

—¿Es un camello? —le presionó—. ¿Tienes un novio camello?

—No es ningún camello...

Apenas podía hablar.

—Entonces habíais venido a comprar droga, ¿es eso?

—¡No! Era un amigo que llegó hace días para pintar unas calles en un proyecto

solidario —soltó de un tirón—. Y ahora él ha muerto y yo también he... Yo...

No era capaz de pronunciar con palabras lo que acababa de hacer.

—¡Maldita sea! ¿Cómo se os ocurre?

—¡Tengo que volver para avisar a los otros! —Reventó en un nuevo llanto desconsolado—. ¡Está tirado en el suelo! ¡No puedo dejar su cuerpo allí! Lléveme con ellos, por favor...

—Eso es imposible.

—No puedo dejarlo, no puedo...

Sintió que poco a poco perdía el conocimiento. Había soportado demasiado, el acogedor sillón de cuero le abrazaba, no podía más, se encontraba junto a aquel hombre cuya colonia mezcla de enebro y canela inundaba el vehículo, le gustaba aquella fragancia, arriesgada y firme como un funambulista, que penetraba en su cerebro y la cogía en brazos y la transportaba a algún lugar lejano.

No puedo...

dejarlo...

allí...

cielo

Despertó sobresaltada.
Miró a ambos lados.

Estaba echada en una cama. No era su habitación de la *pousada*. Tampoco un hospital. En ese período de transición entre el sueño y la vigilia, le asaltó un pensamiento que le estremeció. Apartó la manta que le tapaba y le sosegó comprobar que aún vestía sus ropas: el pantalón de campaña con elástico en los tobillos, la camiseta de tirantes. Todo estaba en su sitio, salvo las deportivas. Se inclinó y comprobó que alguien las había colocado a los pies de la cama con la escurpulosidad de un mayordomo. También le habían quitado los calcetines. Ese detalle hizo que se sintiera indefensa. Notó polvo en las manos, en el cuello, magulladuras en los hombros. No la habían lavado, mejor así. Se sentó en el colchón y le sobrevino un mareo. Tal vez le habían administrado algún medicamento.

Recordó de forma gradual lo ocurrido en la favela. Los pensamientos retornaron a su mente de forma aleatoria —por llamar «aleatorio» a aquello cuyo sentido no alcanzaba a vislumbrar—. En primer lugar le asaltó la imagen del deportivo plateado de aquel hombre que a buen seguro también era el propietario de esa enorme cama. ¿Por qué le había llevado allí? El que condujera un coche de doscientos mil euros no le convertía en un santo; más bien al contrario. Quizá fuera un psicópata que, harto de poseer todo lo que podía comprar, necesitaba idear juegos sucesivos y ella se había convertido en su nueva muñeca.

Estoy perdiendo la cabeza. De haber querido hacerme daño no habría doblado la manta con tanto mimo sobre mi cuerpo.

Por un instante le resultó enternecedor, pero el eco de los casquillos golpeando contra el suelo le arrancó del bucle. Reprodujo la hiriente imagen de las bermudas hawaianas del traficante salpicadas de sangre y todo lo demás pasó a segundo plano.

La sangre...

Se tapó la boca para no gritar. La expresión de Purone mientras se desplomaba hacia atrás con un agujero de bala en la cara ocupó cada rincón de su cerebro.

Comenzó a temblar, pero se obligó a reaccionar. Tenía que salir de allí, pero antes llamaría a los chicos de Boa Mistura para saber si estaban bien y si habían encontrado el cuerpo de su compañero.

Saltó de la cama y se dirigió hacia el bolso, que colgaba del respaldo de una silla. Mientras buscaba el móvil recordó que se le cayó en la alcantarilla al refugiarse de la segunda ráfaga del pandillero. Se le vino el mundo encima cuando se percató de que tampoco estaba el pasaporte.

Al poco se dio cuenta.

Debió de caerse cuando se me enganchó la cinta del bolso en aquel hierro, al

encaramarme al tejado frente a casa de Mamá Santa para salir huyendo...

Estaba incomunicada. Sin documentación. Una náufraga en mitad de un océano de violencia.

Respiró hondo y se decidió a inspeccionar la casa, su sanatorio o su jaula, aún estaba por decidir.

—¿Hola?

Advirtió varias veces de su presencia, pero nadie contestó.

Caminó a pasos lentos sobre la tarima oscura. Unos paneles correderos separaban el dormitorio del resto de la vivienda, que se exhibía luminosa y diáfana. Tendría unos setenta metros cuadrados y estaba diseñada a modo de *loft*. Un solo espacio con el hormigón de columnas y pilares a la vista, rodeado de estanterías repletas de libros y objetos exóticos. Apenas había muebles. Un gran sofá enfrentado a una pantalla de televisión y, formando otro ambiente, una alfombra circular con dos cojines a modo de jaima y una mesita baja en la que reposaba una bandeja metálica con una tetera y un juego de vasos de cristal tallado. Cerca de la puerta de entrada se alzaba una isleta para cocinar, con dos taburetes.

Todo estaba colocado de tal modo que parecía no usarse. Mika supuso que aquel hombre vivía solo. Repasó las estanterías buscando marcos de fotos que le aportasen cualquier información sobre la vida de su salvador-raptor. No había ninguna. Ni un brochazo íntimo, salvo aquellos objetos originarios de antiguas civilizaciones que no desvelaban gran cosa. A sus ojos, bien podían pertenecer a cualquier despersonalizado museo. Se disponía a dar media vuelta, pero uno de ellos le atrajo de forma especial.

Desprendía un magnetismo casi físico.

Era una estatuilla negra, quizá de basalto. Mediría poco más de un palmo de altura. Representaba una especie de sacerdote que sujetaba una tabla con caracteres pictográficos de algún alfabeto ancestral. Se asemejaba al egipcio, al igual que el estilo de los ropajes, la perilla y el tocado. Pero la pequeña figura miraba de frente, firme sobre los grandes dedos de sus pies, y exhibía una confusa sonrisa nada faraónica.

Como llevada por una suerte de hechizo, estiró el brazo y cogió la figura. Al instante, un calambre eléctrico le subió hasta el codo y tuvo que soltarla. Habría impactado contra el suelo de no haber sido porque reaccionó como el felino que llevaba dentro. Con un movimiento rápido la asió de nuevo en el aire y, sin perder un segundo, la dejó sobre el estante del que la había cogido.

¿Qué estoy haciendo aquí?

¿Acaso podía marcharse? Se acercó a la puerta y comprobó con inquietud que estaba cerrada con llave. Comenzó a faltarle el aire.

Cruzó la estancia a grandes pasos hacia una de las tres ventanas del apartamento, pero estaba sellada. La contigua tampoco tenía manilla. Nerviosa, pasó por encima de la mesita baja para probar con la última. Volcó los vasos y la tetera formando un

estruendo, se irguió sobre el sofá y, aquélla sí, se abrió. Los ruidos de la ciudad inundaron la estancia. Estaba en el centro de São Paulo. El sol estallaba a un palmo. No podía salir por allí, debía de tratarse cuando menos de un piso treinta.

Sacó medio cuerpo al exterior. El viento le golpeó la cara como si se hubiera alzado en la proa de un velero. Miró a ambos lados y no tardó en reconocer el edificio. Se encontraba en lo alto del emblemático Copan, la construcción en la que el arquitecto brasileño Oscar Niemeyer había volcado su ángel. Levantado medio siglo atrás en el corazón de la ciudad, sus treinta y siete plantas y más de mil viviendas, sumadas a su sensual morfología en forma de ola, lo habían convertido en un icono del país.

El repentino ruido, el viento y la luz intensa acrecentaron su ansiedad. Cerró la ventana de golpe y trató de recomponer con dificultad el ritmo de su respiración. Entonces vio, en un rincón, una mesa de cristal y patas metálicas. Sobre ella aguardaba un portátil.

No lo dudó.

Se acercó y levantó la tapa. Eso era lo que necesitaba, conectarse a internet y buscar información sobre la batalla campal que había vivido en Monte Luz.

También entraría en su cuenta de correo y enviaría dos mensajes: uno a su padre, para decirle que todo seguía bien —no era incierto del todo, al menos estaba viva—; y otro dirigido a sí misma a fin de dejar constancia escrita de su extraña situación, explicando que había despertado de forma misteriosa en aquel *loft* del edificio Copan y describiendo con detalle a su supuesto dueño. De momento no tenía por qué alertar a nadie pero le consolaba pensar que, si las cosas se ponían feas, la policía encontraría de inmediato esa información al investigar su buzón de correo.

Pulsó la tecla de encendido y respiró al comprobar que carecía de contraseña. También había conexión.

—Al menos algo me sale bien... —murmuró en voz alta para liberar tensión.

Pinchó el icono de Google Chrome y buscó la página web de un periódico local. La portada del diario *Folha de São Paulo* estaba copada por artículos sobre el apagón y la estrella, que seguían multiplicándose por doquier ante la falta de respuestas de la policía y los servicios de inteligencia sobre la autoría de aquel extraño atentado. A renglón seguido, bajo el titular: «Ajusticiamiento en Monte Luz», se recopilaba información fresca sobre lo ocurrido en la favela. Fresca...

e inesperada.

Mika se quedó de una pieza al enterarse de que los medios relacionaban la reyerta con el muerto cuya fotografía había sido distribuida por Twitter. La misma que había visto poco antes de que todo comenzase, mientras inocentemente tomaba una cerveza con sus amigos de Boa Mistura.

No... es... posible.

Según relataba el redactor, el repulsivo rostro azulado con la lengua hinchada que los morbosos de medio mundo habían contemplado a través de la red social

pertenecía al criminal apodado Poderosinho, líder desde hacía varios años del Comando Brasil Poderoso, una de las dos bandas de narcos que controlaban la favela. Su cuerpo había aparecido en un sillón de su propia casa, enclavada en la zona más alta del barrio, por lo que el autor tenía que haber sido un sicario de la banda rival con los arrojos de internarse allí tras sortear los dispositivos de seguridad que rodeaban a la víctima. Los lugartenientes de Poderosinho no esperaron a confirmar la hipótesis. En cuanto descubrieron el cadáver, dieron rienda suelta a su ansia de venganza al tiempo que asestaron un golpe de efecto para afianzar su supremacía en la comunidad.

Pero aún faltaba algo por dilucidar: el significado del *hashtag* #DíaPrimero que acompañaba a la fotografía. ¿Quiere ello decir que habrá un día segundo con un nuevo asesinato?, se preguntaba el periodista.

Era el mismo interrogante que Arkoh, uno de los componentes de Boa Mistura, había lanzado al aire cuando vieron el tuit por primera vez. Lo que ni siquiera imaginaron era que el cadáver estaba a un paso de donde se encontraban; y mucho menos que cinco minutos más tarde sus vidas cambiarían para siempre.

Todavía sin dar crédito a lo que estaba leyendo, siguió adelante hasta terminar el reportaje, que incluía los distantes puntos de vista de varias personalidades. El redactor confirmaba que en el enfrentamiento habían caído decenas de sicarios de ambos escuadrones —¿por qué no mencionaba la muerte de Purone?, ¿acaso la consideraba una más?—, pero advertía que la masacre no terminaba con los problemas. La policía, que llevaba tiempo sin intervenir en la favela por un acuerdo tácito con los traficantes, se había visto obligada a entrar de una vez por todas, y lo había hecho acompañada del máximo despliegue militar, incluidos los blindados.

Permaneció unos segundos con los ojos estampados en la pantalla sin leer una palabra.

¿Qué tenía que ver ella con ese conflicto?

¿Qué tenía que ver su amigo del alma?

El disparo en la cara, sangre en su camiseta, sobre la pintura magenta...

Accedió a su cuenta de correo para escribir sin más demoras los dos *mails* que había previsto enviar, pero antes chequeó el buzón de entrada. Había un mensaje nuevo, procedente de una dirección desconocida. Estaba compuesta por varias letras escogidas de forma aleatoria:

lcmytepyafyh¿d?@gmail.com

Lo más probable es que fuera un *spam* que había esquivado los filtros. Cuando se disponía a mandarlo a la papelera se fijó en el asunto:

No me elimines a mí también

Cantaba a virus por los cuatro costados pero, después de lo que había pasado, algo en el tono de aquella frase le impedía pulsar la techa de borrado.

Llevada por un último impulso, se decidió a abrirlo.

Clic.

Una tonelada de plomo le golpeó la cabeza.

Tuvo que leerlo tres veces. Decía:

Purone = Daño colateral.

¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?

No podía apartar los ojos de aquellas diez palabras, arcanas, diabólicas. ¿Qué clase de juego era ése? ¿Qué insinuaba el encabezamiento «No me elimines a mí también»? La estaban acusando...

La cabeza le hervía. Tenía que ser cosa de alguno de los compañeros de Purone. Era el estilo Boa Mistura: innovador, sutil, aunque nunca les había visto utilizar la innovación y la sutileza en beneficio de la crueldad. ¿De verdad pensaban que ella había provocado la agresión del pandillero, que no había hecho lo suficiente para salvar a su amigo, que había huido dejando su cuerpo tirado? ¡Quiso regresar a avisarles, pero el hombre del coche se negó a dar media vuelta!

Intentó buscar conexiones y no saltar ningún detalle. «Daño colateral.» «... cambiar el mundo». Se le ocurrió que podían referirse a algo que ella dijo una tarde, en plena explosión del movimiento 15M, en el estudio de Madrid. Discutieron sobre los destrozos sufridos por los comerciantes y comparó a la sociedad aletargada con aquellos que callaban ante la contemplación del Holocausto judío o, lo que era peor, con las propias víctimas que se dejaban exterminar sin apenas ofrecer resistencia. Aquel día se mostró inclinada hacia una postura más radical de lo que era habitual en ella. Arengó: Lancémonos contra las bayonetas. Tal vez ahora la acusaban de haber lanzado a Purone contra la pistola ametralladora del pandillero... ¡Cómo podían pensar eso! ¡Aquella no era su guerra!

Se estaba volviendo loca.

No... Más bien estaba muy cuerda. Tanto como para construir esa tesis absurda con tal de arrinconar la única e ineludible realidad: fueron los narcos quienes le enviaron el *mail*. Había matado a dos de ellos. Y Mamá Santa, la extraña santera, lo había contemplado todo.

Pero ¿cómo podía el Comando Brasil Poderoso conocer su dirección de correo electrónico?

Desgraciadamente, tardó un triste segundo en encontrar una respuesta: por las malditas tarjetas de visita que debieron de salir volando del bolso cuando tiró de él al trepar a la azotea, en el mismo momento en que perdió el pasaporte.

Corrió a confirmar esa dolorosa tesis, rogando que todo fuera una falsa alarma. Se asomó al bolso. Del taco de tarjetas que trajo de España, al cual soltó la goma cuando entregó la primera a su contacto de la oficina comercial, sólo quedaban tres o cuatro sueltas.

He dejado un sendero de migas de pan con mis datos por toda la favela...

Faltaba una cosa por esclarecer: ¿de dónde habían sacado el nombre de Purone? Pero tras otro instante de confusión, concluyó que les habría bastado con robar la cartera al cadáver.

Más desazón. Más angustia.

Aquel mensaje cifrado era una advertencia.

Peor aún, una sentencia de muerte.

En ese momento oyó ruidos al otro lado de la puerta.

El corazón le dio un vuelco. Intentó cerrar en condiciones su cuenta de correo para no dejar pistas de las páginas que había visitado, pero no tuvo tiempo. Se limitó a bajar la tapa y separarse de la mesa de forma apresurada.

Cuando él entró, la encontró en mitad del salón.

De pie.

Descalza.

Se observaron durante unos segundos.

Como había supuesto, era el mismo hombre que conducía el Aston Martin. Unos cincuenta años bien llevados, rubio, de porte esbelto, mandíbula fuerte, hombros anchos... Tan perfecto que no parecía real. Tampoco tenía pinta de psicópata. Vestía un pantalón blanco de pinzas cortado por los tobillos que dejaba a la vista unos zapatos marrones impecables y una camisa azul clara remangada hasta los codos.

Cerró la puerta y dio una vuelta a la llave desde dentro. El giro lento del bombín sonó a cadena perpetua. Mika aguantó firme, esperando a que él pronunciase la primera palabra.

—¿Cómo te encuentras?

—¿Quién eres? —repreguntó ella en tono imperativo y tuteándolo.

—Me llamo Adam Green.

—¿No eres brasileño?

—En São Paulo caben todas las nacionalidades.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Te desmayaste en mi coche.

—¿No pudiste llevarme a un hospital?

—No estabas enferma ni herida. Sólo agotada.

—¿Y a la policía?

—La policía no es la solución.

—¿Y a mi *pousada*?

—No tengo ni idea de dónde te alojas. Busqué en tu bolso, pero no encontré ninguna llave.

—¿Hurgaste entre mis cosas?

—Desde luego que sí.

Hubo unos segundos de pausa. Adam, que aún no se había movido de la entrada, se quitó los zapatos, los arrinconó en el suelo junto a la puerta y caminó descalzo hacia la isleta de la cocina. Roto todo formalismo, seguía pareciendo uno de esos modelos maduros de ropa náutica que salían en las revistas.

—¿Puedo irme?

—Cuando quieras. Pero has de saber que ya me he ocupado de todo.

—¿De qué te has ocupado?

—Lo único inteligible que dijiste en el coche es que habían disparado a tu amigo.

—¿Qué has podido hacer tú al respecto? —preguntó Mika con inquietud.

—He ido al consulado para asegurarme de que tenían conocimiento de lo ocurrido y ya me han informado.

—¿Saben algo de...?

—Los otros cuatro se encuentran bien.

—Oh, Dios, menos mal...

—Deben de estar terminando las declaraciones en la policía. Supongo que en cualquier momento los mandarán de vuelta a España.

—A ellos... y al cuerpo de Purone, ¿no? Dime por favor que lo han encontrado.

—¿Cómo que *al cuerpo*?

—Su... cadáver.

Adam se tomó un segundo antes de revelarle:

—Tu amigo Purone no está muerto.

No está muerto...

—¿Qué?

El corazón desbocado. Le dolían los latidos. Estaba tan nerviosa que ni siquiera era capaz de mostrar alegría.

—Está ingresado en algún hospital de la ciudad, aunque no han podido concretarme en cuál. Los responsables de las unidades de pacificación no se aclaran. Pero no te preocupes. Este desbarajuste de información es normal en situaciones como la que se vivió ayer.

Comenzó a temblar. Grandes lágrimas se derramaron por su cara.

—Yo misma vi el disparo en la cabeza, lo tuve entre mis brazos... ¡Oh, Dios! ¿Cuándo me dirán dónde está?

—En cuanto la gente del consulado sepa algo te llamarán a este teléfono.

Le acercó un smartphone de última generación.

—¿Y esto?

—Tenía que dejar un número para que pudieran localizarte, y cuando curioseé entre tus cosas vi que no llevabas móvil. Por eso les di éste. Espero que no te importe.

—¿Cómo va a importarme? Perdí el mío en el tiroteo...

—No te preocupes, es de mi empresa y puedes utilizarlo para lo que quieras. Tiene tarifa plana internacional, conexión a internet, están descargadas las redes sociales y cualquier otra aplicación que necesites. ¡Ah! También te he introducido mi número, por si necesitas algo. Ya sabes, Adam —le recordó.

—Muchas gracias, estoy abrumada.

—Es lo menos que podía hacer después de lo que has pasado.

Mika perdió la mirada en la reluciente pantalla. Tenía como fondo la fotografía en macro de unas hojas verdes con gotas de lluvia.

—Me tortura pensar que los compañeros de Purone crean que lo abandoné en

pleno tiroteo a sabiendas de que estaba vivo.

—Todo se aclarará pronto, Mika.

—¿Cómo sabes mi nombre? —saltó ella, buscando cualquier excusa para enojarse. Al igual que su físico, todo lo que rodeaba a aquel hombre le parecía demasiado perfecto. Se sentía obligada a ponerse en guardia.

Él arqueó las cejas en dirección al bolso.

—No creo que mienta la tarjeta de embarque que aún guardas por ahí. ¿Te importa que me sirva un vaso de ron? —preguntó de pronto, señalando una botella dorada de Ultra Premium Zacapa.

—Haz lo que quieras, estás en tu casa.

—¿Te apetece acompañarme? Tal vez no sea un mal desayuno para un día como éste.

—¿Qué quieres celebrar? —espetó con desgana.

—No se trata de celebrar nada. Llevo horas de aquí para allá y tengo sed. Además, sí que deberías sentirte de enhorabuena. Inexplicablemente, no tienes ni un rasguño.

—No sé cómo puedes ser tan insensible.

—Entiendo que estés afectada y confusa después de lo que le ha ocurrido a tu amigo, pero...

—¿Afectada y confusa? —le cortó—. ¡Eso no resume ni un uno por ciento de lo que siento!

—Iba a decir que debes ser consciente de la segunda oportunidad que te ha deparado el destino. La vida es injusta con algunos pero, en tu caso, la tragedia ha terminado casi antes de empezar.

Se lanzó hacia el ordenador y lo abrió con furia.

—¡Mira el correo que he recibido y dime si todo ha terminado! —Tecleó de forma apresurada hasta que la pantalla volvió a mostrar aquel pavoroso mensaje y lo leyó en voz alta—. «Purone = Daño colateral. ¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?». ¿Qué quiere decir esto? ¿Y por qué me lo envían a mí? ¡He llegado a pensar que tengo a un escuadrón de narcos ansiosos por ejecutarme!

—Hasta dónde llegarías... —murmuró Adam para sí—. Es una pregunta que todos deberíamos formularnos al menos una vez en la vida.

Mika dio unos pasos por el *loft* tratando de calmarse.

—Y tú, ¿qué quieres de mí?

—¿A qué te refieres?

—Me tienes recluida en tu casa.

—¿Lo dices por la puerta de entrada?

—Mientras estabas fuera la dejaste cerrada y lo primero que has hecho al entrar es cerrarla de nuevo.

Adam estiró el brazo para coger una nota que reposaba sobre la isleta y que Mika no había llegado a ver. Se la mostró. En ella le explicaba que, por motivos de

seguridad, convenía cerrar con dos vueltas, sobre todo si se encontraba dentro de la vivienda. Los experimentados ladrones de la urbe abrían cualquier cerrojo con una tarjeta de crédito y lo peor que podía ocurrir era que te cruzases con ellos en mitad de la faena. Terminaba diciendo que había un juego de llaves en el primer cajón.

Mika hizo un gesto con el que pretendía pedir disculpas. Estaba claro que era ella la trastornada. Se paró a examinar la situación de forma objetiva: aquel hombre la había sacado del infierno en el que se había convertido la favela, la había acogido en su casa sin conocerla y se estaba portando como un caballero.

—Te agradezco mucho lo que has hecho por mí —dijo por fin, más calmada—. Pero tengo que irme. Quiero pasar cuanto antes por la policía.

—De no ser imprescindible, yo no lo haría. Esto no es tu país.

—Pero ¡yo lo vi todo! La cara de ese chico, sus ropas, su arma. Quiero que lo identifiquen y que pague por lo que hizo.

Sintió un estremecimiento al recordar que ella sería la primera que tendría que rendir cuentas. Empujó al gordo de las bermudas para exponerlo al francotirador y le aplastó el arco nasal al de la perilla.

Fue en defensa propia...

Adam pareció leer sus dudas.

—Yo mismo te llevaré a donde quieras —se ofreció con paciencia—. Pero antes, si no es mucho pedir, deja que me siente cinco minutos y moje mis labios con ese fluido mágico. ¿Sigues sin querer compartir un trago conmigo?

Mika respiró hondo y se encaramó a uno de los taburetes altos de la isleta. La atenazaba una angustiosa urgencia pero, al fin y al cabo, no podía hacer otra cosa salvo esperar la llamada del consulado. Hasta entonces, su único objetivo había de ser tranquilizarse, volver a pensar con claridad, recuperar el autocontrol que la caracterizaba.

—Que sea doble. Oh, Dios, voy a perder la cabeza.

Adam cogió la botella y dos vasos de cristal grueso que colocó con cuidado sobre la encimera metálica. Cuando quitó el tapón, la caña de azúcar cultivada en las tierras volcánicas de Guatemala y la miel virgen de una sola prensada inundaron la estancia.

—¿Qué has sentido al despertar? —preguntó mientras servía.

—¿Te refieres al pavor de abrir los ojos en la cama de un desconocido?

—Estas cuatro paredes pueden llegar a resultarme tan extrañas como a ti. Paso la mayor parte del tiempo en la empresa.

—Pues es una lástima —dijo ella tratando de mostrarse amable—. Este piso es precioso. Un poco...

—Puedes decir lo que quieras.

—Pequeño. —Sonrió, liberando tensión—. Pensaba que los grandes empresarios vivían en grandes mansiones.

—¿Por qué supones que soy un gran empresario?

—Con tu coche, o gran empresario o gran delincuente. Y prefiero pensar que se

trata de lo primero. O rico heredero, claro.

Él soltó una carcajada. Le acercó uno de los vasos e hizo un amago de brindis.

—En São Paulo, los grandes chalets son difíciles de proteger. Demasiadas vías de entrada. Como alternativa, los promotores inventaron las mansiones flotantes, unos rascacielos que parecen oficinas pero que son viviendas de ultralujo de hasta mil metros de superficie. Imagínalo: una por planta con piscina, gimnasio, sala de cine... Y lo más importante, con un solo acceso en el portal. Basta con colocar media docena de guardas armados con metralletas y una tanqueta a dos turnos y garantizas la seguridad de veinte plantas de máximo lujo.

—Mi padre tendría mucho trabajo aquí.

—¿A qué se dedica?

—A la seguridad privada. Ahora está en Libia.

—Ya... —murmuró, perdiéndose en sus pensamientos.

—Pero tú, según veo, ni mansión flotante ni mansión rasante.

—Digamos que no me identifico con ninguna de las dos. En realidad, cada día me identifico con menos cosas de este mundo. Fíjate en este edificio, ¡el gran Copan! Me encantaba esta colmena y ahora... La fachada se está viniendo abajo y nadie se decide a arreglarla. La comisión de vecinos aduce que vivimos en un monumento nacional y los políticos responden que se trata de un condominio privado. —Se detuvo unos segundos, un tanto disperso, antes de retomar—. ¿Qué hace tu padre en Libia?

—¿Cómo?

—Que para quién trabaja.

—Para una petrolera. Es el jefe de seguridad de la planta. Le contrataron después de los ataques terroristas de hace dos años. ¿Por qué te interesa?

—Eres una persona curiosa. Tu familia, tu... tatuaje.

Un escalofrío le recorrió de arriba abajo. Era cierto que tenía el tatuaje de una letra japonesa sobre la cadera derecha. Le costó más de una discusión con su padre y una infección que tardó tres meses en curar, pero nunca se había arrepentido de lucirlo... hasta aquel momento.

—No pretendo incomodarte —siguió Adam—. Lo vi al echarte sobre la cama. Entiende que tuve que subirme en brazos desde el garaje.

Ella acercó el licor a sus labios y asintió.

—Es el kanji de la palabra «samurái» —le explicó, refiriéndose al sinograma japonés que decidió estampar en su piel para no olvidar el camino del guerrero.

—Lo conozco bien. Mi empresa se ha regido desde el primer día por los preceptos del *bushido*: el honor, la lealtad...

—Mencionas mucho a tu empresa.

—Es lo único que tengo. Lo único *verdaderamente* mío.

Mika estiró hacia abajo su camiseta de forma instintiva sobre la zona del tatuaje y le preguntó:

—¿No tienes mujer? ¿Hijos?

Negó con la cabeza. Corrigió de inmediato un mohín triste y se fijó en la mesita baja con la bandeja metálica sobre la que Mika había volcado la tetera y los vasos.

—Necesitaba abrir la ventana y me entraron las prisas —se excusó ella.

Adam señaló el sofá.

—¿Nos sentamos?

A Mika le pareció inapropiado, pero no podía soportar seguir guardando para ella sola los fotogramas de la favela. Así que se deshizo de toda prevención, se dejó abrazar por los cojines de lana fría y le habló a aquel hombre que olía a enebro acerca de su amistad con Purone, de su último fracaso en la competición de kárate y de la decisión de romper con todo y volar al otro extremo del mundo a buscar trabajo.

De pronto, una pregunta salió de su boca sin haberla pensado.

—Adam, ¿qué estabas haciendo en Monte Luz cuando me recogiste en tu coche?

En ese momento sonó un móvil.

Él se excusó y fue a hablar al otro extremo del *loft*.

—**A**hora soy yo el que ha de irse —anunció Adam mientras hacía cálculos sobre su reloj de pulsera Hublot Big Bang.

El sol que se filtraba por la ventana hizo brillar la cerámica negra de la correa. Era una edición limitada patrocinada por Depeche Mode en beneficio de Charity: Water, una ONG destinada a concienciar sobre el problema del agua. A Mika le gustaba la música de la banda y había visto la fiesta de presentación del reloj en los periódicos digitales que devoraba por las noches en su iPad. Jamás pensó que conocería a alguien que comprase ese tipo de artículos exclusivos. ¿Realmente lo hacía por caridad y conciencia social? ¿O más bien por esnobismo? Adam parecía desfilar por esa difusa línea. Cayera del lado que cayera, como había detectado nada más verle entrar en el apartamento, no pertenecía al mundo real.

—Tengo un evento a las cuatro y aún faltan varias cosas por preparar. ¿Lo ves? Ya te he dicho antes que vivo por mi empresa. Es una novia celosa que ni siquiera me deja terminar una conversación.

Llevaban más de una hora hablando, pero no había sido un verdadero diálogo. Él apenas había dicho una palabra, aunque lo cierto es que sabía escuchar. Debe de ser algo que se aprende con la edad, pensó Mika.

—No te preocupes. Ya te has ocupado bastante de mí.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Adam mientras colocaba con cuidado los dos vasos en el fregadero, tan limpio que parecía seguir en la tienda de cocinas—. Puedo dejarte en cualquier sitio.

—No te desvíes por mí, ya me las apañaré.

—Si lo que quieres es perderme de vista, lo cual es más que lógico, llamaré a un taxista de confianza para que te lleve.

¿Por qué tengo tanta prisa?, se preguntó Mika. Estar en ese apartamento era como yacer en un fumadero de opio. Sabía que afuera le esperaba el caos, una ciudad entera acechando como una horda de zombis. De nuevo los interrogantes, la ansiedad, los fotogramas de la favela: ruido, regueros fecales, cristales, quemazón en los pómulos por los casquillos al rojo. Los narcos acechando, siguiendo su rastro. ¡Quiero opio, más opio, deja que me quede aquí! O, mejor...

—¿Puedo ir contigo?

—¿Conmigo?

—Lo siento, no debería haberlo dicho. Es sólo que, hasta que me informen del hospital en el que está Purone... La verdad es que no quiero estar sola.

—Claro que puedes venir.

Adam mostró un tipo de sonrisa que había guardado hasta ese momento. No tanto de sorpresa como de grata sorpresa. Ese toque de espontaneidad le hacía parecer aún

más atractivo.

¿De verdad estoy pensando en eso? Estoy trastornada...

—Hazme antes un último favor: acompáñame a mi *pousada* para que me cambie de ropa.

La que llevaba puesta le producía picor, aversión. El polvo, las gotas de sangre de la nariz del traficante en su pernera.

—Desde luego.

—Y una ducha. Te juro que serán cinco minutos.

La recepcionista la observó con recelo mientras se acercaba al mostrador. Mika pensó que podía ser debido al deportivo del que se acababa de apejar, a su lamentable aspecto o a las dos cosas juntas. Pero había otra razón.

—Un policía ha dejado esto para usted —le informó la joven.

—¿Un... policía?

Le dio una tarjeta. Mika puso la misma cara con la que contemplaría un tumor en una radiografía.

João Baptista

Investigador

Grupo de Operaciones Especiales (GOE).

Policía Civil de São Paulo

Sobre la dirección y el teléfono figuraba el logotipo del GOE: un escudo con la cabeza de un tigre y dos fusiles de asalto propio de un batallón de la guerra de Vietnam.

Permaneció unos segundos sin apartar la vista del pequeño papel, como si entre líneas escondiese un secreto cifrado.

—Ha pasado por aquí a primera hora de la mañana —apuntó la recepcionista.

—¿Ha dicho qué quería?

—Sólo que se pusiera en contacto con él cuanto antes.

Mika sacó del bolsillo el smartphone que le había dado Adam, pero no llegó a marcar. Pensó en Purone, en los dos traficantes a los que...

Culpable, víctima.

Culpable, víctima.

Recordó las advertencias de Mamá Santa sobre los agentes corruptos que actuaban como tentáculos de los narcos; también Adam había insinuado algo en el mismo sentido. La gran urbe le engullía... salvo cuando estaba con él.

Cogió la llave de su habitación y subió a hacer aquello a lo que había ido: ducha y ropa limpia.

Ya llamaría más tarde.

Decidió no contarle a Adam la visita del policía. Condujeron bajo un sol abrasador dirección noroeste hasta el barrio de Pacaembu. La zona desprendía un aroma muy diferente al que Mika esperaba encontrar. Era caótica pero también verde, y un tanto familiar. Nada que ver con el parque empresarial donde se elevaba la oficina comercial de la embajada, ni con el resto de las pretenciosas áreas colindantes al río Pinheiros que vio desde el tren.

—¿A qué te dedicas? —preguntó, sin imaginar por dónde iban a ir los tiros: prensas industriales, montajes eléctricos, envasado de cosmética...

—A crear.

—¿Y qué creas?

—Todo.

—¿Cómo que todo?

Adam giró el volante y detuvo el coche frente a una verja.

—Ahí tienes a mi celosa novia.

Escudriñó a través de los barrotes. Entre los árboles de un jardín salvaje se alzaba una imponente mansión. El portón de hierro se abrió con el ritmo pausado de una reverencia, invitándoles a adentrarse por un camino de gravilla.

Un agente de seguridad ataviado con chaleco antibalas salió de la cabina blindada, se asomó por la ventanilla para escrutar el asiento del copiloto y saludó de forma amistosa. Siguieron adelante, serpenteando entre floridos hibiscos y plantas de la gloria, hasta una plazoleta adoquinada a los pies de un palacete de época.

No había logotipos ni grandes carteles. Sólo una placa metálica en la que apenas se distinguían siete letras: CREATIO.

—¿Es el nombre de tu empresa?

Adam asintió y añadió:

—Como te he dicho, nos dedicamos a crear.

Bajaron del coche. Mika permaneció unos segundos contemplando el edificio. Era... diferente. Colonial pero también neoclásico, salpicado de otros elementos ajenos a ambos estilos, como unas grotescas gárgolas en forma de bestia alada que se dedicaban tanto a cubrir los desagües como a espantar a los malos espíritus que osaban acercarse por allí.

—Es una locura arquitectónica de principios del siglo xx.

—No se parece a nada.

—Eso es lo que la hace especial. Lo llaman «corriente ecléctica», por la inspiración de distintas épocas. Fue la residencia de un magnate del café. En aquel momento querían aparentar ser los más cosmopolitas y nos dejaron joyas como ésta.

—Y los anexos, ¿los has construido tú?

Señaló unos modernos pabellones de hierro y cristal que asomaban por la parte de atrás. Su extrema limpieza (el reflejo del sol apenas permitía su contemplación)

contrastaba con la piedra añeja del palacete.

Adam asintió y explicó con un toque de nostalgia:

—A medida que fuimos creciendo me vi obligado a ampliar. Por fortuna, en los jardines originarios había sitio de sobra. Deja que te lo enseñe por dentro.

Cruzaron la puerta y el asombro de Mika fue aún mayor. El gran recibidor y las estancias adyacentes conservaban muebles originales renacentistas, Luis XV, ingleses de estilo Sheraton y Chippendale... Pero lo más curioso era que entre ellos se habían integrado mesas de trabajo equipadas con los sistemas informáticos más avanzados, interconectados como en una instalación gubernamental de los servicios secretos. En las paredes, junto a lienzos impresionistas, colgaban pantallas planas con fotografías en alta definición de desiertos y planetas.

Para acabar el collage, por todos los rincones se repartían otros elementos que no se correspondían ni con la imagen de época ni con la de ultrainnovación; más bien aportaban a la empresa un toque juvenil acorde con su imperecedero espíritu emprendedor. Trípodes con grandes cartulinas llenas de anotaciones, consolas de videojuegos frente a pufs de todos los colores para que se relajasen los trabajadores... Cuando te estalle la cabeza, debían de pensar, haz estallar marcianos.

Lo curioso es que la mezcla no resultaba agobiante. Loca quizá, y embriagadora.

Una vez procesó la estética combinada de las instalaciones, Mika se fijó con detalle en los empleados. Habría medio centenar, la mayoría en la treintena y cortados por el mismo patrón. Tanto ellos como ellas vestían ropa con un toque de última tendencia que también se apreciaba en los complementos y en los peinados. No levantaban la vista de sus pantallas de ordenador o de los dossiers que cubrían las mesas de reunión. Más que concentrados, parecían encomendados a su trabajo, ofrecidos a él como vírgenes sacerdotisas a un dios antiguo. Cierto era que muchos escuchaban música con auriculares, pero a Mika le sorprendió que ninguno se volviese para cotillear sobre la repentina acompañante del jefe.

Mientras Adam hablaba con la recepcionista sobre unas visitas que estaban a punto de llegar, se detuvo a contemplar a un extraño ser que se paraba a hablar con unos y otros trabajadores. Era un hombre de edad similar a la de Adam, muy delgado, con el pelo gris liso como una tabla y ataviado con un jersey fino blanco de cuello cisne y americana granate estrecha. Parecía mentira que fuera capaz de ir tan compuesto con el calor que azotaba la calle.

—Es el Capitán Nemo —le informó Adam—. Mi lugarteniente.

—No es mal apodo —pensó Mika en voz alta mientras volvía a fijarse en la gran sala de trabajo y detectaba el gran parecido con el puente de mando del *Nautilus*, a medio camino entre lo gótico y lo futurista.

Adam levantó el brazo para saludarlo. El Capitán Nemo les contempló a ambos durante unos segundos con una expresión tan peculiar como su atuendo y volvió a concentrarse en sus cosas.

—Es un gran tipo —comentó sin que pareciera una frase hecha—. Ha estado a mi

lado desde que monté la empresa.

—El alias... ¿se lo pusiste tú o ya venía de serie?

—Eres un poco joven, pero si recuerdas la película *Veinte mil leguas de viaje submarino* sabrás que el capitán Nemo era un científico tan culto como sombrío que escondía su identidad tras ese nombre sacado de la *Odisea*. Así es él.

—¿Quieres decir que tu ayudante es un gran científico o que oculta su verdadera identidad?

—Ambas cosas.

—Y tú, ¿qué ocultas?

—Al parecer, ya has despertado por completo —eludió él con sorna.

Adam la condujo a través del salón principal. De ahí pasaron a un gabinete sin puerta que albergaba una barra de bar, junto a un ventanal que daba al jardín. Estaba a disposición de los trabajadores, al igual que los pufs y las consolas. No había botellas de alcohol. Sí de refresco, de bebidas energéticas, máquina de café y varios tipos de té.

—¿Qué te apetece?

—Después de haber desayunado ron, no sé qué puedo tomar ahora para que no decaiga la fiesta.

—Deja que te prepare un zumo de zanahoria con jengibre.

Mika se sentó en un taburete alto y observó con atención cómo Adam sacaba la hortaliza de una neverita y la depositaba en el jarro de una batidora. Añadió una manzana partida en dos y cortó las láminas del tallo picante que daban el toque especial. Seguía un protocolo televisivo, sólo le faltaba ir narrando en voz alta cada paso. Llenó un vaso, recogió con el dedo la gota que se derramaba y se lo llevó a la boca. Dio el visto bueno con un movimiento curvo de sus ojos y llenó otro vaso que ofreció a Mika.

Mientras ella lo probaba, notando el efecto sanador al deslizarse por su garganta, Adam acercó otro taburete.

Sus rodillas se tocaban.

—¿Qué hacen tus empleados exactamente? —preguntó Mika, apartando sus piernas unos centímetros.

—Intentan parecerse a Dios.

—¿Cómo?

—Dios fue el primer creativo de la historia. Inventó el mundo desde la nada, lo mismo que nosotros tratamos de hacer para nuestros clientes. Damos forma a cualquier cosa que nos piden: desde una silla con dos patas hasta una democracia para un país totalitario.

—Me tomas el pelo —exclamó Mika, soltando una leve risa.

—Hablo totalmente en serio. En este momento tenemos el encargo de un trust empresarial de occidente que quiere instaurar una democracia en un país africano cuyo régimen dista mucho de seguir las pautas de igualdad y libertad. Por suerte,

nuestros clientes son conscientes de que para conseguirlo no basta con colocar una urna en cada barrio y repartir unas papeletas con casillas para marcar tu candidato favorito. Por eso han acudido a nosotros. Hay que hacer un estudio en profundidad del momento histórico, económico, religioso y cultural que atraviesa el país y buscar la solución óptima para *esa* situación concreta. Muchas veces, el ser humano se empeña en aplicar soluciones estándar a problemas que cree similares, sin darse cuenta de que no hay ningún problema igual que otro. Cada taza de té es diferente de la anterior, dicen los budistas; y si es idéntica, serás tú el que habrás cambiado.

—Así que fabricáis tanto prototipos físicos como ideas —concluyó Mika fascinada—. ¿Qué clase de preparación hay que tener para dedicarse a esto?

La pregunta encerraba una clara intención. Cualquiera soñaría con trabajar en un lugar así.

—No hay requisitos específicos. Entre mi gente encontrarás ingenieros, diseñadores gráficos, informáticos, electricistas, economistas, arquitectos, abogados... El verdadero secreto no es tanto la diversidad como la transversalidad.

—¿Qué quieres decir?

—Que todos aplican sus respectivos conocimientos y facultades a campos que no les son específicos.

—Por eso trabajan mezclados en los mismos espacios.

—Aquí no hay despachos individuales. Las salas cerradas se utilizan para reuniones o entrevistas y, como ves, tienen separadores de cristal.

—Entonces ¿tampoco hay jefes?

No pudo eludir otra leve risa.

—Sí que hay directores para cada proyecto, pero no están ahí para marcar líneas de trabajo ni dar órdenes. Más bien sirven para fijar algunas restricciones creativas. Nuestra política es dejar que afloren las pasiones personales, porque son un motor inmejorable, pero alguien tiene que poner un límite y decir «hasta aquí se puede llegar». En cualquier caso, mis empleados tienen pista libre. Fomentamos la cultura del «no pidas permiso, pide perdón» y todos tiran hacia delante como si les fuera la vida en ello.

Señaló un folio sujeto con alfileres a una pared. En él habían escrito con rotulador verde fosforito: «Sé caballo, no carroza».

—Aquí todos somos caballos —sentenció Adam.

—Nunca había oído nada igual...

—No hay nada igual. —Sonrió—. Por eso nos pagan tanto.

Bebieron al unísono de sus respectivos zumos. Mika notó que se le quedaba la marca anaranjada sobre el labio superior. Cuando lo limpió con la lengua, él la contempló sin rubor.

—¿Qué tipo de evento tenéis hoy?

—Una muestra colectiva de «presentaciones de ascensor».

—Perdona de nuevo mi ignorancia, pero no sé lo que es.

—Microdiscursos de menos de tres minutos sobre un proyecto creativo inventado. Es un modelo importado de Silicon Valley. Allí, los emprendedores que van en busca de mecenas han que ser capaces de captar la atención de un posible inversor en el tiempo que un ascensor tarda en llegar al bajo; condensar su idea y limitarse a explicar sólo lo que tiene de revolucionaria. De ahí el nombre del ejercicio. Una vez al mes, todos mis empleados se juntan en la sala de usos múltiples y aquellos a los que les toca intervenir sueltan su presentación, cuanto más loca mejor. No buscamos proyectos vendibles en el mercado real. Lo importante es su originalidad y que sean capaces de defenderlos sin exceder el tiempo.

—Me parece interesantísimo...

—Bueno, la verdad es que unos días estamos más ocurrentes que otros, pero lo importante es lanzarse, buscar lo nuevo, aquello que nadie ha imaginado antes. Te aseguro que es un ejercicio fantástico para después aplicarlo a los verdaderos proyectos que nos encargan los clientes. Las perlas creativas suelen surgir de las ideas más descabelladas.

—Si se trata de presentar ideas descabelladas, quizá me lance a contaros cómo rijo mi vida últimamente —bromeó Mika con un toque trágico en la voz—. Aunque son demasiadas locuras como para hacer un resumen de tres minutos.

—Estás a tiempo de subirte al estrado y probar.

—No creo que mis penas le interesen a nadie.

Frotó sus ojos en señal de agotamiento. Cada vez que bajaba la guardia caía sobre sus espaldas lo ocurrido el día anterior. Sacó el móvil y lo miró de forma disimulada para ver si había algún mensaje del consulado sobre Purone. El buzón estaba vacío. Le aterraba pensar en los posibles motivos de la tardanza.

—Tengo que atender a unos clientes que han venido a presenciar el evento —se excusó él—. Ya lo sabes por tu carrera: el marketing manda hoy en día.

—Bastante te he distraído ya. —Mika se levantó del taburete—. Yo, si no te importa, aprovecharé para hacer una llamada.

—Arriba estarás más tranquila. Antes te he dicho que no hay despachos, pero yo sí que tengo una habitación... para las noches que me quedo a dormir aquí.

—Que son muchas, a juzgar por cómo tienes la casa.

—¿Qué insinúas?

—Que he tenido que llegar yo para arrugarte las sábanas.

Mika se arrepintió al momento de haber dicho eso, que sonó escandalosamente a flirteo. Él no pareció inmutarse. Subieron una escalera curva. Sentados en los escalones entre el segundo y el tercer piso, dos hombres y dos mujeres ataviados con la misma ropa con la que acudirían a un concierto *indie* comentaban los gráficos que acababan de garabatear en un cuaderno. Una de ellas dirigió a Mika una mirada censuradora y cuchicheó algo con la que tenía al lado.

El cuarto privado era muy similar al apartamento del edificio Copan, no tanto por la decoración como por la ausencia de enseres personales. Ni una instantánea en Copacabana con unos amigos, ni una placa conmemorativa o un diploma. Junto a un tragaluz circular que asomaba a una terraza, estiraba sus brazos tentadores un sofá cama de diseño italiano cubierto por un edredón de plumas. En el lado opuesto reposaba la mesa de despacho originaria de la vivienda, tras la que era fácil imaginar a su primer propietario rellenando columnas de débito y crédito impregnadas de aroma a café.

Lo primero que hizo Mika cuando se quedó sola fue llamar a Sol, la pareja de su padre. Era una persona lo bastante cercana como para contarle lo ocurrido, pero no tanto como para que le diera por abanderar la típica cruzada «vuelve a España de inmediato», algo que no iba a hacer sin su amigo Purone.

Jamás volveré a abandonarte.

Además, Sol tenía el perfil exacto que necesitaba: una programadora informática que podía ayudarle a rastrear el ordenador desde el cual le habían remitido el perverso correo electrónico.

Salió a hablar a la terraza, que rodeaba por completo la tercera —y última— planta del palacete. Desde allí se veían con claridad los techos de los dos modernos pabellones anexos y las extensas superficies del jardín que, aun después de haber sido mutilado para albergar las ampliaciones, seguía conservando la frondosidad que lo convertía en el pulmón del barrio. Mientras caminaba en círculo, pasando la mano por la balaustrada y la coronilla de las gárgolas, Mika le contó a Sol con pelos y señales todo lo ocurrido desde su llegada.

—¿Me estás diciendo que después de lo de «Purone = Daño colateral» ponía, sin más, «¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?»? —preguntó aquella con un tono aún más agudo que el suyo habitual.

—Exactamente eso.

—Da miedo.

—Dímelo a mí.

—Y estás allí sola...

—Te ruego que no le digas nada de esto a mi padre.

—Me pones en un compromiso, Mika.

—No quiero que me bombardee a llamadas. Yo misma se lo contaré cuando se aclare todo.

—Es normal que quiera bombardearte a llamadas y a lo que sea. Si fueras mi hija iría ahora mismo a traerte de los pelos.

—Sabes perfectamente que si regreso a casa con la cabeza gacha, jamás volveré a

levantarla. Me quedaré aquí hasta que Purone se ponga bien. Mi padre pensaría de la misma manera que yo.

—Qué me vas a decir. Fue él quien te enseñó a ser así.

Hubo unos segundos de silencio.

—No te me pongas sentimental —le dijo Mika con sincero cariño—. Sólo te pido que me echés una mano en esto, por favor.

—Si lo que pretendes es averiguar el lugar desde el que se ha enviado un correo —accedió por fin con aire docente—, puedes hacerlo analizando el código fuente.

—Tendrás que partir de algo más básico...

—¿Tienes ahí el portátil?

—No.

—Pues coge algo para apuntar.

Volvió a entrar en la estancia para buscar en su bolso. Encontró un bolígrafo corto traído de algún hotel. Papel, papel... Miró a ambos lados. ¿Tan sofisticada era aquella empresa que no iba a haber un triste taco de posits?

Se inclinó con cierto reparo hacia la parte interior de la mesa. Tenía dos columnas de cajones a ambos lados del hueco para las piernas. Dudó unos segundos.

«¿Sigues ahí?», sonó al otro lado del teléfono.

Pidió a Sol que le diera un momento y se lanzó a abrir el primero de la izquierda.

Estaba vacío, salvo por unas muestras de colonia y de crema hidratante. Qué presumido, pensó. Probó con el segundo, en el que encontró el sobre de una vieja tienda de revelado de fotografías. En el tercer cajón había un taco de folios.

—Ya estoy.

—Lo primero que tienes que saber es que un mensaje de correo consta de dos partes —le explicó Sol—: El cuerpo, que contiene el texto, y la cabecera, que es donde figura la información técnica. La forma de extraerla depende de si tienes una cuenta de Yahoo, Outlook...

—Gmail.

—De acuerdo... —Caviló durante unos segundos y comenzó a dictar—: Abre el mensaje, haz clic sobre el triángulo que aparece junto a la opción *reply*, selecciona *show original* en el menú y se abrirá una ventana con la cabecera del código fuente. Una vez lo tengas, bájate alguna aplicación del tipo Email Header Tracer. Aunque ahora que lo pienso, creo que Gmail oculta la IP y sólo muestra la dirección de sus servidores. En ese caso...

—Sol, espera —le cortó Mika, dejando de apuntar.

—¿Qué ocurre?

—¿Puedes hacerlo tú?

—Si no tienes ningún inconveniente en darme la contraseña de tu buzón...

Lo hizo sin reserva alguna. También le pidió que guardase aquel número de teléfono brasileño, dado que su móvil se había perdido en las profundidades fecales de la favela.

Al cabo de cinco minutos, Sol le devolvió la llamada.

—Viene de Noruega.

—¿Qué?

—O eso quieren que creamos. Tengo los supuestos parámetros de longitud y latitud, aunque algo me dice que realmente no procede de allí. El remitente habrá usado algún sistema de desvío, pero analizar eso me llevará un poco más de tiempo. No te preocupes. Rastrearé la ruta completa de ese correo del demonio y te avisaré en cuanto lo tenga.

Mika se sentó en el borde del sofá cama con el teléfono apagado en la mano.

Delante de ella, la mesa de despacho.

En su interior, pensó de repente, el sobre con las fotos de la tienda de revelado.

Miró hacia la puerta. ¿Cómo iba a hacer eso?

¿Qué me lo impide?

Corrió hacia el cajón, como si el fisgonear a toda prisa le exonerase de responsabilidad, cogió el sobre y extrajo las fotos que había en su interior. Eran alrededor de una docena y estaban tomadas en la selva.

En la selva amazónica, supuso.

No eran fotos artísticas, con grandes atardeceres a contraluz entre los troncos o macros de un insecto libando un fruto. Desprendían un halo de familia. Fotos de instantes cotidianos en la vida de un grupo de indígenas. Vestían ropas occidentales, pero sus facciones conservaban la pureza de las tribus no contactadas. Una mujer sentada a la puerta de una cabaña se afanaba en coser el bajo de un pantalón mientras un niño tumbado en una hamaca de cuerda jugaba con un guacamayo. Un hombre se acercaba a un embarcadero haciendo equilibrios sobre una balsa cargada de sacos. En la última, Adam posaba con una pareja. Los tres abrazados en mitad de la foresta, con barro a sus pies y una envidiable serenidad en el rostro.

Aunque Adam se conservaba bien, se notaba que habían pasado varios años desde que disparó aquel carrete. Parecía un joven misionero.

¿Quién eres, Adam Green?

Dejó las fotografías en su cajón y se tumbó en el sofá cama. Apoyó la cabeza en el rulo de plumas. Lo normal habría sido quedarse dormida. Estaba tan cansada... Pero se lo impedía el ruido de la batidora que estaba haciendo puré con sus neuronas. De pronto, sólo podía pensar en la risita de la empleada con la que se había cruzado en la escalera.

Imaginó su propia estampa. Evitando a la policía. ¡Evitando a la policía! Derrumbada en el sofá cama de un millonario tan misterioso como atractivo.

¿Cómo que atractivo? ¿Ya estás otra vez?

Sin esperar a que Adam regresase, salió de la habitación —la puerta estaba abierta, nada de cerrojos— y fue en su busca.

Bajó la escalera y cruzó las salas de trabajo hasta que llegó a la entrada. Preguntó a la recepcionista, que se esforzaba en controlar la sonrisa para no humillar con la blancura de sus dientes, uno de ellos mínimamente montado sobre otro para dejar patente que no eran de porcelana. Así eran todos en aquel lugar: precavidamente imperfectos.

—Está en *la fábrica* —le informó.

Se refería al primer pabellón levantado detrás del palacete. Le mostró un atajo sobre un plano de evacuación para incendios y le entregó una acreditación, similar a una tarjeta de crédito blanca con el nombre de la empresa. Siguiendo sus instrucciones, Mika caminó hasta una puerta de emergencia, cruzó un pasillo, apartó unas cortinas de grueso plástico transparente y se vio dentro de una verdadera fábrica... de utopías.

Allí era donde elaboraban los prototipos físicos que después presentaban a los clientes. Como había dicho Adam, aparte de marcas y otros proyectos de naturaleza intelectual, también creaban objetos tangibles. Las paredes, como las de una gran galería de arte moderno, estaban pobladas de expositores que albergaban aquellos que habían hecho a Creatio merecedora de su prestigio: muebles de diseño, accesorios para móviles —fundas y dispositivos inalámbricos— que en su momento fueron revolucionarios, electrodomésticos que se habían incorporado al acervo popular e incluso piezas que mejoraron el rendimiento de algunas armas del ejército en condiciones extremas.

Creamos todo, había dicho él.

Al parecer, era verdad.

La nave tenía separadores para delimitar pequeños talleres en los que saltaban chispas y virutas de madera. En uno de ellos estaban puliendo metales y en otro probaban componentes eléctricos en barriles de agua como si se tratase del laboratorio de un científico loco. Resultaba curioso ver cómo los trabajadores ataviados con mono de mecánico debatían con los profesionales a los que Adam se había referido: no sólo ingenieros, sino también médicos, licenciados en Derecho, financieros, todos ellos prensando sus cerebros para destilar gotas de conocimiento en los tornos.

Se le acercó un guarda de seguridad y le advirtió de que había entrado en un área restringida.

—He venido con el señor Green —se defendió Mika sin amilanarse. Sacó del bolsillo la tarjeta y se la mostró con un espontáneo gesto de detective—. ¿Podría llevarme con él?

El guarda la condujo al espacio que utilizaban como salón de usos múltiples.

Como era de esperar, no se trataba del habitual espacio oscuro con moqueta y sillones con agujeros de cigarro. Era un florido invernadero construido en el segundo pabellón, cubierto por unos cristales móviles ahumados que tamizaban la luz.

El personal de mantenimiento colocaba sillas en disposición curva frente a un estrado sobre el que aguardaban un equipo de sonido y una pantalla para proyecciones. Distribuidos por el suelo, entre las plantas, había cubos llenos de hielo con bebidas no alcohólicas. En un extremo, dos empleados de un catering preparaban un ágape ligero a base de quiche de verduras, tallos de apio rellenos de pulpa de cangrejo y caviar de berenjena.

Mika recorrió con la mirada el invernadero buscando a Adam. Los que tenían que subir esa tarde al escenario para exponer sus respectivas presentaciones de ascensor ya andaban por allí. Unos, sentados en el suelo con el portátil sobre el regazo, terminaban de montar sus *power point*; otros ensayaban sus discursos cronómetro en mano. También estaba el grupo que vio en la escalera del palacete cuando subió a la habitación de Adam. Habían abandonado el halo enigmático y hablaban en voz alta. Mika se estremeció al comprobar que discutían sobre la incursión de las UPP — Unidades de Policía Pacificadora— en la favela de Monte Luz.

—Tendrían que haber entrado mucho antes —se quejaba de forma vehemente uno de los varones, muy delgado y con flequillo y bigote cortados a lo Clark Gable—. Al final han tenido que asesinar a ese bastardo para que todo estalle.

—También han intervenido en las favelas conflictivas de Río —añadió el otro, más bajo y con el pelo rizado aclarado por el sol—. Al menos los pasmados del gobierno han aprovechado la inercia.

—Ya lo he oído en el noticiario.

—¿Has visto las imágenes de Cajú?

Se refería a la favela de la zona portuaria, que había sido tomada a tiro limpio por los agentes del Batallón de Operaciones Especiales, el bastión de valor y legalidad policial al que sólo accedía la élite capaz de superar su adiestramiento extremo.

—¡Cómo me gustan esos tíos! Con su uniforme negro recién planchado como si estuvieran en un simulacro, pero con balas bien reales... A ver si el mundo se entera de una vez de que esto es peor que el zoco de Bagdad.

Alzó un fusil imaginario.

—Yo también lo he visto y ha sido espeluznante.

Hablaba una de las dos mujeres, una bióloga resguardada tras unas gafas ochenteras que le cubrían media cara.

—Pero ¿qué dices? Ha sido genial.

—No me parece muy genial que le hayan volado una mano a ésa cría.

—¿Qué cría?

—¿No has dicho que habías visto las imágenes en televisión?

—Diréis que soy duro —siguió el del bigote—, pero el fin sí justifica los medios. Cuando terminen de pacificar Cajú y... ¿Cómo se llama la que está al lado?

—Barreira do Vasco —apuntó el otro.

—Eso es. Cuando acaben con esas dos seguro que por fin se lanzan a pacificar el Complexo da Maré. Ya vale de narcotraficantes y de milicias parapoliciales. Si hacía falta un empujón como el de Monte Luz para hacer reaccionar al gobierno, bienvenido sea. Para tener favelas en paz hemos de asumir los daños colaterales.

Daños colaterales...

Mika no lo soportó más.

—¿A cualquier precio? —intervino.

Se volvieron hacia ella, frunciendo el ceño pero sin cuestionar su presencia allí.

—¿Qué quieres decir?

—Que cuál es el precio personal que estarías dispuesto a pagar por la pacificación. ¿Una hija tuya, como la niña que ha salido en las noticias? Un sistema que acepta daños colaterales humanos no es legítimo.

—¿Por qué? —preguntó alguien a su espalda.

Mika reconoció al instante al propietario de aquella voz. Se volvió. Era Adam, que se acercaba acompañado del Capitán Nemo.

Se sostuvieron la mirada unos segundos.

—Porque no —contestó ella.

—Eso no es una respuesta. Al menos no en esta empresa.

—Es lo lógico.

—Lo lógico tampoco es una contestación válida. Y menos aún hablando de seres humanos. Somos cualquier cosa menos lógicos.

El grupo de trabajadores les contemplaba con expectación.

—¿Qué esperáis que diga? —saltó Mika—. Es vuestro evento de discursitos, no el mío.

—Fuiste tú quien se metió en mi coche. Dos veces.

Sabía que Adam estaba poniéndola a prueba. No quería darle ese gusto, pero le resultaba difícil resistirse. Demasiada indignación acumulada. Y tras lo ocurrido en Monte Luz... A cada minuto que pasaba se esfumaban más posibilidades de volver a ver a Purone con vida. Seguro que aquellos niños con su envidiable trabajo y sus camisetas alternativas no habían pisado una favela en su vida. No estaba por la labor de darse por vencida en el primer asalto.

—No es legítimo porque una vida humana merece el cambio de toda estrategia —declaró—. Porque somos miles de millones de personas en este mundo, y lo único que esperamos de nuestros dirigentes es que piensen en cada uno de nosotros como el más importante de todos. Yo no soy ninguna experta en política, pero durante mi preparación como deportista he estudiado a fondo *El arte de la guerra*, el libro que escribió Sun Tzu hace dos mil quinientos años. Y en él afirmaba que la suprema habilidad de un general es someter al enemigo sin librar combate y, sobre todo... — Se detuvo y miró al del bigote— sin daños colaterales. Sun Tzu decía que un gobierno iracundo nunca debería congregarse a un ejército, ya que un país destruido no

puede recuperarse y mucho menos podrá revivir a sus muertos. El uso excesivo de la fuerza contradice la pacificación, que es la quintaesencia del proyecto original de vuestro gobierno en las favelas.

»Y no hablo sólo de las vidas que las tanquetas se llevan por delante. También estoy segura de que cuando termine esa campaña que llamáis “de pacificación”, los policías retirarán sus vehículos blindados y la gente de las favelas quedará de nuevo a merced de los narcos, que rebrotarán. Porque ahora mataréis a todos los actuales, pero no terminaréis con el espíritu humano corrompido que se respira allí. No basta con limpiar, hay que regenerar.

Necesitaba tomar aire, como si hubiese cruzado una piscina buceando.

—Eres una caja de sorpresas —dijo Adam.

—No creas que se me ha ocurrido a mí. Esta mañana, leyendo un periódico digital en tu casa... —Al instante se arrepintió de haber dicho eso, por cómo habría podido sonar a los empleados. Observó un leve movimiento de la ceja derecha del Capitán Nemo y prosiguió sin darle más vueltas—. La responsable de la Red Comunitaria Contra la Violencia decía que estos sistemas sólo son una forma más de controlar al pobre y no resuelven la exclusión social, que es la base del crimen que se pretende combatir. Yo también creo que un plan basado en mantener indefinidamente la ocupación armada está condenado al fracaso.

—¿Y qué propones a cambio?

—Combatir la desconfianza que los habitantes de las favelas muestran frente a las unidades de pacificación. Invertir en salud, educación, deporte y generar fuentes de ingresos para sus habitantes. Enseñarles el camino, pero no llevarlos de la mano. Han de saber que las instituciones confían en ellos, en todo lo bueno que tienen para aportar, que la entrada repentina del Estado en sus comunidades es para garantizar su derecho a la seguridad y no para convertirlos en víctimas.

»Vi niños en el tiroteo —concluyó—. No tendrían más de doce años y ya actuaban como soldados. ¿Cómo no van a idealizar a los traficantes? Ellos tienen novias, joyas, zapatillas, un carro *legal*... Les dan un arma y se convierten en dioses. A esos niños no hay que matarlos; hay que cultivarlos. Tenéis que lograr que broten por sí mismos como una flor de loto, con todo su esplendor en las aguas más turbias.

Todos los que estaban allí permanecieron callados durante unos segundos.

—No ha sido exactamente una presentación de ascensor, pero podría decirse que has superado el ejercicio —dijo Adam.

Mika se tornó aún más seria de lo que estaba.

—El coma de Purone no forma parte de un ejercicio.

—Mi pequeño cisne blanco... —susurró Adam de forma condescendiente.

¿Cisne blanco?

¿Por qué habría dicho eso? Mika pensó que podían reprocharle todo menos fragilidad. Sintió la necesidad de marcharse. Ella no formaba parte de aquel submarino de fantasía. En aquel momento debía limitarse a estar preparada, con

ambos pies en el suelo, para recibir la llamada del cónsul. Agradeció a Adam sus atenciones y le preguntó dónde podía coger un taxi.

—Te llevará el chófer de la empresa —dispuso.

El guarda asintió y escoltó a la invitada en dirección a la calle.

En dirección al mundo real.

Decidió ir directa a ver al policía que le había dejado aviso en la *pousada*. No podía seguir escondiendo la cabeza.

Estaba inquieta. Más que eso, tenía miedo de que la arrojasen a un calabozo infecto a la espera de un juicio por el doble homicidio de los narcos que tardara años en celebrarse. No conocía las leyes del país y hacía poco que había visto en YouTube las brutales imágenes de un motín en una cárcel brasileña, decapitaciones incluidas.

Mientras se dirigían hacia allí, se dejó los ojos en la pantalla del móvil buscando información en la red sobre el Grupo de Operaciones Especiales cuyo emblema del tigre decoraba la tarjeta. Conocido por su acrónimo GOE, era el brazo de élite de la Policía Civil del estado de São Paulo. Había sido creado a principios de los noventa para actuar en operaciones tácticas de alto riesgo relacionadas con instituciones penitenciarias, pero con el tiempo sus funciones se habían diversificado: servían de apoyo a la Policía Judicial, eran enviados a solventar todo tipo de conflictos que entrañaban peligro y tenían su propio servicio de inteligencia. Los llamados «investigadores» —el cargo de la persona con quien tenía que entrevistarse— equivalían a los habituales inspectores de otros cuerpos internacionales de policía.

—Ahí es —señaló el chófer de Creatio.

Se detuvieron frente a las grandes instalaciones que el grupo poseía en Campo Belo, en la zona sur de la ciudad.

Mika contempló desde el interior del Lexus el conglomerado de edificios, pintados por completo de negro. Aún estaba a tiempo de no bajar y regresar a España por la vía rápida. No creía que su caso fuese tan importante como para que en los controles fronterizos ya tuviesen un fax con su nombre y fotografía. Estaba claro que había actuado en defensa propia.

Tomó aire y salió con decisión.

Pasó los primeros controles mostrando la tarjeta del investigador y accedió al interior del recinto. Tenía el corazón en un puño. En su todavía corta existencia había vivido mil experiencias —bien sola o con su padre en los diferentes países por los que habían pasado—, pero nunca antes había estado en una comisaría.

Tras los muros negros coronados de espinas se repartía la infraestructura propia de una base de operaciones especiales: un polideportivo en el que practicaban todo tipo de artes marciales —Mika sintió una punzada de nostalgia al ver cómo un grupo reducido entrenaba aikido en el exterior—, paredes de rápel, talleres de mantenimiento de armamento, grandes hangares para las unidades móviles y, por fin, el edificio de logística y oficinas.

El agente que custodiaba la entrada avisó de su llegada por el interfono.

—El investigador Baptista estaba jugando un partido de fútbol del campeonato

interregional de policías —le informó, socarrón—. Pero me dicen que ya ha salido del vestuario.

La condujo a un despacho. A Mika le alegró comprobar que no la encerraban en la clásica sala de interrogatorios con un falso espejo. En la pared había un cartel pegado con celo que llevaba por título ORACIÓN DE LAS FUERZAS ESPECIALES y rezaba: «¡Oh, Dios Todopoderoso! Concédenos la sabiduría de tu mente, de tu corazón el coraje, la fuerza de tu brazo y la protección de tus manos...».

El investigador Baptista entró al poco como un elefante en una cacharrería, empujando con la rodilla una papelera metálica que hizo rodar provocando una retahíla de quejas de sus compañeros.

—¡Vale, vale! —exclamó.

No se parecía al estereotipo de inspector que Mika había imaginado, con traje y corbata gris. Era un hombre rudo y musculado que vestía el uniforme negro de la unidad con el felino del GOE cosido en el hombro. Desprendía un fresco olor a jabón.

Se sentó al otro lado de la mesa de trabajo, apartó con el codo un amarilleado teclado de ordenador y dejó caer el expediente que traía en la mano izquierda. Con la derecha sujetaba un café en un vaso de poliestireno y un cigarro encendido que colocó en equilibrio sobre una grapadora para no apoyarlo directamente en la mesa.

—¿Quieres uno? —le ofreció.

—No, gracias.

—¿Te importa que fume yo?

—No.

Mika lanzó una mirada al cartel de prohibido fumar que colgaba de la pared a un lado de la mesa.

—En España tampoco está permitido dentro de los edificios, ¿no es así? Aquí nos tienen fritos con este tema. La nueva ley aumentó tanto el tamaño de los mensajes de advertencia en la cajetilla que resulta difícil reconocer las marcas.

Se echó la mano al bolsillo y sacó un paquete de Galaxy que mostró a Mika con gesto de indignación. El aviso ocupaba un lateral y toda la parte posterior.

—¡Wagner! —llamó a su ayudante—. ¿Vas a traer ya el maldito portátil?

—¡Estoy atendiendo una llamada! —Se quejó aquél desde la sala contigua.

Estaba claro que iban a tomarle declaración.

—Luego se les ocurrió la fantástica idea de prohibir fumar en los partidos del Mundial... —siguió Baptista, haciendo tiempo—. ¡Y la FIFA aplaudió la medida! ¿Para qué se meterán los del fútbol dónde nadie les llama? ¿No se dan cuenta de que somos el segundo país productor de tabaco del mundo? Llegará un día en el que me tenga que detener a mí mismo por ocultar un paquete en mi mesilla de noche, ¿qué te parece?

Dio un sorbo a su café.

—Ya llego —se oyó la voz del ayudante.

Entró en el despacho con un portátil abierto que colocó en el extremo de la mesa.

Acercó una silla y se sentó en un lateral.

—Te presento al agente Wagner —introdujo Baptista.

Vestía el mismo uniforme negro. Era menos fornido que el investigador, pero no por ello perdía el aspecto marcial, acentuado por el pelo rasurado.

—¿Por qué quería hablar conmigo? —preguntó Mika mientras el ayudante abría el programa y componía una estampa de taquígrafa.

El rostro del investigador Baptista mudó al instante.

—Dímelo tú. ¿Te has metido dónde nadie te llamaba, como la FIFA?

Mika valoró su situación. Paso a paso, decidió. Sin decir nada más de lo necesario para no meter la pata. Comenzó a hablar, seguida por el inmediato tecleo del agente Wagner.

—Ayer, en la favela de Monte Luz, dispararon a mi amigo Purone, del colectivo artístico Boa Mistura.

—He hablado con el consulado —repuso el investigador—. Dime algo que no sepa.

—Creí que estaba muerto.

—Es lógico, le habían agujereado la cara. —Removió sus papeles—. ¿Por qué no empiezas por el principio?

—¿Desde que llegué a la favela?

—Mejor desde que llegaste a Brasil.

—¿De verdad quiere que le cuente todo?

—Si es necesario retrocederemos hasta el momento en que llegaste a este mundo. Acabo de pasar por la gasolinera de la maldita paciencia y tengo el depósito lleno.

Mika respiró hondo.

—Aterricé justo antes del apagón.

—¿Cómo llegaste a la Pousada do Vento?

—En taxi.

—¿Recuerdas el número del vehículo?

—Qué va.

—¿Algún distintivo?

—El conductor tenía una camiseta de Metallica.

—Estás de broma...

Mika miró a su alrededor.

—Ya tienen aquí suficiente ambiente festivo como para que yo me ponga a contar chistes —dijo, disfrazando su ansiedad con cierto atrevimiento.

Baptista rió y se volvió hacia su compañero.

—¡No dejes de copiar nada, Wagner! Creo que de aquí vamos a sacar material de sobra para ganar el concurso de monólogos de este año. —De nuevo la miró a ella—. Perdona que nos mofemos de ti. Lo hacemos desde el cariño, ¿verdad, Wagner?

—Verdad, investigador —contestó aquél sin dejar de teclear.

—No creo que eso de la camiseta me sirva para contrastar tu versión. Medio São

Paulo se viste en la Galería del Rock. Por cierto, ¿has estado allí? Es genial: todo un centro comercial de siete pisos lleno de puestos de ropa gótica y estudios de tatuajes.

Imitó con la boca el sonido de las pistolas de tatuar.

—Tuvimos un accidente —recapituló Mika, cortando el zumbido—. Eso sí que puede comprobarlo.

—*Chapeau!* ¿Dónde ocurrió?

—Acabábamos de llegar a Villa Madalena. Sobrevino el apagón, se cruzó una moto y el taxi golpeó a un vehículo aparcado.

—¿Os tomaron declaración entonces? ¿Hablaste con alguno de mis compañeros?

Negó con la cabeza.

—El taxista me obligó a salir a toda prisa. Ni siquiera me cobró.

—¿Perdona? ¿Me dices que el taxista no te cobró la carrera? Ahora sí que estoy seguro de que mientes.

—Dijo que perdería el trabajo si sus jefes se enteraban de que había siniestrado el vehículo con una turista dentro.

Baptista y Wagner cruzaron otra mirada.

—¿Qué hiciste luego?

—Seguí a pie hasta que llegué a la *pousada*. Una vez allí pasé la noche pegada al televisor. Como usted, supongo.

—Yo estaba cazando murciélagos. La oscuridad es el estado ideal para aquéllos que escogen la vía del mal.

—Pero lo de la *pousada* sí que podrá comprobarlo...

—Ya lo he hecho —dijo él, cortante—. Pasemos a la mañana siguiente. ¿Dónde estuviste antes de ir a Monte Luz?

Mika recordó su entrevista con Cortés, el responsable de la oficina comercial de la embajada. Fue a contestar, pero en el último momento aguantó el aire en sus pulmones. Si revelaba que había mantenido aquella reunión, el investigador Baptista telefonearía a Cortés para contrastar la información; y con tantos expedientes de búsqueda de trabajo esperando ser atendidos, lo que menos le interesaba era manchar su currículum.

—Paseando —mintió—. Ya le he dicho que acababa de llegar a la ciudad, estaba asustada por el apagón y con el sueño cambiado.

—Paseando, ¿por dónde?

Mika lo miró a los ojos, desafiante.

—Por aquí y por allá. Todavía no conozco la ciudad como para mostrárselo sobre un mapa. Cuando me cansé de dar vueltas, subí a un autobús que me llevó hasta Monte Luz y busqué a mis amigos por el laberinto de calles. Bueno, entretanto...

—No te detengas.

—Estuve en casa de una mujer.

—¿Una mujer?

—Una sacerdotisa de candomblé. Me dio una pomada para un esguince.

—No te he visto lesionada. —Se incorporó sobre la mesa para mirarle las piernas —. ¿Llevas muletas o algo?

—Era una simple torcedura de tobillo. —Iba a contarle que ya lo tenía desde los campeonatos europeos de kárate, pero prefirió silenciar su condición de luchadora profesional—. Me hice daño en una de las cien escalinatas de cemento que subí y bajé.

—¿La conocías de algo? A esa mujer, me refiero.

—¿Cómo iba a conocerla? No la había visto en mi vida. Sólo sé que se llamaba Mamá Santa.

—Bonito nombre —intervino el agente Wagner.

—Lo que ocurrió después ya lo sabe: encontré por fin a mis amigos y comenzó la reyerta.

—¿Qué hiciste después de dejar a ese tal Purone?

—Corrí todo lo que pude tratando de hallar la casa de la santera pero, antes de llegar, me tomó como rehén un chico de unos veinte años. Camiseta de baloncesto, perilla. Llevaba una pistola ametralladora.

—Sigue.

—Me arrastró hasta un callejón en el que le esperaba otro miembro de su escuadrón. Obeso, con bermudas. Querían utilizarme como escudo, así que... me defendí.

—¿Qué quieres decir exactamente con que te defendiste?

Tragó saliva. Había llegado el momento.

—Me desembaracé del de las bermudas y le di una patada que lo desplazó fuera del callejón. Al ponerse a tiro, un joven de la banda rival le cosió a balazos. Acto seguido, de otra patada aplasté el arco nasal del de la perilla. Fue todo en defensa propia.

—Vaya leona... —Mika se acordó de su padre. «Mi pequeña pantera», habría dicho él. El recuerdo hizo que se sintiera vulnerable, pero tenía que aguantar el tipo. El investigador Baptista reanudó el interrogatorio—. ¿Qué hiciste luego? ¿Te fuiste por dónde habías llegado?

—No.

—Pues tú dirás.

—Trepé por un balcón, me encaramé al tejado y salté a otra calle después de cruzar a gatas por las azoteas de media favela.

—Joder, no había quien se creyera esa película.

—¿Cómo?

—Y a la vista de tu foto, tan femenina, mucho menos.

El investigador Baptista abrió un cajón del que sacó algo que arrojó sobre la mesa.

—¡Mi pasaporte!

—Puedes llevártelo. Tu versión coincide con la de esa Mamá Santa.

—¿Han hablado con ella?

—Fue esa bruja la que lo entregó a mi gente. Según dijo, se te cayó cuando trepabas por el balcón.

Mika respiró hondo, tratando de que no se le notase.

—Entonces ¿hemos acabado?

Baptista hizo una mueca.

—Por ahora no tengo material para encerrarte.

—¿Cómo que por ahora? ¿Me está acusando de algo? ¡Ya le ha quedado claro que actué en defensa propia!

—Si te acusase *formalmente* de algo —susurró Baptista inclinándose sobre la mesa—, estaríamos conversando en un tono bastante menos distendido. Pero no puedo dejar de pensar en algunas piezas que no me cuadran. Qué casualidad que te presentes en la favela y justo ese día... Este trabajo me ha enseñado a no creer en las casualidades.

—Le ruego que hable más claro.

—Te lo diré tan claro como digo que Neymar no le llega a Pelé ni a los tacos de la bota. —Se tomó un par de segundos y declaró—: No suelo tener a una tortuga ninja extranjera dando vueltas por las azoteas de mis favelas el mismo día que asesinan al inaccesible jefe de un cártel.

—¡No estará insinuando que fui yo! ¿Por qué habría querido hacer eso?

—La respuesta suele ser: por dinero.

—Benditos reales —añadió el agente Wagner.

—¿Está sugiriendo que soy una sicaria del otro escuadrón? ¡Estuvieron a punto de matarme entre unos y otros, por Dios!

—Del otro escuadrón o de... ¿quién sabe? Hay muchos intereses creados alrededor de la pacificación de las favelas.

—¿Qué intereses?

—¿De verdad necesitas que te lo cuente? Esa reyerta nos ha obligado a entrar con tal potencial que ahora tendremos que quedarnos para evitar que la opinión pública se nos eche encima. En cuanto pasen unos meses, el gobierno querrá compensar el gasto y comenzará a cobrar por una luz y un agua cuyas canalizaciones no ha costado, lo que empujará a los habitantes de Monte Luz a desplazarse a otras favelas sin pacificar en las que puedan seguir viviendo *de gratis*, sometiéndose al señorío feudal de otros narcos. Y ese éxodo permitirá al gobierno acotar zonas de Monte Luz para que sus amigos empresarios de la construcción especulen y se hagan aún más ricos. Es el ciclo de siempre. Pero tú ya lo sabes, ¿no?

—Es absurdo. Estamos hablando como si de verdad yo hubiera participado en algo de todo eso...

—Yo no lo veo tan absurdo —repuso, mirándola a los ojos.

Levantó el expediente para remover papeles de forma que Mika no pudiera ver lo que contenía. Releyó unos párrafos apretando los labios y a punto estuvo de

preguntarle algo más, pero cerró la carpeta de golpe.

—Dame tu número de teléfono. Quiero tenerte localizada.

Ella sacó el terminal que le había dado Adam Green y se dispuso a buscarlo.

—¿No te sabes tu propio número?

—Es nuevo.

—Ya...

Estaba claro que esperaba más explicaciones, pero no quiso dárselas. Se lo dictó.

—¿Puedo irme?

—Si no tienes nada más que contarme...

En realidad sí que quedaba algo en el tintero. Mika recordó que el enigmático propietario de Creatio no había llegado a explicarle qué estaba haciendo en la favela cuando la recogió con su flamante deportivo.

Baptista sin duda notó su vacilación. Su siguiente disparo fue certero.

—Contéstame a una última pregunta: ¿cómo lograste escapar de aquel infierno?

—Corriendo.

Nada más decirlo, Mika sintió un repentino bombeo en el tobillo. El esguince reclamaba su atención, avivado por aquella segunda mentira.

El investigador Baptista volvió a inclinarse sobre la mesa y le habló en voz baja. Mika sintió que su olor a champú le inundaba las fosas nasales.

—Pues es mejor que aún te quede fondo para seguir corriendo.

—¿Por qué dice eso ahora? Me está asustando.

—No soy el único que piensa que te dedicas a partir cuellos. La *familia* de Poderosinho también se ha enterado de tus andanzas.

—Pero ¿qué dice?

—Deberías haberle sacudido más fuerte al de la perilla.

Sintió un nudo en el estómago.

—Entonces ¿no... lo maté?

Baptista negó con la cabeza.

—Según nos contó esa bruja de Mamá Santa, se reanimó y escapó antes de que llegásemos nosotros. Seguro que salió pitando para dar cuenta de tu existencia al nuevo jefe del cártel.

En mitad de la creciente angustia, le alivió enterarse de que tenía un cadáver menos sobre sus espaldas; y también, por un brote repentino de emoción al sentirse tan sola, de que no había sido la santera quien la delató. Pero el desahogo le duró poco. Aquello confirmaba su tesis sobre el *mail* que recibió al despertar. Habían sido los narcos quienes lo enviaron. Le estaban avisando y en cualquier momento se arrojarían sobre ella. Y lo peor era que no la perseguían por haber acabado con la vida de un par de esbirros. Querían vengar la muerte ni más ni menos que del maldito Poderosinho.

Volvieron a su mente las tarjetas de visita que había esparcido por toda la calle cuando se le enganchó el bolso. Temía que, además de llevar impreso su nombre y

dirección de correo electrónico, en alguna de ellas también figurase a bolígrafo la dirección de su *pousada*. Pensó en apuntarla durante el vuelo —tenía la reserva pagada y era seguro que pasaría allí unos cuantos días al inicio de su estancia, por lo que estaría mejor localizada mientras buscaba su primer trabajo—, pero culminó el viaje tan cansada y dormida que no podía asegurar si aquella idea se quedó en una mera intención.

—¡Venid a ver esto! —gritó alguien al otro lado de la pared, interrumpiendo sus cavilaciones—. ¡Corred!

El investigador Baptista y el agente Wagner salieron disparados hacia la estancia contigua. Pasado medio minuto —y con la sensación de que se habían olvidado de ella—, Mika se levantó y se asomó. El otro despacho era más amplio, pero resultaba igual de asfixiante dado que habían ubicado de forma imposible tres mesas de trabajo sobre las que se acumulaban las carpetas repletas de documentación.

Los policías no se percataron de que estaba allí. Tenían la vista clavada en un televisor colocado sobre un armario metálico. Habían subido el volumen hasta un nivel atronador para escuchar la retransmisión en directo que emitían desde un helicóptero.

«Nos acercamos a otro de los campamentos de la compañía Global Madeiras Ltda. que hace poco más de una hora han saltado por los aires...».

Era un reportero especial de la cadena TV Brasil, la misma en la que Mika había seguido el debate nocturno de Eloísa Meneghel la noche del apagón. Según se podía leer en la parte inferior de la pantalla, sobrevolaba algún lugar de la región amazónica de Mato Grosso. Debía de haber ocurrido algo muy gordo, pero Mika no tenía espacio en su cabeza para problemas ajenos.

Se volvió hacia la mesa en la que el investigador Baptista le había tomado declaración. Entre el barullo de cables del ordenador y el vaso de café rodeado de ceniza, reposaba su expediente.

Miró a un lado y otro.

No puedes hacer eso...

Nadie la vigilaba. Al igual que el investigador Baptista y sus compañeros de departamento, los que trabajaban en la sala central que había atravesado para llegar al despacho estaban clavados a otro televisor que emitía el mismo programa en directo.

No lo pensó más. Se acercó con rapidez a la carpeta y la abrió. Empezó a revolver papeles sin lograr fijar su atención en ninguno. El corazón iba a salirse del pecho.

Entretanto, el reportero trataba de hacerse oír sobre el ruido de los rotores.

«Es el tercer campamento de extracción de madera que sobrevolamos, pero nuestros compañeros de la otra unidad aérea nos informan que están ardiendo varios más».

«Han sido siete en total», confirmaba la voz en off del presentador del noticiario, desde los estudios centrales de la cadena.

Mika seguía a lo suyo, pasando de forma errática fotografías de la favela, de los muertos caídos en la reyerta, informes que no tenía tiempo de leer... ¿Qué esperaba encontrar? Se le ocurrió que quizá hubiera cámaras de vigilancia, pero ya era tarde para dar marcha atrás. A cada momento levantaba la cabeza para comprobar si entraba alguien y, al volver a rebuscar en la carpeta, había perdido el hilo. Estaba a

punto de abandonar cuando vio una fotocopia de su pasaporte. En ella, el investigador Baptista había escrito dos palabras.

A rotulador y con mayúsculas.

Las leyó varias veces.

¿Qué significa esto?

Lo dejó todo como lo había encontrado y volvió a asomarse al despacho contiguo intentando mostrar normalidad. Nadie se fijó en ella. El presentador del noticiario seguía conversando con el reportero que sobrevolaba Mato Grosso, cruzando información sobre lo que parecía un atentado terrorista en mitad de la selva.

«Mientras conectamos con los compañeros de la unidad móvil que se dirige al campamento situado al nordeste —decía—, confírmannos una cosa: las imágenes que nos están llegando parecen mostrar el mismo modus operandi en todas las explosiones. ¿Podemos afirmar que se trata de un mismo autor?».

«Sin duda ha sido una acción coordinada, pero para llevarla a cabo habrán necesitado un escuadrón entero. Eso es lo que más asusta. Los siete objetivos se encuentran en la misma zona, pero apenas tienen accesos y están completamente rodeados de espesura».

«¿No hay peligro de que el fuego se propague?».

«No realmente. Como veis en esta toma panorámica —la pantalla mostró la clásica calva en mitad de la foresta—, los campamentos se construyen en zonas que ya están previamente limpias de vegetación; y los estallidos han sido lo suficientemente potentes como para volar por completo las instalaciones y el material, pero no como para afectar a la selva primaria que hay alrededor. Está claro que se trata de una acción maquiavélicamente calculada».

«¿Y los trabajadores de la Global Madeiras Ltda.? ¿Están todos bien?».

«Sólo alcanzamos a ver algunos de ellos corriendo de un sitio a otro, afanados en sofocar el fuego».

La cámara móvil seguía enviando imágenes de los almacenes destruidos y las máquinas taladoras convertidas en un amasijo de hierros, como hangares y tanques recién bombardeados. A Mika le resultó extraño que los maderos carbonizados desprendiesen un extraño humo naranja que poco a poco iba copando el cielo.

—Vaya lío —murmuraba Baptista—. ¿Y dicen que han estallado todos al mismo tiempo?

—En el mismo instante —le confirmó uno de los policías sin apartar la vista de la pantalla.

El viento cambió y el helicóptero tuvo que dar un giro brusco para no introducirse de pleno en la densa columna de humo que ascendía hacia el cielo.

—¿Qué clase de mierda están fumando ahí?

—La primera explosión desprendía humo verde —le informó el compañero, poniendo cara de no saber la explicación—; la segunda, violeta y ésta, naranja. Han dicho que debe de ser cosa de los materiales que han utilizado para la ignición.

—No sé... —murmuró Baptista, accionando de forma inconsciente el engranaje de su mente de investigador—. Lo que ha estallado ahí no ha sido una de esas bombas caseras que los rebeldes universitarios fabricaban con nitrato de potasio y azúcar moreno. Me parece mucho humo y muy naranja.

—Habrà que esperar para ver qué encuentran los bomberos. Por lo menos, no nos toca lidiar con ese tinglado.

—No estaría mal —bromeó Baptista—. Con tanto colorín parece una verbena. La música ya la ponemos nosotros.

—¡Ratatatá! —exclamó el agente Wagner, simulando el ruido de una metralleta.

—A los de la Global Madeiras no les hará tanta gracia —dijo el cuarto policía, que hasta entonces había estado callado.

—No me digas que todos los campamentos son de la misma empresa.

—Los siete.

—¡Joder! —exclamó Baptista—. Alguien se la tiene jurada, aunque no me extraña. Están dejando la selva más afeitada que el pecho de Wagner.

—¡Lo hago por higiene!

El televisor mostraba cómo la inmensa columna de humo naranja seguía ascendiendo.

El investigador Baptista se acercó a la pantalla. Casi llegó a pegar los ojos.

—¿En qué piensas? —preguntó el agente Wagner.

—Aún no lo sé, pero hay algo que me huele mal.

—A chamusquina —dijo su compañero, seguido por las risas del resto.

En ese momento, el presentador del noticiario que se encontraba en los estudios centrales pidió la palabra al reportero que seguía relatando desde el aire los trabajos de extinción del fuego coloreado. Suspendieron la retransmisión y mostraron una toma del plató del noticiario mientras preparaban un vídeo que acababa de llegar a la redacción.

«Señoras y señores televidentes —comenzó el presentador con un ligero temblor en la voz—, en unos instantes les mostraremos las imágenes que acaban de enviarnos desde una de las avionetas de extinción de incendios que sobrevuela el área de los atentados. Les pedimos que disculpen su baja calidad. Están tomadas desde un teléfono móvil, pero ello no empaña su... —Hizo una pausa que dejó ver que estaba improvisando, sin seguir un guión escrito en el teleprompter—. No sabemos cómo describir lo que está ocurriendo. Es... desconcertante. Véanlo ustedes mismos».

La cadena dio paso al vídeo.

Desde la avioneta se disfrutaba una vista general del área de selva en la que se ubicaban los siete campamentos objeto del atentado simultáneo. Podía verse con toda claridad cómo de todos ellos emergía su respectiva columna de humo. Comprimidas como siete tornados y cada una de un color diferente: rojo, naranja, amarillo, verde, azul, añil y violeta.

Terminaban fundiéndose en lo alto, formando una imagen sobrecogedora.

Un arcoíris.

Un arcoíris de humo, terrorífico y hermoso.

—¡Por el venerado Cristo de Corcovado! —exclamó el agente Wagner.

El investigador Baptista se volvió con una inusual sensación de desconcierto y vio a Mika.

—¿Qué haces tú ahí?

—Sólo quería decirles que me voy ya —improvisó.

—Hace rato que tendrías que haberte ido. ¡Venga, aligera!

Agitó la mano en el aire y se quedó mirando mientras la española daba la espalda a aquel arcoíris, cada vez más parecido a una mueca trágica, que se apoderaba del cielo.

El chófer de Creatio le había esperado, solícito, en la puerta de la comisaría. Mika le pidió que la llevase a la *pousada* y se recostó en el asiento trasero. No podía quitarse de la cabeza la idea de que a los ojos de la policía (y, lo que era aún peor, a los de una banda de narcotraficantes) se había convertido en la principal sospechosa de asesinato del jefe del Comando Brasil Poderoso.

El teléfono que le había prestado Adam comenzó a vibrar en el bolsillo.

El consulado...

Lo sacó a toda prisa, pero se quedó de piedra al reconocer el número.

¿Papá?

Tenía unas ganas terribles de hablar con él, pero no era el momento. Se sentía incapaz de explicarle el lío en el que se había metido; y tampoco tenía ánimo para simular que no pasaba nada. Si le llamaba a ese número es porque Sol se lo había dado. Rogó para que ésta, al menos, hubiese mantenido su palabra de no contarle el asunto del *mail* cuyo origen se estaba encargando de rastrear.

Lo dejó sonar. Sintió mucha pena. Si la noche se estaba apoderando de São Paulo, en Libia debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada. ¿Qué repercusión estarían teniendo en otros países las noticias de los insólitos acontecimientos que vivía Brasil? Seguro que su padre estaba cubriendo la guardia de alguno de sus empleados, acababa de ver en televisión lo ocurrido en Mato Grosso y se desesperaba imaginando a su hija cruzando más allá del arcoíris de humo como la ingenua Judy Garland de *El Mago de Oz*.

Dejó que se perdiera la llamada y le envió un mensaje diciéndole que la cobertura iba y venía, que todo estaba bien y que ya le llamaría con tranquilidad en otro momento. No podía ser menos cierto. Nada estaba bien. Sentía una creciente zozobra, tal vez debida a las dos palabras escritas sobre la fotocopia de su pasaporte que descubrió al curiosear su expediente.

Se dio cuenta de que llevaban un rato parados en una retención entre el final de la avenida Paulista y Villa Madalena. No pintaba muy bien. Todo el mundo regresaba a sus casas después de trabajar y parecía haber habido un accidente unas cuantas manzanas más adelante.

—Tenemos para rato —comentó el conductor al percibir su impaciencia.

—Seguiré caminando —decidió Mika.

Salió del coche sin esperar una réplica y echó a andar por las empinadas calles del barrio en dirección a la *pousada*. Sintió un escalofrío al recordar que, nada más llegar a la ciudad, había tenido que arrastrar su maleta a oscuras por aquella montaña rusa ignorando lo que estaba por llegar. Cuando enfiló la última cuesta, un ruido atronador que salía de un almacén se elevó por encima de los pitidos del tráfico.

—¿Qué pasa ahora? —musitó.

Al pasar por la puerta se detuvo a mirar. Sobre el dintel, un letrero de vinilo rezaba: ESCOLA DE SAMBA.

Estiró el cuello para asomarse. Allí dentro habría cerca de doscientas personas. A juzgar por la organización que se intuía más allá de la bulla, debía de tratarse de uno de los grupos que participarían en la competición oficial del inminente carnaval. Estaban en pleno ensayo, dejándose la piel como si acabasen de saltar a la pista del sambódromo.

Se quedó anclada al ritmo alienante. Le entraron ganas de cerrar los ojos y dejarse llevar, lanzarse al interior y trazar movimientos ebrios entre las delirantes bailarinas. Mientras los percusionistas practicaban sus redobles, la reina y su séquito se cubrían con los patrones de sus vestidos —aquel año estaban inspirados en el antiguo Egipto—, que las modistas retocaban sobre sus cuerpos exuberantes y duros como efigies de mármol. No había oficio que no tuviera cabida en las escuelas, que terminaban siendo nutridas asociaciones vecinales que representaban a un barrio entero. Cada una escogía como motivo un evento histórico, un personaje o una leyenda brasileña y depuraban cada detalle de la música, coreografía y vestuario para imponerse al resto de los participantes y deslumbrar en el desfile.

Mika recordó lo que le había dicho el responsable de la oficina comercial de la embajada: «El carnaval paraliza el país». A la vista de lo que tenía delante, no le extrañaba. Aquel grupo de gente, aún vestidos de calle y a unos cuantos días del estreno, desprendía más energía que la central de la presa de Iguazú. Estaba claro que los carnavales brasileños estaban a la altura de su fama. Llegados de Europa en el siglo xv y reinventados como la única fiesta del nuevo continente que compartían libres y esclavos, si con algo no tenían que ver era con el *carnelevarium* originario latino, bautizado así por la prohibición del consumo de carne en la cuaresma cristiana.

Un joven moreno —como los brasileños blancos llamaban de forma eufemística a sus discriminados compatriotas de raza negra— se fijó en ella y latigueó un botellín de agua que tenía en la mano; arrojó un buen chorro sobre el pecho de Mika.

—Pero ¿qué haces? —se enfadó. No estaba para bromas.

—Te estoy invitando a nuestra escuela.

—Pues vaya forma de hacerlo.

—Ya veo que no conoces el *entrudo* —dijo, condescendiente.

—¿Qué?

Apenas le oía entre el alboroto, distorsionado tras rebotar en las paredes y el techo de chapa. Se dio cuenta de que el joven era un poco infantil y se arrepintió de haber sido tan brusca.

—Hace siglos —le explicó aquél, soltando una plática aprendida de memoria—, al carnaval se le llamaba *entrudo* por un juego en el que la gente se tiraba agua para purificar el cuerpo.

—No lo sabía, disculpa.

—Los ricos lo prohibieron porque decían que producía infecciones, pero no es cierto. Eso era porque también se tiraban frutas podridas. ¡No entendían nada! —Rió, mostrando unos dientes grandes y amarilleados—. ¡Y tú tampoco entiendes nada!

Mika escuchó los redobles que seguían subiendo de volumen y pensó que el chico tenía razón. Desde que llegó al país se sentía como un títere conducido por aquella obstinada cadencia tribal que flotaba en el ambiente.

Hizo el gesto de secarse la camiseta con la palma de la mano.

—Gracias por la invitación, pero ahora no puedo entretenerme.

Se dispuso a marcharse cuando otros tres jóvenes que acababan de salir del almacén se unieron a la charla.

—Entra a dar una vuelta, que nosotros te cuidamos.

Éstos eran diferentes. Se movían despacio, acomodando el ritmo de los tambores a un contoneo de sus caderas que, frente a lo que pudiera pensarse, resultaba muy masculino... e intimidante. Algunas escuelas de samba tenían una estrecha relación con las bandas de narcotraficantes que dominaban las favelas. Las financiaban para que brillasen en el carnaval y, al terminar, exigían a sus representantes tributos que en ocasiones eran muy difíciles de satisfacer. Esos incumplimientos habían dado lugar al asesinato de algunos directores, como el de la escuela de Mangueira, que apareció decapitado y quemado tras haberse enfrentado a sus benefactores.

Mika apartó de un plumazo aquellos pensamientos. Si quería pensar con claridad no podía sucumbir a manías persecutorias.

—Mejor otro día —rehusó—. Creo que no tenéis agua suficiente en esa botella como para purificarme.

El chico, espoleado, fue a arrojarle otro chorro. Pero Mika dio un salto hacia atrás y aprovechó para alejarse, despidiéndose con la mano.

—¡Cuando vuelvas por aquí te enseñaré a mover ese culito! —gritó otro entre la batahola de tambores.

Siguió caminando a paso rápido hasta la *pousada*. Pidió la llave y subió la escalera que conducía a su habitación. Al tratarse de una casa tradicional rehabilitada, había diferentes áreas. La suya estaba ubicada en el primer piso, al fondo de un pasillo que a un lado tenía un par de puertas con los literarios carteles de SUITE PESSOA y SUITE ANDRADE, dos reverenciados poetas de lengua portuguesa; por el otro lado asomaba a un patio interior cubierto de enredaderas. La luz de la luna, que ya se había apoderado del cielo, proyectaba sombras cambiantes sobre el embaldosado.

Cuando fue a abrir le pareció oír algo en el interior.

Estás paranoica...

Introdujo la llave despacio. Permaneció aferrada al pomo mientras repasaba la habitación oscura. Todo parecía estar en su sitio. Los muebles precarios con un toque de encanto, como adquiridos en un rastro; el espejo sin marco en la pared del fondo, sobre el lavabo de porcelana. Se paró a contemplar su propio reflejo distorsionado en

la penumbra. Por alguna razón no soltaba el pomo...

Para cuando reparó en la sombra que se movía ya no tuvo tiempo de reaccionar.

Un hombre agazapado empujó la puerta de repente y le atizó con ella en la frente. Mika cayó hacia atrás. Se golpeó en la cadera contra el marco y soltó un grito de dolor, pero la adrenalina hizo que se recompusiera al instante. Cuando el hombre intentó salir de su escondrijo, Mika tensó su pierna izquierda y le bloqueó el paso. Con la otra, todavía desde el suelo, le propinó una patada en la entrepierna que lo arrojó contra el cabecero de la cama. El hombre se recuperó como si nada y se puso en pie con una flexibilidad prodigiosa. Su forma de arquearse la asustó. Reconoció los movimientos de un luchador de capoeira, el arte marcial brasileño que, como todas las disciplinas de defensa personal, podía convertir a cualquier persona en un arma letal.

Permanecieron unos segundos mirándose frente a frente, Mika en la puerta y aquél en mitad de la habitación. Aprovechó para tomarle una instantánea: alrededor de treinta años, camiseta oscura y pantalón estrecho negro, barba rasurada, una profunda cicatriz en forma de cremallera que le recorría el brazo izquierdo...

El luchador comenzó a trazar movimientos oscilatorios con una mano, preparándose para lanzar una nueva acometida. En la otra llevaba un objeto parecido a una carpeta. Mika reconoció la funda de su ordenador. Por un instante se sintió aliviada al pensar que era un simple ladrón, pero pensó que si había algo que no podían robarle era su portátil. En aquel disco duro almacenaba fotos, archivos personales y toda la información que necesitaba enviar a la oficina comercial de la embajada: los escaneos de las cartas de recomendación, el proyecto de fin de carrera y, sobre todo, ¡sus *posts* sin publicar! Los artículos de denuncia social que había acordado mostrar a Cortés para tratar de destacar entre el resto de los solicitantes de empleo.

Se dio cuenta de que no tenía copia de seguridad de estos últimos. Tanto esfuerzo invertido para escribirlos... ¿Cómo no se los había enviado a sí misma por *mail*? Tenía que haberlo hecho antes de sacar el portátil de casa. Aunque lo peor no era perderlos, sino la certeza de que no podría volver a redactarlos. Surgieron de forma espontánea en momentos muy concretos de sus años en Madrid, durante y después de la carrera, el difícil período en el que tuvo que construirse una vida propia alejada de su padre. Por ello, además de plasmar sus tesis y pensamientos más o menos filosóficos, llevaban impresos sus diferentes estados de ánimo a lo largo del tiempo, como si fueran marcadores de su crecimiento personal.

En ese disco duro almacenaba no sólo su futuro laboral, sino también su pasado más íntimo.

Se lanzó sin pensarlo contra él. Usaba sus brazos para bloquear la ofensiva del luchador al tiempo que soltaba patadas de su mejor kárate que aquél esquivaba sin inmutarse. Tras agacharse para sortear un potente *yoko geri kekomi* del talón de Mika dirigido a su mandíbula, el luchador barrió el suelo con un ataque en curva que la

alcanzó en el tobillo dañado, haciendo que se encogiera sobre sí misma. Él aprovechó para componer un volantín con ambas piernas en abanico y, pasando por encima de Mika, se colocó en mitad del pasillo.

De la suite Pessoa salió un hombre fornido y trajeado, con el nudo de la corbata aflojado y un teléfono móvil en la mano, alarmado por los ruidos de la pelea. Les increpó sin ser consciente de que se estaba enfrentando a un profesional. El luchador dudó si llevárselo por delante. Lo habría tumbado con más facilidad que a un fardo de heno, pero decidió no complicarse y buscar otra salida. Se encaramó a la barandilla y saltó hacia el pequeño patio de la *pousada*. Rebotó en el tejadillo que cubría un lavadero y se deslizó hasta abajo. Mika no lo pensó dos veces. Pasó ambas piernas por encima de la barandilla para ir tras él.

Una vez en el suelo, apartó unas sábanas tendidas que se le enrollaron en la cara y aceleró cuando vio que aquél se elevaba por la valla de madera que colindaba con la calle. Estiró el brazo y llegó a agarrarle de la camiseta, pero se le escurrió entre los dedos. Entonces le cogió del bajo del pantalón, pero el hombre sacudió el pie, rozando la nariz de Mika con la suela de su bota deportiva, y de nuevo consiguió zafarse antes de perderse por el callejón.

Mika trepó detrás, pero se hizo daño en la mano con un clavo que sobresalía en la parte superior. Cayó al suelo y apretó la herida, soltó un quejido más de rabia que de dolor y se introdujo en el lavadero confiando que tuviera salida por el otro lado. Apartó a la atónita encargada de la limpieza que estaba doblando toallas sobre una mesa y cruzó una puerta que, como había supuesto, daba a la recepción. Pasó junto al antiguo abrevadero que servía de acceso y salió a la calle.

Miró a ambos lados. Farolas desvaídas. Vehículos buscando aparcamiento. Sillas en las aceras, frente a los bares que ofrecían a precio de saldo las últimas freidurías. Una luna de licántropos imponiéndose en el cielo contaminado que surcaban los helicópteros...

Divisó a lo lejos la indumentaria negra del luchador justo antes de que éste torciera una esquina. Quiso pensar que cojeaba. Tal vez se había herido con los clavos de la valla. Esprintó tras él segura de alcanzarlo, y lo habría hecho en menos de doscientos metros de no ser por lo que encontró en la calle contigua: buena parte de los integrantes de la escuela de samba habían salido del almacén para compartir con sus vecinos la algarabía del ensayo general.

—¡Ahora no! —gritó Mika sin dejar de correr.

En la puerta del local se aglomeraban músicos, bailarinas, integrantes del coro y sus huestes de acompañantes moviéndose al compás. Los tambores sonaban rotundos, las caderas cimbreantes nublaban la vista. Las damas exhibían en sus rostros los dibujos de purpurina que habían ensayado las maquilladoras. La reina portaba, a modo de anticipo, uno de los complementos que vestiría el día del desfile: la diadema de plumas sobre el imponente tocado que terminaba de convertirla en el objeto de deseo de aquellos brasileños con alma de pavo real.

Mika reconoció entre la marabunta al chaval de la botella de agua. Se lanzó a preguntarle.

—¿Has visto a un hombre vestido de negro con un ordenador en la mano?

—¡Hola! —exclamó él.

Comenzó a moverse de forma poco afortunada, dejándose llevar a su manera por el ritmo hechizante.

—¡Ahora no puedo bailar contigo! ¡Necesito que me digas si has visto a un hombre que corría hacia aquí cojeando!

El rostro del chaval se tornó serio. Hizo una especie de puchero y señaló hacia el interior del almacén. Mika se abrió paso a codazos entre los miembros de la escuela. Pensó que le resultaría imposible encontrarlo. Aquel lugar, que parecía una vieja cooperativa textil a juzgar por algunas máquinas oxidadas desterradas en las esquinas, estaba aún más abarrotado que la calle. Aguantando como pudo los empujones, fue recorriendo con la vista cada rincón. Se abalanzaban sobre ella rostros extasiados, ansiando la fiesta de libres y esclavos en la que nadie pedía cuentas a nadie.

Por fin reconoció la figura del luchador. Estaba encaramado a una pasarela metálica que rodeaba el recinto a unos seis metros sobre el suelo.

¿Cómo has llegado ahí?

No veía escaleras, ni otra forma de subir.

Alguien la sujetó por detrás. Era uno de los tres muchachos con los que había hablado un rato antes.

—¡Sabía que volverías a por mí! —exclamó, y comenzó a bailar junto a ella moviéndose de una forma que recordaba a la lambada.

Mika intentó zafarse, pero él la sujetó del brazo y siguió contoneándose. Volvieron a su mente los cárteles de narcos que financiaban algunas escuelas de samba y se preguntó qué estaba haciendo persiguiendo a aquel hombre, aparte de meterse en la boca del lobo y favorecer que se le echasen encima todos los sicarios de Monte Luz. Pero de inmediato se reafirmó en su objetivo: recuperar su ordenador.

Volvió a repasar el recinto. La mayor parte del espacio lo ocupaba la enorme carroza de la escuela, que esperaba el momento de ser conectada al mecanismo tractor que la conduciría por el sambódromo. Representaba una esfinge egipcia similar a la de Gizeh y en su tocado se ubicaba el trono de la reina. El cuerpo era de serpiente, con curvas sucesivas terminadas en unas tarimas sobre las que bailarían la abanderada y su escolta. A los lados se desplegaba una hilera de palmeras doradas como el resto del ornamento. El resultado era imponente. Pero lo mejor de todo era que desde la parte superior Mika podría alzarse hasta la estructura metálica por la que avanzaba el luchador.

Se desembarazó de su pretendiente de un tirón y salió disparada. Saltó a la plataforma exterior de la carroza, dispuesta para los contoneos de la comisión de vanguardia, como llamaban a los bailarines más experimentados, y de allí ascendió

por una escalerilla de madera que habían construido para llegar al trono.

La gente gritó horrorizada, temiendo que dañase el ornamento antes del estreno, pero no se detuvo. El luchador había acelerado el paso en dirección a un ventanal con una pegatina de EMERGENCIA. Mika se estiró sobre el asiento del trono, aferró ambas manos a una barra de la barandilla y se alzó por fin a la pasarela.

Para entonces, el hombre había desaparecido.

Corrió hacia el ventanal. Se asomó y vio que era una salida de incendios con la escalera desplegada. Miró abajo y comprobó que el luchador, a pesar de ir arrastrando la pierna de forma cada vez más patente, se disponía a girar por la calle contigua en dirección a la plaza Américo Jacomino. No era una buena noticia. Allí se ubicaba la estación del distrito Alto de Pinheiros.

Bajó sin detenerse a pisar escalón a escalón, deslizándose a fuerza de hacer presión en ambos extremos con las manos y los pies. Llegó abajo en un abrir y cerrar de ojos, pero tuvo que detenerse un par de segundos para acallar un grito de dolor — el rozamiento le había quemado la palma de la mano que antes se había herido con el clavo—. Echó de nuevo a correr, entró en la estación y contempló las diferentes opciones, confiando recibir algún impulso intuitivo: ómnibus, conexiones con Ciudad Universitaria, Barra Funda...

¿Hacia dónde te has dirigido?

Se decidió por la línea verde del metro. Pasó con discreción junto a las cabinas expendedoras, saltó el tornillo en el que se introducían los billetes y aceleró en dirección a la escalera mecánica. Por suerte, la estación de Villa Madalena era final de línea, por lo que sólo había un andén.

Mientras llegaba, oyó la locución que anunciaba la próxima salida. Buscó rápido entre las columnas. Ningún rastro del luchador. Tenía que haber subido ya. Echó un último vistazo. No podía estar escondido tras un pilar, de ser así lo habría visto. Volvió a mirar al tren. Era un modelo de última generación y los vagones estaban conectados unos con otros, por lo que podía recorrerlo de principio a fin antes de llegar a la estación de Sumaré. Lo que hiciera cuando se vieran cara a cara ya lo decidiría después.

Arriba.

Pero ¿y si él no había subido?

No puedo fallar ahora. Deprisa, decide...

Se lanzó al interior del vagón en el último instante. La puerta le atrapó un brazo y tuvo que dar un tirón para evitar que volviera a abrirse.

Arrancó.

Ya sólo tenía que avanzar hasta cruzarse con él. Pero, cuando el tren comenzó a andar, vio a través de la ventanilla cómo el luchador salía de detrás de una columna y se acercaba a la vía.

No podía creerlo. Estaba encerrada en aquella serpiente de metal, rumbo a ninguna parte, mientras el luchador, desde el andén, le mostraba con sorna su

ordenador fuera de la funda.

Cuando pasó a su lado, en esa décima de segundo, se percató de que llevaba un tatuaje en el cuello que apenas distinguió por el tono oscuro de su piel. Intentó fijar la imagen en su cerebro. Era un rectángulo con una especie de ojo en su interior.

Le resultaba sorprendentemente familiar.

Un rectángulo,
con un ojo en su interior...

Se dejó caer en uno de los relucientes asientos del vagón. Mentalmente exhausta, echó la cabeza hacia atrás. Entonces oyó el tono de mensaje de un móvil. Pertenecía al pasajero del asiento contiguo. Aquél lo sacó y jugueteó unos segundos con la pantalla táctil. Al cabo exclamó:

—¡Otra vez!

Mika se volvió. El otro, con expresión de perplejidad, le hizo partícipe de lo que estaba viendo.

Red social Twitter.

Un mensaje compuesto de una fotografía y un *hashtag* que se estaba viralizando por la red en cuestión de segundos.

Provenía de un perfil llamado @123456¿?.

La fotografía: el rostro de un cadáver. Con los ojos abiertos, pero con una expresión ya conocida, la boca inundada por la lengua hinchada y la piel mudada hacia una repulsiva tonalidad azulada.

El *hashtag*: #DíaSegundo.

mar y tierra

Las máquinas engullían selva con la voracidad de un perro encadenado. En un santiamén, aquellos cruces de tanque y grúa talaban el tronco, lo desnudaban en el aire y arrojaban a ambos lados las vestiduras de corteza. Avanzaban como una mano obscena sobre la tierra virgen. Sin impedimentos, sin misericordia. El ruido de los motores solapaba la sinfonía amazónica.

Uno de los capataces separó de su boca el walkie-talkie que le conectaba con la oficina portátil y colocó las manos en forma de megáfono para hacerse oír sobre el estruendo.

—¡Americano!

Se dirigía a un joven que, apoyado en una pila de tablas, escribía algo en su cuaderno. Llevaba tan sólo un par de semanas trabajando para la maderera y nadie le había preguntado su nombre. En aquel campamento perdido se trabajaba y se bebía, no había tiempo para conversaciones alrededor del fuego. Al capataz le bastaba con saber que el nuevo ingeniero había nacido en los bosques de Yellowstone, el hogar de aquel oso de los dibujos animados, y que por eso sabía tanto de árboles.

—¡Americano! —insistió.

El joven levantó la mirada. Dejó lo que estaba haciendo y se dispuso a acercarse, pero el capataz alzó la mano indicándole que no era necesario.

—¡Dale una patada a ese mono! —fue lo que le pidió.

Se refería a uno de los peones indígenas. Llevaba toda la mañana tirado en el suelo, acurrucado en posición fetal junto a unos tocones. Quizá no tuviera más de treinta años, pero sus arrugas y las deformidades de los pies hacían que pareciese un anciano. Apretaba contra su pecho un cinturón con abalorios y no dejaba de tiritar.

El ingeniero resopló.

—¿No ves que está enfermo?

—¡Pues que se vaya a morir a otra parte! No quiero que le caiga encima una rama y que el jefe de la tribu se pase toda la noche haciéndome vudú.

—Pero si aquí no hacen vudú...

El capataz espetó algo por su intercomunicador, caminó a grandes pasos hacia el indígena y le atizó dos puntapiés, uno en las costillas y otro en el trasero cuando enfilaba a gatas a duras penas hacia una montaña de troncos que apilaban sus compañeros.

—¿Tienes algo que objetar? —escupió al pasar de vuelta junto al americano. Éste no contestó, pero su dura mirada hizo que el capataz se detuviera en seco—. ¿Seguro que quieres trabajar aquí? Quizá te pueda recomendar como jardinero para un hotelito

que conozco en Ipanema.

El americano aguantó el pulso durante unos segundos. Se fijó en otros trabajadores de la empresa que se afanaban en sus tareas, con sus gorras regalo de la petrolera o el casco amarillo, las herramientas colgando de la cintura y un pañuelo en la boca para no tragar humo o astillas. Respiró profundamente el olor a resina. Eso le serenaba.

—Si te vienes conmigo de hamaquero... —dijo por fin.

El capataz estalló en una carcajada.

—Más vale que te marques a fuego lo que decían los conquistadores portugueses —le aconsejó mientras volvía a su puesto.

—¿Qué decían?

Habló sobre el rugido de las máquinas:

—¡Qué más allá del trópico no hay pecado!

Cuando terminó la jornada de trabajo, el americano sacó una silla a la puerta de su barracón y se sentó a saborear los primeros minutos de silencio del día. Las taladoras resoplaban exhaustas, como una manada de búfalos al borde de una charca. El sol del ocaso arrancaba destellos dorados al plumaje de los tucanes.

El campamento maderero se asemejaba a un pueblo del antiguo oeste. Los empleados se alojaban en cobertizos móviles instalados junto a un tejadillo bajo el cual se reunían a cenar. Para entonces, todos habían ocupado sus sitios y esperaban con impaciencia el momento de arañar sus platos metálicos. El americano no tenía hambre. Había adelgazado tres o cuatro kilos desde su llegada, pero apenas podía probar bocado aparte de algunas frutas que cogía de los árboles. Lo achacaba al clima sofocante y no le daba importancia; su cuerpo atlético tenía reservas de sobra.

Frente a los barracones se encontraba el almacén, la única construcción levantada con cierta firmeza. Allí guardaban la comida y las armas, además de una mesa de oficina con los papeles privados del patrón, quien pasaba varias horas inmerso en trapicheos que el americano prefería no conocer.

Un todoterreno de la maderera apareció por la vía abierta entre la foresta. Se detuvo a las puertas del campamento. De él se apearon el capataz —¿de dónde venía?; ni siquiera le había visto ausentarse— y un par de gorilas blancos con trazas militares, sacados de alguna guerrilla clandestina. Les observó, escudado en las sombras que se cernían sobre el campamento, mientras abrían el maletero y sacaban un pesado cajón de madera que introdujeron en el almacén.

Tardaron unos minutos en salir. El capataz se aseguró de cerrar bien el candado y permaneció en pie junto al portón mientras el vehículo se alejaba por donde había venido. Cuando se disipó la nube de polvo fue a reunirse con los demás, dispuesto a vaciar una de aquellas botellas sin etiquetar que bien podrían contener el mismo combustible que bebían las máquinas.

Aquella escena inquietó al americano. Lo más probable es que su desazón se debiera al calor sofocante o a las picaduras de los mosquitos que a esa hora le acribillaban cada centímetro de piel, pero decidió quitarse de en medio hasta la hora de meterse en el catre. Se levantó y, como ya había hecho otros días a la puesta del sol, fue a caminar por la selva.

La espesura estallaba en el mismo límite del área deforestada. No había senderos ni balizas. Sobre el suelo bullían varias capas de vida animal y vegetal. Era como entrar en otro mundo, con sus propias reglas, su propio lenguaje y sonidos. Vagaba entre los troncos queriendo imaginar que sorteaba las columnas de una inmensa catedral, pero se sentía más próximo a un reo que deambulase entre barrotes carcelarios.

¿Cómo podía faltarle oxígeno en mitad del pulmón de la tierra? Las cosas no eran como había pensado, pero aguantaría lo que fuese con tal de conseguir sus objetivos.

Amaba los árboles y se había dejado la piel estudiando —incluso cursó lengua portuguesa, convencido de que terminaría viviendo en la Amazonía— hasta que obtuvo el doctorado con una revolucionaria tesis sobre tala selectiva, una forma de explotación artesanal en la que primaba el respeto por el ecosistema. Era obvio que no se parecía en nada a los procedimientos de la maderera, pero necesitaba aquel primer empleo. Estar en posesión de cierta experiencia sobre el terreno era un requisito indispensable para que el Ministerio de Medio Ambiente brasileño analizase su propuesta y le dejase montar su propio campamento experimental.

Mientras caminaba a paso lento intentando relajarse, concluyó que su pesadumbre tenía otra causa bien definida. Aun cuando tratase de disimularlo —y de engañarse a sí mismo—, le perturbaba la forma en la que trataban a los peones nativos. Su situación no era mejor que la de los esclavos de la antigua colonia. Cuanto mayor era su aislamiento social y geográfico, mayor era el abuso de los madereros; y la caoba o el cedro solían crecer en los terrenos de las comunidades menos contactadas y, por ende, más ingenuas. Los castigos físicos y los ajusticiamientos estaban a la orden del día; las mujeres consideraban algo normal el prostituirse por una botella de gaseosa... Entretanto, él tenía que mirar hacia otro lado y seguir con su trabajo.

Contempló el cielo a través de las copas de los árboles. El universo verde que había imaginado se teñía del rojo de la sangre vomitada por los excesos de trabajo y alcohol, del rojo de la ambición, del rojo de los tintes del palo de brasil, la madera que dio nombre al país en tiempos de los conquistadores y se convirtió en su condena.

En un momento dado le pareció oír algo entre los matorrales. Se detuvo en seco, temiendo haberse cruzado en el camino de un jaguar. Inspeccionó cada palmo de maleza hasta que, a un paso de donde se encontraba, una sombra cambió de posición. Dio un salto hacia atrás antes de comprobar que era uno de los trabajadores indígenas. Estaba recostado sobre unas enormes hojas del árbol del caucho —*Ficus elastica*, resonó en su cerebro científico—, sorbiendo higos caídos.

—Voy a marcharme de aquí para siempre —declaró.

El americano no acertó a procesar aquella confesión. Le confundía el acento entrecortado, que sonaba a castañuelas, y la sensación de que aquel encuentro no era casual.

—Del campamento —puntualizó el nativo—. Voy a marcharme y no volveré jamás.

—¿Por qué me lo cuentas? ¿No temes que se entere el capataz?

—No eres como él. Ni siquiera sé lo que estás haciendo aquí.

El americano resopló y volvió a levantar la vista al cielo que, solidarizándose con su desánimo, definitivamente tornó al negro. Una racha de viento meció las ramas más elevadas, provocando un chaparrón de ramitas.

Se sentó en el suelo. A su lado, el nativo parecía aún más pequeño. Poco mayor que un camaleón sobre las hojas salpicadas de savia.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó, eludiendo hablar de sí mismo.

—A Serra Pelada.

—No me digas que ahora te va a entrar la fiebre del oro...

—Me han contado que cuando llueve puedes encontrar pepitas sobre la tierra. Por todas partes, sin necesidad de sumergirte en el barro del cráter.

—Dudo que sea tan fácil.

—Dicen que el suelo brilla tanto que parece reflejar todas las estrellas del cielo.

No quiso insistir. Es posible que aquel indígena lo creyese de verdad, o quizá le bastase con tener un sueño que alcanzar.

—¿Y la deuda? —El americano sabía que los reclutadores de la maderera utilizaban las tretas más sucias para que los peones jamás consiguieran compensar con su trabajo los anticipos, por otra parte exiguos, que les abonaban al ocupar sus tierras—. ¿No temes que el patrón te persiga y te haga daño?

—Los arara somos una tribu de guerreros y no tememos a nadie. Y al patrón no le debemos nada. Se queja de que cortamos mal la madera y no sirve para el comercio, pero se la lleva de todos modos.

Al americano le sorprendió la forma de expresarse del nativo en aquel portugués fluido. Había leído informes de la OIT sobre indígenas que trabajaban en las explotaciones desde que aprendían a andar. Quizá fuera uno de ellos. Pero ¿por qué de repente le revelaba sus planes de huida?

—¿Qué tal se encuentra tu compañero? El que estaba enfermo.

El nativo camaleón se separó con parsimonia del lecho de hojas y le pidió que le siguiera.

Caminaron hacia el extremo meridional del campamento. Cruzaron en silencio la explanada en la que dormitaban los engendros mecánicos y llegaron a los cobertizos donde vivían los peones. Levantados con un puñado de tablas y tejadillo de ramas, se confundían con la foresta que crecía a su espalda.

El americano nunca había llegado hasta allí; y tal vez habría sido mejor no

hacerlo aquella noche. Fueron hacia una portezuela entreabierta por la que se derramaban murmullos y fulgores de velas. La choza estaba repleta de miembros de la tribu arara. Algunos sentados y otros de pie con su escueta estatura, formando un corro alrededor del cuerpo sin vida del trabajador.

—No sabía que había muerto... Lo siento mucho.

Permanecieron unos minutos en la entrada, esperando a que el más anciano culminase una jaculatoria. De nuevo aquel golpeteo gutural. Al poco comenzaron a salir. Primero las mujeres, después los varones más fornidos portando el cuerpo. El americano se apartó con discreción, pero el nativo camaleón le hizo una seña para que se integrara a la procesión de duendes que se introducía en la selva.

Llegaron hasta un claro en el que habían compuesto una plataforma de ramas. No podía tratarse de una pira funeraria; habría sido una locura encender fuego bajo el paraguas de los árboles gigantes de lupuna y castaños de mil años.

Más bien parecía un altar.

Colocaron el cadáver encima. El americano se tomó tiempo para observar uno a uno a los arara. Sabía que no debía encariñarse con ellos, que cualquier contacto más allá del que exigían los certificados de tala que redactaba cada día le traería quebraderos de cabeza, pero era difícil apartar la vista...

Unos se fustigaban con matas para espantar los mosquitos; otros, apenas moviendo los labios, canturreaban oraciones a los dioses de la naturaleza, acompasándolas con la melodía de los grillos; una madre se estrujaba un pecho para amamantar a una cría de mono araña que debía de ser la mascota del niño que se abrazaba a su pierna.

Decididamente, era difícil no mirar.

Un rato después, rompieron filas y se encaminaron de regreso a los cobertizos.

—¿Vais a dejarlo ahí?

—Hay deudas que *sí* deben ser saldadas —sentenció el nativo.

El americano había leído en sus libros de antropología que la tribu arara no enterraba a sus muertos. Los abandonaba a la intemperie para que devolviesen (a cualquier ser vivo que pasase por allí) las sustancias vitales que tras el deceso permanecían en el cuerpo. En justa correspondencia, cumpliendo con la línea de crédito de la creación.

Regresaron a la misma choza en la que se había celebrado el velatorio y se reunieron en una suerte de cónclave, esta vez sólo los varones. El americano observó cómo iban cogiendo sitio, apretándose para que nadie quedase fuera. Le sorprendía que todos dieran por buena su presencia en aquel acto tan íntimo. Aunque no quisiera admitirlo, cada vez se encontraba más cómodo. Esos hombres eran la selva misma; sus piernas, los troncos y sus brazos, las ramas; eran los árboles que durante los años de facultad había dibujado a carboncillo en sus cuadernos de espiral.

Trató de localizar distintivos de la tribu en algún rincón. Los arara no contactados se caracterizaban por los morbosos trofeos que exhibían tras las batallas.

Conservaban la piel de la cara de sus enemigos, elaboraban flautas con sus huesos y lucían collares de dientes. Pero al mismo tiempo fueron una de las tribus que antes se integraron con los invasores blancos. No les quedó otro remedio. La carretera Transamazónica atravesó sus plantaciones y zonas de caza y rompió las vías de comunicación entre las distintas comunidades de la etnia, por lo que se desvanecieron sus posibilidades de supervivencia como grupo aislado.

Un adolescente que vestía una camiseta raída del Hard Rock Café de Belo Horizonte apareció portando un cuenco de madera. Estaba lleno de pasta de urucú, una leguminosa peluda con semillas de color rojo que los arara utilizaban en los rituales de iniciación y de guerra. Se lo entregó al anciano que había pronunciado las plegarias, quien untó las yemas de sus huesudos dedos índice y corazón y pintó dos rayas a cada lado de su rostro.

Una mostraba su tristeza; la otra, su ansia de lucha.

El americano olió algo que hasta entonces le había pasado desapercibido. ¿Qué estaban quemando? Buscó humo pero sus ojos seguían velados por el tul rojo de la sangre, de la esclavitud, de la ambición y de los tintes del palo de brasil... Y ahora también por el rojo del urucú, la misma pintura que siglos atrás amedrentaba a los portugueses.

—Tienes que ayudarnos —dijo el nativo camaleón.

El americano le había comprendido a la perfección, pero estaba tan aturdido que le pidió que repitiera la frase.

—No sé qué puedo hacer por vosotros —se excusó después—. Me pagué los estudios trabajando y vine aquí con el dinero justo. Hasta que no cobre el primer sueldo...

—No queremos dinero. Tienes que ayudarnos a huir.

A huir...

Le recorrió un estremecimiento.

—¿Qué estás diciendo?

—Sólo te pedimos eso.

—¿Cómo que *sólo*?

Quiso levantarse y salir de allí, pero algo le impedía mover un músculo. Bajó la mirada y sobre el suelo de tierra reconoció el cinturón de abalorios del peón fallecido. El extraño olor se acentuó, y también los otros tufos que inundaban el barracón: a cuero húmedo, a sudor, a restos de comida. Sufrió una arcada que apenas pudo disimular.

—Bastará con que vayas a la caseta del guarda y te sientes a conversar con él.

Se convenció de que su encuentro en la foresta no había respondido a una improvisación. Lo tenían todo preparado. Negó repetidamente con la cabeza.

—Seguro que sabes cómo entretenerle —prosiguió el nativo—. Puedes contarle cosas sobre las mujeres de tu país.

—Calla, por favor.

—¿Cómo las llamáis allí, *guajiras*? Así les dicen algunos maquinistas extranjeros...

—¡Qué te calles!

La choza entera enmudeció. Hasta los grillos de fuera enmudecieron.

—Sólo necesitamos cobertura durante unos minutos —insistió el nativo—. Lo justo para hacernos con las armas del almacén y alejarnos del campamento.

Aquello era demasiado. Trató de argumentar sin ponerse nervioso.

—¿De verdad estás pensando en asaltar el almacén para robar los fusiles? No podéis desafiar así a la maderera.

—Con tu ayuda no nos cogerán.

—Si cometéis un delito les daréis verdaderas razones para que os lo hagan pagar caro.

—No temas, jamás te relacionarán con nosotros.

—Veo que no me escuchas. No hablo de mí. Y no digas que yo saldría impune. Lo más probable es que alguien me haya visto acompañándoos al funeral.

—No lo creo. Los blancos temen a nuestros espíritus y se guardan de acercarse.

—Yo soy blanco.

—Tú tienes alma de árbol.

—¿Y después? —saltó, alterado—. ¿Qué haréis después? ¡Habéis perdido la cabeza!

—Somos guerreros arara. Cuando llegó la Transamazónica luchamos contra los militares.

—Y perdisteis.

—Seguir viviendo de este modo sí que es perder.

—Os perseguirán hasta Serra Pelada, os encontrarán y os matarán.

—Ya estamos muertos.

El cinturón de abalorios... Las rayas rojas de urucú...

—¿Cuándo habíais pensado hacerlo?

¿Por qué seguía interesándose? Las palabras salían de su boca sin haber sido procesadas por su cerebro. El mero hecho de estar manteniendo aquella conversación denotaba que estaba tan loco como ellos.

El nativo sonrió y contestó:

—Ahora mismo.

—¿Qué?

—En las noches de funeral no hacen rondas de vigilancia.

—Por los espíritus...

—Sólo hemos de evitar que el guarda nos sorprenda llevándonos las armas. No se darán cuenta hasta el amanecer y les sacaremos suficiente ventaja.

—¡Ventaja! Por mucho que corráis, el Land Cruiser del patrón os alcanzará en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Por la selva virgen?

—¡Enviarán a un par de sicarios y os abatirán uno a uno como si se tratase de un safari! ¿Por qué no hacéis las cosas como es debido y acudís a la policía para denunciar el contrato con la maderera?

El nativo dibujó una expresión tan vacía de contenido que habló por sí sola.

El americano se levantó y apartó con nerviosismo a los indígenas que se interponían entre él y la puerta. Una vez afuera, se detuvo a un par de pasos de la choza y perdió la mirada entre las sombras de las máquinas. Sintió bajo sus pies el latido de una cicatriz sobre la que jamás volvería a regenerarse la selva primaria. Pensó en cada una de las horas que había pasado estudiando, practicando portugués, pero sobre todo en las horas, veinticuatro cada día, trescientos sesenta y cinco días al año, que había amado los árboles...

El nativo camaleón, que había salido tras él, le asestó el golpe definitivo desde la puerta.

—Los arara creemos que los árboles escuchan las penas del ser humano. Pero cada vez hay menos árboles y más penas.

El joven ingeniero arqueó las cejas. Hizo una respiración profunda, maldijo el día que el tribunal de la tesis alabó sus estúpidas ideas sobre cómo preservar el ecosistema amazónico y se dirigió hacia la caseta del guarda.

Dio unos golpes en la pared de chapa y entró sin esperar autorización. El guarda, que estaba leyendo un periódico antiguo, estiró el brazo hacia un revólver que aguardaba sobre la mesa. Cuando reconoció al visitante aflojó la tensión que le había producido el sobresalto, pero siguió observándole con incredulidad. Ya entonces, la mente del ingeniero le advirtió:

Sí que te van a relacionar con la huida.

Pero se sentó en un taburete y se escuchó a sí mismo decir:

—Seguro que tienes una petaca escondida por ahí...

El guarda, todavía mudo, abrió un cajón y le ofreció una botella de ron de *cachaça*. Todo el mundo decía que estaba loco, pero el americano sabía que su problema era el alcohol. En cualquier caso, aquella asfixiante caseta era el único sanatorio en el que le habían admitido.

La mesa del guarda estaba situada junto a una ventana desde la que controlaba todo lo que ocurría en el campamento. El americano tenía que lograr como fuere que cambiase de postura, o cuando menos conseguir que perdiera ángulo de visión. ¿Durante cuánto tiempo? No había acordado nada con el indígena. ¿Cómo pensaban abrir el almacén para llevarse las armas? Confiaba que hubiesen conseguido una llave y no tratasen de forzar el candado que sellaba el portón. Cualquier ruido extraño alertaría a los trabajadores que dormían en los barracones cercanos. Eso no es problema tuyo, se dijo. Límitate a mantener entretenido al guarda. ¿De qué podía hablarle? No se veía intimando sobre *guajiras*...

Comenzó a parlotear sobre cuánto echaba de menos la brisa de Montana, que arrastraba partículas de nieve aún en pleno verano. Le preguntó si sabía dónde estaba Yellowstone y le contó que cuando tenía ocho años, en un desfile de carrozas de Salt Lake City, se separó de sus padres y pasó toda la noche perdido en el bosque. Va a pensar que soy estúpido, se reprochó. Pero continuó su monólogo ante el guarda que ya entrecerraba los ojos, sin duda por la somnolencia que le producía aquella letanía de banalidades.

En un momento dado, el eco de un disparo cercano recorrió cada rincón del campamento.

Le dio un vuelco el corazón.

Todo había acabado. Aun antes de empezar, como estaba sentenciado.

El guarda echó mano del revólver, apartó de un empujón a su visitante y saltó fuera de la caseta.

El capataz y otros trabajadores salieron de los barracones también empuñando sus armas cortas. Los indígenas corrían en desbandada hacia la selva. Los madereros organizaron la persecución a voces y fueron tras ellos. El capataz se percató de que la puerta del almacén estaba abierta. Escupió una maldición y corrió hacia allí.

Se asomó con la profesionalidad de un marine, los brazos tensos sujetando con ambas manos el arma y una linterna, y entró profiriendo un grito. El haz de luz recorrió cada rincón. En el suelo había dos indígenas desarmados. El nativo camaleón estaba arrodillado junto a otro miembro de la tribu, más joven, que se retorció con el muslo agujereado por una bala. Él mismo se había disparado al robar el fusil, dando la voz de alarma.

—Mono estúpido... —musitó el capataz mientras se regodeaba con los borbotones de sangre.

El nativo camaleón aspiró el último aliento de su compañero, le acarició el pelo y corrió hacia el fondo del almacén para introducirse por un respiradero. El capataz fue acercándose paso a paso mientras el indígena se desesperaba tratando de arrancar la malla que cubría el hueco. Levantó el arma y, cuando se disponía a disparar, el americano, que le había seguido hasta allí, le golpeó desde atrás con un madero.

El capataz cayó inconsciente. El joven ingeniero permaneció inmóvil, con el tablón en la mano y el rostro desencajado. El nativo camaleón volvió sobre sus pasos y le agarró del brazo.

—¡Tenemos que irnos de aquí!

—Dios mío, ¿qué he hecho?

—¡Cuélgate a la espalda un par de fusiles de ese armario!

—¿Qué he hecho? —repetía una y otra vez.

El nativo se acercó al cajón de madera que el capataz y los dos gorilas habían descargado del todoterreno unas horas antes. Estaba oculto bajo una manta. Pensó que contendría munición y no quiso dejar pasar la oportunidad de echar a la bolsa unas cuantas cintas de balas. Buscó un hierro para hacer palanca. La tapa estaba

sellada con grapas y clavos que lentamente fueron cediendo, mostrando lo que había en el interior.

Sus achinados ojos se abrieron de forma sorprendente. La boca, flanqueada por las dos rayas de urucú, dibujó una mueca horrenda. Hincó las rodillas en el suelo y juntó las manos.

El americano escuchó su respiración agitada y se volvió despacio. El nativo estaba orando... o tal vez pidiendo clemencia, temblando como una ardilla herida ante el cajón de madera.

Cuando vio lo que contenía, también él se arrodilló.

No sabía cómo actuar.

Tan sólo acertó a llorar, como un recién nacido que por primera vez se asoma al mundo.

Tumbada boca arriba en la cama de la *pousada*, Mika no podía arrancarse de la cabeza el tatuaje del luchador de capoeira que le había robado el portátil. Después de darle mil vueltas, comenzaba a dudar si de verdad lo había visto antes.

Un rectángulo...

Con un ojo en su interior...

No quería ni pensar que el sicario hubiera sido enviado por la familia del narco Poderosinho. Pero ¿cómo iba a tratarse de un robo aislado?

No había duda. Conocían su dirección.

Era una pesadilla. Primero Purone y ahora ella. Nunca en su vida se había sentido tan sola. Ni había tenido tanto miedo.

Los claxon de la avenida próxima iniciaron su particular obertura. El estruendo de un helicóptero hizo vibrar el techo. Los rayos del primer sol se introdujeron por una rendija de la contraventana. La metrópoli le reclamaba y ella apenas había logrado conciliar el sueño unos minutos en toda la noche. Se incorporó y perdió la mirada en el rincón donde había sorprendido al sicario agazapado. Estaba agotada, pero tenía que moverse. Era peligroso permanecer allí y, además, si seguía dejando que pasaran las horas sin hacer otra cosa que mirar la pantalla del móvil y esperar que se iluminase con la llamada del consulado, terminaría volviéndose loca. Empezaba a pensar que esa llamada no llegaría nunca. Que Purone no despertaría nunca.

Durante la interminable vigilia había tenido tiempo de repasar palabra por palabra la declaración prestada en el cuartel del Grupo de Operaciones Especiales. Cuando mencionó la camiseta del taxista del aeropuerto, el investigador Baptista le habló de la Galería del Rock. Según dijo, era un centro comercial dedicado a la ropa gótica y... a los estudios de tatuajes.

Un rectángulo...

Con un ojo en su interior...

Tal vez se estaba obsesionando con ese maldito símbolo. O, más bien, ya estaba completamente obsesionada. Y era consciente de que no se detendría hasta deshacer el nudo que le oprimía. Necesitaba localizar como fuera al sicario (el único hilo del que podía tirar en mitad de aquel caos) y reunirse de nuevo con el policía. Convencerle de que ella no tenía nada que ver con lo ocurrido en Monte Luz, de que sólo era una víctima más. En su primera declaración mintió. Dos veces. Silenció su entrevista de trabajo en la oficina comercial para evitar que se les ocurriera confirmar la coartada y que ello manchase su currículum; y también ocultó su huida en el deportivo de Adam Green. Movimientos erráticos. Terriblemente temerarios. Ahora lo sabía.

No podía culparse. Se sentía sola y tenía miedo...

Para vencer al miedo, bastaba con enfrentarse a él. Era una enseñanza básica del camino del guerrero.

Voy a por ti.

Tomó una ducha rápida y se enfundó una falda larga blanca. Se adivinaba un bochorno asfixiante y no estaba dispuesta a sufrir más de lo necesario. El calor le impedía pensar con claridad. La ajustó en las caderas con un cinturón estrecho de chapas doradas, como las sandalias, y completó el equipo con una camiseta de tirantes también blanca. Se miró al espejo y respiró hondo. El aspecto angelical no se correspondía con el infierno que estaba viviendo por dentro, pero quizá ayudase a compensarlo. Colocó una horquilla en la parte izquierda del pelo dejando suelto el otro lado y bajó a recepción.

Al verla, la joven del mostrador se echó instintivamente hacia atrás. Después de la persecución por los pasillos de la *pousada*, seguro que habría preferido no tenerla como huésped. Pero cuando Mika preguntó por la Galería del Rock, el gesto arisco de la recepcionista se perdió tras un brote espontáneo de simpatía.

—Lo mejor es que vayas hasta la estación de la plaza de la República y que te indiquen desde allí. Cuando llegues a la galería, sube a la quinta planta y busca el estudio de Sarita. Es la artista que me hizo esto.

Le mostró el duende que lucía sobre su omóplato derecho, un ser de gran nariz y sombrero en pico que avanzaba de puntillas, como si estuviera a punto de hacer una travesura.

—Le diré que voy de tu parte, gracias.

—¿Tienes ya pensado el motivo? ¿El nombre de tu chico?

—No hay chico.

—¿Seguro? Sarita tatúa unas letras que parecen tallos de flores...

Cuando abandonó los limpios túneles del metro y asomó a la plaza, en pleno centro histórico, le azotó un caos diferente. El humo y el ruido del tráfico convivían con el impenitente trino de los pájaros y el verdor de los árboles tropicales que flanqueaban el estanque. Era el hogar de rondadores de incierta calaña, pero también el vértice de animadas calles comerciales, repletas de restaurantes y cibercafés, tenderetes de collares y carritos de frutereros que anunciaban zumo recién exprimido.

El barrio llevaba impresa la marca de su zarandeada existencia. En el pasado fue el distrito financiero y administrativo, pero cuando las empresas se trasladaron a las zonas modernas nacidas de la explosión económica, el gobierno del Estado también hizo las maletas y voló a un palacio al sur de la metrópoli. El vaciamiento trajo degradación, delincuencia y especulación, unas lacras que intentaban ser erradicadas por asociaciones privadas, avaladas por intelectuales o empresarios nostálgicos, empeñadas en preservar su breve historia y su cultura.

Echó a andar mientras buscaba a quien preguntar por la Galería del Rock. Entre impersonales bloques de viviendas se alzaba el edificio Italia, un icónico rascacielos

de la edad de oro del centro urbano. A sus pies, una muchedumbre se agolpaba junto a un precinto de la Policía Metropolitana.

El acceso al inmueble estaba cortado. Además de la cinta de plástico sujeta a árboles y farolas para marcar el perímetro, había agentes armados apostados en las esquinas. Los curiosos que ocupaban la acera conversaban entre sí. Se introdujo en el grupo más nutrido, que había formado un gran corro.

En mitad del círculo, un hombre de unos cuarenta años con túnica y tocado de santero practicaba una suerte de ceremonia. Por los artilugios que agitaba y sus peculiares collares, debía de tratarse de un ritual de candomblé. Tenía un aspecto ambiguo, con las cejas recortadas y el pelo que asomaba teñido de blanco. Estaba acompañado de otras santeras más jóvenes que quemaban hierbas aromáticas y esparcían el humo por los asistentes. Él, entretanto, componía unos movimientos que sólo podían ser debidos a algún brebaje ilegal. Se acercó a Mika, permaneció unos segundos mirándola a los ojos y fue a pasar unas caracolas por su pelo.

Ésta se apartó de forma instintiva.

—No te asustes —dijo alguien.

Se volvió. Era una de las ayudantes del santero. De inmediato, ambas se fundieron en un aspaviento.

—¡Mamá Santa!

—¡Mika, mi niña! ¿Qué haces aquí?

—¿Y tú? —preguntó con emoción, tuteándola.

—¡Yo estoy trabajando, bendito Yemanyá!

—¿Te dedicas a hacer rituales de candomblé en plena calle?

—Padre Erotides suele llamarme cuando necesita ayuda. —Señaló al hombre, que para entonces ya dedicaba sus particulares convulsiones a otros transeúntes—. Tiene un *terreiro* no lejos de aquí.

—¿Un *terreiro*?

—Un templo de candomblé. Pero ¡no te imagines una catedral, que los afrobrasileños somos pobres por naturaleza! Es una vieja casita en la que su familia lleva medio siglo celebrando el culto.

—¿Y qué os ha traído hoy aquí?

—Los propietarios de este rascacielos nos han encargado purificarlo. Lo primero es desterrar a las ánimas negativas que rondan alrededor.

A Mika se le echó encima todo lo que venía padeciendo desde su llegada.

—Conmigo tenéis trabajo abundante. Debo de estar poseída de la cabeza a los pies por malas ánimas.

—Mika, Mika... —Le cogió por los mofletes como si fuera una niña—. No sabes cuánto me alegro de verte después de lo que pasó. ¡Y qué guapa estás! Con esa falda blanca podrías unirte a nosotras. Pareces una sacerdotisa de primera, sólo te falta el turbante.

—Sé que declaraste ante la policía a mi favor —le agradeció, tratando de ocultar

lo emocionada que estaba para parecer más entera.

—Yo solamente me limité a contarle lo que vi. Ni a tu favor ni en contra.

—Gracias de todas formas por haberte implicado.

—El miedo no es el único motor que mueve mi comunidad. Cada día somos más los que caminamos hacia el futuro por las callejuelas más limpias de las favelas, sin pensar en si también son las más empinadas. Mira estas piernas venidas de Bahía. — Se alzó la falda y dio unos cachetes en su propio muslo—. Te aseguro que pueden soportar todos los escalones que haga falta.

—Espero de corazón que no tengas problemas. ¿Están las cosas muy feas por Monte Luz?

—No son días nada fáciles. Silencio y lágrimas, mala mezcla. Por cierto, he oído que dispararon a uno de los artistas españoles...

Mika tenía intención de ponerla al corriente, pero no pudo hablar. El mero hecho de pensar en Purone le impedía respirar. Seguía sin recibir la llamada del consulado, por lo que empezaba a imaginar lo peor. Tranquila, dijo para sí, paciencia, Purone es fuerte, sé fuerte tú también. A su alrededor, el santero continuaba su danza catártica.

—¿Por qué este lugar necesita ser purgado? —preguntó para desviar la conversación—. ¿Y por qué está tomado por la policía?

—Vayamos a otro sitio para hablar más tranquilas —sugirió Mamá Santa, cogiéndola del brazo.

—¿Puedes escaparte ahora?

—Aún seguirán un rato con los preparativos. Me uniré a Padre Erotides cuando entre en el edificio.

Cruzaron a la acera de enfrente. Era gracioso ver a la *baiana* esquivar los coches con esa mezcla de desparpajo y desprecio, como si estuviera exenta de ser atropellada por venir envuelta en alguna suerte de burbuja protectora. Se sentaron en el bordillo de un parterre de hierba seca y Mamá Santa declaró:

—Es habitual realizar rituales de purificación en oficinas para que los negocios resulten más prósperos. Pero en este caso la cosa va más allá. Con lo que ocurrió aquí el lunes, están convencidos de que ha acumulado energía negativa como para carcomer los cimientos y echarlo abajo.

—Me estás diciendo que...

—Ahí arriba se encendió la estrella, la luz que iluminó las favelas en mitad del apagón.

Así que era eso. Estaban junto al rascacielos que Mika divisó desde la cima del morro de Villa Madalena. Levantó la vista. La interminable fachada, estrecha y gris, se confundía con las nubes que se habían instalado sobre la urbe.

—¿Cómo pudieron subir el material? Quienquiera que lo hiciese, tuvo que transportar hasta la azotea los focos, aunque fuera por piezas, y una vez allí montarlos y hacer funcionar el sistema. ¿Cómo es posible que nadie se diera cuenta?

—Lo tenían bien planeado —le explicó Mamá Santa—. En la última planta hay

un restaurante llamado Terraço Itália que se alquila para congresos. Tiene unos precios obscenos, pero también una terraza desde la que se obtiene una vista de trescientos sesenta grados de la ciudad. Los constructores de la estrella lo sabían y lo reservaron durante tres días, por lo que tuvieron acceso permanente sin que nadie les importunase.

—Sí, pero ¿cómo atravesaron la recepción y sortearon a los agentes de seguridad con las piezas de los cañones de luz?

—Las pasaron en las cajas de madera del catering.

—Bien pensado... ¿Y el apagón?

—El secretario de seguridad no ha concretado nada, aunque han detectado un asalto al sistema informático que regula la conexión con la represa.

Mika dibujó un gesto de perplejidad.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Sale en todos los periódicos de hoy, mi niña.

Frunció el ceño.

—Lo que me extraña es que la policía vaya filtrando a tiempo real la información.

—Supongo que el gobernador lo habrá decidido así para recabar ayuda de la población, pero...

Se detuvo, como si no estuviera segura de si debía decir lo que pensaba.

—Pero ¿qué?

—Está generando el efecto contrario.

—Estás diciendo...

—Estoy diciendo que el pueblo brasileño o, mejor dicho, que todo el planeta está a favor de esos machotes. El noticiario los tacha de terroristas, pero no lo son. Son unos héroes.

—¿Cómo que héroes? ¿Tú también lo piensas?

—Pues sí.

—Pero ¡han asesinado a gente!

—A gente que lo merecía —corrigió Mamá Santa, retocándose el turbante con vacilación.

—¿Se conoce ya la identidad del segundo muerto cuya foto circula por Twitter?

—Sale en la primera página del *Jornal do Brasil*: Gilmar Barbosa, presidente de Global Madeiras.

—No me digas que era el dueño de los campamentos que ardieron en la selva.

—Así es, ese malnacido corta-árboles. La Global Madeiras es la empresa que controla gran parte de las talas indiscriminadas de nuestro pulmón amazónico. Comenzó esclavizando indígenas y terminó comprando a medio ministerio para conseguir indecentes permisos de deforestación. La pena es que antes de matarlo no le hayan cortado su diminuto tronquito.

—¿Y los trabajadores de la empresa muertos en las explosiones? ¿Qué culpa tienen ellos?

—¡Si no murió ninguno! ¿Dónde has estado las últimas horas, mi niña? Las televisiones de todo el mundo no hablan de otra cosa. Los autores del atentado avisaron con tiempo suficiente para que el personal desalojase las instalaciones, pero no tanto como para que desactivasen los temporizadores. Quien haya hecho esto es un genio. Primero el apagón y la estrella de luz señalando nuestras favelas, entre ellas la de Monte Luz donde mataron a Poderosinho. Después los incendios simultáneos y ese maravilloso arcoíris adornando el cielo de la selva sobre las oficinas donde Barbosa fue encontrado con su apetosa lengua fuera... Y todo ello sin causar una sola baja, aparte de los dos invitados especiales, claro. Se trata de... ¿Cómo lo llamaban en el *Jornal do Brasil*? Ah, sí: un asesino en serie selectivo. Un narcotraficante, un maderero sin escrúpulos... A ver quién es el siguiente.

Un asesino en serie selectivo...

Mika no quería profundizar en el debate sobre la legitimidad de aquellos ajusticiamientos, ni mucho menos entrar a valorar las consecuencias posteriores. Seguro que Mamá Santa, llevada por el frenesí de los acontecimientos, habría dicho que los vengadores secretos no eran responsables de la reacción posterior de las bandas, ni de la incursión de la policía pacificadora. Resonaron en su mente los malditos «efectos colaterales» (estas dos palabras le golpeaban las paredes interiores del cráneo como si cada una portase un bate de béisbol) y de nuevo visualizó el *mail* que le enviaron los narcos. ¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo? Ella no intentaba cambiar nada. No estaba en su mano.

No quería morir.

—Supongo que para coger a los autores bastará con seguir el rastro de la reserva del restaurante —comentó, volviendo a las pesquisas policiales para ahuyentar sus propios fantasmas.

—Ya querría el gobernador que fuese tan sencillo. El restaurante lo contrató una organizadora de eventos extranjera que pagó por adelantado. Están investigándola pero, al parecer, se han dado de bruces con toda una cadena de empresas.

—Y todavía no han llegado al punto de partida.

—Ni van a llegar, ya lo verás.

Desde la acera de enfrente, una de las santeras jóvenes hizo señas a Mamá Santa para que se reincorporase al ritual. Antes de despedirse, Mika aprovechó para preguntarle cómo llegar a la Galería del Rock.

—¿Para qué quieres ir ahí?

Mika fue a hablarle del tatuaje del luchador de capoeira que le robó el portátil, de que necesitaba localizar quién lo había hecho y tirar de ese hilo, el único hilo, para a través de él llegar hasta la familia de Poderosinho y acudir de nuevo a la policía para aclararlo todo. Pero el tal Padre Erotides esperaba en jarras al otro lado de la calle.

—Te prometo que te lo contaré otro día.

—Camina por esa calle de ahí enfrente —le indicó Mamá Santa con resignación — y te darás de bruces con una plazoleta llamada Largo do Paiçandu. Es un sitio muy

especial. Parece mentira que esté junto a esa galería infernal.

—Tampoco será para tanto.

—Nosotros inventamos la bossa nova, mi niña. Eso sí que es música. Elegante, lírica... Es un son para ir despacito, viviendo la vida. Ya sabes lo que cantaba João Gilberto a esta ciudad.

Y, mientras se alejaba, comenzó a entonar con empeño:

*Alguma coisa acontece no meu coração
que só quando cruzo a Ipiranga e a Avenida São João.
É que quando eu cheguei por aqui eu nada entendi
da dura poesia concreta de tuas esquinas,
da deselegância discreta de tuas meninas...*

Se separaron como dos viejas amigas, con la serena certeza de que sus caminos volverían a cruzarse. Mika anduvo por el entramado de calles peatonales seguida por los versos de «Sampa» (el título de la canción y, a su vez, el topónimo cariñoso de São Paulo). Al igual que el compositor, ella tampoco entendía nada de lo que estaba ocurriendo desde que puso un pie en la ciudad.

Como anunció Mamá Santa, pronto llegó a una plazoleta enclavada entre grandes edificios. No era extraño que a la *baiana* le resultase tan especial. En el centro se levantaba la pequeña iglesia Nuestra Señora del Rosario de los Hombres, construida por brasileños negros en un enclave que, en sus orígenes, se destinó a ritos animistas; a su lado, el desgarrador monumento a la Madre Negra mostraba una esclava africana de color amamantando a un niño blanco, llorando por el hambre que pasaban sus verdaderos retoños.

Giró sobre sí misma y divisó uno por uno los edificios que rodeaban la plaza hasta que localizó la Galería del Rock. Sus siete plantas sin fachada se alzaban etéreas, abiertas a la calle con unas balconadas sinuosas no aptas para quienes sufrían de vértigo.

Resultaba obvio por el aspecto de los que estaban asomados que era el punto de encuentro de todas las tribus urbanas de la región, desde los góticos que había mencionado Baptista, hasta seguidores de cualquier otra estética *underground* imaginable: *punk*, *heavy*, *hip-hop*, *grunge*, *mod*, *rastafari* y hasta *otakus* japoneses. Pensó que ella nunca había mostrado ante nada ni nadie una fidelidad semejante y se decidió a entrar.

Además de ser el paraíso del tatuaje —muchos de sus moradores tenían más superficie corporal tintada que libre—, en cada nivel se sucedían docenas de pequeñas tiendas de monopatines, camisetas de bandas de música y atuendo para las tribus, accesorios, CD, objetos de culto tan peregrinos como máscaras de Darth Vader o réplicas a tamaño real de los orcos de *El señor de los anillos*... También abundaban los locales de profesionales del *piercing*, dispuestos a agujerear los lóbulos de quienes solicitaban pendientes convencionales o, cuando el cliente cultivaba tendencias más extremas, a introducirles cuernos de aluminio en la frente o provocarles escarificaciones cutáneas propias de las tribus ancestrales del etíope río Omo.

Enfiló una escalera interior que conectaba las siete plantas de aquel edificio (ora *backstage* de concierto, ora museo de los horrores) abriéndose paso entre la gente y el olor a kebab de los puestos de comida rápida. La luz natural que penetraba por las claraboyas del techo, mezclada con los focos de los pasillos y los neones de los escaparates, dotaba al lugar de una atmósfera onírica. Los equipos *hi-fi* de los locales

—todos con las puertas abiertas de par en par— intentaban imponer las preferencias musicales de sus propietarios, pero había un sonido endémico de aquel islote: el enjambre. Como el investigador Baptista había resaltado, las máquinas de los estudios de tatuaje producían un inquietante zumbido que resonaba como un millón de abejas por encima de la algarabía.

A la vista del tamaño de la galería, Mika celebró tener una referencia para empezar sus pesquisas. Subió hasta la quinta planta y preguntó por Sarita, la tatuadora que le había recomendado la chica de la *pousada*.

No fue difícil de encontrar. Empujó la puerta de cristal y accedió a una recepción con un par de sillones tapizados de leopardo y una mesa baja cubierta de carpetas con los diseños que proponía la artista. CREA TU PROPIO TATUAJE, CREA TU PROPIO YO, sugería un cartel sujeto con chinchetas en la pared negra. En una vitrina de cristal se exhibían las pistolas, hileras de botes de tinta y el material quirúrgico que garantizaba la máxima higiene para cuando la tinta penetrase bajo la epidermis.

Una cortinilla de cadenas de aluminio servía de separador con la estancia contigua. Mika se asomó. Sobre una camilla yacía un muchacho con abundante barba que estiraba el cuello hacia las tipografías romanas tatuadas en su gemelo. A su lado, Sarita rebuscaba en los cajones de su mesa de apoyo. Tendría más o menos la edad de Mika. Vestía unos pantalones bombachos y, por arriba, tan sólo un sujetador negro que contenía a duras penas sus generosos y operados pechos, ambos tatuados con una enredadera que surgía de su ombligo. El pelo morado se arremolinaba cada vez que el ventilador anclado en un rincón del techo hacía su ronda.

—Hola —saludó, cordial—. ¿Te importa esperar fuera hasta que termine? Puedes ir echando un vistazo a los álbumes que hay sobre la mesa.

—No me importa que se quede —intervino el cliente con una sonrisa pícara.

—Okey, pero no te acerques mucho. Si me rozas el brazo le haremos un buen borrón a este guaperas.

Mika atravesó la cortinilla metálica y apoyó la espalda en la pared. Olía más a consulta médica que a bar de carretera frecuentado por ángeles del infierno.

—¿Primera vez? —preguntó Sarita mientras cambiaba de aguja.

Mika se levantó la camiseta y le mostró el sinograma samurái que lucía en la cadera, aquel símbolo que le servía de antorcha cuando resultaba difícil dar pasos adelante. Sarita asintió complacida y prosiguió con su labor. Una vez terminadas las líneas y el relleno del diseño que tenía entre manos, bajó el tono de negro y comenzó con las sombras, añadiendo un toque de agua y de blanco.

—Esto ya casi está —anunció al cabo, incorporándose hacia atrás para articular el cuello—. Sólo falta dar brillo a estas letras y enseguida estoy contigo.

—En realidad no he venido a tatuarme.

—¿Qué quieres entonces?

—Necesito que me ayudes a localizar al autor de un tatuaje.

—Qué *legal* —exclamó el muchacho.

—Tú no te metas —le regañó Sarita—. Yo vivo de tatuar, no de informar.

—Lo siento, esperaba más corporativismo en el gremio —contraatacó Mika con sarcasmo.

—Tienes que ser más corporativa —repitió el muchacho.

—¡Qué te calles! —le gritó Sarita, amenazándole con la aguja. Al momento, dejó la pistola sobre la mesita auxiliar y añadió—: No me tengáis en cuenta mi mala leche, los dueños de la galería me están friendo a facturas.

—No te preocupes. Me envía una cliente tuya que te ha puesto por las nubes.

—¿Ah, sí? ¿Quién?

Se dio cuenta de que no sabía cómo se llamaba.

—Trabaja de recepcionista en la Pousada do Vento.

—No caigo...

—Le tatuaste un duende en la espalda.

Mika compuso una postura imitando a la criatura del bosque.

—¡Ahora me acuerdo! Una niña muy lanzada. No soltó ni un quejido.

—Entonces ¿vas a ayudarme?

—¿Cómo te llamas?

—Mika.

—¿De dónde eres?

—De todas partes.

—Eso me gusta. —Se volvió hacia su cliente y le habló, recuperando el tono profesional—. Vamos a dejar que tu piel descanse unos minutos. Cuando vuelva remataré los brillos y lo protegeremos bien para que no se infecte con este calor, ¿okey?

Mika y Sarita salieron a la recepción y se sentaron en los sillones de leopardo. La tatuadora se quitó los guantes hipoalergénicos y los arrojó a una papelera con tapa.

—El diseño que estás buscando, ¿lo ha hecho algún compañero de la galería?

—No tengo ni idea.

—Cuéntame cómo es.

—Mejor te lo dibujó.

Sarita le acercó un folio y un rotulador y Mika lo plasmó con la mayor exactitud que pudo.

—Un rectángulo y un ojo. Simple, pero curioso.

—Ya veo que no te suena.

—Mío no es, desde luego.

—Y se te ocurre quién...

—Esto podría haberlo hecho cualquiera. Pensaba que se trataría de algo más sofisticado, no me entiendas mal.

—He sido una ingenua al pensar que sería llegar y besar el santo.

—De todas formas...

La tatuadora se asomó al exterior e hizo gestos a un par de niños que estaban

apoyados en un puesto de helados para que se acercaran a la puerta del estudio.

—¿Conocéis a Kurtz? —les preguntó.

—¿El Loco?

—Traedlo aquí y os compro uno de esos.

—¡Vete pidiéndolos!

Echaron a correr hacia la escalera circular.

—¡Uno para los dos! —gritó Sarita.

—¿Quién es Kurtz el Loco? —preguntó Mika cuando aquélla regresó al sillón.

—Un clásico del lugar. Dicen que lleva en la galería desde la inauguración en 1961.

—¿Trabaja aquí?

—Más bien vive aquí. Ha llevado una existencia dura, pero todos le queremos. Es como nuestro padre espiritual, ha conseguido regresar de todo tipo de viajes.

—Psicotrópicos.

—De esos mismos. —Sarita volvió a concentrarse en el dibujo—. Puede que sea inventado aunque, por el rollo simbólico del ojo, también podrían haberlo copiado de algún motivo neolítico.

—¿Cómo que neolítico?

—O anterior. En un glaciar de los Alpes encontraron una momia de unos cinco mil años... ¡con cincuenta y siete tatuajes en la espalda! Dicen que en ese caso no era ritual, sino terapéutico, como la acupuntura. Está claro que en aquel entonces eran mucho más listos que nosotros.

Sarita cambió la música que salía de un iPod conectado a un altavoz. Desterró a Kings of Leon a cambio de una sosegada versión de Adele interpretada a piano y voz por Linkin Park.

Al poco, uno de los niños se asomó a la puerta del estudio.

—¡Aquí está Kurtz el Loco!

—No lo llames así delante de él, hombre.

Kurtz entró en el local arrastrando los pies. Era un hombre flaco y estirado como un junco, enfundado en una parka con capucha tres tallas mayor que la suya que, en esas fechas, debía de subirle la temperatura interior a cien grados.

Sarita se acercó a la caja registradora para pasar una moneda a los niños, pero Mika se adelantó.

—Es cosa mía.

—Okey. Kurtz, ¿te importa sentarte unos minutos con nosotras?

—¿Te crees que voy a rechazar a dos bellezas juntas para mí solo? Aún me queda una pizca de cerebro sano. La pizca de reconocer a las reinas del carnaval cuando las tengo delante.

—Eres un encanto. —Le acercó un taburete cilíndrico de cuero blanco—. Mira, ésta es Mika. Está buscando a quien haya podido tatuar este motivo. ¿Te suena?

—Pues claro.

Mika sintió un burbujeo instantáneo.

—¿Cómo que *pues claro*? —refunfuñó Sarita—. ¿Así de fácil?

—No me preguntes el nombre del presidente de Brasil, pero el autor de un *tattoo*...

—¿Lo ves? —celebró Sarita—. Ya te lo había dicho.

—Son obra de Maikon, el de la segunda planta.

—¿Cómo que *son*?

—Más de uno como éste ha tatuado, eso seguro.

Sarita se levantó de golpe y asomó la cabeza a la estancia donde reposaba su cliente.

—No te muevas de aquí, guaperas, que vuelvo en un minuto. Si entra alguien le dices que se siente y que no toque nada.

Bajaron a toda prisa al estudio de Maikon. Además de la sala de operaciones, tenía una exposición y venta de material para otros compañeros de profesión: tintas con los colores más sofisticados, pistolas personalizables, sistemas de esterilización...

Les atendió su empleada, una asiática de piel oscura y no por ello menos tatuada. Los brazos, con rayas de cebra; en el cuello, una cadena de espinos.

—Ha salido a almorzar —les informó.

—Vaya —se quejó Sarita—, ni que trabajase en un banco. ¿Sabes adónde?

—Ya sabes que le gusta el sushi.

—Ni sabía que a Maikon le gustaba el sushi, ni comprendo cómo alguien puede comer pescado crudo por la mañana.

—¿Hay algún japonés cerca? —intervino Mika.

—En la séptima hay un oriental.

Otra vez para arriba.

En ese momento sonó una cautivadora sintonía de xilófono.

—Creo que es tu móvil —dijo Kurtz a Mika.

El smartphone que le había prestado Adam...

Rebuscó nerviosa en el bolso y contestó.

—Diga.

—¿Hablo con Mika Salvador?

Era un hombre que se dirigía a ella en perfecto castellano. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Sí, soy yo.

—Mi nombre es José Pérez-Terreros, del consulado español en São Paulo. Nos dejaron este teléfono de contacto.

—Sí, sí. ¿Tiene noticias de mi amigo Purone? Del colectivo Boa Mistura...

—Ante todo disculpe la demora. Hemos tenido algunos problemas de coordinación con las Unidades de Policía Pacificadora que se ocuparon de la evacuación de su amigo de la favela, pero ya lo hemos solventado. Nos acaban de

informar de que, el mismo día de la reyerta, fue llevado al Hospital de Clínicas de la Facultad de Medicina, donde todavía permanece ingresado.

Mika exhaló un sollozo y dijo con un hilillo de voz:

—Le agradezco todo lo que están haciendo.

—Se encuentra en el mejor centro médico del país, por eso no ha de preocuparse. Y ha dejado más que claro que es un muchacho fuerte. Pero habrá que esperar.

—¿A qué se refiere con esperar?

—Aún tiene el proyectil alojado en la región paratemporal.

—¿Qué está diciendo?

—Le entró por la zona del pómulo y le fracturó la base del cráneo. Pero nos hemos asegurado de que lo traten los mejores especialistas.

—Oh, Dios... ¿Cuál es el pronóstico?

—No le voy a engañar. Está en coma y en situación crítica, pero al menos no hay muerte cerebral. Necesitan estudiar su evolución y detectar...

Colgó sin escuchar el final de la frase. Miró a Sarita y Kurtz, que le contemplaban en silencio. Habría querido compartir con ellos lo que sentía, pero no sabían nada de lo ocurrido. No sabían nada de ella. Era una extraña en mitad de aquel pasillo infestado de guitarras distorsionadas y fauces de serpiente.

—Tengo que irme.

—¿Ahora? ¿Y el tatuaje que andabas buscando? Seguro que Maikon está en ese puesto de comida oriental de la séptima...

Echó a correr hacia la calle y subió a un taxi que enfiló hacia el hospital, serpenteando entre un ómnibus y dos camionetas de reparto. Se asomó por la ventanilla, tratando de contener las lágrimas y liberar el puño que se había instalado en su pecho y le estrujaba los pulmones. Las obstinadas nubes de acero seguían ocultando el sol. Pesaban sobre ella como el recuerdo de tantos momentos compartidos con Purone. Necesitaba verle, convencerse de que no seguía tirado en un callejón de la favela mientras la vida se le escurría por las alcantarillas.

—Sólo tenemos que subir un poco más esta avenida para dar la vuelta —anunció el taxista mientras buscaba la forma de sortear un atasco en la avenida Doctor Arnaldo.

Mika regresó al mundo de los vivos. Al otro extremo de la calle, una valla verde delimitaba el recinto hospitalario.

—No se preocupe, me bajo aquí.

—¡Qué le van a atropellar!

Haciendo oídos sordos a los berridos del taxista, Mika abonó la cantidad que indicaba el taxímetro, se apeó entre pitidos y humo y sorteó las seis hileras de coches que apenas reptaban tirando de freno de mano y poniendo a prueba los desgastados embragues. Alcanzó la acera opuesta, corrió hasta que encontró una garita de acceso y se introdujo por la calle que servía de arteria al complejo. Edificio de Pediatría, de Medicina Tropical, de Virología... El Hospital de Clínicas de la Facultad de Medicina de la Universidad de São Paulo era el mayor centro hospitalario de Sudamérica, una pequeña ciudad con trescientos cincuenta mil metros cuadrados, siete institutos especializados y más de dos mil quinientas camas. Empezó a angustiarse el carecer de información detallada sobre el paradero de Purone.

Siguiendo los carteles, se plantó en la puerta del Instituto Central. Buscó el mostrador de admisiones y dio el nombre de su amigo a la encargada.

—¿No sabe en qué área se encuentra? ¿Trauma? ¿Neuro?

—Sólo sé que está en coma.

—Intensivos. —Buscó durante unos segundos en su ordenador—. Tiene que caminar por aquel pasillo hasta el final, bajar al nivel inferior y una vez allí dejarse guiar por los letreros. —Cuando Mika fue a retirarse, la auxiliar la retuvo—. Pero tendrá que esperar a esta tarde.

—¿Por qué?

—El acceso está restringido a una hora por la mañana, que está a punto de terminar, y otra a partir de las 17.30. La Unidad de Medicina Intensiva no es como las habitaciones de planta, en las que todo el mundo entra y sale como si fuera el bar del barrio.

Mika no estaba por la labor de dejarse frenar por protocolos horarios. Salió disparada hacia donde le había indicado y, después de superar un laberinto salpicado de carritos de comida, celadores y facultativos que comentaban risueños sus historiales, ajenos a la angustia de los familiares varados como espectros en las zonas comunes, llegó a un pasillo coronado por las iniciales U. M. I. que terminaba en una puerta oscilo-batiente.

Tomó aire, la empujó con confianza y se introdujo en la estancia. En el centro se

ubicaba el control de médicos y enfermeras. Alrededor, los pacientes se alojaban en cubos individuales de cristal. Tendidos en sus camas articuladas, se entregaban sumisos a los cambios posturales y a las friegas de las auxiliares, que se aplicaban con sus esponjas en cada rincón de los cuerpos blandos.

¿Dónde estaba Purone? Reinaba un silencio extraño. Silencio humano, roto por el inquietante pitido de los monitores y el fuelle de los respiradores.

Una enfermera bajita y rolliza se lanzó a detenerla con las manos por delante.

—No puede pasar. Salga, por favor.

—Vengo a ver a un amigo.

—Le he dicho que salga.

—No me iré hasta que lo encuentre —se resistió, estirándose a mirar por encima de la cofia blanca.

—¡Claro que se irá! Ya ha pasado la hora y, además, está prohibido acceder sin ropa aséptica.

Se fijó en el único familiar que aún permanecía en el interior de uno de los cubos. Vestía bata verde, gorro y calzas de plástico.

—¿Dónde puedo conseguir ése atuendo? Me lo pondré y terminamos con esto.

—Se lo proveemos nosotros después de rellenar el impreso que justifica la relación con el paciente, pero tendrá que ser esta tarde. Ya hemos vaciado la unidad.

—¿Y ése de ahí?

Señaló al visitante rezagado.

—Él está esperando a uno de los doctores.

Mika le habló en tono de súplica, cambiando de estrategia.

—¿Ni siquiera me concede un minuto? No he podido venir antes, acaban de llamarme del consulado español...

—¿Busca usted al chico del disparo en la cara?

—¡Sí, sí, por favor, sólo quiero verle! ¿Verdad que me va a dejar pasar? Por favor...

La enfermera suspiró. Cuando parecía que iba a transigir, objetó:

—No podría darle autorización aunque quisiera. Sólo permitimos una persona por turno.

El visitante de la bata...

Estaba de espaldas pero, como si les hubiera escuchado, se volvió levemente. A Mika le recorrió un escalofrío cuando, a pesar del atavío de plástico higienizado, logró reconocerle.

Era el Capitán Nemo. La mano derecha de Adam Green que había conocido en Creatio.

¿Qué estás haciendo tú aquí?

Le contempló con desconcierto. ¿En qué tipo de trama se hallaban envueltos? ¿Qué pintaba ese hombre, con su expresión de prepotencia, a un palmo del respirador mecánico de Purone? La cabeza le hervía. Lo imaginó desactivando el falso pulmón

para provocar a su amigo del alma una angustiosa muerte por asfixia.

Echó a correr hacia él, sorprendiendo a la enfermera que no tuvo tiempo de detenerla. Esquivó unos carritos repletos de material para curas y apartó a una auxiliar que salió de otro cubo para ver qué ocurría. Cuando estaba a punto de llegar, una pareja de fornidos celadores se interpusieron en su camino y la sujetaron por ambos brazos. Aún tuvo fuerzas para estirarse y pegar la cara a la luna. El Capitán Nemo la observaba impertérrito desde dentro.

—¡Suéltense! —gritó, revolviéndose—. ¡Saquen a ese hombre de ahí!

Los celadores la arrojaron al suelo tirándole burdamente del pelo y, sin ninguna consideración, la sacaron a rastras hasta el pasillo. Uno se parapetó en la puerta y el otro permaneció junto a ella, controlando que no volviese a la carga. Lejos de intentar sacar partido de sus artes marciales contra dos hombres que sólo hacían su trabajo, se acurrucó en un rincón con las manos en la cara, desbordada por la impotencia. En ese momento llegó un médico alto, con su bata recién planchada y un historial en la mano.

—¿Qué ocurre?

—No se preocupe, doctor Souza —le explicó un celador—. Esta mujer ha perdido los nervios, pero ya está todo controlado, ¿verdad?

—Sólo quiero que se ponga bien —sollozó Mika.

—¿Habla del chico español del tiroteo?

El celador asintió.

—No sé si podré soportarlo otra vez —siguió ella.

—¿A qué se refiere con *otra vez*?

Levantó la mirada y estalló:

—¡Ya murió en mis brazos en la favela! ¿Qué hace ese hombre ahí dentro?

El médico cuchicheó algo con el celador.

—Mientras de mí dependa, a su amigo no va a ocurrirle nada malo —discrepó con sosiego.

—¿Quién es usted?

—El neurocirujano que lleva dos días buscando una solución para que su amigo salga de aquí cuanto antes. Precisamente venía a hablar con la persona que la familia ha designado para recibir los partes.

La persona que la familia ha designado...

—¿Se refiere al hombre que está con él?

—Lo envía esa empresa, ¿cómo se llama...?

—Creatio —contestó Mika con un hilo de voz, cada vez más confundida.

—Así es, Creatio.

—No puedo creerlo...

—Mientras se aclaran las aseguradoras, ha avalado el coste del tratamiento.

—¿Qué está pasando aquí?

—Ya sabe usted cómo son estas cosas: conflictos con relación a los riesgos

cubiertos, al alcance de las primas... Es triste, pero el hospital necesita tener garantías de que va a cobrar.

—No me refiero a eso. Dios, va a estallarme la cabeza.

Se llevó ambas manos a las sienes.

—¿De verdad estaba con él cuando recibió el disparo?

—Creí que había muerto... y lo dejé tirado.

La enfermera se asomó para ver si la situación estaba controlada.

—¿Ha visitado esta mujer al paciente? —le preguntó el neurocirujano.

—No se lo he permitido.

—Tráigale ropa.

—Pero, doctor...

—Haga lo que le digo.

—No quedan guantes —peleó aquélla—. He mandado a buscar unas cajas para el turno de tarde.

—No hay bacteria, así que servirá con la bata y las calzas.

—Gracias, doctor —dijo Mika mientras se levantaba.

Cuando entró y vio a Purone de cerca se le cayó el alma a los pies. La cabeza vendada, el tubo en la boca, el émbolo subiendo y bajando; la sonda urinaria asomando bajo la camisola; el monitor marcando el ritmo cardíaco, la tensión arterial y la saturación de oxígeno...

Las máquinas vivían por él.

Se volvió hacia el Capitán Nemo. No sabía qué pensar. El neurocirujano les habló mientras sujetaba la puerta de cristal.

—El disparo que le alcanzó en la pierna no me preocupa. La herida es limpia y sanará sin complicaciones. Pero el otro... La situación es crítica, no le voy a engañar. Iré bajando la presión del respirador para ver si se defiende solo y en breve habrá que pensar en una sonda nutricional para sustituir al suero. Tendremos que proveerle de alimento por vena o por vía enteral, con un tubo a través de la nariz hasta el estómago. Pero todo eso será si no me decido a operar antes. Si por mí fuera, esta misma noche sacaría la bala.

—¿De verdad puede hacerlo? —se animó Mika.

—Eso es lo que venía a decirles. Creo que tengo la forma de acceder, la forma de proceder y la forma de salir. Sólo necesito el beneplácito del neurólogo, que es quien se ocupará de su recuperación tras la intervención.

—Confiamos en usted, doctor Souza —autorizó el Capitán Nemo, abriendo por fin la boca—. Haga lo que considere mejor para su paciente.

—De acuerdo, entonces.

—Ya que al parecer usted lleva la voz cantante —espetó Mika al peculiar ejecutivo de Creatio—, será mejor que me explique todo esto.

—Yo les dejo —se excusó el neurocirujano—. Sólo les ruego que no se demoren demasiado en salir. Ya han visto que tenemos de uñas a la enfermera jefe.

—Gracias de nuevo —dijo Mika.

El médico asintió pensativo y añadió:

—Procuren no discutir delante de él. Se supone que dejamos pasar a los familiares a este recinto para que transmitan amor a los pacientes. Tengan por seguro que él, de un modo u otro... les escucha.

Dibujó un gesto amable y se retiró. Mika se aferraba con fuerza a una esquina de la sábana que cubría a Purone. El pitido del monitor. El émbolo del respirador. Aquel cubo era una olla a presión.

—¿Por dónde quiere que empiece? —se ofreció el Capitán Nemo.

Mika dedicó una mirada compasiva a su amigo Purone.

Tendrás que perdonarme, cariño, pero tengo que hacerlo.

—Por el principio —ordenó, recordando el interrogatorio al que ella misma fue sometida por el investigador Baptista—. Dígame qué estaba haciendo Adam en la favela el día de la reyerta.

El Capitán Nemo tomó aire y le habló con paciencia.

—El señor Green había ido allí al igual que hace todas las semanas desde hace años.

—¿Cómo que todas las semanas? ¿Con qué motivo va a Monte Luz de forma periódica?

—Le gusta controlar en persona el funcionamiento de su ONG.

Un segundo para asimilarlo.

—No sabía que dirigiera una ONG.

—Esa organización es muy importante para él. Si conociera bien al señor Green, le habría oído decir que fundarla es lo mejor que ha hecho en la vida.

—Hábleme de ella.

—Se llama «Bienvenidos» y se dedica a apoyar a los indígenas que llegan a la ciudad desde la selva. Cada día, familias enteras abandonan las regiones amazónicas y se desplazan a las grandes urbes buscando un futuro que se les antoja prometedor, pero lo único que encuentran es desarraigo y miseria. Las favelas sin pacificar de São Paulo están repletas de inmigrantes que no tienen nada. La carencia de trabajo les roba su futuro, una tragedia que también atraviesan muchos brasileños no indígenas, pero en este caso tampoco tienen pasado, porque los madereros han quemado sus tierras, sus tradiciones y sus recuerdos. La ONG Bienvenidos se encarga de integrarlos en la vida de la ciudad y dotarles de recursos para que se defiendan mientras encuentran su camino.

—¿Les dan dinero?

El Capitán Nemo movió la cabeza a ambos lados de forma indeterminada mientras buscaba las palabras exactas.

—Sí que se cubren algunas necesidades básicas de los recién llegados a través de donaciones, pero más importante que la caridad temporal es proveerles de asistencia médica, educativa y psicológica. Muchas veces, lo que más necesitan es alguien que

les escuche y les pregunte qué quieren hacer con su vida.

—Ni por lo más remoto habría imaginado esto —reconoció Mika.

—El trabajo de la ONG no termina con la integración inmediata de los indígenas. También tenemos servicios de asistencia jurídica para evitar que, una vez que han construido su nueva vida en las favelas, les echen de ellas.

—¿Ahora se refiere al gobierno?

Asintió.

—Cuando las Unidades de Policía Pacificadora consiguen expulsar a los narcos llega la tranquilidad, pero también llega la especulación. Piense que algunas de las comunidades más pobres están levantadas en los morros que tienen las mejores vistas de la ciudad, unos enclaves en los que la clase media estaría encantada de construir sus chalets. Por eso, a medida que avanza el proceso de limpieza policial, las unidades del Servicio Municipal de Vivienda aprueban planes de urbanización y se presentan en mitad de la noche con sus bulldozers para derribar las chabolas alegando que sus moradores no tienen título de propiedad... Y lo peor es que la gente se lo permite. No conocen sus derechos; muchos ni siquiera saben que quien lleva cinco años ocupando una vivienda, por precaria que sea, puede exigir que se la restituyan llave en mano por otra similar en un morro cercano; y acceden a firmar difusos contratos de derribo a cambio de futuras viviendas sociales y ayudas económicas que nunca llegan a materializarse. Con ocasión de los abusos especulativos que suscitó la concesión del Mundial y de los Juegos, hasta la propia ONU denunció el asunto, pero para resolver los problemas del mundo hace falta actuar sobre el terreno.

—Hacen falta organizaciones como la de Adam Green —murmuró Mika, perdiéndose en sus pensamientos.

—Más bien, espíritus como el de Adam Green —corrigió el Capitán Nemo—. ¿Está satisfecha? ¿O aún sigue creyendo que todos los miembros de Creatio estamos empeñados en terminar con la vida de su amigo?

—Dígamelo usted —se revolvió, viniéndose arriba—. Me parece que quedan muchas preguntas sin contestar. ¿Qué tiene que ver Purone con la ONG Bienvenidos y con Creatio? Todavía no me ha dicho por qué está usted a los pies de esta maldita cama.

—Yo le contraté.

—¿Cómo?

—Es raro que Purone no se lo contase —añadió con pereza.

—¡No le dio tiempo a contarme nada, maldito hijo de...!

Tuvo que tragarse su rabia.

—Si no se tranquiliza, me iré sin decir una palabra más.

—De acuerdo —resopló Mika, cerrando los ojos, escuchando el respirador artificial.

—Yo no le he insultado en ningún momento.

—¡Ya le he dicho que de acuerdo! —volvió a elevar la voz.

El Capitán Nemo dejó transcurrir unos segundos antes de retomar la palabra con aire de suficiencia.

—Contraté al colectivo Boa Mistura para que llevase a cabo la intervención artística en Monte Luz.

—Así que usted era el supuesto mecenas que les financiaba.

—En realidad, el dinero salía de las cuentas de Creatio. Aparte de la asistencia inmediata que la ONG presta a los indígenas, al señor Green le gusta inspirarles a largo plazo a través de proyectos culturales: ciclos de cine, talleres, conciertos... Hace unos meses leyó una noticia sobre la participación de Boa Mistura en la Bienal de Arte de Panamá, donde realizaron un original proyecto pictórico en uno de los barrios más conflictivos del extrarradio, y consideró que podíamos copiar el modelo. Me pidió que contactase con ellos y les convenciera para que diesen color a Monte Luz.

—Entonces Adam sabía desde el principio quién era Purone... ¿Por qué no me dijo nada?

—Quizá porque usted no se lo preguntó.

Mika pensó en la mañana que despertó en el solitario apartamento del edificio Copan tras el tiroteo, en la charla que mantuvo con Adam, en el sosiego que, tan ingenua, sintió a su lado.

—Aun así, no puedo creer que no me pusiera al corriente de todo.

El Capitán Nemo se mantuvo firme, tanto que hasta el plástico de su vestimenta esterilizada carecía de arrugas, pero pareció ablandarse por dentro porque a partir de entonces pasó a tutearla:

—Tal vez el señor Green consideró que si te enterabas de que él era el motivo por el que Purone estaba en la favela, le culparías de lo ocurrido y renegarías de su ayuda. Y después de lo que pasaste, era obvio que necesitabas alguien a tu lado.

—Está claro que el que sí está informado de cabo a rabo es usted.

—De hecho, aún lo sigues necesitando —continuó él—. Quién sabe lo que podrían hacerte los narcos de Monte Luz si localizasen tu paradero.

—Esto es demasiado. Tengo que salir de este cajón, no puedo respirar.

Acarició a su amigo por encima de la sábana.

Te dejo todo el amor que soy capaz de dar, todo. Mucho más del que tu neurocirujano podría imaginar. Pero, por favor, ponte bien. Prométeme que no dejarás de luchar...

Cruzó la puerta de cristal y se encaminó hacia la salida a través del control de enfermeras.

—No olvides que el Comando Brasil Poderoso cree que tú mataste a su líder —oyó a su espalda.

—Sabré cuidarme sola —dijo en voz baja sin mirar atrás.

Adam Green no iba a permitir que se cuidara sola. Cuando salió al aparcamiento del Hospital de Clínicas para buscar un taxi, el elegante dueño de Creatio la esperaba apoyado en el capó de su Aston Martin. Vestía un traje azul oscuro de corte moderno, con camisa blanca sin corbata.

Después de todo lo que había oído minutos antes, ni siquiera le sorprendió verlo allí.

De nuevo su aura magnética, irradiando una luz tan intensa que quedaría impresa en una foto. ¿Qué tenía aquel hombre? No era su atractivo físico lo que la seducía. De hecho, no era en absoluto su tipo, ya que prefería alguien más joven y menos compuesto. Sin embargo, al volver a verle había sentido un escalofrío.

Mientras caminaba hacia él tuvo tiempo de examinarlo y de racionalizar esa reacción adolescente. Tal vez fuera debida a la estela de melancolía que Adam destilaba, como diciendo: «Lo tengo todo, pero te necesito a ti». No, no era melancolía... Era algo más profundo. Como si, desde su burbuja de perfección, sintiera compasión por el dolor de ella. Más aún, era como si sintiera compasión por *todo* dolor ajeno. O tal vez lo que le cautivaba era la idea de tener a su lado un hombre que sustituyese a la figura paterna en estos momentos en los que, como cuando perdió a su madre y Saúl la abrazó día y noche, vagaba sin cable por el espacio exterior.

Desterró la idea con cierta aversión y preguntó:

—¿Te ha avisado el Capitán Nemo de que estaba aquí? No le he visto hacerlo...

—Anda, sube al coche.

—No hasta que me expliques por qué ocultaste que eras el mecenas que contrató a mis amigos Boa Mistura.

—Si ya dispones de esa información, será porque el Capitán Nemo te lo ha contado. Y en ese caso también te habrá explicado la causa de mi silencio.

—Me ha explicado lo que *él* supone que fue la causa. Quiero oír tu versión.

—Sube al coche —insistió.

—¿Adónde vamos?

—Arriégate.

En la mente de Mika burbujeaban endiabladas contradicciones. Necesitaba unos segundos para convencerse de que tomaba la decisión correcta.

—Ahora que sé más cosas de ti y de tu ONG, creo que este deportivo no te pega nada —dijo para ganar tiempo.

—Me ocupé de coordinar unas innovaciones para los fabricantes y me lo regalaron... O eso dicen ellos. En realidad, jugaron a ser generosos para luego renegociar el precio final de mi trabajo. El caso es que ahora no me lo puedo quitar

de encima. Estoy esperando que nos contraten un nuevo proyecto de i+D y no les haría gracia ver que conduzco otra marca.

No se le ocurría nada más que preguntar. Adam aprovechó el instante dubitativo para abrirle la puerta y ella se introdujo sin rechistar. Cuando le vio rodear el coche por delante pasando la mano por la chapa se sintió de nuevo a su merced. Aceptaba la situación, casi la agradecía. Estaba agotada y Adam le salvaguardaba de todo peligro, podía dejar de estar alerta. Él ocupó el asiento del conductor, arrancó como si acariciase a un purasangre, cruzó el aparcamiento del hospital y aceleró en dirección a la avenida Paulista.

Una vez allí, callejó por bocacalles limpias, entre bloques de viviendas con los bajos enrejados y vigilantes con chaleco antibalas y el subfusil montado, discretamente sentados tras floridas jardineras —a falta de alambradas y sacos terreros, que si no se incorporaban al dispositivo de seguridad era sólo por una cuestión estética—. En un momento dado, Adam se volvió y encaró la puerta de un garaje.

El vigilante levantó la barra. A pesar de que estaba oscuro, Adam serpenteó la rampa con pericia. Se oían los chirridos de las ruedas al virar sobre el solado. Aparcó en una plaza de la segunda planta de sótano, bajo un letrero colgante en el que se leía: RESERVADA.

Salió del coche. Mika esperó paciente en su asiento a que le abriese la puerta. Ya que estaba entregada a su juego, quería llevarlo hasta el final. Se apeó como una diva y caminó tras él hasta el ascensor. Adam pasó una tarjeta magnética por un sensor y ambos se introdujeron en silencio. Era estrecho, pero no llegaban a rozarse.

Los botones llegaban hasta el piso treinta, que fue el que Adam pulsó. Se dirigían al ático de un rascacielos. Mientras ascendían, Mika imaginó con detalle la escena que le esperaba a continuación: la puerta se despliega dejando ver un vestíbulo de madera noble y luz tenue, accedemos a una suite, Adam se sienta en la gran cama de sábanas recién planchadas y me contempla mientras yo permanezco de pie, me pide que deje caer la falda, mis piernas tiemblan, no de miedo sino de excitación, el algodón se arremolina en mis tobillos...

¿Qué me pasa?, dijo para sí. Pero al instante corrigió: Más me vale no ponerme mojigata. Estoy en el interior de este ascensor porque he querido, acompañando a un millonario a su ático secreto, y tengo las mejillas a mil grados...

La puerta se abrió por fin, pero no a la lujosa antecámara que Mika había imaginado. Muy al contrario, salieron a un pasillo de cemento que tenía por toda decoración un foco amarillo y una cámara de seguridad en el techo. Caminaron hacia un portón metálico con un lector digital sobre el que Adam volvió a pasar su tarjeta.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó mientras lo empujaba con ambas manos y cruzaba al otro lado.

Mika tuvo que cerrar los ojos. El viento y la repentina luz le golpearon con fuerza. Estaban en la azotea. Las antenas destellaban por el resol que se filtraba entre

las nubes. Entornó los ojos y vio que se trataba de un helipuerto. Un pequeño aparato les esperaba con las aspas en funcionamiento.

—¿Vamos a subir ahí?

—Si quieres echarte atrás, estás a tiempo.

Entregada a su juego...

El piloto, un joven enfundado en un traje negro como su helicóptero, ayudó a Mika a entrar en la cabina. Era un MD-500E, un ultraligero militar reconvertido para uso civil. Apenas tenía espacio para ambos en el asiento corrido de pasajeros ubicado detrás del tripulante. La cabina estaba provista de grandes ventanas en forma de ojos que favorecían su aspecto de mosquito.

Adam le pasó unos cascos con grandes almohadillas.

—Atenúan el ruido y tienen un intercomunicador que te conecta conmigo —le explicó, haciendo gestos con el dedo para hacerse entender.

Mika los colocó con cuidado de no engancharse el pelo, revuelto por el remolino de las hélices, y se abrochó el cinturón. El rotor incrementó la velocidad de giro. Notó un leve zarandeo y poco a poco se separaron de la azotea. Dulcemente, como una mariposa que echa a volar desde la palma de tu mano. Al perder contacto físico con el suelo, durante un instante —quizá embriagada por la adrenalina— incluso se sintió en paz. Se asomó sobre el hombro del piloto, a través de la gran pantalla delantera de cristal, y le pareció estar suspendida en una pompa de jabón, conducida por el viento sobre los tejados.

En unos segundos cogieron altura y distinguió el Hospital de Clínicas, el centro histórico, los barrios adyacentes al río, las favelas. La masa de edificios se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista. Adam contemplaba sin rubor cada una de sus reacciones.

—Parece increíble que hayan construido todo esto en unas décadas —dijo ella, tratando de desvincular el paisaje de sus recientes vivencias.

—La pena es que no se haya hecho mejor. El caos es el medio natural de nuestra especie.

Se inclinó sobre el piloto para darle alguna indicación.

—¿Este helicóptero es tuyo?

—Pertenece a una cooperativa.

—¿Quieres decir que lo compartes?

Adam asintió.

—En esta ciudad, tener un helicóptero privado es el *súmmum* para aquéllos que quieren destacar en sociedad. Si quieres comprarte un traje en las galerías Daslu o cualquier otro centro comercial de moda, mejor que aterrices en su azotea o hasta los dependientes te mirarán mal. Pero también sirve para combatir los atascos y la delincuencia. En ocasiones es la única forma de llegar a tiempo y con seguridad a mis citas de trabajo. Lo bueno es que puedes asociarte a una cooperativa y compartir los costes de compra, el mantenimiento de los aparatos y el sueldo de los pilotos.

—Por eso hay tantos dando vueltas todo el día. Creía que eran de la policía.

—También los utilizan, pero la mayoría son privados. Esta ciudad tiene el mayor tráfico de helicópteros del planeta. Si en Nueva York hay unos cincuenta helipuertos, aquí hay casi cuatrocientos.

Mika miró por la ventanilla. Iban dejado atrás los barrios del centro, encaminándose hacia el este.

—¿Me estás dando una vuelta turística?

—Vamos a la costa —fue todo lo que Adam reveló mientras el morro se inclinaba con suavidad hacia delante y alcanzaban la velocidad de crucero de 135 nudos.

Sobrevolaron los rascacielos de la ciudad moderna. Un rato después, el gris del cemento fue mutando al verde. Las grúas se confundieron con los árboles y el helicóptero se introdujo en una zona que dejaba entrever su pasado agrícola. Adam le explicó que fue Pedro II quien atrajo a la región a los primeros inmigrantes cualificados, americanos sureños que huyeron de su patria tras haber perdido la guerra civil.

—El emperador fue un emprendedor —explicó—. Les ofreció algo tan sagrado como la propiedad del suelo a cambio de su tecnología y conocimientos agrarios. Y los confederados estuvieron a la altura. Levantaron sus nuevas plantaciones sin la ayuda de la esclavitud que hasta entonces había sustentado su economía. Me gusta esta historia porque todos lo tenían claro. En tiempos difíciles toca reinventarse.

Reinventarse...

Eso es lo que pretendía hacer yo viniendo a São Paulo...

Siguieron su ruta en una implacable línea recta bajo las nubes bajas que cubrían la región como un falso techo.

—¡El mar! —exclamó Mika cuando divisó el primer reflejo en el horizonte—. Dan ganas de saltar.

—Si tienes valor...

—Tengo mucho más del que crees.

—Ya lo voy comprobando.

Se inclinó para mirar abajo. Las montañas se zambullían en el agua, provocando un estallido del que nacían pequeñas calas.

—No imaginaba así el litoral brasileño.

—Las playas del norte son parecidas a las del Caribe, pero esta costa es única.

—Tan abrupta...

—Tan violenta, tan real.

El helicóptero puso rumbo nordeste siguiendo el trazado de la orilla. Al poco, Mika divisó una población entre palmeras que se derramaba por la montaña hasta fundirse con las olas.

—São Sebastião —señaló Adam.

El piloto hizo un gesto con la mano y comenzó el descenso.

Un barrio industrial rodeado de chabolas y unos inmensos depósitos de cemento afeaban su encanto colonial. Desde que Américo Vespucio divisó el asentamiento original había sobrevivido a base de cultivar caña de azúcar, café y tabaco, pero la verdadera revolución llegó cuando su pequeño puerto pesquero se convirtió en fondeadero para los barcos que transportaban el oro de la región de Minas Gerais.

Mika se fijó en una isla paradisíaca que emergía unas millas mar adentro.

—Se llama Ilhabela —le informó Adam—. Su arena blanca sirvió de refugio para corsarios y contrabandistas y hoy sigue atrayendo mucho turismo de la capital, pero yo me quedo con mi querida São Sebastião. Me trae recuerdos de un tiempo feliz, cuando...

Interrumpió la frase. Volvió a inclinarse sobre el piloto, que seguía concentrado en la maniobra de aproximación al punto donde descenderían. Para entonces volaban tan bajo que los patines de aterrizaje del aparato casi rozaban los postes de cableado. En una explanada cerca del mar habían instalado un gran escenario. Riadas de gente se dirigían hacia allí.

—¿Qué celebran?

—Me esperan a mí.

—¿Cómo que a ti?

—Me conceden la medalla de ciudadano sebastianense. El reconocimiento anual a su forastero favorito.

Por eso el traje, impecable de arriba abajo, a pesar de este calor.

Mika repasó el gran despliegue de luces y sonorización.

—No me entiendas mal, pero ¿todo ese montaje...?

—Me tocará decir unas palabras, pero no seré el único, ni el más importante. Mi nombramiento forma parte de los actos institucionales de inauguración del Glorifica Litoral. Soy el padrino de esta edición.

—¿Cómo? —elevó la voz hacia el intercomunicador.

—Un famoso festival de música evangélica de cinco días. Entremezcla sermones y canciones.

—¿Góspel?

Adam asintió entre el ruido.

—Se ha hecho tan popular que los políticos aprovechan el acto de apertura para hacerse un lavado de imagen y posar en un baño de multitudes.

—¿Por qué te dan a ti la medalla?

—Crees que no la merezco.

—Ya sabes lo que quiero decir. ¿Qué has hecho *exactamente* para ganártela y protagonizar este lío?

—Premian a mi ONG Bienvenidos. El año pasado compré una hacienda portuguesa de las afueras y la rehabilité para ampliar mi radio de acción.

—Qué bueno. ¿Os dedicáis a lo mismo que en São Paulo?

—Más o menos. En la favela de Monte Luz prestamos apoyo a los indígenas que se desplazan a la urbe, y aquí acogemos a los campesinos que abandonan sus tierras y se mudan a la costa en la falsa creencia de que el petróleo es una fuente inagotable de recursos. Desde que Petrobras construyó su terminal en el puerto, São Sebastião no ha parado de crecer... sin mucha fortuna. Los recién llegados terminan levantando chabolas en barrios marginales como Topolândia o, lo que es peor, en zonas prohibidas de Mata Atlântica tremendamente propensas a sufrir deslizamientos de tierra.

—Y ahí es donde entra tu ONG, fundada para actuar sobre el terreno mientras otros se dedican sólo a parlotear.

—¿De dónde has sacado esa frase?

—El Capitán Nemo ha comentado algo parecido esta mañana.

—La hacienda está pensada sobre todo para acoger a los hijos de los campesinos —prosiguió—, que son quienes más sufren las consecuencias del exilio. Dispone de aulas, salas de juegos, centro deportivo...

—Tienes que enseñármela.

Adam llevó la mano a los auriculares, como si hubiese una interferencia. El helicóptero comenzó las maniobras de aproximación a una explanada cercana a la plaza de eventos donde estaban previstos los actos. Mika se fijó en los asistentes. Además de los lugareños y de quienes habían llegado en autobuses, un grupo de invitados con traje y corbata y vestidos de cóctel llenaban una zona vip al pie del escenario. Pasó la mano por su falda de algodón. Mamá Santa había dicho que parecía una sacerdotisa de candomblé.

—Estás preciosa —dijo él, leyendo sus pensamientos.

—Yo no estoy tan segura.

—Esto no se distingue mucho de una fiesta en la playa, ya ves lo cerca que está la orilla del mar, por lo que vas perfecta. Te aseguro que voy a ser la envidia de todos estos gerifaltes.

—No me digas que ahí abajo hay gente *muy* importante...

—Según se mire. Ha venido Gabriel Collor.

Mika recordó la valla publicitaria del grupo Collor Corporation que vio desde el taxi el primer día, justo antes del apagón. Incluso habló de las siglas CoCo con el conductor, quien comentó que Gabriel era la persona más rica de Brasil y estaba cerca de convertirse en la más rica del planeta.

—¿De verdad está aquí? ¿Lo conoces?

—He desarrollado muchos proyectos para sus empresas. Digamos que quería mostrarme su agradecimiento con su presencia en un acto público.

—¿Y lo dices como si tal cosa!

—Es una persona como tú y como yo. Con sus virtudes y sus miserias.

Mika notó que el helicóptero tomaba tierra.

—Contéstame a una cosa más: ¿cuál es la verdadera razón por la qué escogiste

São Sebastião para ampliar la ONG?

—¿A qué te refieres con *verdadera*?

—Antes has mencionado que aquí pasaste un tiempo feliz.

—Es una antigua historia.

—Me la debes. Es mi tarifa como señorita de compañía.

—No seas vulgar, yo no he dicho eso.

—Has dicho que vas a ser la envidia de todos los gerifaltes.

Adam sonrió y tomó aire.

—Hace algún tiempo pasé unos momentos inolvidables en este lugar. Me acompañaba una persona a la que amaba con toda mi alma.

—¿Quién era? —preguntó Mika con osadía.

El piloto abrió la puerta y gritó bajo el estruendo del rotor.

—¡Fin del trayecto, señor Green!

—¿Quién era, Adam?

—Salgamos ya, Mika. Nos esperan.

Se alejaron a paso rápido del helicóptero. Había empezado a llover. No era el mejor comienzo para un evento semejante, pero el programa no tenía pinta de interrumpirse. En un extremo del llano en el que habían aterrizado, bajo un paraguas plegable, les esperaba un trabajador de la ONG Bienvenidos.

—Este caballero es Silas Dahua —les presentó Adam—. A pesar de la melena de vikingo, su apellido amazónico delata su procedencia. Es el gerente de la hacienda, aunque a veces pienso que me engaña y dedica todo su tiempo a surfear.

—No bromees —replicó aquél—, que el próximo fin de semana celebrarán la tercera etapa del Hang Loose Surf Attack en la playa Da Baleia y estoy pensando echar el cerrojo a tu ONG y subirme a una tabla.

—¿De verdad querías participar?

—Ya sabes la cantidad de curro que tengo, no seas malo.

Dibujó un gesto de pena. Efectivamente, su pelo era tan liso y tan rubio que más parecía un mochilero nórdico que un descendiente de tercera generación de indígenas brasileños. Vendría a tener la edad de Mika. Por toda etiqueta vestía una camisa negra sacada por fuera de los vaqueros, a la que había añadido un fular de rayas verdes para dar al conjunto un toque de fiesta; o quizá para reivindicar su espíritu libre entre tanto protocolo.

—*Tudo bem?* —le preguntó Mika con cordialidad.

—*Tudo bom* —contestó Silas Dahua. Se volvió hacia Adam—. Me estaba preocupando.

—No habrán empezado...

—Aún están en bambalinas, pero ya sabes cómo son los políticos. No les gusta que nadie llegue después que ellos para robarles el protagonismo.

Atravesaron con prisa el centro histórico. Casas blancas de un solo piso con las ventanas y puertas pintadas de colores vivos, la Cámara Municipal frente a la pequeña iglesia Matriz... Los irregulares adoquines obligaban a caminar mirando al suelo. Un leve traspié al doblar una esquina fue suficiente para que Mika recordase el momento en que se torció el tobillo mientras buscaba a Purone por el laberinto de la favela.

Al poco llegaron a la plaza de eventos. Las instalaciones levantadas para el Glorifica Litoral le parecieron aún mayores que vistas desde el aire. Habría unas tres mil personas. Algunos se resguardaban de la lluvia bajo las carpas laterales. La mayoría permanecía en la explanada frente al escenario, mojándose sin ningún reparo para combatir el calor del verano austral.

—A mí no me va esta música —comentó Silas Dahua—, pero este escenario convoca estrellas a nivel nacional y la gente se vuelve loca, ya lo verás después.

Mika miró al cielo. Las gotas en el rostro.

—Como esto siga así...

El indígena vikingo mostró su acreditación al personal de seguridad de la zona vip. Cruzaron la valla. Mika notó los cuchicheos de los invitados. Se alegró cuando enfilaron la escalera metálica lateral de los técnicos de sonido y se sumergieron tras el telón.

Era en aquel improvisado lobby, alrededor de un puñado de mesitas por las que circulaban los camareros de un catering a base de bebidas sin alcohol y pequeñas empanadillas, donde se apiñaba lo más granado de la sociedad sebastianense, miembros del gobierno del estado de São Paulo y directivos de la petrolera Petrobras y de otras empresas con intereses en el puerto. Como había apuntado Adam, el dejarse ver en un evento que fundía cultura y religión beneficiaba la imagen de cualquier servidor público. La música y la espiritualidad eran dos combustibles imprescindibles para hacer avanzar a la abundante y variada población de Brasil.

—¡Ya está aquí nuestro tardío invitado de honor!

El vozarrón pertenecía a Bruno Araújo, alcalde de São Sebastião, un hombre menudo entrado en años que vestía un traje de espiga igualmente curtido en mil batallas. A pesar de todo, conservaba un porte de autoridad digna del foro romano. Era uno de esos políticos a los que los aspirantes trepas que rondaban el catering observaban con suspicacia mientras se preguntaban qué habría hecho en la vida el viejo pueblerino para que todo el mundo le cogiera la mano con afecto fraternal y cuchichease a su oído bajo los flashes de los reporteros gráficos.

Adam le abrazó.

—Querido Bruno.

—Te has hecho de rogar, hijo. Si lo sé, no te doy la medallita.

—No me regañes. Tuve que pasar a recoger a alguien.

El alcalde fichó a Mika sin disimulo y dio a su homenajeado unas palmaditas en el cuello antes de llevárselo cogido del brazo.

—Ven que te presente a todo el mundo, aunque al principal ya lo conoces. Ahí está don Gabriel. ¡Señor Collor, mire quién ha llegado por fin!

El multimillonario, que estaba enfrascado en una conversación con un afroamericano que le doblaba en tamaño, giró la cabeza. Era más bajo de lo que aparentaba en las vallas publicitarias. La tez morena curtida de tanto sol. Traje gris a medida con todos los aderezos: gemelos de Gucci, alfiler de corbata a juego, pañuelo de lunares para dar un toque sofisticado a la indumentaria de banquero. El pelo, repeinado hacia atrás con gomina. Los ojos negros, tan penetrantes que parecían orlados de kohl. El alcalde y Adam se incorporaron a la charla.

—Así que ése es el famoso Gabriel Collor —comentó Mika en voz baja a Silas Dahua.

—El mismo que viste y calza. Menudo *filho da puta*.

—Ya veo que le tienes mucho cariño.

—En realidad no sé cómo Adam puede llevarse tan bien con él. Quiero pensar que es sólo por motivos comerciales.

—Pero ¿qué ha hecho?

—Él, personalmente, repeinarse cada mañana con esa brillantina de mafioso. Pero sus empresas... No se priva de nada. Minas en las que trabajan niños, navieras contaminantes... Pero la peor es su constructora. En esta misma zona ganó millones de reales expropiando a los campesinos unos terrenos que finalmente terminaron en manos de las petroleras. Pero lo que no le perdonaré nunca es lo que hizo en Papagaio. Una de mis primas de Manaus vivía allí y fue víctima de la masacre.

—No he oído hablar de ello.

—Eso es porque el gobierno federal se ocupó de taparlo. El grupo Collor Corporation financia al partido.

—Pero ¿qué pasó?

—Hace tres años, dos mil efectivos de la Policía Militar comenzaron el desalojo de un asentamiento de São Paulo llamado Papagaio. Los afectados llevaban allí una eternidad. No se trataba de unas cuantas familias acogidas de forma provisional por el Movimiento de Trabajadores Sin Hogar, sino de toda una comunidad con permisos de habitabilidad de la Secretaría de Estado de Vivienda. Y a pesar de todo no pudieron hacer nada. La constructora del grupo CoCo promovió la limpieza del área para edificar urbanizaciones de lujo, el vicegobernador de la región aprobó el plan y la policía entró con sus tanquetas. ¿Sabes el valor que alcanzan esos terrenos en el mercado libre?

—Por desgracia, no sois los únicos que sufrís los efectos de la especulación.

—Y por eso es tan grande Adam Green. Una persona que ha triunfado y que, en lugar de dedicarse a acumular más fortuna flirteando en los centros de poder, se vuelca en las periferias. Se arroja a los pozos ciegos del extrarradio donde se ahogan los indígenas recién llegados y gasta todas sus energías en prestarles su apoyo...

Mientras escuchaba las rimbombantes alabanzas que el indígena surfero no escatimaba hacia Adam, Mika sintió un conato de desvanecimiento. Se dio cuenta de que apenas había comido en dos días. Estiró la mano al paso de una de las camareras y se introdujo en la boca una empanadilla de pollo.

—¿Te encuentras bien?

Aún turbada, pensó que Silas Dahua era joven y atractivo, con su melena y el fular que la propia Mika habría escogido si hubiera tenido que comprarle un regalo. Pero al lado de Adam parecía un pobre adolescente sin experiencia, sin brillo. Se alegró de que Adam la hubiera invitado, de nuevo su ángel protector. En algunos momentos lo sentía inalcanzable, como un planeta grandioso al que sólo podía contemplar a través de un telescopio (y cuando él decidía desprenderse de su atmósfera brumosa). Pero, a pesar de la distancia que los separaba, quería creer que le estaba tendiendo puentes.

—Ya ha pasado —contestó por fin—. Tengo un hambre que me muero y estoy

algo confundida por el viaje en helicóptero.

—Voy a ver si encuentro algo más consistente que esa empanadilla —se ofreció Silas Dahua, marchando hacia la rampa trasera que conectaba con la camioneta del catering.

Como si hubiera escuchado sus cavilaciones, Adam miró a Mika y, al verla sola, le hizo un gesto para que se acercase al grupo.

—La señorita Mika Salvador —participó a los demás cuando la tuvo a su lado—. Licenciada en Publicidad y deportista de élite, recién llegada desde España.

—Una joya —dijo Gabriel Collor, dirigiéndose a Adam como si ella no estuviera delante.

Les saludó uno a uno mientras Adam le explicaba sin prisa quiénes eran, dedicándole tanta atención que le hizo sentirse la verdadera reina de la fiesta.

El gigantón afroamericano resultó ser Ivo dos Campos, el pastor cuya fotografía ilustraba los carteles del evento. Tenía una legión de fieles que escuchaban sus sermones a través del canal de televisión de la congregación, muchos de los cuales habían viajado desde lejos para calentarse en persona con la llama divina que ardía en su pecho. Era la verdadera estrella de la noche, más aún que las cantantes, el rostro más popular de unas iglesias evangélicas cuyo poder no dejaba de crecer. Controlaban algunos medios punteros y se habían asegurado representatividad en el Congreso gracias a donaciones que, paradójicamente, provenían de los barrios populares, a cuyos residentes se habían ganado al prestar atención a problemas sociales descuidados por la Iglesia católica. Bastaba con pasear un domingo por la tarde por la periferia de São Paulo para escuchar la música y el griterío de sus enfervorizados devotos.

El pastor abrió los brazos.

—Bienvenida a nuestro evento. Debemos agradecer a Dios el poder disfrutar de algo así. ¿Eres creyente, hija?

La pregunta le cogió desprevenida. Cuando iba a contestar que prefería hablar de amor sin etiquetas, el pastor siguió.

—Estas reuniones suponen una redención cristiana y revitalizan valores morales que estaban perdiendo terreno. —Se volvió hacia Adam—. Por eso está bien que el ayuntamiento haga ciudadano sebastianense al señor Green. Usted tiene un corazón que rezuma amor de Dios.

—Me halaga, pastor; pero me temo que exagera.

—Pues yo opino lo mismo —ratificó Gabriel Collor—. No sólo eres un ejemplo para esta ciudad, sino para todo el mundo. Mira lo que ha ocurrido estos días en São Paulo y en la selva de Mato Grosso. El planeta entero habla de Brasil como si fuéramos un país de locos, ¡y tienen razón! Esto no es bueno para nuestra economía.

El alcalde se dirigió a Mika:

—El señor Green ha comentado que viste con tus propios ojos la estrella sobre el edificio Italia.

—Acababa de llegar al país.

—A mí aún me impresionó más el arcoíris —intervino el pastor—. Vaya ocurrencia... Hasta ahora los terroristas se limitaban a poner bombas y a repartir *balaseras*. Si cuando dice don Gabriel que nos vamos a volver todos locos...

—No hable de terroristas, pastor —intervino con voz prudente el alcalde Bruno Araújo—. Nadie ha reivindicado esas acciones. Dejemos a la policía que investigue.

—Ya lo ha hecho —informó Gabriel Collor en tono confidencial.

—¿Acaso se sabe algo? —preguntó el alcalde.

—No debería revelarlo. Mis fuentes provienen directamente de...

—¡Ya sabemos de dónde provienen sus fuentes, don Gabriel! —saltó el alcalde Bruno Araújo con tanta naturalidad que ni siquiera sonó ofensivo—. Usted puede beber de cualquier grifo de este país.

—El FLT —desveló el multimillonario.

—El FL ¿qué? —arrugó la nariz el pastor.

—El Frente de Liberación de la Tierra —aclaró Mika con cierta fascinación.

Gabriel Collor le clavó la mirada.

—Ya veo que los conoce.

Asintió, un poco arrepentida de su muestra de entusiasmo. Fue su amigo Purone quien tiempo atrás le habló de ellos. Al pensar en él se le estrujó aún más el nudo del pecho.

—¿Por qué dices tan seguro que ha sido esa gente? —salió al paso Adam.

—Porque han cogido a su líder en el lugar de los hechos.

—Creía que era un grupo descabezado, unas cuantas células independientes sin dirigentes —comentó Mika.

—Al parecer, el sujeto que han apresado llevaba tiempo organizando una red de comandos para preparar atentados de mayor envergadura. Está todo documentado en los expedientes clasificados que han remitido a la gobernación.

—¡Tiempo, tiempo! —les cortó el alcalde componiendo con las manos una T como si fuera un entrenador de baloncesto—. ¿Qué demonios es eso del FLT que todo el mundo conoce menos yo?

—El Frente de Liberación de la Tierra —comenzó Gabriel Collor con circunspección— es un grupo ecologista más conocido por su denominación anglosajona Earth Liberation Front, o ELF. Por eso sus discípulos se apodan los elfos. Un colectivo anónimo de células que utilizan el sabotaje económico y la guerra de guerrillas para, según dicen, detener la explotación y destrucción del medio ambiente. Ya han reivindicado ataques en más de una docena de países.

El alcalde parecía ofendido.

—¿Me está diciendo que nos tiene en vilo una... panda de *hippies*?

—Sepa que en 2001 ya fueron clasificados por el FBI como la mayor amenaza terrorista doméstica del país. Quemaron una estación de esquí en Colorado ocasionando pérdidas por más de doce millones de dólares porque, según decía su

comunicado, entre las carreteras de acceso y las zonas esquiabiles estaban arruinando el último hábitat del lince del estado. ¡Aguántenlos, el hábitat del lince!

—Ecologistas radicales —intervino el pastor Ivo dos Campos, tratando de aportar algo.

—No sé si serán ecologistas, pero lo que no cabe duda es que son radicales y, como tales, han de ser eliminados —sentenció el multimillonario sin piedad—. Me da igual que se vistan de liberacionistas de los animales, anticapitalistas, anarquistas verdes o antiglobalizadores.

—No cuadra —musitó Mika.

—¿Qué no le cuadra, señorita?

—Si no recuerdo mal, el decálogo del FLT exige a sus grupos que tomen las precauciones necesarias para evitar cualquier daño a seres vivos. De hecho, si se ganan la simpatía de muchos jóvenes es porque, en un mundo propenso a la violencia, se han mantenido fieles a ese código: nunca iniciar un fuego si hay peligro de herir. Está claro que en ese marco no encajan los dos asesinatos de esta semana.

—¿Los está usted defendiendo?

—Siento interrumpir esta interesante conversación pero ha llegado la hora —serenó el alcalde—. Todos al escenario.

Mika buscó sitio en el lateral, junto a la mesa de monitores. Se sentó en una de las cajas de aluminio llenas de cableado y rogó para que la tormenta no fuera a más. Aun cuando la tarima estaba cubierta, las rachas de viento introducían cortinas de agua por los extremos. Se preguntó si ello afectaría a los sistemas de sonorización. Los charcos que se formaban junto a los enchufes no preconizaban nada bueno. Abajo, el público aguantaba estoico. Algunos habían desplegado sus paraguas; otros seguían tomándose el chaparrón como parte del festejo.

Miró al cielo.

Nubes cada vez más negras. Pero con un extraño brillo.

Le pareció ver un destello en un claro momentáneo. Al poco, otro.

Había algo allí arriba.

Un acople del micrófono le devolvió al evento. El alcalde se acercó a un atril de metacrilato colocado en el centro y saludó a los asistentes agitando ambas manos de forma desenfadada. Dio las gracias por su asistencia a las personalidades que permanecían de pie a ambos lados y comenzó con los discursos institucionales previos al festival.

Tras construir un mitin sobre nuevos proyectos de alcantarillado, la terminación de las obras de la autopista de Tamoios y las cuantiosas inversiones de las concesionarias del puerto, introdujo a su nuevo ciudadano sebastianense y padrino del festival.

—Nuestro país pasa por su mejor momento y ello nos obliga a estar a la altura —concluyó—. Por eso agradecemos la ayuda de los forasteros que se incorporan a nuestra gran familia. —Se volvió hacia Adam—. Como el señor Green, quien desde el momento que puso un pie en nuestras calles empedradas no ha dejado de impulsar dos importantísimos valores: la humanidad y el compromiso.

Aplaudió con efusividad hacia Adam y lo acompañó hasta el centro del escenario, donde le hizo entrega de la cajita que contenía la medalla y le cedió la palabra. Después de saludar a los miembros del gobierno regional y agradecer de forma protocolaria la distinción a la Cámara Municipal, el recién homenajeado sacó su voz más honda.

—Han pasado varios años desde que coloqué el primer letrero de la ONG Bienvenidos a la entrada de un local alquilado en la azotada Monte Luz. Desde entonces, son muchos los indígenas llegados a São Paulo que han cruzado esa puerta. La cruzaban hacia dentro, con incertidumbre y miedo al no saber bien lo que iban a encontrar; y al poco la cruzaban hacia fuera, con el espíritu renovado y los puños cerrados para contener tantas ganas de comerse el mundo. —Bajó un ápice la mirada y arqueó las cejas—. El único inconveniente es que la mayoría de las veces ha sido el

mundo el que se los ha comido a ellos. Con o sin mi ayuda, son muy pocos los que logran escapar del insaciable tifón connatural a nuestra civilización. Un tifón devastador que engulle a los más débiles para seguir creciendo y agrandando las desigualdades sociales.

Hizo una pausa y se protegió la cara de la tromba de agua que se metió en el escenario desde el frente con otro repentino golpe de viento. Parecía estar formándose un tornado nada simbólico, pero el público seguía en su sitio, participando de la celebración previa a la palabra de Dios.

—Nuestro planeta se está convirtiendo en una favela global. Una inmensa y única favela salpicada de pequeños barrios ricos protegidos de la pobreza por altos muros con alambradas electrificadas. Pero no sustentaré este alegato en la mera indignación. Porque la indignación, por sí sola, es una virtud incompleta. La indignación ha de venir acompañada de acción. Mirad aquel horizonte. —Señaló hacia el mar—. Por mucho que nademos hacia él, siempre seguirá allí, inalcanzable. ¿Para qué sirven entonces los horizontes? Para animarnos a seguir nadando. Por eso me decidí a colgar un nuevo letrero de mi ONG Bienvenidos, a pesar de las dificultades. Y lo hice en São Sebastião porque es un lugar que amo. —Se volvió un instante hacia el pastor Ivo dos Campos—. En esta lucha contra el tifón no nos vendría mal la ayuda de alguna divinidad que, después de tanto trabajo creador, no se haya ido a echar la siesta. —Y dirigió la mirada al público, con tanta fuerza que cada uno de los miles de asistentes tuvo la sensación de que lo miraba a él—. Aunque, pensándolo mejor, el verdadero poder para cambiar las cosas radica en cada uno de nosotros, ¿no creéis?

En ese par de segundos durante los cuales el auditorio no rompe a aplaudir por miedo a quebrar la emoción de un discurso, una persona de las primeras filas elevó la vista a la tormenta que no cesaba.

—¿Qué demonios es esto?

—¡Ahora graniza! —exclamó una mujer, apretando contra su pecho a la hija que llevaba en brazos, calada como recién sacada de la bañera.

—No es granizo, es de color oscuro.

Aquél sacudió su cabeza como si algo sólido le hubiera golpeado el ojo mientras escudriñaba el cielo. Poco a poco, los que le rodeaban también miraron hacia arriba. Los puntos se multiplicaban sobre sus cabezas, fundiéndose con las gotas de la tormenta. En unos segundos, todo el público hablaba de forma atropellada.

—¡Es barro!

—¡No puede llover barro!

—Esto no es barro —dijo un agricultor de la zona, tras agacharse a recoger una pieza del inmenso charco en el que se había convertido la explanada—. Esto es... cacao.

¡Es cacao!, constató Mika con estupefacción al observar sobre la palma de la mano una semilla que acababa de sacarse del pelo.

—¿Qué es esta broma? —gritó el alcalde.

El guardaespaldas de Gabriel Collor corrió hacia su jefe para cubrirlo con sus brazos y conducirlo a un lugar menos expuesto.

—¡Que no es un francotirador! —gritó el multimillonario, quitándose al agente de encima con un manotazo sin dejar de contemplar el manto de agua salpicado de semillas.

La primera respuesta de la gente fue de absoluta confusión. La fiebre evangelista que envolvía el festival provocó lágrimas nerviosas y una extraña sensación de dicha. Intentaban asimilar esa suerte de milagro, vivirlo en plenitud, sentir las oscuras simientes golpeándoles el cuerpo chorreante de lluvia. Algunos se preguntaban si no las estarían lanzando con algún tipo de cañón de confeti, pero era fácil constatar que el cacao acompañaba a las gotas desde las mismas nubes. Por todas partes emergían móviles grabando y tomando fotos. Pronto, la turbación y el éxtasis religioso dieron paso a una explosión de miedo. La masa comenzó a moverse a un lado y otro como un ente único y demoledor.

Sobre el escenario reinaba el mismo desconcierto. El alcalde sugirió que todas las personalidades se agrupasen en un corro y ordenó a sus efectivos policiales que formasen un cordón de seguridad para impedir que el público subiera a cobijarse.

Adam contemplaba la escena con las manos asidas a ambos extremos del atril. Vio a Mika y salió de su ensimismamiento. Le hizo una seña pidiéndole que no se moviera de donde estaba y fue a reunirse con sus anfitriones.

Viéndose sola en mitad del tumulto, Mika se acordó del indígena surfero Silas Dahua. Trató de localizarlo, pero le interrumpieron unos gritos que provenían de la zona vip situada a los pies del escenario. Todos los invitados intentaban salir al mismo tiempo y se aplastaban unos a otros contra la valla. Algunos de edad avanzada y poco acostumbrados a esos eventos estaban perdiendo el conocimiento por el tapón humano y la presión. Las varillas rotas de los paraguas se convertían en dañinas agujas.

El alcalde ordenó a los efectivos de policía que custodiaban a las personalidades que fueran a ayudar de inmediato. Les siguieron los escoltas privados. Saltaron al pasillo que separaba la tarima de la valla y empezaron a sacar a los heridos por encima de las barras de hierro que se les clavaban en el tronco.

Mika se fijó en la plaza. Lo primero que pensó es que parecía una inversión del cuadro que Adam había pintado en su discurso. Al fondo estaba la gran masa, el gentío anónimo llegado para demostrar su fe y escuchar las historias de superación del pastor, elevando los brazos al cielo con una mezcla de espanto y fervor; y, en primer término, el pequeño espacio vip atiborrado de acreditaciones y trajes de fiesta, de pronto aplastados contra las vallas de separación, sus propios muros.

Alguien exclamó de pronto:

—¿Dónde está el pastor?

Los demás miembros de aquel selecto grupo de personalidades se miraron unos a otros.

¿Dónde estaba Ivo dos Campos?

El alcalde se plantó en el borde de la tarima, cubriéndose con los brazos para que la tormenta salpicada de cacao no le impidiera mirar. Repasó el pasillo al que estaban sacando a los aprisionados de la zona vip, por si el pastor había bajado a ayudar. Al no verlo escudriñó la gran plaza. Suspiró de alivio cuando divisó su cuerpo generoso entre la marabunta de fieles.

—¡Pastor! —Alzó la mano—. ¡Vuelva aquí, pastor!

El gigante Ivo dos Campos se volvió hacia él y gritó a su vez desde el gentío:

—¡Están cayendo semillas del cielo, alcalde! —Y rió a carcajadas mientras sus devotos le abrazaban—. Como en el libro del Génesis, ¿se da cuenta?

—¡Venga a cobijarse!

Pero el pastor se dedicó a recitar con su voz de trueno:

—«Dijo Dios: “Cúbrase la tierra de verdor, de hierba verde que engendre semilla, y de árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra”».

El alcalde Bruno Araújo se quedó de piedra, sin duda pensando que el poder de la Iglesia evangélica había llegado mucho más allá de lo que suponía. ¿Eran ellos quienes habían organizado aquella lluvia? ¿Acaso era parte del espectáculo? De súbito le asaltó otro pensamiento.

—¿Y don Gabriel Collor? —preguntó al aire, consternado.

—No lo veo... —contestó un concejal.

—¿Dónde está su guardaespaldas?

Como el resto de escoltas, seguía ayudando a los vip junto al vallado. Bruno Araújo se dirigió hacia el jefe de la policía y le habló al oído.

—Encuentra a Collor en diez segundos o desde mañana te dedicarás a recoger mierda de perro en la playa.

Los agentes que estaban atendiendo a los lesionados dejaron aquella tarea en manos de los equipos de primeros auxilios y subieron a registrar cada rincón. En eso consistió el improvisado dispositivo: dar vueltas por el escenario buscando detrás de los bafles, de la mesa de mezclas, en los sitios más absurdos. Saltaron de nuevo al suelo para mirar debajo de la tarima. Nada. Se dedicaron a otear entre la gente.

Nada.

Mika seguía sin moverse de donde estaba. No quería importunar y, además, empezaba a intuir lo que estaba ocurriendo. La lluvia de cacao, otro extraordinario símbolo tras la estrella y el arcoíris. ¿De verdad estaban relacionados? Le costaba asimilar semejante coincidencia, estar presente en otra de aquellas locuras colectivas, pero saltaba a la vista que era así. Y en ese caso sólo faltaba...

El tercer cadáver.

Primero el narco, después el maderero...

El multimillonario Gabriel Collor, dijo para sí, llevándose las manos a la boca.

Recordó lo que Silas Dahua había comentado acerca de la expropiación de tierras

a los campesinos para favorecer a las empresas con intereses en el puerto. Las piezas encajaban a la perfección. Caían nuevas semillas sobre el cemento pringado de petróleo. Una nueva cosecha. Al igual que la estrella que prendió en lo alto del rascacielos, un nuevo principio...

Tenía que hablar con Adam de inmediato, contarle lo que había deducido para que avisase a su amigo antes de que ocurriera lo irremediable. ¿Dónde estaba?

También él había desaparecido del escenario.

Su cabeza centrifugó de un lado a otro.

¿Y si se estaba equivocando de víctima?

Sintió un escalofrío.

No puede pasarle nada, a Adam no. Él no merece un final así...

Se acercó al borde del escenario y, cuando empezaba a faltarle el aire, lo localizó entre el público que seguía en la plaza. ¿Qué hacía allí abajo? Avanzaba con precipitación, apartando gente a su paso para introducirse más y más en el núcleo de fieles que rodeaban al pastor Ivo dos Campos. También reconoció a Silas Dahua, quieto entre la multitud, a un paso de ambos.

Cuando Adam llegó hasta el evangelista, lo abrazó y le dijo algo al oído. Después, sin intercambiar más palabras, volvió sobre sus pasos camino del escenario, quitándose de encima a la masa que seguía debatiéndose entre salir disparada o permanecer junto a su líder espiritual cayese lo que cayese del cielo.

Cruzó el cordón policial y subió la tarima por la escalera lateral. Mika fue a su encuentro. Cuando iba a preguntarle qué le había dicho al pastor, un agente de policía que emergió bruscamente de detrás del telón le dio un fuerte empujón que casi la tiró al suelo.

—¡Está en el reservado! —venía gritando.

Al poco apareció por el mismo sitio el multimillonario Gabriel Collor, con el móvil en la mano.

—¿Quién había mirado en la zona del catering? —se indignó el jefe de policía.

—¿Se puede saber qué os pasa conmigo? ¡Ni que fuera un delincuente!

—No le encontrábamos, don Gabriel —salió al paso el alcalde.

—¡Estaba hablando con el gobernador!

—Le pido disculpas, no nos lo tenga en cuenta. Mire, parece que ha cesado la lluvia.

Así era. Ya no caían semillas. Pero la otra tormenta arreciaba.

Adam abrazó a Mika desde atrás, apretando la espalda de ella contra su pecho. Mika reclinó la cabeza en su hombro.

El sosiego no duró mucho. Una nueva ola de gritos llegó desde la plaza.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó el alcalde.

La gente se abrió en círculo. En el centro apareció un cuerpo tendido.

—Dios mío... —murmuró Mika.

Era el cuerpo del pastor Ivo dos Campos.

Tumbado boca arriba sobre el cemento encharcado.
La gente que le rodeaba huyó despavorida.
—¡Que alguien baje a ayudarlo! —ordenó el alcalde.
Sin duda era tarde.

Por el manto de agua y la distancia que lo separaba del escenario, Mika no alcanzaba a ver el cuerpo del pastor con claridad. Pero notaba algo raro en su rostro. De pronto, lo que comenzó como un presentimiento prendió con la virulencia de la mecha de un cartucho de dinamita. Sin separarse del abrazo de Adam, con los brazos aprisionados por los de él, que se enlazaban sobre sus pechos, sacó como pudo el teléfono móvil del bolsillo. Tecleando con una sola mano para que él no se diera cuenta, entró en Twitter y picó *trending topic* para ver de qué se hablaba en la red social.

A velocidad de vértigo, miles de personas de todo el mundo estaban compartiendo una nueva fotografía. Otro rostro hinchado con la lengua fuera y aquella tonalidad azulada.

El rostro del pastor Ivo dos Campos, desfigurado de forma fulminante.
Y aquel texto estremecedor.
#DíaTercero.
Madre mía...

Sintió frío, como si la tormenta fuera de hielo. El corazón se le aceleró de tal modo que Adam, pegado a su espalda, tuvo que notar los latidos. Su abrazo dejó de parecerle protector, ahora le asfixiaba. Tenía el cerebro bloqueado, no era capaz de reaccionar, ni siquiera oía el jaleo a su alrededor. Mantenía los ojos clavados en el móvil. De algún modo que no alcanzaba a adivinar, ¡oh, Dios!, Adam había terminado con la vida del pastor. ¿Para qué si no había bajado a hablar con él unos minutos antes? ¿Y la fotografía? De eso se habría ocupado Silas Dahua. ¿Por qué no se desembarazaba de él y salía corriendo? Debía de estar loca para permanecer al lado de un asesino. Las preguntas se acumulaban en su cabeza. ¿Estaré paranoica? ¿Por qué querría Adam matar al evangelista? Pensó en los otros dos ajusticiados, el narco de Monte Luz y el maderero. Aquéllos sí se lo merecían. El pastor, sin embargo, era una persona admirada. Adam no haría daño a alguien así, seguro que no tenía nada que ver con lo que había ocurrido. Pero ¿acaso no estaba también presente en la favela cuando estalló la revuelta? El Capitán Nemo le había ofrecido una más que firme coartada con aquella historia de las visitas a la ONG, pero...

El jefe de policía pasó por delante de ellos de camino a la escalera lateral.
Mika lo llamó.

Apenas notó un ápice de tensión en el abrazo de Adam.
—¿En qué puedo ayudarlo, señorita?

Unos instantes de silencio.

Adam permanecía inmóvil. Sus brazos eran cadenas.

—Disculpe, señorita, he de atender otras... —Debió de ver la desazón en sus ojos

—. ¿Seguro que está usted bien?

Más silencio.

Adam, quieto como una escultura griega.

Mika levantó la mano por fin y le mostró la pantalla del móvil. Pero no añadió nada. Ninguna explicación, ni mucho menos una acusación.

El oficial contempló la fotografía con expresión de cansancio. Sin duda todo aquello le venía grande. Acarició la pistola enfundada y salió disparado en busca del alcalde, que también mostraba signos de estar sobrepasado.

Adam soltó a Mika.

¿Debería huir?

Él la cogió del brazo y la arrastró hacia la parte trasera del escenario.

—No te detengas —le dijo mientras bajaban por la rampa que conectaba con la camioneta del catering.

—¿Vamos al helicóptero?

—No.

—¿Adónde me llevas?

—Tú sólo sígueme.

Necesito más tiempo para pensar...

—¿No vas a decirle nada a tu amigo Gabriel Collor?

Se detuvo y se colocó frente a ella.

—A Gabriel se lo han llevado hace rato. Si no hacemos lo mismo, en unos minutos acordonarán la zona y los investigadores no nos dejarán salir hasta mañana.

Mika percibió algo oculto detrás de la urgencia. No sólo se trataba de la necesidad de eludir el protocolo policial. Notó cómo le sujetaba las manos, con presión pero al mismo tiempo con dulzura. El flequillo rubio de actor de los cincuenta, calado como el resto del cuerpo, se le pegaba a la frente. Los ojos azules brillaban como dos faros en mitad del caos.

Adam...

Cerró los suyos, sólo un segundo, y corrió con él hacia la parte antigua de la ciudad bajo el chaparrón que regaba las semillas recién sembradas.

estrellas

Dejaron atrás la plaza de eventos y se introdujeron en zigzag por las callejuelas empedradas. Sin tardar mucho, Adam señaló un edificio colonial con las contraventanas pintadas de amarillo. En el cartel en la fachada se leía, en letras de estilo gótico, POUSADA DO PORTO.

Cruzaron el portón. El recepcionista hizo un aspaviento y se ausentó unos instantes para regresar con un par de toallas. Consultó un cuadrante dibujado con regla y bolígrafo y les tendió una llave atada a un pequeño pez de madera con el número 6 en el lomo.

—Disculpe —dijo Adam al tiempo que se secaba el pelo—. Preferiría alguna del piso superior.

—¿Ha estado aquí antes?

—Sí.

El encargado dedicó a Mika una mirada compasiva.

—¿Ha dicho que se quedarán una sola noche?

—Así es.

Recogió el pez llavero y dejó sobre el mostrador un barquito tallado por la misma mano, con el número 8.

—Que disfruten de su estancia. Segunda puerta de las antiguas caballerizas, escalera arriba y a la derecha.

Mika sintió un escalofrío. Rodeó su cuello con la toalla para sentirse arropada. Atravesaron una gran estancia que hacía las veces de comedor y salieron por el lateral a un patio flanqueado por exuberantes macetas. Siguieron la ruta indicada hasta la habitación. Nada más entrar, Adam se asomó por el cristal de un balconcillo y perdió la mirada en la lluvia que seguía cayendo a raudales.

¿A quién trajiste aquí?

En un momento Mika había provocado un charquito bajo sus pies. Encogió los dedos fríos y se quitó las sandalias de cuero caladas. Su falda también chorreaba. Adherida a sus piernas, tan fina y blanca, transparentaba una braguita blanca de algodón sin encajes.

Apenas le veía la cara. La única luz de la estancia era la que entraba por la ventana. Mika se colgó de su cuello y le besó de forma apasionada. En los labios, en la cara.

Él permaneció estático, como un maniquí.

—¿Qué ocurre? Creía que...

Se separó con una mezcla de incredulidad, vergüenza y... ¿miedo?

Era él quien la había llevado al evento y a la *pousada* bajo la lluvia. No era la

primera vez, estaba claro que se trataba de un galán con escuela. La había excitado con su mera proximidad en la visita a Creatio y cuando subían en el ascensor del helipuerto. No podía culparse por su reacción, casi a oscuras en la misma habitación. Su mundo se tambaleaba y había decidido fundirse en los únicos brazos que le hacían sentirse segura...

No vas a hacerme nada malo, ¿verdad?

Adam seguía mirándola sin decir una palabra. Mika dio media vuelta para salir de allí a toda prisa, pero la agarró del brazo con fuerza.

—Suéltame.

Él presionó aún más. Ella volvió a pensar en lo ocurrido en la plaza de eventos. En lo que le hizo al pastor Ivo dos Campos. ¿Acaso le hizo algo? Sólo le había visto acercarse y hablarle al oído. ¿Podía un susurro matar a una persona?

Poco a poco fue aflojando la mano. Mika no se movió. Él se inclinó y la cogió en brazos. La elevó sin ningún esfuerzo, cruzó la habitación a pasos lentos y la depositó sobre la cama con cuidado.

Mika cerró los ojos.

Sin abrirlos, sintió cómo Adam se sentaba a su lado.

Sin abrirlos, dejó que le quitase la camiseta y el sujetador. ¿Por qué no la tocaba de una vez? Debía de estar contemplando sus pechos, no demasiado grandes, turgentes debido al trabajo diario en el gimnasio y al mismo tiempo suaves como el resto de su piel tostada, para entonces erizada, los pezones oscuros tan duros que llegaban a dolerle.

Sin abrirlos, estiró las piernas para que hiciera lo mismo con la falda. El cinturón de chapas doradas no ofreció resistencia; sus caderas tampoco, oscilantes a un lado y otro para que la tela se deslizase por los muslos, las rodillas, los tobillos, hasta caer a los pies de la cama.

Escuchó cómo él se quitaba la camisa.

Lo que hizo a continuación la desconcertó, pero consiguió mantener los ojos cerrados.

Era como si él le ordenase permanecer así.

Notó hilos de agua cayendo sobre sus senos. Sí, hilos de agua que se deslizaron hacia el cuello y el vientre, algunos derramándose por ambos lados...

Estaba escurriendo su camisa sobre ella.

Mientras el agua seguía su curso, él apoyó un dedo sobre uno de sus pezones. Mika estaba tan excitada que esa única presión le provocó una sacudida.

—Aquí nace el río Amazonas —susurró mientras marcaba el punto delicadamente con la yema—. En la quebrada de Apacheta, que brota del nevado Quehuisha en los Andes peruanos. Desde aquí, hasta su desembocadura en el Atlántico, recorre zonas de Perú... —Deslizó el dedo hacia el otro seno, subiendo despacio para llegar al pezón, provocándole un nuevo estremecimiento cuando se detuvo a rodearlo en pequeños círculos—, Colombia... —Bajó por la parte inferior

en dirección al ombligo— y Brasil a lo largo de siete mil kilómetros en los que se va abriendo a nuevos ríos... —Desplegó su mano entera sobre el vientre y la deslizó por el costado derecho, siguiendo los cauces que marcaban las costillas.

Gimió al notar los cinco dedos mojados llegando hasta casi su espalda. Arqueó la columna.

—Más ríos, a ambos lados de la selva...

La mano húmeda de Adam regresó al ombligo, y desde allí siguió hacia el lado opuesto, surcando la incendiada cartografía de Mika de forma tan sutil que parecía como si no llegara a tocarla, como si fuera la fina capa de aire desplazada entre los dedos y su piel lo que realmente le acariciaba y le provocaba aquella sensación de placer extremo.

Tenía ganas de estirar el brazo, que mantenía pegado a su cuerpo desnudo entregado a aquel juego, y buscar con su mano la entrepierna de Adam. Necesitaba estallar de una vez, sentirlo en su interior, pero se mantenía firme, tumbada boca arriba con los ojos cerrados, acumulando palpitaciones y temblores mientras los ríos de Adam ascendían la cordillera de su pubis y se sumergían en los rincones secretos del mapa...

Un par de horas después, Mika se levantó de la cama envuelta en la sábana. Caminó hacia el balconcillo y desplegó una hoja del portón. La tormenta había pasado. Las gotas que vertía un canalón repiqueteaban contra la cubierta de uralita de una leñera. Aprovechando la calma, un estridente transistor inundaba el patio y los corredores de la *pousada*.

Desde aquella habitación del piso superior alcanzaba a ver en escorzo la recepción. El encargado y otras dos personas se habían sentado en un sofá frente al mostrador y escuchaban atentos el noticiario.

La locutora de un magacín emitido desde Brasilia desgranaba lo ocurrido en São Sebastião. Le acompañaba en antena un ponderado periodista local con el que habían conectado por vía telefónica. Aún atónito, narraba el suceso que acababa de vivir en primera persona. Mika pensó que todos los informativos del planeta estarían en ese mismo instante aparcando las porfiadas noticias locales para montar piezas con las más variadas especulaciones sobre la lluvia de cacao que había regado el ajusticiamiento del pastor evangelista.

Tras expulsar de su mente la recurrente instantánea del rostro deformado del pastor Ivo dos Campos, se apoyó en el marco del balcón para seguir el informativo como si fuera una más del grupo de amigos del recepcionista.

Se ciñó aún más la sábana para combatir el frescor que la tormenta había dejado a su paso. No era consciente de la sensualidad que desprendía, apresando su silueta la luz dorada que se filtraba por una fisura del cielo plumizo, como una presencia angelical escapada de una acuarela romántica que Adam, desde la cama, contemplaba sin rubor.

«Te aseguro que aún no puedo creerlo», exclamaba en antena el periodista de São Sebastião, nervioso tanto por lo que acababa de presenciar como por haberse convertido, tan cerca de su jubilación, en corresponsal por un día para los medios de comunicación de medio mundo.

«¿Estás seguro de que no has asistido a un espectáculo de magia de David Copperfield?», preguntaba la locutora.

«Yo mismo he llegado a pensar que se trataba de una ilusión —contestaba el periodista muy serio—. Pero no sólo lo he contemplado con mis propios ojos; también lo he tocado y oído al igual que todos los que estaban allí grabándolo con sus móviles. No hay más que entrar en YouTube. Algunos vídeos han sumado miles de visitas en unas horas, y no es para menos. Entre la lluvia caían semillas de cacao».

«Y mientras tanto se ha producido el asesinato del pastor Ivo dos Campos...».

«Así es. Al igual que las dos acciones que le preceden en esta semana demencial, la estrella de São Paulo y el arcoíris de la selva de Mato Grosso, la de esta tarde ha sido fruto de una compleja operación coordinada».

«La policía afirma que las semillas fueron arrojadas desde helicópteros. ¿Has podido hablar con alguien que los haya visto?».

«No. La tormenta impedía distinguir nada más allá de las nubes. Pero varias personas de los pueblos vecinos, alejados de la celebración, aseguran haber oído el rumor de las hélices».

La locutora dio paso a un invitado que también estaba conectado por vía telefónica, el director del INMET, Instituto Nacional de Meteorología del Ministerio de Agricultura, Pecuaria y Abastecimiento.

«Díganos: ¿es tan fácil como parece arrojar un grano de cacao desde encima de un nubarrón y que se proyecte hacia el suelo en un punto exacto?».

«Las nubes no son sino gotas de agua o granizo en suspensión, pero eso no quiere decir que sea fácil —comenzó el meteorólogo, engolado—. En según qué casos, el cacao podría quedar retenido en la nube y desplazarse a una distancia imposible de prever. Hay que considerar diversos factores para conseguir un resultado tan preciso como el que hemos visto».

«¿Podría hablarnos un poco más de esos factores?».

«En primer lugar han de conocerse las corrientes ascendentes y descendentes que operan de forma caótica en la atmósfera, formadas por convergencia de vientos que se enfrentan e impulsan arriba y abajo a las llamadas “nubes de desarrollo vertical”, el grupo al que pertenecen los cúmulos nimbos que provocan las tormentas. Quienquiera que haya provocado esta lluvia de cacao sin duda ha estudiado la evolución de esas corrientes en la zona, su densidad y altura».

«¿Suele variar mucho la altura?».

«Más bien muchísimo: desde una gran proximidad al suelo hasta más de treinta mil pies. Las nubes de la tormenta que descargó sobre São Sebastião vagaban a poco más de mil quinientos pies, una distancia al suelo ideal para desarrollar ese estrambótico plan. Por un lado eran lo suficientemente altas como para ocultar a los helicópteros; y por otro lo bastante bajas como para tener la certeza de que el vaciado de la carga iba a caer en el lugar preciso».

«Me cuesta creer que puedan preverse condiciones meteorológicas tan concretas».

«Como delegados de la Organización Meteorológica Mundial, mi equipo y yo disponemos de simuladores de última generación y de un banco de datos

que recoge tablas desde 1961, por no hablar de los doce millones de documentos históricos que estamos incorporando para establecer estadísticas desde 1900. Si alguien juega con todas esas cartas, obviamente es más fácil ganar la partida».

«Y, por lo que veo, los autores de este hecho tenían la baraja completa».

«Es la única explicación. No sé cómo, pero han entrado en los archivos del ministerio y han descriptado las carpetas del InMET...».

Mika se llevó la mano de forma instintiva al tobillo dolorido. Aprovechando que estaba descalza, lo masajeó e hizo unos giros.

Adam comenzó a canturrear desde la cama con una delicada cadencia:

*La tierra desnuda y fría
se vistió con árboles gigantes.
Entre las ramas el viento silbaba.
Shhh... Shhh... Shhh...*

Mika analizó sus reacciones ante el hecho de estar allí, a solas con él después de lo que había pasado en el festival. No le provocaba ningún temor. Muy al contrario, era como si la canoa con la que durante tres días había bajado los rápidos de un río se hubiese orillado en un remanso de calma.

—Creía que estabas dormido.

—Tal vez lo esté. Pareces salida de un sueño.

—Qué galante. ¿Qué era eso que cantabas?

—Una vieja canción indígena. Y tú, ¿estás bien?

Señaló el tobillo.

—No es nada. Mientras íbamos a la plaza de eventos pisé mal y reavivé una vieja lesión.

—No te lo había notado.

—La tengo desde antes de Navidad. La víspera de mi último combate me hice un esguince entrenando.

—Yo me he hecho más de uno por las escaleras de la favela.

—Aunque prefiero las torceduras a que me rompan la nariz —bromeó ella. No quería hablar de Monte Luz.

—Yo también lo prefiero.

—¿A qué nariz te refieres, a la tuya o a la mía?

—¡A las dos, supongo!

Le hizo un gesto para que volviera a la cama. Mika caminó despacio, se encaramó al colchón y se colocó a horcajadas sobre él.

Adam le acarició las piernas. Estiró los brazos para llegar hasta sus tobillos, permaneció unos segundos sobre el dañado como si estuviera haciéndole una imposición de manos y fue volviendo lentamente hasta que alcanzó sus rodillas.

—Tampoco me gustan los golpes en las rodillas —susurró ella. Adam seguía su recorrido por los muslos—. Son lesiones difíciles de curar y quedan marcas.

—No veo cicatrices por aquí.

Siguió subiendo.

—Tengo hambre —dijo ella de repente.

Dio un brinco desde la cama y se dirigió al cuarto de baño dejando caer la sábana, que se derramó por el suelo como la cola de un vestido de gala.

Tras tomar una ducha, mientras Adam se aseaba a su vez, hizo la cama. Sabía que echarían todo a lavar en cuanto abandonasen la habitación, pero había algo que le impulsaba a esconder lo que acababa de ocurrir allí.

Bajaron a la recepción. El encargado y sus amigos continuaban pegados al aparato de radio.

—Después de lo que ha pasado no creo que encuentren nada abierto —les informó aquél—. Ya sabe lo que dicen de los restaurantes de por aquí: llevan tan buena vida que incluso cierran para almorzar. Ya les preparo yo un tentempié, que va incluido en el precio.

Les invitó a sentarse a una de las mesas de la estancia contigua. Hirvió agua para té y sacó de una alacena un bizcocho de chocolate aún caliente. Un armazón de fina tela lo protegía de los mosquitos.

—Esta malla me recuerda a la selva —dijo Adam mientras la retiraba y servía una porción para cada uno—. Si no cubríamos cada plato se llenaban de bichos. Incluso metíamos las patas de los muebles en vasos de aceite para evitar que trepasen las hormigas.

Mika recordó las fotografías que había visto en Creatio, en el cajón de su escritorio. Aquellas en las que Adam posaba con una familia de nativos, entre guacamayos y enormes troncos.

—¿Viviste en el Amazonas? —preguntó, haciéndose la sorprendida.

—En la provincia de Manaos. Mucho tiempo.

Sonó nostálgico. Mika comprendió su empeño por integrar socialmente a los indígenas que acogía en la ONG.

—Y lo que cantabas antes...

Adam no se hizo de rogar. Entonó de nuevo con melancolía:

*La tierra desnuda y fría
se vistió con árboles gigantes.
Entre las ramas el viento silbaba.
Shhh... Shhh... Shhh...*

—Shhh... Shhh... Shhh... —coreó Mika, repitiendo aquel silbido del viento entre los árboles.

—Los viejos de la aldea la susurraban a los niños en las noches de tormenta para que se quedasen dormidos.

—¿No sentías miedo? Al menos al principio, con tantos animales alrededor, gruñendo y silbando.

Imitó unas garras con las manos. Él sonrió pero le contestó serio:

—Claro que tenía miedo. Pero el peligro de mi selva no se debía al tamaño de los colmillos de los depredadores, como ocurre en la jungla africana, sino a las defensas químicas de sus infinitas especies. Malaria, dengue... La Amazonía no es voraz, es venenosa.

Mika se introdujo en la boca un pedazo de bizcocho demasiado grande que le manchó los labios como si fuera una niña pequeña.

—Nunca lo había pensado.

—Desde fuera sólo tememos aquello que conocemos: las pirañas, los vampiros, las tarántulas o las hormigas de fuego. Pero el mayor peligro puede estar en una rana de preciosos colores y tan pequeña como una nuez.

—Prefiero enfrentarme a una pobre ranita que a un jaguar.

—No estés tan segura. La rana dardo dorada, como se conoce a la *Phylllobates terribilis*, es tan bonita que le darías cobijo en una maceta de tu salón, pero su veneno es quince veces más potente que el curare. Los indígenas lo utilizan para cazar. Acercan la rana a una hoguera para que exude gotas de su mortífero fluido y humedecen en él sus flechas. El efecto letal es tan potente que permanece activo en la punta durante un par de años.

—¿Tú llegaste a hacer eso?

—¿A qué te refieres?

—A usar cerbatanas y poner trampas.

—Estás hablando con un profesional.

—No sé si creerte.

—Pues deberías. Me encantaba vivir en la selva. Era un ejercicio constante de creatividad.

Mika iba comprendiendo más cosas. Aquel hombre no podía haber tenido un pasado convencional. Desprendía una luz diferente, sugerente y salvaje, como la propia jungla.

—Así que allí se gestó tu empresa...

Adam se detuvo a pensar.

—¿Recuerdas que te expliqué cómo en Creatio todo el mundo hace cosas que no están directamente relacionadas con su preparación académica? En la Amazonía ocurre lo mismo. Todo se aprovecha para fines diferentes al que inicialmente está previsto por la madre naturaleza. Incluso en lo más cotidiano. Puedes curar la urticaria con las tripas de una oruga, utilizar una enorme hoja de banano como paraguas aprovechando su impermeable textura plástica o comunicarte golpeando un tronco específico cuya frecuencia de vibración no se solapa con ningún otro sonido de la foresta. Es un universo aparte, con sus propias reglas; y los nativos supieron adaptarse a esas reglas. Su supervivencia estaba basada en la creatividad.

—Y en lugar de aprender de ellos, los hemos usado como bestias de tiro.

Adam asintió con pena.

—Hemos tenido al alcance de la mano una base de datos de valor incalculable que va a perderse para siempre.

—Pero tú aprovechaste tu oportunidad —observó Mika mientras devoraba otra porción de bizcocho.

—Yo no soy nadie. Pero para qué lamentarnos ahora cuando ha sido así toda la vida. Hace siglos, un gobernador llamado Francisco de Viedma ya escribió un informe revolucionario sobre la estupidez de los occidentales que contactaban con las tribus.

—Me gusta ese Viedma. No creo que fuese muy políticamente correcto.

—Más bien nada. Decía que los conquistadores calificaban a los indígenas moxo de salvajes porque se dedicaban a proteger como oro en paño unos garrotes llenos de rayas, sin percatarse de que era su forma de documentar los anales de su pueblo, con signos jeroglíficos que exigían una destreza intelectual y una memoria extremas. Terminaba su informe diciendo que si alguno de esos colonos vergonzantes hubiese visto a Newton calculando el movimiento de los astros con su más y menos algebraico, también habrían dicho que el gran científico era un idiota y sus análisis, un conjunto de garabatos más propio para adornar la puerta de un carbonero que para ilustrar el entendimiento humano.

Adam permaneció un rato con la mirada perdida.

A Mika no le convenían los silencios. Seguía aferrándose a la paz que experimentaba a su lado —más bien un conjuro consentido, como si se tratase de un gurú espiritual—, pero las preguntas y el miedo por estar metiéndose más y más en la boca del lobo aprovechaban para recuperar posiciones en su cabeza.

(Adam internándose como una serpiente entre el público del festival).

(El rostro desfigurado del pastor).

Se lanzó sin red:

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Te refieres a la preservación del acervo indígena?

—Me refiero a ti y a mí.

—Tengo que volver a São Paulo, pero tú puedes quedarte el tiempo que quieras. No te preocupes de nada, lo cargaré todo a la cuenta de Creatio.

Sintió como si le hubieran dado un ladrillazo.

—¿Me estás diciendo que no tienes sitio para mí en el helicóptero?

—Claro que tengo sitio.

—¿Entonces?

—No quiero que te sientas dirigida.

Mika negó repetidamente con la cabeza.

—No quieres dirigirme pero me financias una escapada playera lejos de ti. Te aseguro que esta segunda opción suena aún más paternalista, así que no te las des de

progre.

—¿Por qué te enfadas?

—¿Tú qué crees?

Le sostuvo la mirada.

—Sólo trato de ser amable.

Mika se levantó de su silla. Dio una vuelta sobre sí misma y apoyó ambas manos en el respaldo.

—Tienes razón. No tengo ningún derecho a enfadarme contigo.

—Deja que vaya a despedirme del alcalde y en un rato vuelvo a buscarte.

—De acuerdo.

—Bien —confirmó él, encaminándose hacia la salida.

—¡Espera! Sólo hay una cosa...

Adam se volvió.

—Sigues queriendo saber con quién vine a esta *pousada* por primera vez.

—Déjalo. No he debido sacar ese tema.

—Estuve aquí con mi hijo.

Con tu hijo...

—Pero...

—Ahora ya puedes estar tranquila.

—Me dijiste que no tenías familia...

Él la miró como nunca antes lo había hecho.

Mika trató de excusarse pero, para entonces, Adam ya estaba cruzando la puerta.

Se dejó caer de nuevo en la silla. En ese mismo instante, sonó su móvil.

No le costó reconocer el número.

Ahora no...

Insistía. Tras amagar un par de veces, descolgó con urgencia.

—Diga.

—Al habla Baptista, Grupo de Operaciones Especiales.

—Ya sabía que era usted. ¿Qué quiere?

—Ya veo que no te ha mejorado el carácter. Groar... —gruñó, imitando a una leona.

—Groar —repitió ella con desgana.

El investigador tomó aire y cambió el tono.

—Explícame ahora mismo qué hacías esta tarde en el escenario de São Sebastião donde se han cepillado al pastor o te pongo de inmediato en busca y captura.

Mika sintió una garra en el pecho.

—¿Cómo lo ha sabido?

—Cuando viniste a verme te coloqué un localizador en el dobladillo del pantalón sin que te dieras cuenta.

—¿Cómo?

—Te he visto por la tele, como otros cincuenta millones de brasileños. La cadena local ha compartido sus imágenes con los noticiarios nacionales.

—Ni me fijé en que había cámaras.

—Será porque estabas concentrada en tu trabajito.

—Más bien porque no tenía nada que ocultar.

—Eso ya lo veremos.

—¿Me acusa de nuevo o sigue haciéndose el gracioso?

—¿Con quién viajaste allí?

—¿Eso importa?

—A mí sí.

—Con nadie.

—¿Desde dónde me hablas? Te oigo regular.

Mika no sabía si realmente le oía mal o si quería cortar la charla y guardar todos los cartuchos para cuando la tuviera frente a frente.

—Sigo aquí.

—¿Dónde es aquí?

—En São Sebastião.

No iba a ser tan ingenua de darle más detalles.

—Pues vuelve como un rayo a São Paulo y ven directa a mi oficina.

—Pero...

Baptista colgó sin darle tiempo a replicar.

Suspiró.

Durante un rato se dedicó a jugar con el tenedor sobre el último pedazo de bizcocho. Algo tendría que explicarle al investigador. En su primera declaración no mencionó que Adam la recogió en la favela. Ahora tenía muchas más cosas que contar... o que ocultar. Si silenciaba lo que había visto y luego salía a la luz que Adam era el asesino del pastor, ella se habría convertido en cómplice por arte de birlibirloque.

Cómplice de asesinato.

De dos asesinatos.

Se reclinó en la silla y dejó escapar un suspiro. Acababa de acostarse con él y no podía arrancarse de la cabeza cada instante vivido en esa cama. La tenía hechizada, y lo peor de todo es que le gustaba esa sensación de sumisión...

Adam, Adam. ¿Cuál es tu historia?

El americano caminaba hacia el río apartando ramas a su paso. Castaños, palmas, jatobas, bayas açai... En las profundidades de la selva amazónica, el término «biodiversidad» cobraba un nuevo sentido. Desde un punto fijo era difícil encontrar dos árboles hermanos. Hasta cien especies diferentes convivían en el terreno que ocupa un campo de fútbol; dieciséis mil en todo el pulmón verde. Una interminable erupción de troncos, serpentinas de liana y confeti de hojas. Así debió de ser el edén.

Por eso había escogido llamarse Adam. Por su feliz destierro al jardín sagrado.

El cambio de nombre no respondió a un capricho, ni siquiera al comprensible anhelo de dejar atrás su pasado. Fue una forma de adaptarse a las costumbres de la tribu que lo acogió después de haber vagabundeado durante meses con su amigo Camaleón tras su huida del campamento maderero. En aquella comunidad, los padres esperaban a que sus hijos definieran sus rasgos físicos y su carácter antes de decidir cómo llamarlos. A una niña saltarina que no dejaba de canturrear acababan de bautizarla Periquito. A su hermano, inquieto e independiente, se le conocía como Lombriz de Tierra.

La travesía que iba a iniciar también respondía a una arraigada tradición. Era el viaje iniciático que todos los adolescentes debían hacer al llegar a la edad adulta. En el caso de Adam llegaba un poco tarde, y quizá por eso necesitaba ese ritual de purificación más que ningún otro miembro de la tribu.

—Antes de decidir si tu destino está unido al nuestro —le explicó el líder de la comunidad—, necesitas encontrarte a ti mismo.

—¿Dónde he de buscar?

—Has de llegar a la Piedra de las Almas. Duerme una noche a sus pies y deja que te invada tu alma. Te está esperando allí desde el principio de los tiempos.

Apenas le había dado un puñado de indicaciones, y además un tanto crípticas: remar río arriba durante cinco días hasta la gran laguna que se abría tras los meandros de la serpiente. Adam confiaba que esas curvas fuesen tan pronunciadas como para diferenciarlas de las que se sucedían por todo el cauce. «Son como una caracola», le había tranquilizado el jefe dibujando una espiral con el dedo. Una vez alcanzase la laguna, debía tomar un brazo que derivaba hacia el sur y seguir corriente abajo hasta un recodo en el que se elevaba la enigmática Piedra de las Almas.

El bote, amarrado a una raíz, oscilaba apacible. Construido con madera de sucupira, mediría unos cuatro metros de largo por medio de ancho. Tenía tres tablas cruzadas que servían de asientos. Las dos situadas al frente estaban cubiertas por una red sobre la que reposaba un arpón. Arrojó encima su machete.

Deshizo el nudo y subió haciendo equilibrio. Achicó el agua con media botella de plástico que flotaba junto a dos cabezas de pez. Aseguró el tapón de caucho, cogió el único remo y lo apoyó en el barro del fondo para impulsarse.

Era media tarde. Aspiró una bocanada de aquel aire tan puro que conmocionaba. Oxígeno recién liberado con aroma a madera húmeda, tierra y maleza. Se sentó y, antes de empezar a remar, se dejó llevar durante un rato por una leve corriente para sentirse parte del río.

Durante los tres primeros días no detectó un solo signo de presencia humana. Remaba sin pausa bajo el escrutinio de iguanas y perezosos y dormía sobre un lecho de hojas confiando no llamar la atención de los caimanes cuyos ojos brillaban a la luz de la luna sobre la superficie del agua. La mañana del cuarto día divisó una malla de bejucos, las enredaderas que algunas tribus utilizaban para mantener sumergidos los cadáveres de los fallecidos a fin de que las pirañas acelerasen su descomposición.

Estaba cansado de remar, así que decidió parar. Parecía tratarse de una pacífica comunidad ribereña. Todos sus miembros se acercaron a la orilla con gesto circunspecto, como si la embarcación que se aproximaba fuera la carabela *Santa María*. Varó el bote en un recodo de arena y les ofreció el regalo que portaba previendo una situación como aquélla: un par de monedas americanas que llevaba en el bolsillo el día que escapó de improviso de su vida anterior. El jefe las examinó con el rictus de un anticuario florentino y le invitó a quedarse a dormir. Adam pensó que en cualquier momento estallaría una tormenta, por lo que no estaría mal pasar la noche en una cabaña.

Quizá hubiese declinado la oferta de haber sabido lo que le ofrecerían después de la cena. Tras unos sabrosos hongos y unas tortas de yuca brava, le acercaron un cazo con una pasta amarillenta. Eran los huesos molidos del cadáver cuya carne habían entregado a las pirañas, aderezados con yema de huevo y plátano. Adam había oído que algunas tribus honraban así a sus muertos, por lo que cerró los ojos y tragó hasta que no quedó nada.

Al poco comenzó a llover. Las familias se recogieron en las chozas. Aprovechando la tregua de los mosquitos, él permaneció en la puerta de la suya. Un niño chapoteaba en el barro y abría la boca mirando al cielo.

Pensó en lo que le había llevado allí. Primero las ilusiones. Sus estudios de Ingeniería Forestal y del Medio Natural en el Yellowstone Baptist College de Billings, Montana; el premio extraordinario de su promoción; las alabanzas del tribunal del doctorado, cuando escucharon su proyecto de desbaste controlado para reducir el impacto de la deforestación sobre el ecosistema brasileño. Y después la realidad con la que se dio de bruces: los abusos, la explotación. Veía a aquellos nativos tan inocentes y vulnerables... Algunos madereros utilizaban un medio de reclutamiento conocido como «enganche», con el que los indígenas firmaban sin

saberlo su cadena perpetua. Los «gatos» —así llamaban a los patrones— se reunían con los líderes tribales y acordaban cortar unas pequeñas cantidades de madera de sus territorios a cambio de construirles infraestructuras tan absurdas como una cancha de baloncesto o de proveerles de arroz, botas para la lluvia, sal y algún rifle antiguo a los que atribuían un valor veinte veces superior al real. De este modo, y dado que los gatos se esmeraban dando anticipos, siempre disponían de un crédito que los indígenas trataban infructuosamente de pagar a base de permitir más y más extracción de madera que ellos mismos terminaban talando, inmersos en un eterno círculo de deuda y amenazas.

Adam los observaba y quería ayudarlos, advertirles, prepararlos para resistir. La selva era la base de su identidad y de su supervivencia, les daba la vida. Pero sobre todo quería aprender de ellos. Veía en cada grupo indígena un pequeño experimento sobre cómo configurar una sociedad. Todos tenían las mismas necesidades y sueños: hablaban, reñían, comían, se enamoraban, tenían hijos, enfermaban, envejecían y, cómo no, morían. Carecían de la tecnología y la seguridad de la civilización moderna, pero atesoraban valiosas enseñanzas que clamaban por ser transmitidas. La educación, el tratamiento de la vejez, la resolución de conflictos, la resistencia a la enfermedad, al peligro y al aislamiento, trascendiendo su yo individual para sentirse parte física y espiritual de la comunidad... Era otro mundo. Era su jardín sagrado.

Se despidió de sus anfitriones al poco de amanecer y continuó su viaje. A media mañana estalló una nueva tormenta. Desde el río parecía aún más atronadora, zarandeaba las copas de los árboles en las riberas, producía remolinos. El bote se inundaba sin darle tiempo a achicar. En cualquier momento se iría al fondo, pero siguió remando contra la pantalla de lluvia. Sentía que estaba cerca de su destino. Una suerte de atracción tiraba de él por los meandros cada vez más pronunciados. ¿Estaría en el interior de la caracola? Ni siquiera veía la puntiaguda proa.

Le dolían los brazos y la espalda, tanto que apenas lograba mantenerse sentado en la tabla. Envidió la fortaleza de las plantas, sus efectivos mecanismos de adaptación y defensa. Algunas generaban hojas insípidas, difíciles de digerir o poco nutritivas, de modo que los insectos tenían que dedicar tanto esfuerzo a comerlas que preferían largarse a mordisquear otra especie. En eso pensaba mientras seguía introduciendo el remo, una y otra vez, en cualquier dirección con tal de no volcar. Hasta que, con la misma virulencia que arrancó, la tormenta cesó y dio paso a una luz celestial que acribilló las nubes.

Estaba en mitad de la gran laguna, plateada y densa como una bandeja de mercurio. Garzas, gavilanes y martines pescadores se lanzaron a celebrar que había escampado. Siguiendo las indicaciones que le habían dado, remó hacia el brazo situado al sur. Al adentrarse en el afluente notó una presencia. Un jaguar, erguido sobre dos patas como las esculturas que custodiaban los templos del pasado, le seguía con su mirada sosegada desde la orilla.

Dos o tres horas más tarde supo que había llegado a su destino. En un recodo tras

un tramo largo, como un altar al fondo de una bóveda de ramas, se alzaba la gran Piedra de las Almas.

Era un enorme monolito en forma de menhir. Nunca había visto nada igual, al menos no en la selva. Desde el primer momento supo que había sido colocado allí a propósito. Pero ¿por quién? ¿Y cuándo?

Amarró el bote a unas lianas que se introducían en el río, saltó al agua y caminó hacia la piedra. Tocó la superficie tallada. La rodeó y se introdujo tierra adentro para inspeccionar la zona. Le chocó encontrar un área despejada, sin apenas arbolado. Sólo matorral y arbusto bajo. Algo en el suelo llamó su atención.

Se agachó para apartar la hojarasca. Era un canal de piedra de unos cuarenta centímetros de anchura, una especie de conducción de agua que llegaba hasta el río. Siguió despejándolo de maleza con el machete. En algunas zonas estaba más a la vista; en otras, casi tapado por hojas y raíces, pero en ningún momento variaba su rectilíneo recorrido.

Terminaba en un ribazo natural de metro y medio de altura que resultó ser un murete también construido por el hombre. Se encaramó a él y contempló el despejado paisaje desde lo alto, con la boca literalmente abierta. No daba crédito a lo que tenía delante.

El pretil seguía el trazado de un foso curvo de dos metros de profundidad y otros dos de anchura reforzado con piedra en el interior. Un inmenso y perfecto círculo que superaría los cien metros de diámetro. Y aquello no era todo. A continuación se divisaban más fosos que formaban nuevos círculos y rectángulos conectados entre sí por caminos y canales.

Estaba sobre un colosal geoglifo.

Así se denominaban las estructuras arqueológicas de figuras, a veces geométricas, otras antropomorfas o de animales, construidas para ser vistas desde el cielo. Las más conocidas eran las líneas de Nazca en suelo peruano, pero la deforestación de la Amazonía brasileña iba sacando a la luz otras igual de impresionantes que llevaban milenios ocultas por la espesura. Tal vez fuesen enclaves religiosos, tal vez fortalezas. Lo único seguro es que sólo una civilización avanzada podía haberlas realizado.

Adam bajó al foso ayudándose con las piedras salientes y echó a andar. Encontró trozos de cerámica, restos de platos o vasijas que examinaba y volvía a dejar en su sitio. Al cabo de un rato vio una estatuilla a sus pies.

Era negra, quizá de basalto. Mediría poco más de un palmo de altura. Representaba una especie de sacerdote que sujetaba una tabla con inscripciones en un alfabeto que Adam no supo reconocer. Se asemejaba al egipcio, al igual que el estilo de los ropajes, la perilla y el tocado. Pero la pequeña figura miraba de frente, firme sobre los grandes dedos de sus pies, y exhibía una confusa sonrisa nada faraónica. Se agachó a cogerla, pero un calambre eléctrico le subió hasta el codo y tuvo que soltarla.

La contempló, caída en la piedra mohosa. ¿Cuánto tiempo llevas aquí? De nuevo

estiró el brazo hacia ella, lentamente, como quien se aproxima a acariciar a un animal salvaje. Esta vez no le devolvió la descarga.

Salió del foso, se sentó en lo alto del murete y pegó la estatuilla a su pecho.

¿Quién pobló esta tierra antes de que se cubriera de selva?, se preguntó. ¿Qué clase de atlantes, más antiguos que los árboles? Pensó en cuántas civilizaciones habrían nacido y caído en los cinco continentes. Miró al monolito, la gran Piedra de las Almas que se alzaba en la ribera del río, y una pregunta se impuso al resto: ¿qué mal hicisteis vosotros para merecer el castigo del olvido?

El viento soplaba vigoroso durante la maniobra de aproximación al helipuerto de São Paulo, pero el piloto posó el aparato con suavidad sobre la H pintada en la azotea. Bajaron directos al garaje del rascacielos y caminaron en silencio hasta la plaza donde aguardaba el deportivo que Adam se veía obligado a pasear por una cuestión —eso decía— de fidelidad al fabricante, buen cliente de Creatio.

¿Será igual de comprometido con todo lo que integra su particular universo?

Pensaba en ella misma.

Adam se apresuró a abrirle la puerta del copiloto con su habitual caballerosidad, pero Mika declinó la invitación.

—¿Seguro que no quieres que te lleve a algún sitio?

No quería contarle que había quedado con el investigador Baptista. Ni siquiera había mencionado su existencia (aunque tal vez el Gran-Hermano-Adam-Green ya se había informado por sí mismo).

—Prefiero ir sola.

—Es peligroso andar por ahí de madrugada.

—Cogeré un taxi.

—Deja al menos que te saque hasta la calle.

—Subiré la rampa a pie y así podré estirar los gemelos. Esos miniasientos del helicóptero me han dejado las piernas agarrotadas. —Compuso una mueca de dolor—. En serio, no te preocupes. Iré mirando al cielo.

Adam le dedicó un gesto de suspicacia.

—Sólo por si acaso —siguió ella—. No estoy acostumbrada a que me lluevan encima semillas de cacao.

Sopló hacia arriba para apartar el flequillo y le clavó sus ojos verdes. Ninguno daba el paso de irse. En el garaje reinaba un silencio de caverna, salpicado de gotas envueltas en un inquietante eco.

—¿Seguro que estás bien?

No era una pregunta trivial encaminada a rellenar un silencio incómodo.

—La verdad, bastante impresionada por lo que le ha pasado al pastor. Acababa de hablar con él y parecía tan...

—¿Tan santo?

—Sólo había que ver cómo le miraban sus fieles. Pero...

Volvió a interrumpir la frase. Esta vez Adam se tomó más tiempo antes de completarla.

—Pero por algo habrá engrosado el grupo de ajusticiados.

—Quiero pensar que se lo merecía, aunque no era del estilo de los anteriores.

—No creo que quepan categorías de maldad, pero les iba a la zaga. Se enriquecía con el dinero de la fe, esquilma a los pobres a base de prometerles la vida eterna. El poder y el dinero eternos, eso era lo único a lo que Ivo dos Campos aspiraba. Apuesto a que, ahora que ha muerto, las redacciones de los medios echarán humo buscando fuentes de información sobre sus tramas de corrupción y las cuentas que tenía en paraísos fiscales. Espera un par de días y verás qué jugosas portadas.

¿Por qué siempre ha de haber algo oculto detrás de lo que mostramos a los demás?

—De todas formas, algunos lo habrán considerado un castigo excesivo.

—¿Y en el caso de los otros dos?

—Supongo que también.

—Un pastor corrupto que roba a los más pobres, un narcotraficante que convierte a niños de ocho años en adictos al *crack* para utilizarlos como siervos y un maderero que está aniquilando la selva amazónica con fines crematísticos. Tres tumores: de corazón, de cerebro y de pulmón. ¿No es legítimo extirparlos para sanar el resto del cuerpo?

Mika vio que la estaba provocando, al igual que hizo el martes, cuando visitó Creatio y la empujó a soltar su discurso sobre los daños colaterales. Estaba claro que Adam disfrutaba con aquel juego; y, por qué no admitirlo, ella también. Siempre le había gustado entrar al trapo cuando se tocaban temas espinosos, incluso en las sobremesas caseras más apacibles, y no estaba dispuesta a cerrar la boca delante de la persona a quien más deseaba impresionar.

—Sólo digo que mucha gente piensa que la sociedad no debe ponerse a la altura del delincuente, que ha de intentar curar el miembro enfermo en lugar de extirparlo. Y, por qué no, también está la visión de los cristianos, en cuanto a que cada vida es sagrada porque viene de Dios. Pero no hace falta meterse en cuestiones morales o religiosas. Muchos detractores de la pena capital lo son por meros efectos prácticos: ni es más barata que la reclusión perpetua, dado que hay que contar con los costes de repercusión social que acarrearán las siempre cuestionadas ejecuciones; ni es disuasoria para los transgresores potenciales, ya que sigue habiendo delitos. Y desde luego no respeta las garantías jurídicas mínimas. Un veredicto erróneo es irreparable.

—No está mal para un aparcamiento de madrugada.

—No haber preguntado. He vivido con mi padre en algunos países que aplican la pena capital un día sí y otro también y más de una vez hemos hablado de ello. Además ¿qué esperabas? ¿Qué te diera la razón sin más?

—¿De qué razón hablas?

—Por lo que has dicho antes, parece apoyar sin fisuras estas ejecuciones.

—No hay un solo centímetro cuadrado de este planeta que carezca de fisuras. Cualquier tesis tiene su réplica. Imagina que alguien pretendiera fundamentar la pena de muerte en razones de justicia. Podría acudir a la antigua ley del tali3n: «Vida por vida, ojo por ojo, diente por diente»; los pecados han de ser expiados y, por pura

equidad, el delincuente debe sufrir una pena equivalente a su delito. Parece un razonamiento rotundo, pero cabría alegar en su contra que el talión no es un principio fundamental, que más bien pertenece al orden del instinto natural y que la ley no debe emular la corrompida naturaleza humana.

—Más bien debe corregirla.

—Exactamente. Otro posible argumento a favor: se ajusticia en ejercicio de la legítima defensa que la víctima no ha podido ejercer. Éste es aún más fácil de rebatir, ya que se presuponen unas intenciones que no pueden ser demostradas. ¿Y si la víctima, de haber podido expresarse, no hubiera reclamado venganza sino perdón? Podríamos continuar este ejercicio de toma y daca cuanto quisieras.

—Pero tú sigues sin decirme en qué equipo te encuentras más cómodo, si en el de los argumentadores o en el de los rebatidores.

—Ya me vas conociendo lo suficiente como para intuir que la soberbia que lleva aparejada el hecho de disponer de la vida de los demás me produce repulsa. —Mika no pudo evitar mostrar sorpresa ante una afirmación tan taxativa. No lo esperaba, después de lo que había visto... o creído ver. Adam hizo una pausa calculada y siguió—. Esto, naturalmente, analizado caso por caso.

Una nueva ventana.

—¿Por qué esta puntualización?

—Porque mi postura podría variar si estuviésemos hablando de un plan superior.

—¿Qué quieres decir con superior?

Adam se concentró durante unos segundos en una mancha de humedad del techo y añadió con firmeza:

—Además de la responsabilidad personal del delincuente, está la de la sociedad que ha generado a ese delincuente, el sistema que de un modo u otro lo ha creado. Imagina que esos ajusticiamientos estuvieran encaminados a castigar a la sociedad entera.

Mika sintió un estremecimiento. ¿Por qué no le preguntaba de una vez y sin ambages cuál era su implicación exacta en las acciones y las muertes que venían sucediéndose desde el lunes? Quizá fuera porque le amedrentaban las dos respuestas posibles. Temía la eventual «implicación total, soy el líder de una organización terrorista». Pero también temía escuchar algo así como «sólo soy una pieza tangencial» o incluso un «no tengo nada que ver». Aunque le costase admitirlo, le excitaba pensar que estaba con el único artífice de aquel estrambótico juicio final, una especie de Dios omnipotente. Al fin y al cabo, los principios de Adam eran parecidos a los suyos, con la diferencia de que él además tenía el valor de llevar sus ideas a la práctica.

—No estaría mal eso de darle unos azotes a nuestra decadente sociedad —bromeó, confiando que fuera él quien siguiera hablando—. Abajo los rascacielos. Todos de vuelta al Amazonas en taparrabos.

Adam se limitó a sonreír sin soltar prenda, por lo que fue ella la que continuó.

—En serio, soy la primera que piensa que nuestra civilización está subyugada por ese bucle insano de dinero y poder que infectó al pastor.

—¿Y qué haces al respecto?

Mika negó con resignación.

—Mi generación ha perdido capacidad para cambiar las cosas. Llevo años intentando ayudar en proyectos donde se cuestiona el mundo en el que vivimos. El 15M salimos a la calle pero ¿acaso teníamos una verdadera capacidad de influencia? Carecíamos de poder, porque también carecíamos de enemigos con rostro determinado. Antes el enemigo tenía nombre y apellido. Hoy, en el mundo globalizado, no sabes hacia dónde dirigir tus disparos para cambiar el sistema. Pero lo peor...

—¿Qué hay peor?

—Que yo misma formo parte de este sistema. Lloriqueo porque no encuentro mi trabajo ideal. Viajo al floreciente Brasil para encontrar un puesto en los rascacielos que se alzan entre las favelas. Me saca de quicio ver que obro así, pero ¿cuáles son las alternativas? ¿Aceptarlo? ¿Recluirme en un monasterio alejado del mundanal ruido?

¿Tienes tú otra alternativa?

—Ahora que me doy cuenta —indicó Adam—, aún no te has pronunciado.

—¿Cómo?

—No te hagas la tonta. Has teorizado con maestría sobre la pena capital y me has preguntado cuál era mi opinión. Pero ¿qué piensas tú? ¿Estás con los argumentadores o con los rebatidores?

Mika no quería errar la respuesta. Además, había llegado el momento de hacerse desear. Cogió la puerta que Adam aún mantenía abierta y la cerró definitivamente. Rodeó su cuello con los brazos y dijo a un centímetro de su boca:

—Yo ya no sé qué pensar de nada.

Le besó, dio media vuelta y se encaminó a pie por la empinada rampa hacia un São Paulo sumido en la negrura.

Media hora después se apeaba del taxi en Campo Belo, frente a la puerta principal de las instalaciones del Grupo de Operaciones Especiales. Viéndolo desde fuera, nadie diría que allí dentro entrenaban los fornidos efectivos del cuerpo policial mejor preparado de Brasil. Los mismos agentes que se enfrentaban a los cárteles de la droga; en ocasiones, también los mismos que, tras ganar la batalla, se encargaban de gestionar en la sombra las redes de narcotráfico que dejaban huérfanas los cabecillas caídos.

No tardó en verse sentada frente a la mesa del investigador. Ceniza milenaria, un frasco de cristal que en su día tuvo aceitunas y ahora servía para guardar bolígrafos con el capuchón mordisqueado, goterones de café sobre los expedientes que rebosaban papeles clasificados. El cubículo de un hombre de acción obligado a lidiar con demasiada burocracia. Detectó un elemento nuevo: cogido con grapas en la pared junto a la «Oración de las Fuerzas Especiales» había un folio garabateado con mil colores, sin duda la obra de arte de un niño pequeño.

Baptista mostraba un aspecto más rudo que el primer día, quizá porque el trabajar a horas intempestivas le hinchaba la vena del cuello y tensaba los músculos que abultaban bajo el polo negro. Mika echó en falta el olor a jabón que desprendía la vez anterior, recién duchado.

—Hoy no ha tenido partido —murmuró.

—¿Por qué lo dices?

—Por nada.

—Nadie habla por nada, *garota*.

No pudo evitar pensar en la charla que acababa de tener con Adam en el garaje del helipuerto.

El agente Wagner no les acompañaba para mecanografiar la declaración, por lo que el propio Baptista recolocó el teclado amarilleado de su PC y se acercó a la pantalla arrugando la nariz mientras hacía clic con el ratón.

Para desesperación de Mika pasó un rato leyendo un documento de Word, como si necesitase recordar los temas que iban a tratar. Por fin deslizó la mano por su cara fatigada y dijo:

—Joder, leona, blanco y en botella: leche.

—Estupendo, investigador. Me parece una conclusión digna del más sutil Sherlock Holmes.

—No hace falta ser Sherlock Holmes para descubrir tu papel en esta historia. Hasta una sobrina de tres años de Watson se daría cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—La versión femenina de *El último samurái* corretea por los tejados de la favela

en la que asesinan a un narco y dos días después se va a una fiesta evangélica en la que el muerto es... ¡el mismísimo Ivo dos Campos! ¿De verdad quieres que crea que ha sido casualidad? Ya te dije por dónde me paso yo las casualidades.

Mika se tomó unos segundos para meditar.

¿Habría descubierto Baptista su conexión con Adam?

Puede que incluso las cámaras los hubieran captado juntos... Reconstruyó los hechos: cuando abandonaron la zona del catering y salieron al escenario antes de los discursos, lo hicieron por separado; ella buscó un hueco junto a la mesa del técnico de sonido, en el lateral más alejado de la tarima, donde se ubicaron las personalidades; y para cuando Adam regresó de entre el público para abrazarla ya llovían semillas, por lo que todas las cámaras estarían enfocando al cielo... ¿A qué estoy jugando?, se reprochó. Seguro que el investigador tiene toda la información y me está poniendo a prueba. Era el momento de decir la verdad. Le estaba dando la oportunidad de contarle todo desde el principio: la carrera en el deportivo por la favela; el abrazo al pastor minutos antes de que cayera fulminado...

—No tengo la culpa de haber escogido mal mis visitas turísticas —fue lo que salió de su boca.

Ella misma se sorprendió de su frialdad. Ya estaba hecho.

Sólo quedaba huir hacia delante.

—Vaya...

—¿No recuerda que yo estaba en este mismo despacho mientras asesinaban al maderero en plena selva? Se empeña en relacionarme con el día primero y el día tercero de esta serie, pero en medio se le quiebra el patrón.

—No te las des de listilla. Conste que te lo digo con cariño, pero no estás en disposición de chulearme.

—Tampoco percibo mucho respeto por su parte.

—Piensas que soy tu cazador, leona, y no te falta razón. Pero también soy tu protector. Los narcos de...

—Va resultar que es usted bipolar.

Baptista meneó la cabeza.

—Si sigues con esta actitud...

—¿Qué actitud? ¿Por qué me ha hecho venir cuando sabe que es físicamente imposible que yo ajusticiase al maderero?

—Sé que tú no lo hiciste. Pero ¿qué me dices de tus amigos? Creo que entre todos formáis un buen equipo.

—¿Qué amigos?

—Por favor, no insultes a mi inteligencia.

—¿Se refiere a los Boa Mistura? ¡Si son un colectivo artístico!

—Pues yo creo que son mucho más que eso. Un grupo de creativos, jóvenes, socialmente comprometidos y sobre todo muy activos. O sea, con un perfil más que coincidente con los integrantes del... FLT.

—¿Cómo?

—El Frente de Liberación de la Tierra.

—Ya conozco la organización. ¿Está pensando en serio que forman parte de ella?

—Salta a la vista. Son un grupo que...

—¡Ellos no tienen nada de agitadores, todo lo que hacen es limpio y...!

—¡Deja que termine, joder! —le cortó dando un golpe en la mesa—. Un grupo, decía, que llega a una favela para pintar las calles con mensajes simbólicos de amor y belleza y orgullo y no sé qué coño más la misma semana que se montan los follones no menos simbólicos de la estrella y el arcoíris y la lluvia. Además, curiosamente escogen a la misma favela donde tú, su amiga del alma y más letal que una tortuga ninja, apareces justo cuando asesinan al capo de la droga. Dime que todo eso de venir a pintar fachadas no suena precisamente a eso, a una fachada simulada para ocultar vuestros verdaderos objetivos.

—Esto es increíble. Todo lo que sale de su boca son patrañas, una detrás de otra. Baje a sus calabozos o donde quiera que lo tengan y pregúntele al líder del FLT, a ver qué le dice él.

—Vaya, esto sí que no lo esperaba. Acabas de autoinculparte.

—¿Qué?

—¿Cómo sabes que hemos cogido a su líder? Me temo que esa información todavía no se ha hecho pública.

Efectivamente. ¿Qué había ganado con ese comentario? No estaba acostumbrada a mentir, y menos aún a la policía. Debía calibrar mejor sus movimientos. Ahora tenía que revelar su fuente, lo que implicaba dar más detalles de la charla que había mantenido en bambalinas del escenario con el multimillonario... y con el propio pastor ajusticiado. Sería mejor no mencionar a este último.

—Antes de que diera comienzo el evento de São Sebastião, don Gabriel Collor reveló que...

—Espera, espera. ¿Te refieres al Gabriel Collor que estoy pensando? ¿Al ultrarricachón de la Collor Corporation?

—Sí.

—No me jodas que estaba allí y que además hablaste con él. Ésta sí que es buena.

Nuevo error. Baptista no tenía constancia de su presencia. Ahora seguiría esa línea de investigación y, ya sin ningún género de dudas, acabaría descubriendo su relación con Adam Green.

Esto va de mal en peor...

—Gabriel —retomó, hablando de él como si lo conociera de toda la vida para recobrar cierta credibilidad— me contó que los servicios de inteligencia seguían la pista del FLT después de haber capturado a su líder en el escenario del segundo asesinato. Por eso estoy al tanto.

Baptista la miró a los ojos y mudó a un tono cargado de gravedad.

—Puede que a mí te me escapes, pero el Comando Brasil Poderoso acabará

encontrándote y te hará sufrir más de lo que tu mente no brasileña pueda imaginar.

Mika se quedó muda. Tal vez se estaba equivocando al considerarle un enemigo. Aun cuando había decidido no hablarle de Adam, estaba claro que no convenía cerrarse en banda. Un enfrentamiento personal con el investigador pondría las cosas aún más difíciles.

—Ya que estoy aquí le ayudaré en todo lo que esté en mi mano —accedió, cambiando de estrategia y pasando a mostrar su mohín más sumiso.

El investigador rescató una colilla del vaso de poliestireno del último café y consiguió prenderla a pesar de que se había humedecido. Le arrancó una calada larga, expulsó el humo hacia el cartel de NO FUMAR y dijo:

—Dispara.

—Usted es el de la pistola.

—Está bien, te haré una pregunta muy concreta que sólo admite una respuesta igual de concreta.

—De acuerdo.

—Si no cumples el trato, te bajaré de inmediato a una celda y pediré una orden de arresto preventivo.

—Que sí, que sí.

El investigador se tomó unos segundos más. En el pequeño despacho pareció hacerse un vacío momentáneo.

—¿Eres la asesina del Génesis?

—¿Qué demonios es eso?

—¡Error! Voy a tener que detenerte.

—¿Cómo que *error*?

—Las únicas respuestas posibles eran sí o no.

—Pero ¿qué dice? ¡Es la primera vez que oigo esa bobada!

Baptista analizó su furia. Seguro que era eso lo que pretendía, sacarla de su zona de confort para estudiar cada movimiento espontáneo de su rostro —ojos, boca, frente— con la rigurosidad de un polígrafo. Mika trató de no exteriorizar sus reacciones, pero debió de exhibir todo un catálogo de matices al recordar algo que mencionó el pastor Ivo dos Campos cuando bajó a compartir la lluvia de cacao con sus fieles. Extasiado, recitó unos versos del Antiguo Testamento sobre la tierra cubriéndose de semillas.

—Pues no sé qué habrás estado haciendo desde que se cepillaron al evangelista —comentó Baptista—, porque no se habla de otra cosa desde Río hasta Taiwan. El asesino del Génesis por aquí, el asesino del Génesis por allá. ¡Menudo gancho comercial para las televisiones! ¿Quieres que la enchufe? Seguro que siguen a vueltas con eso.

—He tenido que venir desde São Sebastião. Por eso no me había enterado.

—Y antes de que te telefonease, ¿qué hacías? Ya habían pasado unas horas desde que ocurrió todo.

Mika tragó saliva y, con ella, la explicación.

—¿Por qué en lugar de acusarme una y otra vez no me pone al día de esa historia bíblica? Así estaremos los dos en igualdad de condiciones para continuar esta apasionante charla.

Baptista rió su aplomo. Estaba claro que no iba a dejarse intimidar. Volvió a meter la colilla en el vaso y abrió una página de internet en la que seleccionó un texto que leyó con voz solemne:

Al principio creó Dios el cielo y la tierra. La tierra estaba informe y vacía; la tiniebla cubría la superficie del abismo, mientras el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.

—Así comienza el libro del Génesis —murmuró Mika.

—Bien lo sabes tú; como también sabes que el mundo se encuentra ahora en el mismo punto que al principio de los días: envuelto en tinieblas. Nuestra civilización apesta, todo es oscuridad.

Ella le escuchaba con estupor no fingido. Confiaba que Baptista detectase su desconcierto y comprendiese que no tenía nada que ver con esos versículos. Pero el investigador comenzó un relato en el que daba por hecho que Mika conocía tan bien la palabra de Dios que raro sería que no la llevase tatuada en el omóplato.

—En este estado de decadencia hacéis aparición tú y tus amigos y montáis una primera acción que es fiel reflejo del primer día de la creación. Oportunáis un apagón y, en mitad de la oscuridad, encendéis una estrella que se abre paso preconizando un «Nuevo Génesis».

Giró la vista hacia la pantalla y carraspeó antes de seguir leyendo:

Dijo Dios: «Exista la luz». Y la luz existió. Vio Dios que la luz era buena. Y separó Dios la luz de la tiniebla. Llamó Dios a la luz «día» y a la tiniebla llamó «noche». Día primero. Génesis 1, 3-5.

Mika recordó la estrella que prendió sobre el rascacielos al poco de aterrizar en São Paulo. Solitaria en la negrura, como aquella primera estrella del universo que también brilló en el vacío sin que nadie pudiera verla. En este caso había sido diferente; millones de personas contemplaron su luz. Bella y épica como un nacimiento. Como el nacimiento de un nuevo universo. ¿Cómo no se dio cuenta de que se trataba de un acto simbólico?

—Por eso escribió «Big Bang» sobre la fotocopia de mi pasaporte —musitó Mika—. Usted sí que dio en el clavo desde el principio...

No había vuelto a pensar en ello. En su anterior visita a las dependencias policiales, cuando Baptista se ausentó al despacho contiguo para ver la retransmisión

del arcoíris de humo que acompañó al asesinato del maderero, la dejó sola en el despacho y ella se atrevió a curiosear su propio expediente. «Big Bang», eso es lo que el investigador había escrito. ¡Qué intuitivo! Al final iba a ser cierto que el rudo brasileño tenía algo de Sherlock Holmes.

—¿Cómo cojones sabes eso? —preguntó despacio Baptista.

Mika regresó de golpe de su ensimismamiento.

—¿Qué?

—Eso que has dicho del Big Bang. Eran notas mías. ¿Cuándo las has visto?

Se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata. ¿De verdad había sido tan estúpida de pensar en voz alta?

—Supongo que usted lo mencionó el otro día.

—¡Joder, está claro que tengo que andarme con cuidado contigo! ¡Hurgaste en mis papeles! —Soltó una risotada nada alentadora—. ¡Tendrás valor!

—No quería espiar...

—Mejor no digas nada más —le cortó de forma despectiva—, que me dan ganas de meterte ahora mismo en esa celda.

—No quiero que piense que...

Baptista la taladró con la mirada. Mika bajó la suya y calló.

—El caso es que aquella primera acción creadora del Nuevo Génesis vino acompañada del primer asesinato —retomó el investigador—: Un indeseable narcotraficante que exhibisteis por las redes sociales cual trofeo o, más bien, cual muestra ejemplarizante, con la leyenda #DíaPrimero mientras la estrella iluminaba su favela, su caído reino de taifas. ¡Grande, *garota*! ¡Bien pensado!

—Efectivamente, todo cuadra —admitió Mika—. Pero eso no quiere decir que yo haya intervenido en esa trama.

—Sigamos con el repaso a la Biblia:

Dijo Dios: «Exista un firmamento entre las aguas, que separe aguas de aguas». E hizo Dios el firmamento y separó las aguas de debajo del firmamento de las aguas de encima del firmamento. Y así fue. Llamó Dios al firmamento «cielo». Día segundo. Génesis 1, 6-8.

Sonrió antes de seguir sus deducciones, remarcando las primeras palabras:

—Y-entonces-llegáis-tú-y-tus-amigos y el segundo día dibujáis en el cielo su símbolo más popular, un arcoíris. El mismo que, según el libro del Génesis, creó Dios tras el diluvio universal como muestra de su benevolencia y promesa de que el cielo siempre augura un futuro mejor.

Mika escuchaba fascinada. No era capaz de decir nada.

—Lo que más me gustó fue que dibujaseis ese arco celeste sobre el pulmón de selva cuya progresiva aniquilación está provocando la muerte por asfixia del propio cielo, sin capa de ozono, azotado por el cambio climático. He de reconocer que esta

alegoría también estuvo bien pensada, sin duda que sí.

—Y al mismo tiempo —comentó Mika, como si la cosa de pronto hubiese dejado de ir con ella—, se lleva a cabo el asesinato del maderero responsable de la deforestación, sellado con la leyenda #DíaSegundo.

—Escoges bien a tus víctimas, de lujo. Pero no nos desviemos. A ver cómo sigue la palabra del Señor...

Dijo Dios: «Júntense las aguas de debajo del cielo en un solo sitio, y que aparezca lo seco». Y así fue. Llamó Dios a lo seco «tierra» y a la masa de aguas llamó «mar». Y vio Dios que era bueno. Dijo Dios: «Cúbrase la tierra de verdor, de hierba verde que engendre semilla, y de árboles frutales que den fruto según su especie y que lleven semilla sobre la tierra». Día tercero. Génesis 1, 9-11.

—Entonces llegamos mis amigos y yo... —se anticipó Mika.

—Llegáis tú y tus amigos y esparcís semillas de cacao sobre la tierra o, más bien, sobre los campesinos que ya no pueden cultivarla porque han sido expropiados en beneficio de las petroleras, los mismos que gastaban sus pírricos ahorros en financiar las arcas de ese predicador corrupto. Y, no contentos con eso, le dais matarile al figura y lo mostráis al mundo entero con la leyenda #DíaTercero.

—¿Por qué no aparca ya ese rollo? —estalló Mika—. ¡No hago más que repetirle que yo no he matado a nadie!

Baptista se inclinó sobre la mesa y le habló en tono confidencial.

—Para serte sincero, leona, la gente está contenta. Sobre todo con este último asesinato. Entre tú y yo, Ivo dos Campos era el peor de los tres. Aunque lo que no tiene desperdicio es el equipo que forman: un narco, un maderero sin escrúpulos y un predicador corrupto. Menuda panda, como para invitarlos a tu fiesta de cumpleaños.

—Yo no he matado a nadie —repitió.

—¡Qué te lo digo de verdad! —exclamó Baptista riendo—. Si el asesinato de hijos de puta no estuviera tan castigado en el código penal como el asesinato de una pobre monja de clausura, me pondría a aplaudir ahora mismo.

Mika notó que estaba perdiendo el norte. Necesitaba volver a tomar conciencia de dónde se encontraba. Miró a su alrededor: la insignia del Grupo de Operaciones Especiales de la Policía Metropolitana de São Paulo, ceniza, manchas de café, la oración del cuerpo de élite pegada con celo a la pared, el garabato de colores de niño pequeño, murmullo de voces y tecleos que llegaban de los despachos contiguos, en pleno funcionamiento a pesar de que era tan de madrugada que había dejado de ser tarde para empezar a ser pronto.

—¿Y qué voy a hacer mañana? —preguntó con sorna—. Dígame a quién me toca matar, porque tendré que ponerme rápido manos a la obra.

—Pues no lo sé. La madre naturaleza no me ha dotado con vuestra imaginación.

A ver qué pone por aquí...

Dijo Dios: «Existan lumbreras en el firmamento del cielo para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años, y sirvan las lumbreras en el firmamento del cielo para iluminar sobre la tierra». Y así fue. E hizo Dios dos lumbreras grandes: la lumbrera mayor para regir el día, la lumbrera menor para regir la noche; y las estrellas. Día cuarto. Génesis 1, 14-16.

—Mmm... Creo que esto va del tiempo. Tictac, tictac. De los días y los años... —Baptista negó varias veces con la cabeza arrugando la nariz—. No se me ocurre nada. Os dejo la parte creativa a ti y a tus amigos.

—¿Puedo irme? Ya ve que no le he descubierto nada. Ha sido usted quien me ha informado a mí de la conexión bíblica.

El investigador respiró hondo, armándose de paciencia.

—Mira, leona, al principio creí que eras una simple sicaria contratada para matar a Poderosinho. Una más, como tantos otros ejecutores que he detenido o abatido en el pasado. Llegas a São Paulo, generas una reyerta en Monte Luz que parece una guerra civil, logras que por fin la policía pacificadora tenga una excusa para entrar con las tanquetas a limpiar la favela y, con todo ello, los promotores que te pagan disponen por fin de pista libre para iniciar una guerra diferente, la de la especulación. Eso, como te digo, lo he visto ya varias veces. Pero está claro que vuestro plan va más allá.

—¿Adónde va?

Realmente quería saberlo.

—Aún no sé cuál es la finalidad de todo este despliegue a lo Hollywood. Eso es lo que me preocupa, no saber ni dónde, ni cuándo, ni cómo va a terminar.

—Me encantaría ayudarle —dijo Mika con poquísima convicción—, pero no sé nada.

—Recuerda lo que te he dicho antes, tenemos nuevas pruebas de que la familia de Poderosinho va tras de ti. Han repartido entre sus esbirros fotocopias de tus tarjetas de visita como si fuera publicidad del McDonald's, por lo que si yo no te pongo protección terminarás como una hamburguesa de ese garito infame. Te convertirán en un montón de carne picada y te arrojarán a un vertedero.

—Supongo que no resultará tan difícil ocultarme en una ciudad de veinte millones de habitantes.

—Eso es lo que tú te crees. El Comando Brasil Poderoso necesita dar un golpe de autoridad después de la reyerta de Monte Luz y no están reparando en gastos. Han puesto precio a tu cabeza. Tanto que quien te atrape tendrá suficientes reales como para hartarse de *crack* durante una década. Pero no pienses que todos tus perseguidores serán pandilleros drogados. Dentro de la red hay políticos, funcionarios

de varios departamentos con acceso a registros públicos y... —dibujó un gesto incierto— también policías.

—¿Y qué tendría que hacer para conseguir esa protección?

—Colaborar.

—¿Cómo?

—Admite que eres la asesina del Génesis, al menos uno de los brazos ejecutores de tu banda, cuéntame adónde va a parar este tinglado y veré lo que puedo negociar con el fiscal. Si me das a tu equipo al completo, puedo conseguirte la inmunidad.

—¿Banda? ¿Equipo?

—Sé que formas parte de la trama, pero también sé que no eres la más significativa del grupo. Puede que hayas asesinado tú sola a esos cabrones, pero está claro que necesitas de un nutrido soporte para montar los espectáculos que acompañan a las muertes. Tiene que haber alguien que lleve la batuta y haya preparado este lío desde mucho antes de que tú aterrizaras en el aeropuerto de Guarulhos. Por eso te quiero proteger, porque necesito que me conduzcas hasta quien realmente parte el bacalao en tu organización.

Adam Green.

Sería tan fácil como pronunciar en voz alta esas dos palabras.

Es sólo un nombre. Dilo y todo habrá terminado...

—¿Por qué cree que, si lo supiera, le ayudaría? —le retó con una recuperada osadía—. En cualquier momento puedo coger un avión de vuelta a Europa, donde estaré libre de toda amenaza.

—Ni lo intentes. En cuanto salgas de aquí mandaré una alerta a todos los puestos fronterizos del país.

—No tiene nada en firme contra mí.

—¿Seguro?

—Sólo teorías absurdas y unas imágenes de televisión que me sitúan en un evento al que han acudido miles de personas. Por muy corrompido que esté su sistema judicial, jamás le concederán la orden.

Baptista rió.

—¡Que no tengo nada en firme, dice! Pero ¡si hasta hurgaste en mi expediente en cuanto di media vuelta! No sé cómo estará tipificado en el código criminal, pero yo lo llamo «espionaje». Era documentación clasificada, *garota*.

—¿Cómo lo probará?

—Está todo grabado.

—¿Está grabando esta conversación?

Baptista señaló el tigre cosido en el hombro de su uniforme.

—Este gatito no nació ayer.

Dio la vuelta a su móvil, que hasta entonces había permanecido boca abajo sobre la mesa, en cuya pantalla parpadeaba un piloto rojo.

Mika también habría querido lanzarse al suelo boca abajo. Todo se estaba

complicando. Nuevas dudas. Adam Green... Dos palabras... Miró a los ojos a Baptista. ¿Quién le aseguraba que el investigador era de fiar?

—No soy su chica —concluyó—. Debería empezar a creer en las casualidades.

Baptista se frotó los ojos, asió el ratón y clicó con un movimiento acentuado de su dedo índice para cerrar el procesador de textos.

—Hemos terminado, entonces.

—¿Me va a detener?

La miró con una mezcla de hastío y compasión.

—Te voy a decir adiós. A decir adiós para siempre.

—¿Eso quiere decir que ya no me va a molestar más?

—Eso quiere decir que estás muerta.

Salió disparada hacia Villa Madalena. El taxi engullía la avenida Paulista sin detenerse en los semáforos, como mandaban los cánones de seguridad ciudadana. Apenas reducía la marcha para asomarse a las calles perpendiculares y evitar una colisión lateral con otro demente que circulase a esas horas intempestivas.

Mika celebraba esa forma de conducir. Quería llegar cuanto antes a la *pousada*, meter sus cosas al rebullón en la bolsa *trolley* de la rueda rota y largarse de allí. Ya se había convencido de que, durante la última escala del largo vuelo desde España, había apuntado la dirección en alguna de las tarjetas que después perdió en la favela. ¿Cómo, si no, la había localizado el luchador que se llevó su portátil?

Tengo que volverme invisible.

El problema era adónde dirigirse. Cuando el taxista anunció que estaban llegando fue a preguntarle por otro hostel, cuanto más precario y escondido mejor, pero convenía no dejar rastro. Además, en cualquiera de esos alojamientos familiares, al igual que en los hoteles más lujosos, tendría que rellenar la ficha policial con la fotocopia de su pasaporte, por lo que la información tarde o temprano caería en manos de alguno de los funcionarios corruptos a los que se había referido Baptista y quedaría de nuevo al descubierto.

Dejando a un lado las *pousadas* y hoteles, sólo quedaba buscar alojamiento en una casa particular. El apartamento de Adam no era una opción. Si se presentaba a esa hora tendría que hablarle de las visitas a la comisaría, algo que prefería seguir guardando para sí mientras no aclarasen su... relación. Era mejor no mostrarse suplicante. Confiaba que fuese él quien le llamase de nuevo. Siempre aparecía. En mitad de la favela, en la puerta del hospital. Seguro que no tardaría en volver a manifestarse.

¿Adónde voy mientras tanto?

Pidió al taxista que la dejase en la esquina de la rua Harmonia. Era de dirección única y no le merecía la pena rodear la manzana para llegar hasta la puerta de la *pousada*, que apenas estaba a cincuenta metros del cruce.

En cuanto se apeó, vio algo que la ancló al asfalto. El taxi ya había arrancado a su espalda. Estuvo tentada de pararlo pero reaccionó tarde. Giró la cabeza lo justo para ver cómo se fundía en el vapor del alba, dejándola sola.

¿Sola?

Sobre la acera había dos motocicletas apenas iluminadas por el letrero de neón de la POUSADA DO VENTO que chispeaba enfrente. Pensó que debía de estar muy neurótica para preocuparse por eso. ¿Dos motos? Podían pertenecer a cualquier vecino. Pero tenía motivos suficientes para mostrarse prudente y había algo —una percepción real,

muy por encima de un presentimiento— que le impedía dar un solo paso. Las examinó con atención desde la distancia y pronto detectó aquello de lo que, de forma inconsciente, ya le había advertido su cerebro. Su cerebro acostumbrado al tatami de las competiciones de kárate, a anticipar los movimientos del rival, a detectar cualquier punto flaco en el trazado de los puños que primero debía esquivar y, al instante, anular con un contragolpe potente y certero.

«M-T».

Ambas motos tenían serigrafiadas en el depósito las letras «M» y «T»... de «Moto-Taxi».

Eran mototaxis de las que circulaban por las calles principales de Monte Luz, al igual que por otras favelas de São Paulo. Durante el rato que pasó buscando a Purone el día de su llegada, vio varias de ellas llevando a vecinos que iban cargados o que, por un solo real, se ahorran el esfuerzo que exigían las empinadas escalinatas de la comunidad.

Parada como estaba junto al poste que sujetaba el cartel con el nombre de la calle, buscó a sus dueños. Los localizó sentados en el bordillo de una tienda de cartuchos de impresora. Mascullaban confidencias en voz baja junto a una litrona de cerveza Bohemia. Uno de ellos tenía el casco colocado sobre la cabeza, calado hasta las cejas como si fuera un sombrero; el otro, una gorra amarilla vuelta hacia atrás, coronada por unas gafas de plástico. Ambos con bermudas que mostraban sus piernas flacas. Ambos con zapatillas altas de baloncesto, grandes y fosforitas. Ambos, pensó Mika con terror, con un revólver enfundado en los genitales.

Dio media vuelta confiando que no la hubiesen visto, pero mientras lo hacía notó cómo el del casco inclinaba el cuerpo hacia delante y se ponía en pie.

Echó a correr.

Torció la esquina y encaró cuesta arriba la calle por la que le había traído el taxi, confiando estar en mejor forma que sus perseguidores. Pronto supo que no iba a servirle de nada. Escuchó a lo lejos el pisotón violento sobre la palanca y el arranque de las motos rasgando la ciudad dormida, el clic de la primera marcha y el gas a fondo espoleando los ruidosos caballos.

Cuando creía no tener escapatoria, una furgoneta de policía que terminaba su ronda por el barrio se incorporó desde una calle contigua y se dejó deslizar por la pendiente al ralentí. Al ver correr a la mujer frenó en mitad de la calzada de dirección única y lanzó un fogonazo con las luces de advertencia. Mika siguió avanzando mientras rogaba que quien estuviera tras el parabrisas tintado no pensase que era ella la delincuente.

—¡Ayuda!

La puerta del copiloto se abrió. Salió un agente que le echó el alto pistola en mano. Mika se paró en seco. Volvió la cabeza hacia atrás y comprobó que los dos motoristas torcían la esquina y enfilaban hacia arriba poniendo a prueba la aguja de las revoluciones.

—¡Al suelo! —ordenó el policía.

Mika obedeció. Clavó las rodillas en la calzada. Cuando los motoristas iban a echársele encima descubrieron que el vehículo de los deslumbrantes faros pertenecía a la Policía Metropolitana. Derraparon a un palmo del cuerpo encogido de su perseguida, lanzando exabruptos y tirando del manillar con maestría para cambiar el sentido.

Los agentes se olvidaron de Mika —en São Paulo no había tiempo para preguntar o pararse a pensar— y fueron a por los otros dos, que ya huían calle abajo. Accionaron la sirena y les persiguieron por la montaña rusa de Villa Madalena, rozando los bajos en cada cruce.

Mika estaba aterrada. Necesitaba alejarse de allí. ¿Hacia dónde? Echó a correr en sentido contrario a los sicarios, haciendo un esfuerzo sobrehumano para analizar su situación y buscar una alternativa para las próximas horas, tal vez días.

No era prudente acercarse al hospital donde Purone estaba ingresado, pensó jadeando. Puede que también allí la estuvieran esperando. En cuanto a sus compañeros de Boa Mistura, habrían abandonado la casa de la favela tras la reyerta y no tenía ni idea de dónde estarían ahora. El consulado tampoco era una opción. Allí le harían aún más preguntas que en la comisaría y darían cuenta a sus familiares, algo que quería evitar a toda costa. Era primordial mantener a su padre y a Sol lejos de aquella locura. Su locura. ¿A quién más conocía en la ciudad? Pensó en Cortés, su contacto de la oficina comercial de la embajada española, pero no era de fiar ni por su perfil institucional, ni por su carácter chulesco y, en consecuencia, imprevisible.

Pasó junto a la estación de metro, aún cerrada. Justo enfrente, un ómnibus nocturno estaba recogiendo a dos madrugadoras ancianas. Corrió hacia él. La puerta se le cerró en las narices, pero golpeó el cristal con los puños hasta que el conductor accionó la apertura.

—Pero ¿qué hace? —se quejó, suavizando el reproche al ver que se trataba de una mujer joven—. Me ha asustado.

—¿Hacia dónde va este autobús?

—Hasta la plaza de la República y vuelta para atrás.

Mika pagó con un billete que sacó de su bolso de forma apresurada y se hizo un ovillo en la última fila de asientos.

El autobús arrancó.

Ni siquiera se atrevía a mirar por la ventanilla.

Al interrumpirse el flujo de adrenalina, se le echó el mundo encima.

Volvió a pensar en su padre. Una cosa era dejarlo al margen de su delicada aventura y otra torturarlo con su silencio mientras los medios de todo el planeta se colapsaban con la información que llegaba de Brasil. Él nunca habría cometido tantos errores. Para empezar, no habría curioseado en el archivo confidencial del policía, la chiquillada que le había conducido a aquella angustiosa situación, vetada su salida del país si no colaboraba con el investigador Baptista, a quien sólo podía calmar con la

única cosa que no podía darle: Adam Green. Tenía que pensar con claridad. Paso a paso.

Se dirigía a la plaza de la República... Cerca de allí estaba la Galería del Rock. Se acordó de Sarita, la tatuadora. Tampoco le servía. Demasiado joven y endeudada como para pedirle que la escondiera —tal vez incluso durmiese en la camilla del estudio—. Bastante había hecho ayudándole a localizar a Maikon, el colega de la segunda planta que había tatuado al sicario que le robó el portátil. El mismo Maikon con quien, por cierto, no había llegado a hablar.

Todo está ocurriendo tan deprisa...

¿Quién más se había cruzado en su vida?

Pensó en Mamá Santa. Por sí misma habría sido la persona ideal. Comprometida, afectuosa y valiente. Ideal, salvo por un pequeño detalle: vivía en el corazón de la favela que había amamantado a los matones de los que estaba huyendo. No podía ni pensar en acercarse por allí.

Entonces sonrió. No porque se hubiera vuelto loca. O quizá no del todo por ese motivo...

¡Padre Erotides, el santero al que Mamá Santa acompañaba en los rituales de candomblé! Cuando se encontró con ella frente al edificio Italia del que se disponían a expulsar los malos espíritus, le contó que Padre Erotides regentaba una casa santuario en el centro de la ciudad, donde celebraba sus rituales privados. ¿Cómo lo llamó? Un *terreiro*. Era el lugar perfecto para esconderse. Al fin y al cabo, pensó con un brote de sorna (fruto del regocijo que le producía el haber abierto una vía), allí estaría bajo la protección de las fuerzas del más allá.

Tenía que encontrarlo. Si se presentaba de parte de Mamá Santa, seguro que Padre Erotides le daría cobijo. Bastaría con que llamase a su simpática compañera de ceremonias para confirmar que Mika era una persona *legal*.

El alba se adivinaba entre las calles orientadas al este. Se respiraba la quietud previa a los quejumbrosos atascos y al tronar de los helicópteros que pronto cruzarían el cielo. Un instante de paz, sin duda demasiado bello.

¿Dónde estaba el fallo?

Se apeó en la plaza de la República, entre vagabundos que apuraban sueños rotos sobre cartones y vendedores ambulantes que desenrollaban sus puestos de pulseras. Los perros metían la cabeza en la papelera del quiosco de café y lamían usados sobrecitos de azúcar. En ese rato previo al bullicio, los altos edificios de estilo soviético adquirían un aspecto desolado, como si nadie viviera en ellos. En mitad de aquel escenario postapocalíptico, aún vestida con la cándida falda y la camiseta que había paseado bajo la lluvia de cacao en São Sebastião, Mika se sintió un blanco perfecto.

Necesito otra ropa.

Se ocultó en un portal hasta que desplegaron la verja de las Lonjas Americanas, unas galerías donde podía comprar algunos básicos sin llamar la atención y sin gastar demasiado. No sabía hasta cuándo tendría que estirar el poco dinero que llevaba encima.

Zigzagueó entre mostradores de planchas y otros pequeños electrodomésticos hasta que llegó a una hilera de perchas. Escogió unos tejanos grises elásticos y una camiseta negra con apenas un atisbo de manga que volaba sobre los hombros. De ahí pasó a la sección de zapatería y se hizo con unas deportivas de suela gruesa, también negras salvo por un discreto logo verde. Se las probó allí mismo, arrinconando sus finas sandalias con el cuero que no había llegado a secar del todo. Las zapatillas eran cómodas y no le producirían roces. Perfectas. Tenía que estar preparada para cualquier cosa. Entró en el probador. Mientras se observaba en el espejo con su nuevo atuendo, se llevó la mano a su melena y dijo para sí:

—Falta un detalle.

Abandonó su ropa blanca hecha un ovillo bajo el taburete, arrancó las etiquetas de las prendas que llevaba puestas y pagó en la caja. En el último momento hizo girar un oxidado expositor de gafas del que extrajo un modelo de aviador de imitación que debía de ser más perjudicial para la vista que un puñado de sal, pero tras el que se sentía protegida.

—¿Dónde hay una peluquería por aquí cerca? —preguntó a la cajera.

Salió del centro comercial y siguió sus indicaciones hasta una calle próxima. Se introdujo en un local pequeño cuyo escaparate anunciaba «frizados», «tratamiento antiedad», «aclaración de piel» y otras técnicas que rayaban la prudencia y tal vez la legalidad.

Le atendió una mujer pálida y pelirroja con permanente hasta media espalda, a la que solicitó un corte de pelo rápido.

—¿Seguro que no vienes con estas prisas porque acabas de discutir con tu novio? Porque yo te lo corto rápido, pero lo que es crecer tardará un poco más...

La sentó en un sillón de escay y comenzó un baile con las tijeras siguiendo las precisas instrucciones de su cliente. Hizo desaparecer la media melena, casi rapándola por detrás, pero mantuvo el flequillo desigual que, al terminar, Mika sujetó a un lado con un par de horquillas.

Antes de levantarse se puso las gafas y sopló hacia arriba haciendo volar los pelillos que se le habían quedado en la nariz.

Ahora sí.

Caminó por la zona peatonal del barrio del centro, de pronto convertida en un hormiguero —nada de reinas, todo hormigas trabajadoras, algunas batiéndose el cobre en los puestos callejeros, otras atrayendo transeúntes hacia los comercios, como los ancianos que sostenían grandes flechas de cartón apuntando hacia cuchitriles de compraventa de oro—. Le llamó la atención un predicador que se había subido a un murete.

No parecía el típico demente atenazado por horrendas visiones. Era un hombre delgado de color, con el pelo corto y un traje cuya chaqueta había doblado con cuidado y depositado a sus pies, dejando a la vista la camisa azul remangada. A Mika le recordó a Barack Obama. Carecía de megáfono. Se valía de su voz envolvente, que ya había atraído a un par de docenas de curiosos.

Hablaba del inquietante Nuevo Génesis que acaparaba las conversaciones de todo el mundo, pero lo hacía desde una perspectiva diferente, elevando los ajusticiamientos y las acciones simbólicas a un plano místico.

—¡... y mejor que pidamos perdón antes de que termine esta semana!

—¡No pueden cambiar las cosas en una semana! —gritó un espontáneo.

—¿Acaso no dice el Génesis que Dios creó el mundo en seis días? —le regañó el predicador—. ¿Quién puede afirmar que no fue literalmente así? Dijo el rey David que «Para Dios, un día son mil años». Y san Pedro afirmó que «Delante del Señor mil años son un día y un día son mil años». En realidad fue Dios quien, al igual que todo lo demás, creó el tiempo. Lo hizo el día cuarto, mediante el mandato: «Existan lumbreras en el firmamento del cielo para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años».

Mika recordó lo que había hablado con el investigador Baptista. Tictac... bromeó aquél. No tenía ninguna gracia, el predicador lo sabía. Acababa de comenzar el día cuarto. Era algo mucho más que serio.

—Por ello os digo —prosiguió el sermón— que más nos vale pedir perdón antes del domingo. ¿Acaso no veis que las muertes del lunes, martes y miércoles han sido sólo un aviso? Estad preparados para lo que tenga que venir...

Se separó del grupo y siguió adelante en busca de un cibercafé. No tardó en dar con uno (el centro estaba lleno de ellos) al que se accedía por una estrecha escalera que conducía a una entreplanta. Pagó media hora de conexión, se introdujo en un

compartimento situado al fondo del local y tecleó en Google las palabras «terreiro + listado + São Paulo».

No esperaba toparse con un registro oficial, y parecía no haberlo. Pero entre el millón cien mil referencias que propuso el buscador asomó una revista de espiritualidad, patrocinada por empresas tan variopintas como estampadores de camisetas o distribuidores de perfiles de aluminio, que incluía una pestaña llamada «Catastro de terreiros». Era una relación confeccionada de forma casera, pero reseñaba docenas de ellos repartidos por todo el país entre los cuales no le costó encontrar:

Erotides D'Ogum Alé
Avda. Liberdade, esquina rua Doutor Rodrigo Silva
Dirigente: Padre Erotides
Cidade: São Paulo
Bairro: Centro
Telefone: (11)34913-00251

Ya tenía lo que necesitaba, pero siguió tecleando. Si había tal avalancha de datos generales, quizá encontrase alguna información específica del santero. Esa nueva búsqueda también dio sus frutos. Su nombre aparecía en la pestaña de noticias de una página dedicada a las sectas y religiones minoritarias.

Se trataba de un artículo divulgado en 2009 por varios medios de comunicación de Brasil acerca de la discriminación histórica que habían sufrido los practicantes de candomblé. El redactor planteaba la paradoja de que, justo antes de fin de año, millones de brasileños vestidos de blanco acudiesen al mar para echar flores y pedir a Yemanyá un año mejor, la mayoría de ellos sin saber que estaban participando de una religión proscrita por prejuicios, agresiones y racismo. Profundizaba en las tensiones que regían las relaciones de los seguidores del candomblé con la poderosa facción evangelista de los neopentecostales y recogía un suceso que alcanzó repercusión nacional. Ahí es donde salía a colación el extravagante santero.

Padre Erotides perdió a su madre años atrás por un infarto. Era sacerdotisa *yalorixá* como él, se hacía llamar Madre Rosemeire y regentó el *terreiro* hasta el día de su muerte. Lo llamativo era que la desgracia ocurrió justo al día siguiente de ser calumniada en *Folha Universal*. El diario, propiedad de la Iglesia Universal del Reino de Dios, publicó su foto con una tira negra y un titular en la que se la tachaba de charlatana y se la acusaba de dañar la vida y el bolsillo de sus fieles. Convencido de que el artículo había sido la causa del infarto de su madre, Padre Erotides inició una batalla judicial de una década que culminó con una condena ejemplarizante que obligó a publicar una retractación y pagar una indemnización por daños morales a la familia.

—Éste es justo el tipo de personas que necesito a mi lado —murmuró Mika mientras entraba en Google Maps para ver cuál era la forma más rápida de llegar al

terreiro.

Tras memorizar el plano, abandonó el cibercafé y echó a andar con decisión por los conductos del hormiguero. Cruzó el viaducto del Chá (un paso elevado que servía de plataforma de lanzamiento para aquellos que no soportaban el ritmo de la megaurbe) y sobrevoló hileras de vehículos atascados en el mismo enclave que antaño acogió las plantaciones de té que bautizaron al puente. Dejó a un lado la plaza donde se elevaba la catedral Metropolitana y enfiló la avenida Liberdade con cuidado de no pasarse el cruce con la calle Doutor Rodrigo Silva.

Pronto localizó el cartel anunciador, atornillado en la pared. Se detuvo a observar el local con cierta reserva desde la acera de enfrente. Los farolillos de papel y las tiendas de miso le indicaron que se encontraba a las puertas del barrio japonés. El que allí se ubicase un santuario de candomblé, a su vez tan cerca del inmenso templo cristiano, no era sino una muestra más de aquella compleja ciudad, compuesta de piezas de diferentes puzzles obligadas a convivir en la misma caja. Mika se sintió una nueva pieza arrojada al montón, incapaz de encontrar su sitio.

Cruzó sin pensarlo más.

El *terreiro*, enclavado entre un almacén de fruta y un pabellón dedicado a aparcamiento, ocupaba una edificación de una sola planta. Las dos columnas que flanqueaban la puerta le dotaban de un decadente pero inspirador aire colonial. Se acercó y llamó con los nudillos.

Abrió el propio Padre Erotides. Desprovisto de los atavíos de ceremonia, parecía otra persona. Vendría a tener unos treinta y cinco años. Le llamaron la atención sus trazas de culturista, cada músculo hinchado con bomba neumática bajo la camiseta de la selección nacional de fútbol. Completaban su indumentaria unos pantalones caídos y botas de vaquero de Mato Grosso. Lo que no habían cambiado eran las cejas perfiladas y el pelo teñido de blanco.

La invitó a pasar sin mediar palabra.

Cruzaron un vestíbulo y accedieron a una gran sala vacía, con sillas alineadas en las paredes y un círculo pintado en el centro. Era fácil imaginar a las santeras danzando alrededor para invocar a los *orixá*, como llamaban a las divinidades del culto. Al frente, sobre una tarima, se elevaba una suerte de trono para Padre Erotides en su papel de *pae-de-santo*. En una esquina se agrupaba una sección de tambores y otros instrumentos de percusión; en el extremo opuesto, un altar parecido al que Mika vio en casa de Mamá Santa, cubierto de las más variadas figuritas y fetiches.

—¿Qué puedo hacer por ti? —habló por fin, ambos de pie en mitad de la sala.

—Venía buscándole a usted. Le vi el otro día frente al edificio Italia y...

—¿Quieres una sesión? Espera que vaya a por mi agenda.

Se perdió en una de las habitaciones contiguas que dedicaba a vivienda. Mika no lo detuvo. Se acercó a una mesa cubierta de folletos informativos y fotocopias de páginas de periódicos locales que hablaban del *terreiro*.

Al parecer, Padre Erotides, además de su labor como *babalorixá* —como se

conocía a los sacerdotes que regentaban los templos—, también desarrollaba funciones de integrador social. Promovía talleres culturales; el más popular, uno de danzas afrobrasileñas al que acudían incluso fieles evangélicos que poco antes consideraban aquel santuario un lugar diabólico. Según pregonaban los folletos, estaba empeñado en dotar de una nueva vida al marginado candomblé, reafricanizando a sus santos, durante siglos disfrazados con nombres cristianos para eludir la represión estatal y de la Iglesia católica.

—Algún día todo el mundo sabrá que no adoramos a demonios con cuernos y cola —predicó desde la puerta al verla consultar la gacetilla.

Mika levantó la vista. Padre Erotides traía una libreta de espiral y hojas cuadriculadas. Lo analizó una vez más: el pelo blanco, las botas camperas, esa extraña serenidad que no se correspondía con su torso abultado... Y decidió no andarse con rodeos.

—Me llamo Mika Salvador. Soy española y amiga de Mamá Santa. Una familia de narcos quiere matarme y necesito un lugar para ocultarme hasta que todo se aclare, al menos al que poder venir a dormir. No tengo ningún otro sitio adónde ir.

Padre Erotides compuso una mueca tan acentuada que hasta Marcel Marceau la habría dado por buena. Se lo pensó durante unos segundos y de nuevo se ausentó. Mika dudó si se dispondría a delatarla, por temor al Comando Brasil Poderoso o por mera pereza de echarle una mano. Estuvo tentada de salir disparada por donde había venido, pero después de lo que había leído sobre la *vis* luchadora de aquella familia decidió darle una oportunidad.

Regresó al poco, hablando por un teléfono móvil con una funda de dibujos manga.

—Sí, mamacita. Aquí la tengo. Te la paso. ¿Que no te la pase? Ah, que vienes. Sí, claro. No te preocupes, que le doy una Coca-Cola.

Colgó y permaneció mirándola a la cara pero no directamente a los ojos. Era como si buscara algún tipo de aura. Mika se emocionó. Demasiada tensión. De pronto, tanto afecto.

—Si no te gusta la Coca-Cola puedo darte agua —le sosegó Padre Erotides—. O *canjica* con leche de coco.

Mika posó un instante su mano sobre el ciclópeo bíceps en señal de agradecimiento y fue a sentarse en una de las sillas que rodeaban la estancia. Estaba agotada. Padre Erotides entró en la cocina —se oyó ruido de cacharros—. Al poco volvió con un vaso de cola sin gas en cada mano y se sentó a su lado.

El móvil de Mika comenzó a arrojar desesperados tañidos de campanas. ¿Quién había seleccionado ese tono ensordecedor? Era su padre. Descolgó. Saúl le hablaba a gritos, solapados por un chasquido industrial repetido, sin duda los engranajes de una cabeza extractora de la estación petrolera libia. ¿Qué intentas decirme? Se intensificaron las

interferencias. ¿Eso son disparos? Sí, eran disparos. ¡Papá!

Despertó sobresaltada.

Se había quedado dormida. ¿Un minuto, una hora? La silla de Padre Erotides estaba vacía. Le dolía el cuello por haberlo mantenido echado hacia atrás. Su corazón golpeaba de tal modo que sentía los latidos en el paladar. Fue sosegándose, todo era silencio, salvo el eco de aquellos gritos que persistían en su cabeza.

Tengo que llamarle.

Sacó el teléfono del bolso. Fue a marcar, pero seguía sin tener fuerzas para hablar. Se limitó a contemplar el dispositivo callado en su mano. Adam se lo prestó para que pudieran contactarle del consulado, y después ni siquiera había hecho ademán de devolvérselo. Él tampoco se lo había pedido. Aún confusa tras el brusco despertar, lo examinó de arriba abajo. Se le ocurrió la peregrina idea de que tuviera algún sistema de rastreo. No era tan descabellado. Adam se había presentado sin más en el aparcamiento del hospital.

¿Eso querías, tener controlada a tu chica desde el principio?

La broma se esfumó de inmediato.

¿Era eso lo que *realmente* quería, controlar sus movimientos? ¿Acaso no venía guiándole a placer desde que la recogió en la favela?

Pensó en el Nuevo Génesis que, como había dicho el investigador Baptista, convulsionaba el alma de los ciudadanos de Río a Taiwan. Un plan en el que todo estaba calculado al milímetro, en el que nada era casual. Si Adam realmente era su artífice, carecía de sentido que, justo cuando se estaba llevando a efecto, anduviera perdiendo el tiempo con ella. A no ser que... la hubiera elegido para algo que aún estuviera por llegar. ¿Elegido? Sonaba tan épico... Aunque no menos épica era la conexión bíblica que había expuesto el policía. Tenía la sensación de hallarse en la cima de un iceberg cuyo noventa por ciento permanecía oculto bajo el agua. Que las tres primeras ejecuciones y sus respectivos espectáculos simbólicos formaban parte de un plan superior con algún objetivo a escala global no sólo lo advertían los predicadores callejeros. El propio Adam lo confirmó en el garaje del helipuerto... un minuto antes de preguntarle qué hacía ella para cambiar esta sociedad decadente. «Soy la primera que piensa que nuestra civilización está subyugada por ese bucle insano de dinero y poder que infectó al pastor», había dicho. A lo que él preguntó: «¿Y qué haces al respecto?».

—Madre mía... —murmuró.

De súbito recordó el texto del correo electrónico que recibió el lunes, justo después de despertar en el apartamento del edificio Copan. Tras mencionar a Purone como un «daño colateral» rezaba: «¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?».

Se le pusieron los pelos de punta.

Por primera vez interpretó aquella frase como una invitación.

Fuiste tú quien lo envió...

Y al momento:

¿Por qué? Está claro que esa frase parece escrita para mí, pero en ese momento aún no me conocías...

Cogió el vaso de Coca-Cola que antes había dejado en el suelo y lo bebió de un trago. Estaba excitada y asustada en la misma proporción. Sobre todo, asustada de mostrarse tan excitada.

Empezó a encajar algunas piezas. Constató que ningún detalle relacionado con Adam, por pequeño que fuera, estaba de más. Hasta su propio reloj de pulsera: un Hublot de la serie... Big Bang. Le gustaba jugar, tal vez lo había comprado sólo por su nombre. ¿También estaría jugando con ella? ¿O de verdad, por alguna razón que no alcanzaba a vislumbrar —volvió a preguntarse—, le estaba pidiendo que formase parte con él de algo tan inmenso? En cualquiera de los dos casos, ¿cómo iba a negarse? Por fin tenía una oportunidad efectiva de cambiar el mundo y, además, hacerlo junto a Adam Green.

En ese momento oyó la puerta de la calle. Padre Erotides hablaba con alguien en el vestíbulo. A Mika no le costó reconocer la voz de Mamá Santa, llamándole mientras irrumpía en la estancia con la fuerza de una *orixá* recién invocada.

—¡Mi niña!

—Mamá Santa, es la segunda vez que me rescatas —acertó a decir mientras se levantaba.

Esperaba que la santera le diese un fuerte abrazo y se dedicase a consolarla y le acariciase los mofletes con sus manos amorosas. Pero, en lugar de eso, la *baiana* se detuvo en mitad del círculo pintado en el suelo y dijo:

—No imaginas lo que está pasando en el edificio de la Bolsa.

—¿Hablas de la Bolsa de Valores?

Mamá Santa asintió.

—Está junto al ayuntamiento, no muy lejos de aquí.

—Pero ¿qué ocurre?

—Sí, mamacita —intervino Padre Erotides, acercándose a su vez—. ¿A qué viene esa cara de susto?

—Será mejor que lo veáis con vuestros propios ojos.

Caminaron deprisa hacia la plaza Antônio Prado en la que se erguía el edificio Bovespa, como se conocía a la Bolsa de Valores de São Paulo. Al tomar la cercana rua 15 de Novembro se unieron a una riada de gente que también se dirigía hacia allí.

Cuando Mika vio al primer hombre le pareció un loco, apenas reparó en él.

Luego vio al segundo.

No podía ser una casualidad. Todos los que caminaban a su lado eran indigentes, pero lo más sorprendente era que todos ellos, sin excepción, llevaban puesta una careta de cartón.

Una careta con la imagen de un reloj derretido.

Se fijó bien. Era un reloj de bolsillo cuya deforme esfera blanca coincidía en tamaño con el rostro, flácida a la altura de los pómulos y más estirada al llegar a la barbilla, con números arábigos, la ruedecilla dentada para darle cuerda en la parte superior y dos agujas marcando las diez y diez que hacían las veces de bigotes. Unas caretas inspiradas en *La persistencia de la memoria*, el cuadro surrealista de Dalí conocido como *Los relojes blandos*. Sus portadores eran sin lugar a dudas gente sin techo. Los delataban las ropas hechas jirones, los pies descalzos, la piel sucia hasta decir basta, que aún se antojaba más ennegrecida bajo las impolutas máscaras.

Mamá Santa asentía con los ojos muy abiertos como diciéndoles: «Ya os había avisado de que se trataba de algo raro». Mika presumía lo que estaba ocurriendo, pero se agolpaban las preguntas. Se acercó al que tenía más cerca.

—¿De dónde habéis sacado las máscaras?

El indigente se apartó con reacción perruna, saltando hacia atrás y siguiendo su camino mientras la contemplaba con recelo por los agujeros de su rostro horario.

Otro que venía por detrás le contestó sin dejar de andar.

—No creas que las hemos robado.

Mika reanudó la marcha junto a él, detrás de la peculiar pareja de afrobrasileños.

—¿Quién os las ha dado?

Se encogió de hombros.

—Cuando despertamos esta mañana junto a la escalera del metro central ya estaban ahí. Anoche dejaron cajas llenas por todas partes. Y se empezó a correr la voz.

—¿La voz sobre qué?

—Sobre lo de concentrarnos esta mañana en la plaza Antônio Prado.

—¿De quién ha sido la idea?

El reloj humano volvió a encogerse de hombros.

—Cuando he despertado ya estaban hablando de ello.

Debía de ser cierto lo que contaba. A medida que se acercaban a la plaza del edificio Bovespa, más y más vagabundos con la careta enfundada se incorporaban a aquella marcha que avanzaba como lava volcánica.

—¿Para qué es la concentración? —siguió interrogándole Mika.

—Tampoco lo sé.

—¿Y entonces?

El vagabundo se detuvo y señaló al resto.

—Ninguno tenemos nada mejor que hacer. El que alguien cuente para algo con la gente de la calle ya es suficiente, ¿o no? Sociedad de *merda*.

Y siguió su camino, volviendo al frente su inexpresivo nuevo rostro.

Cuando divisaron la Bolsa de Valores de São Paulo, a Mika se le cortó la respiración. La plaza en la que se situaba el sobrio edificio de seis plantas, al igual que las calles adyacentes, estaba colapsada de indigentes, miles de ellos, ataviados con sus caretas. Incluso a la Policía Metropolitana le costaba moverse entre la masa para llegar hasta los arcos de entrada.

—No había visto tanta gente desde que vino el presidente Lula para apadrinar la salida de la Petrobras —comentó Padre Erotides, refiriéndose a la ceremonia de oferta pública de acciones de la petrolera, la más grande en la historia de los mercados de capitales.

Últimamente se prodigaban las ceremonias mercantiles. La Bolsa de Valores de São Paulo era la mayor de América y, desde que se fusionó con la Bolsa de Mercados Futuros en 2008, una de las más importantes del mundo. Allí se cotizaban cientos de compañías y cada día se intercambiaban acciones por valor de miles de millones de reales. En los últimos años se había convertido en un icono del progreso económico del país; cuando menos del progreso oficial que, siguiendo las campañas institucionales, mostraban los informativos.

Pero esta vez no había presidentes, ni ministros, ni ejecutivos doctorados en Empresariales, salvo los encorbatados *traders* que se asomaban a las ventanas y observaban la multitud. Esta vez los protagonistas eran los olvidados, los últimos de la fila social, rostros invisibles que, por una vez, se volvían más visibles que nunca tras sus caretas de reloj blando.

¿Para qué os han convocado aquí?

Mika pensó que la escena se asemejaba a las acciones del colectivo Anonymous. Este grupo de protesta global había adoptado como símbolo la máscara que el dibujante David Lloyd creó para el héroe anónimo del cómic de Alan Moore *V de Vendetta*, el gran luchador contra la opresión del sistema. Los Anonymous proclamaban que usaban la máscara porque cuando uno de ellos actuaba, lo hacía en nombre de todos. No necesitaban mostrar su identidad personal.

En esta ocasión también eran anónimos, también se fundían en un solo rostro de reloj. Pero Mika sabía que aquello no era un mero acto de protesta.

Volvió a fijarse en los *traders* asomados a las ventanas. Con el rostro

descompuesto, se aferraban a sus móviles con nerviosismo. Aparte de la concentración de indigentes que les rodeaba de puertas afuera, algo grave estaba ocurriendo en el interior del edificio.

Pensó en una anécdota que le contó su amigo Purone sobre Dalí y *La persistencia de la memoria*. Cuando el genio terminó el cuadro dijo algo así como: «Lo mismo que me sorprende que un bancario nunca se haya comido un cheque, me asombra que a ningún otro pintor se le haya ocurrido pintar un reloj blando».

—Estoy segura de que ahí dentro se están comiendo más de un cheque... —murmuró.

Las unidades móviles de importantes medios de comunicación se afanaban en hacerse un hueco entre la multitud para grabar sus crónicas: TV Globo Internacional, Radio CBN de São Paulo... Los redactores editaban sus textos a tiempo real y los reporteros daban vueltas con la cámara al hombro. Una caravana de TV Record se orilló cerca del lugar donde estaban Mika y sus dos compañeros. Se desplegó el portón lateral y una pareja de periodistas saltaron a la acera como soldados a un campo de batalla.

La presentadora de la cadena, una seductora mujer con trazas de ejecutiva, se atusó el pelo frente a la ventanilla del vehículo, alisó las arrugas de su falda y comenzó a interrogar a los presentes que, como Mika, se encontraban en la línea exterior de la concentración. ¿Se sabe algo nuevo?, preguntó a un señor con aspecto de jubilado que siguió contemplando la marea de máscaras ajeno al micrófono que le acercaban a la boca. ¿Algo nuevo?, pensó Mika. Al parecer, los medios sí tenían información fresca, llegada desde el gabinete de comunicación de Bovespa.

La presentadora probó con otro par de personas que le respondieron con la misma esquivez.

—¿Qué ha ocurrido? —se acercó a preguntarle Mika.

—Vaya, por fin alguien que no se ha quedado mudo. ¿Desde cuándo estás aquí?

—Acabo de llegar.

—¿Has hablado con algún enmascarado?

—Mientras venía.

—¿Eres brasileña?

—No.

—Lo decía sólo por tu acento. ¿Quieres hacer una declaración para nuestro informativo?

—De acuerdo —mintió Mika. Tenía claro que no podía aparecer en otra retransmisión que pudiera ver el investigador Baptista, pero quería aprovechar la disposición de la corresponsal para sondearla. Ya se las apañaría después para escurrir el bulto—. ¿Puede decirme qué ha ocurrido ahí dentro?

La presentadora dudó, pero vio que el cámara aún estaba montando el trípode.

—Ha habido un colapso en la Bolsa. No ha podido operar durante una hora.

—¿Qué tipo de colapso?

—A las diez en punto, que es la hora de apertura de los mercados, todos los relojes del sistema se han reprogramado para marcar las nueve.

—¿Se han atrasado una hora de forma automática?

—Así es. El sistema ha sucumbido al engaño y, creyendo que aún no había llegado la hora de abrir, ha bloqueado todas las operaciones bursátiles que lanzaban los *traders*.

—Y eso supone...

—Unas pérdidas incalculables. Sobre todo para las empresas de especulación.

—¿Y se sabe si ha sido...?

—¿Provocado? Si no tuviéramos delante a esta marabunta con cara de reloj te diría que estamos ante una avería fortuita como la que dio lugar al *flash crash* de la Bolsa de Nueva York —comentó con afectación. Se refería a una suspensión temporal de las operaciones que desplomó el índice Dow Jones cerca de mil puntos en 2010, dando lugar a la mayor caída de la historia en una sola jornada—. Con la diferencia de que los estadounidenses recompusieron el sistema en un santiamén y aquí ha estado suspendida una hora. No quiero ni imaginar las cabezas que van a rodar. —La presentadora se volvió de improviso hacia el cámara—. ¿Falta mucho? A ver si voy a tener que cortarte la cabeza a ti también.

—Ya casi está. Ayúdame con el balance de blancos.

Le pasó un folio a su jefa y, como siempre que se disponían a filmar, le pidió que lo inclinase hacia la fuente de luz para equilibrar los colores.

—Pero esto no es fortuito —retomó la presentadora mientras el cámara terminaba el protocolo de ajuste—. Esto es un virus. Y, si no, mira este espectáculo. No hace falta que te lo diga, ¿no?

—¿Decirme el qué?

—Que el asesino del Génesis ataca de nuevo.

Mika sintió un estremecimiento. No tanto por la revelación, ya que saltaba a la vista que aquella performance había salido de la misma mente que las tres anteriores, sino por el hecho de volver a escuchar esas palabras. Resultaba extraño pensar que, para el investigador jefe del Grupo de Operaciones Especiales de la Policía Civil de São Paulo, era ella quien se escondía tras el épico alias.

Lo cierto era que había comenzado el día cuarto. El propio Baptista se había referido al tiempo de los relojes cuando, a la vista de la narración bíblica, especuló sobre lo que podía ocurrir ese jueves. Los versículos resonaron en su mente:

Dijo Dios: «Existan lumbreras en el firmamento del cielo para separar el día de la noche, para señalar las fiestas, los días y los años...».

Dios creó las estrellas para medir el tiempo, caviló tratando de ligarlo todo. Allí estaban, miles de ellas, representando un tiempo derretido en el que habíamos perdido la razón...

El cámara se llevó la mano a los cascos, pensativo.

—¿Qué pasa ahora? —se enfadó la presentadora.

—Te llaman del estudio.

—No me lo puedo creer. Disculpa un momento —se excusó con Mika.

Reguló un pequeño auricular que llevaba en la oreja y perdió la mirada en el asfalto mientras escuchaba.

—Tomo nota, sí.

Dobló de prisa el folio que le había pasado el cámara y comenzó a escribir en él, tras pasarle el micro a su compañero y agacharse para que sus propios muslos le sirvieran de apoyo.

—Repíteme eso, por favor... Sí, negociación de alta frecuencia... Sí, sigue... Contratación algorítmica... Sí, sí, yo estoy copiando, pero la audiencia de la cadena no se va a enterar de nada... Vale, vale... Redistribución de las órdenes en milisegundos... Pillado. Lo tengo todo.

Escuchó a su interlocutor unos segundos más sin apuntar.

—Que sí —le cortó con hastío—, no te preocupes que lo meto todo en la crónica. Hago un par de entrevistas y te envío el material para que montéis la pieza. ¿Quieres que te lo lea una vez entero para ver si está bien? Atento que va —avisó, y repitió con tono de corresponsal el párrafo que el redactor jefe le había dictado desde el estudio —: «La negociación de alta frecuencia que esta mañana se ha suspendido temporalmente es un sistema de transacción bursátil que utiliza las herramientas tecnológicas más avanzadas para obtener información de los mercados y, en función de la misma, intercambiar activos u opciones. Un sistema cuya sofisticación radica en su impresionante velocidad de actuación, basada en la contratación algorítmica. Ante cualquier cambio en los mercados, los gigantescos ordenadores recalculan el precio y redistribuyen las órdenes en cuestión de milisegundos. Esta mañana, esos ingenios capaces de lanzar cuarenta mil órdenes de compra y venta en el tiempo que dura un parpadeo se han detenido durante una hora. Una hora fatídica que los especuladores de São Paulo recordarán el resto de sus vidas».

—¿Te parece bien? —preguntó a su interlocutor—. ¿Hola? —Se tapó la oreja en la que llevaba el pinganillo—. Espera, que apenas te oigo...

Era debido a una sirena que atronaba la plaza.

Mika se volvió pensando que sería uno de los vehículos policiales que rondaban la concentración, pero comprobó que pertenecía a una ambulancia del SAMU-192, el servicio de emergencias de la prefectura. Se introducía a duras penas entre la multitud de indigentes enmascarados, tratando de llegar a los arcos de entrada al edificio. Una vez allí, tres facultativos ataviados con sus monos azules y maletines de asistencia salieron a toda prisa y se perdieron tras las puertas de cristal que custodiaban fornidos agentes de seguridad.

Ha llegado el momento de consultar el Twitter.

Sacó su smartphone y picó la red social. Como en las tres ocasiones anteriores, no

tardó en encontrar lo que buscaba. Ni siquiera tuvo que acceder a la pestaña de *trending topic*. Tecleó directamente el *hashtag* #DíaCuarto y apareció en su pantalla un nuevo tuit del perfil @123456¿?.

El cuarto tuit.

La cuarta fotografía.

El rostro de otro cadáver con los ojos abiertos y aquella expresión ya conocida, la boca inundada por la lengua hinchada y la piel mudada hacia una ponzoñosa tonalidad azulada.

Mika mostró la pantalla a la presentadora.

—¡Madre de mi vida!

—Qué joven parece —comentó Mika.

—¿Es que no lo conoces?

Se fijó mejor.

—¿Por qué habría de conocerlo?

—Es Aníbal Cirino.

—Nunca he oído ese nombre.

—Es... Era un famoso bróker de la Bovespa. Famoso tanto por los millones de reales que acumulaba como por su afición a la noche. Un habitual de las revistas de cotilleo que se dedicaba a soltar declaraciones en plan sobrado y distribuir fotos de sí mismo como una cuba, abrazado a *sex symbols* de *realities* o a prostitutas de lujo. La verdad es que hacía una temporada que los medios habíamos dejado de seguirle.

—¿Por qué razón?

—Fue condenado por integrar una red de pedofilia.

—Oh... —se disgustó Mika.

—Por estas fechas iban a fallar el recurso que interpuso ante la Jurisdicción Federal. ¿Dónde lo habrán encontrado? Los del SAMU-192 han entrado como un tiro. Por el fondo de la foto parece una de las salas de descanso reservadas a los corredores.

Un pedófilo...

Mika pensó en los cuatro ajusticiados, uno por uno y en todos al mismo tiempo, y de forma automática se reinició la centrifugadora en su cabeza, a vueltas con el *mail* que le envió Adam —o eso quería creer— y todas las demás preguntas que le azotaban desde entonces. ¿Por qué yo? Si no me conocías de nada... Y en ese instante —tal vez se había pasado definitivamente de rosca— tuvo la sensación de que todo comenzaba a encajar.

—¿Grabamos? —le interrumpió el cámara.

Mika se volvió de espaldas al objetivo y se excusó con la presentadora.

—Lo he pensado mejor y prefiero ceder a otro mi minuto de gloria.

—Pero...

—Lo siento —dijo muy seria—, soy muy vergonzosa.

Se alejó llevando consigo una sarta de reproches y fue a reencontrarse con Mamá

Santa. Estaba apoyada en la fachada de un edificio contiguo, conversando con otra mujer entre profusos gestos que acentuaban el tono de cada frase.

—¿Qué te decía la de la tele? —la recibió, tras despedirse de la desconocida.

Mika no contestó. De pronto estaba como ida. Se había quedado plantada a un palmo de la santera.

—¿Qué te pasa? Me encanta TV Record. Emiten una telenovela llamada *Pecado mortal* que me trae de cabeza.

Pero Mika seguía ausente. No hacía nada más que mirar por encima del hombro de Mamá Santa como si hubiese visto un fantasma.

—No te vuelvas —ordenó muy seria.

—Me estás asustando, mi niña.

Ella lo estaba. Tenía el presentimiento —estruendoso e instantáneo, como esas alarmas que se disparan con una mera corriente de aire— de que un enmascarado que permanecía apoyado en la misma pared, a unos escasos cuatro metros, era... ¿cómo decirlo? Un infiltrado. No por su falta de disimulo cuando las examinaba, creyéndose resguardado tras su careta de reloj, sino por su indumentaria. No iba vestido como el resto, a base de jirones, sucia la piel que asomaba y los pies descalzos. Llevaba bermudas de cuadros, camiseta colorida, con un desproporcionado logo de Nike en el pecho, y aquellas zapatillas altas de baloncesto, grandes y fosforitas, de las que brotaban las pantorrillas lampiñas...

Un escalofrío le confirmó la peor de las noticias. Era uno de los dos motoristas que le habían esperado en la puerta de la *pousada*. Seguro que el otro andaba cerca.

Han seguido a Mamá Santa...

¿Cómo había sido tan insensata como para llamarla? Había traído hasta sí a los sicarios del Comando Brasil Poderoso. Sin duda la estaban vigilando desde el primer momento. Les constaba que el altercado con el pandillero de la perilla y la huida por los tejados de la favela ocurrió frente a la puerta de su casa, quizá incluso sabían que previamente había pasado un rato en el interior, y la pusieron bajo seguimiento.

—¿Dónde está Padre Erotides? —preguntó en voz baja.

—Pues no lo sé. Ha dicho que quería acercarse al meollo de la manifestación.

—Tenemos que salir de aquí.

—¿Me vas a contar qué ocurre?

El sicario debió de darse cuenta de que le habían descubierto. Se llevó la mano a la cintura bajo la camiseta y sacó una pistola automática.

Mika cogió del brazo a la santera para introducirse entre la multitud, pero no tuvo tiempo. El joven se acercó corriendo y agarró a Mamá Santa por el cuello. Fue a levantar el arma pero en ese instante un puño salió de la nada, seguido de un brazo musculoso que cayó como un yunque sobre la careta de reloj.

Era Padre Erotides.

El sicario se desplomó sobre el asfalto. Aturdido, pero no inconsciente, todavía con el arma en la mano. Mika estuvo a punto de lanzarse sobre él para quitársela,

pero no quería arriesgarse a recibir un tiro furtivo, ni llamar la atención de los policías que rondaban la concentración.

—¡Vámonos de aquí!

Salieron como un fueraborda rompiendo el mar de caretas, que les contemplaban como el coro de una tragedia griega. Al cabo llegaron a una callejuela atestada de comercios. Padre Erotides señaló una galería llena de estrechos pasillos con puestos de móviles y aparatos electrónicos entre los que podían escabullirse.

—¿Quién era ése? —chilló una vez dentro. Sus cejas perfiladas subían y bajaban movidas por una especie de tic.

—Los hombres de Poderosinho te han estado siguiendo —explicó Mika a Mamá Santa—. No sabes lo que lamento haberte metido en esto.

—Pero ¿qué os pasa a vosotras dos? —se desesperaba el *pae-de-santo*, llevándose las manos a la cabeza teñida de blanco—. Venid conmigo. Conozco al dueño de la tienda del fondo, un arreglatodo con un cuartito para sus cables donde podremos ocultarnos hasta que pase el follón.

—Yo he de irme.

Lo dijo de forma tan espontánea que casi se enteró de lo que había decidido al escucharse a sí misma.

—¿Cómo que irte? —saltó Mamá Santa—. ¿Adónde vas a irte?

—Se me rompe el alma, pero a pesar de todos los problemas que te estoy causando no puedo decírtelo.

—Pero mi niña, mírame, soy yo. Siento haber servido de señuelo.

—¿Cómo dices eso? No es culpa tuya.

—Padre Erotides está encantado de que te quedes en el *terreiro* todo el tiempo que quieras, ¿verdad que sí? —Se volvió un instante hacia él. Éste asintió resignado mientras abría y cerraba la mano con la que había golpeado al sicario—. ¿Quién va a protegerte?

—Tienes que dejar que me vaya.

—Ay de mí, venerado Yemanyá. ¿Cómo me haces esto?

—Por favor, dame tu bendición y di que confías en mí.

La santera se quitó un collar del que pendía un fetiche de hierro en forma de cuerno.

—Toma esto. Lleva décadas colgando de este cuello regordete.

—Pero...

—Seguro que te servirá de más ayuda que todas mis bendiciones y, lo más importante, cuando lo veas te acordarás de tu *baiana*.

Se lo pasó a Mika por la cabeza. Ella apretó el amuleto con fuerza contra el corazón.

—¿Cómo me voy a olvidar de ti?

Ambas estaban emocionadas.

—Venga, si tienes que irte, vete ya.

—Y tú, ¿qué vas a hacer ahora? No puedes volver a la favela.

—¿Quién lo dice?

—Allí están los narcos.

—Esos brutos sólo me querían para llegar hasta ti y, además... —Se acercó a su oreja y le habló con ese tono que utilizaba cuando se dirigía a ella como a una niña, algo que a Mika le parecía adorable—. Van de gallitos por la vida, pero les dan miedo mis poderes mágicos.

Poderes mágicos...

Mika se lo pensó dos veces, pero no se resistió a decir:

—Me vas a matar, pero voy a pedirte un último favor.

—Como si es un millar.

—¿Conoces el Hospital de Clínicas?

—Desgraciadamente.

—Mi amigo Purone...

No hicieron falta más explicaciones.

Mamá Santa le acarició la cara con suma dulzura.

—Ahora mismo voy, mi niña, acompañada de toda mi legión de *orixás*. Me sentaré en el borde de su cama y le contaré historias de los viejos esclavos que construyeron esta tierra. Te juro por la playa de Salvador que ni el más fuerte de los tifones me arrancará de allí hasta que despierte.

Durante un instante, a pesar de todo lo que estaba pasando, Mika se sintió inmensamente afortunada. Besó a Mamá Santa y a Padre Erotides como a dos miembros de su familia y salió corriendo hacia el edificio Copan donde despertó el día que todo empezó.

peces y aves

Parada frente al edificio Copan, le parecía mentira que tan sólo hubieran transcurrido dos días desde que despertó en la cama de Adam Green tras la reyerta de la favela. Avanzara como avanzase el segundero en aquella ciudad de relojes derretidos, regresaba a la inmensa ola de Niemeyer con el corazón cambiado y la mente lúcida. O eso pensaba.

Se introdujo por el entramado de sinuosas galerías buscando el portal correcto entre todos los de la comunidad. Era como adentrarse en el vientre de una ballena. Treinta y siete plantas y más de mil viviendas. Una vez se plantó frente al portero automático, tampoco recordaba con seguridad cuál era el *loft* del que ya todos conocían como...

Se obligó a decirlo en voz alta antes de acercar el dedo al botón:

—... el asesino del Génesis.

Rostros desfigurados, lenguas hinchadas, piel azulada con aquel inmediato aspecto de descomposición. Si daba el paso, también formaría parte de eso. «¿Hasta dónde llegarías?», le había preguntado él. ¿Tenía *tan* claro que deseaba seguir adelante fuera cual fuese el precio?

Sonó el móvil en su bolso. No se había quedado dormida, alguien llamaba de verdad. ¿Su padre? ¿El propio Adam?

El investigador Baptista.

Maldito Pepito Grillo...

Lo dejó sonar. Sus ojos se balanceaban del móvil al portero automático. Móvil. Portero automático. Móvil. Portero automático.

Apagó el teléfono, lo devolvió a las profundidades del bolso y a toda prisa presionó el pulsador confiando acertar con el número de apartamento.

Silencio.

—Aló.

Era él.

—Soy Mika.

Silencio.

Zumbido eléctrico en la cerradura.

Estoy dentro.

La recibió en vaqueros y camisa impecable. Mika lo contempló unos segundos desde el rellano. Él mantenía la puerta sujeta por el pomo.

—¿Vas a entrar?

—Depende de hasta dónde me dejes pasar.

—¿Hasta dónde deseas hacerlo?

Mika se lanzó a abrazarle y le besó con fiereza. Él la agarró por la cintura, dio una vuelta sobre sí mismo para introducirla en el apartamento y cerró la puerta con el pie. Ella le quitó la camisa. Él trató de hacer lo mismo con la camiseta negra, pero Mika le apartó la mano.

—Esta vez mando yo.

Y se la quitó ella misma, así como el sujetador, mientras él contemplaba sus pechos liberados. Volvió a besarle y caminó hacia atrás, tirando de él por aquel apartamento que ya conocía, hasta que la parte baja de su espalda tocó con la isleta de la cocina. El contacto de la piel con la encimera de metal le produjo un escalofrío que, en su estado de excitación, se extendió por todo el cuerpo como una reacción nuclear en cadena.

Echó los brazos hacia atrás y se encaramó de un salto a la encimera.

—Ahora sí que te toca —le ordenó mientras se quitaba a toda prisa las deportivas presionando en el talón y estiraba las piernas—. Arráncame este pantalón.

Adam obedeció. Le soltó el botón de los vaqueros y tiró de ellos hacia los tobillos, arrastrando la braga al mismo tiempo. Se detuvo un instante a contemplar las piernas duras por el deporte de competición y al mismo tiempo tan suaves, como recién hidratadas. Mika extendió los pies en punta para que el tejano terminase de salir.

Cuando la tuvo desnuda sobre la encimera, la sujetó por las caderas y se inclinó para besarle los pechos, la tripa, el sexo. Pero ella lo apartó con el pie, apoyándolo en su torso, y tiró de él hacia arriba. Quería sentirlo en su interior de inmediato. No estaban en la *pousada* de São Sebastião, escuchando el repiqueteo de la lluvia, envueltos por el aroma de la tarta de chocolate recién sacada del horno. Estaban en aquella megaurbe trepidante hasta la demencia y, por qué no, adictiva, en la que se moría y se amaba bajo el torbellino de los helicópteros.

Adam, sucumbiendo a aquella urgencia de jadeos, se inclinó sobre ella, la cogió del tobillo y colocó la pierna sobre su hombro. Soltó la hebilla de su cinturón y aflojó el vaquero lo suficiente para dejar al aire su miembro dispuesto. Mika alzó la otra pierna para colocarla en la misma posición. Al hacer ese movimiento, sus sexos se encontraron de forma natural. Ella permaneció un rato apoyada en los codos, mirándolo de frente mientras él se entregaba de forma arrítmica, midiendo los tiempos de cada embestida a tenor de las respuestas de ella, de sus gestos y temblores. Después se reclinó hasta quedar tumbada sobre la encimera. Mientras gemía como nunca se había escuchado a sí misma, barrió con los brazos algún objeto que no identificó y que cayó al suelo. Para entonces no oían nada, no veían nada. No sentían nada salvo el estallido de su conjunta pasión desatada, fundiéndose en un solo orgasmo intenso y verdadero como el que hubo de preceder a la vida.

Adam dejó la tetera humeante sobre la mesita baja del espacio decorado como una jaima en mitad del *loft*. Mika, tumbada como estaba en el suelo sobre la alfombra circular con un cojín por almohada, se recolocó de lado. Vestía sólo la braga y la camiseta negra. Hacía calor, pero arrugaba los dedos de los pies al sentirlos fríos por la bajada de tensión que siguió al clímax. Luchaba para no quedarse dormida. Tenía la impresión de que si se dejaba arrastrar por aquella sensación de amparo, entre tanto orden y silencio, tardaría días en despertar.

Sin mover un músculo, se dedicó a repasar las estanterías. Ahora que sabía más cosas sobre Adam, los objetos exóticos repartidos entre los libros ya no le parecían calladas piezas de museo. Allí estaba la figura de basalto que le llamó la atención el primer día. Esa especie de sacerdote de alguna civilización ancestral que sujetaba una tabla con caracteres pictográficos y que, al intentar cogerlo, le produjo —¿a qué pudo deberse?— un calambre en el brazo. Aun sin conocer su origen, vislumbraba una fascinante historia detrás de cada una de aquellas reliquias, sin duda recopiladas durante sus años con los nativos. Tal vez era mejor no indagar y preservar el misterio del universo Adam Green. Un universo donde cada estrella —desde la primera que surgió en mitad del apagón— desprendía una luz enigmática y especial.

Adam, sentado en el extremo del sofá, la contemplaba con placidez. Pasado el frenesí, disfrutaba de cada centímetro cuadrado de aquel cuerpo que respiraba con calma infantil, yacente sobre un costado como una sirena varada: la curva desde el hombro atlético, bajando por su estrecha cintura, hasta la cadera proyectada hacia el techo; la cabeza —con aquel repentino corte de pelo que le desconcertaba y, por eso mismo, le atraía aún más—, descansada sobre el cojín con un brazo por debajo. El otro brazo posado en la alfombra como lo colocaría la pantera que llevaba dentro.

Mika notó los ojos de Adam deslizándose por su piel y encogió las piernas hasta pegarlas al pecho. Recordó la charla que mantuvieron al volver de São Sebastião y dijo:

—Habrá que darle esos cachetes a la sociedad.

Sonrió. Su rostro natural era serio, pero cuando sonreía parecía que lo hicieran todos los objetos que tenía alrededor.

Adam esbozó un gesto seductor.

—En ese momento me habría gustado explicártelo todo, pero la clave estaba en que te dieras cuenta por ti misma. Comprender el Nuevo Génesis y convencerte de que era legítimo. El venir aquí tenía que salir de ti.

—Lo sé.

—No me refiero a venir por lo de antes.

—Sé a qué te refieres.

Un segundo vacío.

—Esta mañana —le contó Mika—, me puse a analizar el *mail* que recibí el lunes:

«¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?». Cuadraba con la conversación que mantuvimos en el garaje del helipuerto, pero también pensé que lo recibí nada más conocernos y que en ese momento aún no sabías nada de mí. ¿Qué sentido tenía que me pusieras un gancho de ese tipo? Aunque te hubieras sentido atraído, no tenías ni idea de qué tipo de persona era yo. Un rato después, parada con la boca abierta frente al edificio Bovespa, pensé que todas las acciones de este Nuevo Génesis (la estrella, el arcoíris, la lluvia de cacao y los relojes derretidos, acompañadas de los correspondientes ajusticiamientos) formaban parte de un mismo fresco y no pude evitar acordarme de mis amigos del colectivo Boa Mistura. Sus pinturas murales también están formadas por mil elementos diferentes que encajan y se complementan a la perfección. El propio Purone, antes de la reyerta en la favela, alabó la belleza plástica de la estrella en el rascacielos; desde el primer momento la consideró un símbolo que trascendía el caos del apagón. La cuestión es que, al ir relacionando unas cosas con otras, lo vi claro. Eras su mecenas y coincidiste con ellos en el consulado mientras yo me recuperaba en este apartamento. Ellos fueron quienes, por suerte o por desgracia, te contaron cosas sobre mí. Y estoy segura de que me describieron mucho mejor de lo que merezco. Sin saberlo, mis amigos estaban escribiendo mi carta de recomendación.

Adam hizo ademán de aplaudir.

—Lo que no he logrado desentrañar es el significado de la dirección de correo que utilizaste para mandarme el *mail*: lcmytepyafyh¿d?@gmail.com

—No era fácil.

—Pero seguro que tiene algún sentido.

Sonrió.

—Son las iniciales de «luz», «cielo», «mar y tierra», «estrellas», «peces y aves» y «fieras y hombres».

—Simbología de los seis días de la creación... ¿Y la última «d» entre interrogantes?

—Ya te lo explicaré en su momento.

—Más misterios.

—Me gusta eso que has dicho de que las cuatro acciones eran parte de un mismo fresco —retomó él.

—O de una misma sinfonía, como quieras verlo. El caso es que de repente todo cuadraba, incluso...

—No pares.

Mika respiró hondo. Era como si continuasen sumidos en pleno acto sexual.

—Incluso los asesinatos eran notas obligadas de la partitura. —Arqueó las cejas y apretó los labios—. Nunca creí que llegaría a decir esto, pero... Cuando me enteré del historial pedófilo del último ajusticiado me pareció grandioso. Día cuarto, Dios crea las estrellas para regir el tiempo, los días y los años... Estaba claro que ese indeseable estaba de más en el nuevo escenario. Alguien que no es capaz de respetar

el tiempo, de esperar a que llegue el momento adecuado para cada cosa... —Hizo una mueca de desagrado—. Y, además, ligado con la performance frente al edificio Bovespa y el bloqueo de los sistemas para hundir a los especuladores que estrujan ese mismo tiempo hasta los microsegundos que les hacen enriquecerse a velocidad de vértigo.

—La verdad es que lo pasé bien diseñando ese truco.

—Lo de las máscaras de Dalí fue genial, pero ¿cómo hiciste para retrasar los relojes de la Bolsa de Valores?

—Encargué a mi *hacker* que fabricase un virus. En Bovespa utilizan servidores UNIX, un sistema que nunca había sufrido un ataque informático con repercusión. Sí que existían virus menores, de hecho el primer troyano fue creado para UNIX, pero nadie conseguía propagarlos.

—Y ahí estaba el reto para Creatio —declaró ella con solemnidad, repitiendo a continuación lo que Adam le explicó en su visita a la empresa—. Todo se puede diseñar, desde una funda de smartphone hasta una democracia que un lobby quiere instaurar en un país totalitario.

—Y no sólo necesitaba diseñar las tripas de un virus efectivo, sino también vestirlo con un traje llamativo. Primero pensé en un virus latente, de los que llamamos «bomba lógica». Podía programarlo para que se ejecutase a sí mismo a las diez de la mañana con el objetivo de modificar el comportamiento algorítmico del sistema y lanzar órdenes de venta masiva de stocks bursátiles que quebrarían el mercado. Pero era demasiado obvio, necesitaba algo más... especial. Y entonces se me ocurrió el virus que finalmente ha operado esta mañana, programado para retrasar la hora de los sistemas. Eso sí que era jugar con el tiempo.

Tanta creatividad... Mika necesitaba saber por qué le abría las puertas a algo tan magnífico. ¿Sólo por la atracción sexual? El deseo afloraba cuando estaban uno frente al otro, pero era obvio que había otra razón. Antes de preguntárselo siguió encofrando los cimientos de aquel castillo encantado.

—Cuando me he plantado en tu puerta me has preguntado hasta dónde quería pasar.

—Sí.

—No soy de las que se quedan en el vestíbulo. Me gusta entrar hasta la cocina.

—Ya lo he comprobado. —Sonrió él, lanzando un golpe de ojos a la isleta.

—Hablo en serio. Si por alguna razón vas a hacerme partícipe de tu plan superior, como lo llamaste en el garaje, quiero estar segura de que me dejarás ir contigo hasta el final.

—¿Todavía lo dudas?

—¿Cómo podría no dudarlo? Tienes ayuda de sobra. ¡Si hasta has echado mano del FLT! Cuando tu amigo millonario Gabriel Collor mencionó que uno de los líderes del Frente de Liberación de la Tierra estaba implicado en la acción del martes contra el maderero, creí a pies juntillas que ellos eran los responsables de todo el plan.

—No es ayuda lo que busco en ti. Como bien dices, de eso tengo de sobra. El engranaje está organizado a la perfección y no me falta financiación para tener a todo mi equipo de trabajo contento.

—Entonces ¿de qué se trata?

Adam se tomó unos segundos.

—De inspiración.

—¿Cómo?

—Para crear, se necesita inspiración. Incluso Dios hubo de tener una musa.

Mika, que seguía hecha un ovillo sobre la alfombra, se incorporó y se sentó en la posición del loto.

—Y tú habrás tenido la tuya para crear todo esto.

—Hasta que apareciste, creé a partir del recuerdo de antiguas musas.

—O sea, que soy una sustituta.

No sonó despectivo. Adam siguió con el mismo tono de intimidad.

—Eres quien eres. Llegaste cuando llegaste, y lo hiciste en el momento más bello. Surgiste con la primera estrella.

—Todavía me acuerdo de cómo me quedé cuando la vi brillar sobre el rascacielos —se relajó Mika—. ¿Por qué me pasa esto nada más aterrizar?, pensé entonces. La gente gritaba: ¡marcianos!, ¡terroristas! Y yo de pie en mitad de la calle, arrastrando mi maleta con una rueda rota.

Se tomaron unos segundos para pensar en todo lo que había ocurrido desde el lunes. Sentían una anticipada nostalgia por lo rápido que avanzaban los acontecimientos y, en el caso de Mika, también una gran expectación por lo que hubiera de venir.

En un momento dado, leyó algo encriptado en los ojos de aquel hombre. Acababa de acostarse con él. No podía engañarla.

—Hay algo más, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—No es sólo inspiración lo que esperas de mí.

Sus pupilas mutaron como las de un gato.

—Deja que las cosas fluyan.

Más interrogantes, como los que flanqueaban la «d» en su dirección de correo electrónico. Mika mudó su gesto soñador hacia otro mucho más terrenal. Como si, de repente, una ola hubiese deshecho el idílico castillo de arena, dejando un barrizal de cuentas que saldar.

—¿Estás bien? —se preocupó él.

—¿Quieres la verdad? ¿O prefieres que permanezca en silencio, como sueles hacer tú?

Adam frunció el ceño.

—Haz lo que consideres.

—Quizá te parezca una maníaco-depresiva por este cambio de humor, pero me

veo aquí sentada tan tranquila, tan...

Bajó la cabeza.

—Estás pensando en tu amigo.

Mika asintió.

—Mi *buen* amigo Purone.

—Me han comunicado que la cosa pinta bien.

Cerró los ojos, dejando escapar una lágrima.

—Gracias...

—El neurocirujano va a operarle esta misma tarde para extraer la bala.

Se secó la cara con el dorso de la mano.

—Me mata esta sensación de haberle traicionado. Vine a Brasil por él, Adam. ¿En ningún momento has temido que yo...?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

Le clavó la mirada.

—Que me deje llevar por lo que le ha ocurrido a Purone y te delate.

Adam se levantó del sillón y fue hacia ella. Seguía sentada en la alfombra. Se agachó para colocarse frente a frente.

—No puedo estar más tranquilo. Siempre supe que eras tú.

—¿Quién era yo?

—La persona a la que quiero coger de la mano cuando el Nuevo Génesis se haga realidad.

Mika comenzó a respirar deprisa.

—Pero...

—Creía que iba a vivir esto solo, Mika. Y de repente te metiste en mi coche.

La besó.

—Eres mi musa.

De nuevo su musa.

¿Era su forma de hablar de amor?

Se cogieron ya las manos, anticipando el advenimiento definitivo.

—Dime sólo una cosa más —añadió ella, aprovechando la inercia—. ¿Qué hacías el lunes en mitad de la reyerta?

La pregunta no pareció causarle ningún problema.

—Fui allí porque quería ajusticiar a ese indeseable con mis propias manos.

Mika se puso en pie como accionada por un resorte.

—¿Lo mataste tú mismo? Pero ¿qué eres? ¿Una especie de agente de la CIA o algo así?

La abrazó con fuerza.

—¿Qué diferencia hay entre pagar a un sicario o ejecutarlo en persona?

—Me cuesta creer que hayas sido capaz —dijo ella apoyada en su hombro.

—Hubo un tiempo en el que me forjé para esto y para mucho más. Pasé años en esa dura jungla con mi amigo Camaleón.

—¿De quién hablas ahora?

—De mi hermano indígena.

—Eso era otra vida...

Adam consultó su reloj.

—Ha llegado la hora. El escenario del día quinto está un poco lejos. Tienes que decidir si estás preparada para acompañarme.

—¿Te refieres a si estoy preparada para ver cómo te ocupas *en persona*? ¿De verdad necesitas seguir probándome, hasta el punto de que tenga que asistir a eso?

—No soy yo quien va a matar mañana.

—Menos mal...

—Serás tú quien lo haga.

Mika permaneció inmóvil unos segundos. Tenía a Adam delante pero no lo veía. No veía nada, o tal vez pasaba ante sus ojos su existencia entera. Sus convicciones y miedos y frustraciones y sueños.

—Salgamos ya —se oyó decir a sí misma.

Adam se enfundó una gorra de béisbol y unas gafas Persol con bisagras en el frontal y en medio de las patillas que llevaba plegadas en el bolsillo. Caminaron en silencio por el vientre de la ballena hasta el ascensor, cruzaron el portal y enfilaron la galería comercial que había que atravesar para salir a la calle. Aunque deteriorados por el tiempo y la falta de mantenimiento, los sinuosos corredores revestidos de gres y madera conservaban un toque de sofisticación. Adam avanzaba vigilante entre los vecinos que iban y venían. Justo antes de girar la curva que desembocaba en la avenida Iparinga donde tenía su plaza de aparcamiento, se detuvo y pegó la espalda a la pared.

—¿Qué ocurre?

Indicó a Mika que también se parapetase junto al muro y estiró el cuello para asomarse.

—Ya han venido.

—¿Quién?

—Ésos de ahí, los de la cabeza afeitada.

Mika se fijó mejor. Eran dos hombres de unos cuarenta años vestidos ambos con camiseta, tejanos y botas de militar. Caminaban entre las mesas de un local de moda abierto en la confluencia de la galería con la calle, fijándose sin disimulo en los clientes que abarrotaban la terraza. La mayoría de los que allí compartían agitadas charlas sobre lo que acababa de ocurrir en la Bolsa de Valores eran gente joven con un aspecto desenvuelto que contrastaba con la casposa pareja de matones. De cualquier modo, a Mika le sorprendió que Adam los hubiese detectado con la inmediatez de un sónar.

—¿Te han descubierto? —susurró.

—Si así fuera estarían llamando a mi puerta y no dando vueltas por aquí abajo. Es a ti a quien buscan.

—¿Qué?

Uno de los hombres se volvió como si les hubiera oído hablar. Adam y Mika presionaron aún más la espalda contra la pared. Al menos tenían la ventaja de que, en contraste con el sol que estallaba en la calle, el corredor se antojaba a oscuras.

—Lo siento Adam —se angustió Mika—, tenía que haberte dicho que me perseguía la gente de Poderosinho. Han intentado matarme dos veces. Creía que no me habían seguido...

El hombre echó a andar hacia ellos a paso muy lento, escudriñando entre el gentío.

—Esos dos no son sicarios, Mika. Son agentes de la secreta.

Lo dijo con una escalofriante serenidad. ¿Estaba al tanto de sus reuniones con el investigador Baptista?

—Te juro que no he comentado nada de ti a la policía.

—Lo sé.

La cogió de la mano y salieron disparados, volviendo sobre sus pasos hacia el interior de la galería. El agente llamó a su compañero y ambos arrancaron a correr detrás.

—¿Dónde tienes tu coche? —gritó Mika entre jadeos.

Adam tuvo que apartar de un codazo a un joven que salía de un portal.

—¡Si cogemos mi coche les pondremos mi identidad en bandeja! ¡Lo más importante es que no sepan quién soy!

Salieron al exterior de la galería. El sol estalló en sus ojos. Cruzaron la calzada sin detenerse, evitando a duras penas que los vehículos se los llevaran por delante, y se introdujeron por un callejón estrecho que comunicaba con el bulevar de la avenida São Luís. Adam se detuvo, le sujetó el rostro y expuso la situación con aplomo.

—Debieron de perderte la pista cuando te metiste en el Copan, así que no te preocupes. No vieron que entrabas en mi portal.

—Pero...

—En ese edificio vivimos cinco mil personas, por lo que no has llegado a descubrirme. Para ellos sigo siendo un hombre con una gorra y unas gafas. Todo está en orden. ¿De acuerdo?

Mika quiso volverse hacia el callejón por el que estarían a punto de asomar los agentes, pero Adam se lo impidió.

—¿De acuerdo? —insistió.

—Sí.

—Bien. Ahora tenemos que conseguir que siga siendo así. Si estás en su punto de mira, lo importante es que no me relacionen contigo.

Un estremecimiento.

—¿Vas a dejarme aquí?

Él sonrió con dulzura.

—Eres mi musa, ¿o es que ya no te acuerdas? Los despistaremos antes de llegar a la pista de despegue.

—¿Qué pista?

—Sólo te pido que me hagas caso en todo sin cuestionarme. ¿Sí?

Sus perseguidores hicieron aparición por fin. Uno de ellos daba instrucciones por un intercomunicador.

—De acuerdo, sí, sí.

Adam se separó de ella y caminó con decisión hacia un mensajero que acababa de

aparcar junto al bordillo una Yamaha WR 125 de trail. Los largos espejos retrovisores, como antenas de insecto, potenciaban la agresividad del chasis y el carenado blanco y rojo. Mientras consultaba la dirección de un paquete sin quitarse el casco, Adam le arrancó la llave de la mano.

—Pero ¿qué hace? —gritó con estupefacción.

Adam se agachó en una extraña pose y barrió la calle con su pierna derecha, cogiendo desprevenido al mensajero y haciéndolo caer. Cuando iba a levantarse, Mika —encendiendo de forma automática su cerebro de luchadora— le inmovilizó sujetándole la mano derecha en la espalda en una posición que, a juzgar por los insultos que escupía el casco, debía de causar un dolor extremo.

—¡Monta ya! —gritó Adam mientras arrancaba con un fuerte pisotón a la palanca.

Saltó a la parte trasera del sillín. Estaba muy elevado y separado de la rueda trasera, provista de neumáticos mixtos para poder acceder a vías sin asfalto. Asentó bien las deportivas en las estriberas y se agarró a Adam como si ambos fueran la misma persona. Éste dio todo el gas que le permitió la muñeca, despertando a un motor monocilíndrico de cuatro válvulas que le devolvió una respuesta instantánea, y salió disparado entre los vehículos del atestado doble carril.

Al llegar a la confluencia con la rua da Consolação, dos coches de policía se cruzaron veloces en su camino. Adam giró a la izquierda y enfiló la única dirección de la rua Quirino de Andrade esquivando personas y vehículos a base de un enérgico balanceo que rompía las leyes de la física. A mitad de calle comprobó que el paso quedaba reducido a un solo carril, ya que el otro estaba inutilizado por unas obras de canalización. Peor aún, el hueco disponible lo ocupaba momentáneamente el cuerpo de una miniexcavadora de oruga que había sobrepasado la línea de conos para ganar espacio y poder apilar con el brazo y el cubo unos cilindros de cemento.

Adam se volvió sobre su hombro. Tenía que pensar a toda prisa. Los coches de policía les pisaban los talones y él se había metido en un cuello de botella, emparedado entre coches aparcados, la miniexcavadora y, más allá de la zanja de obra, el muro de contención de la contigua rua Coronel Xavier de Toledo, que ascendía cuesta arriba a un nivel superior. No podía pasar, tampoco esperar, y mucho menos volver por donde había venido.

Apretó a fondo el embrague, avivó el acelerador con un rugido rabioso, giró la moto en redondo y comenzó a subir por la pila de cilindros de cemento. Mika se aferró a su torso y clavó las deportivas en el apoyo estriado para que no se le resbalaran las suelas mientras se colocaban en posición casi vertical. Se encaramaron a lo alto del muro y, desde allí, saltaron a la calle superior.

Siguieron sorteando coches y autobuses urbanos. Mika apretaba las rodillas contra los muslos de Adam, temerosa de que el roce con algún guardabarros se las arrancase de cuajo. Al poco se dieron de bruces con una plazoleta arbolada construida a dos alturas. Adam frenó para estudiar las posibles vías de escape. Si la rodeaba por

la calle de único sentido que indicaba la señalización, se alejaría de su destino aún más de lo que ya lo había hecho. No se trataba sólo de huir. Necesitaba encaminarse cuanto antes hacia el río, cerca del cual se ubicaba la pista de despegue donde aguardaba su transporte. Así que se irguió de pie sobre la moto, la introdujo en el espacio peatonal de la plaza y se lanzó por una escalinata de piedra hacia la zona situada más abajo.

No contaban con que allí les esperaba otro coche policial que había parado para identificar a unos vendedores ambulantes. El conductor les echó el alto con un golpe de luces mientras el copiloto salía del vehículo. Adam consiguió frenar *in extremis*, pero derrapó sobre el adoquinado. Mika saltó a tiempo y quedó en pie. Adam, sin llegar a caer y manteniendo sujeto el manillar, enderezó la moto y le pidió que subiera de nuevo.

Durante un par de segundos se quedó paralizada. Estaba huyendo de la policía... Pero no sentía miedo, de pronto le parecía algo natural...

Montó de un salto y, antes de darse cuenta, ya estaban otra vez zigzagueando como en una carrera de obstáculos, dejando a su paso una estela de bocinazos, chirridos y marcas de caucho quemado en el pavimento.

El vehículo policial conectó la sirena y salió tras ellos como una exhalación. A pesar de la maniobrabilidad de la moto, apenas lograban sacarle ventaja. De hecho, cada vez estaba más cerca. Mika sintió pánico cuando vio que se aproximaban a un cruce colapsado por indolentes filas de luces de freno que avanzaban centímetro a centímetro.

—¡Cuidado! —gritó, apretándose contra la espalda tensa que vibraba con el motor de cuatro tiempos.

Adam redujo varias marchas de golpe, subió la moto a la acera y se abrió hueco entre peatones histéricos. Jugaba con el embrague para mantener candente la aguja de las revoluciones y encabritar todos los caballos en cuanto disponía de unos metros de pista libre. Al ver que se aproximaban a un callejón donde se instalaba un mercadillo de flores, frenó de golpe. La rueda trasera se deslizó sobre la baldosa pulida, pero logró controlar el derrape y detenerse en la entrada. Se tomó un momento para examinarlo. Desembocaba en una zona desde la que tendría fácil acceso al viaducto Doutor Plínio de Queirós; y sin duda era lo bastante estrecho como para que sus perseguidores no cupieran y se vieran obligados a esperar a que se diluyera el atasco o a dar un gran rodeo. Pero estaba atestado de basuras y al fondo había una valla...

Se volvió a mirar. El coche de policía acertaba distancia, se les echaba encima.

—Sujétate —advirtió a Mika, y aceleró sobre las bolsas provocando un estallido de desperdicios y pétalos podridos que durante unos segundos se mantuvieron en el aire como un menesteroso confeti.

Por fortuna, la valla no tenía candado. Se asomaron al otro lado al ralentí. No había policía. Todo parecía normal: un barrendero con su mono naranja frente a una casa de cambio, un paso elevado de cemento cubierto de grafiti, mujeres con bolsas

de la compra, un aparcamiento descubierto con anuncios de lavado a mano en la puerta. Les envolvió el olor a quemado que ascendía desde las ruedas. Adam arrancó despacio y, controlando la velocidad para no llamar la atención, enfiló el viaducto en dirección sudoeste.

Cuando cruzaron el río bajo la inmensa estructura en forma de equis del puente Octávio Frias de Oliveira, Mika se sintió libre. Le pareció una puerta de salida. Una vía de escape. Y ciertamente lo era. Lo que no sabía es que, vista desde la perspectiva opuesta, también era una puerta de entrada a un nuevo infierno que le daba la bienvenida con las calderas en ebullición.

Siguieron conduciendo hacia el extrarradio. A ratos apoyaba su cabeza en la espalda de Adam y cerraba los ojos. El ruido atronador del tubo de escape le sumía en un estado de somnolencia.

Después de cruzar dos polígonos industriales y un barrio dormitorio con perpetuo aspecto de inacabado, el paisaje mutó a un llano seco sin apenas construcciones. Adam se introdujo por un camino que conducía a un terreno cercado. El cartel de la entrada anunciaba:

AERÓDROMO DEPORTIVO
VUELO SIN MOTOR
ACROBACIA AÉREA
GLOBOS AEROSTÁTICOS
PARACAIDISMO

Mika se irguió. ¿Qué demonios iban a hacer? Apenas asimilaba lo que leía. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había estado a punto de quedarse dormida y caer de la moto.

El aeródromo parecía de juguete. Aparte de la torre de control, toda su estructura se componía de la pista de despegue, una calle de rodaje y dos hangares de mantenimiento. Frente a éstos reposaban un biplano de época, una avioneta de fumigación y un planeador al que estaban cambiando los timones.

Se detuvieron frente a una casucha que hacía las veces de recepción y cafetería para los socios. Salió a recibirles un álgido de Adam: maduro, alto, con gorra y gafas oscuras. Parecían llevarse bien.

—Hola, señor Green.

—Mauro.

—Ya tiene lista esa belleza.

Señaló una avioneta de hélice que esperaba en la plataforma de estacionamiento a pie de pista. Una Rans S-7 Courier de los ochenta que se había convertido en la estrella de los vuelos fotográficos por las amplias vistas de su asiento trasero. El fuselaje estaba pintado a dos franjas en blanco y amarillo; las alas, con rayos ocre al estilo del sol naciente de la insignia naval japonesa de la Segunda Guerra Mundial.

—Gracias, como siempre.

—¿Adónde van a ir?

—A dar una vuelta.

—¿Sabe a qué hora volverán?

—En realidad no regresaremos hoy. De momento haz constar que salgo para un paseo de cuatro horas y a lo largo del fin de semana te confirmaré la ruta que he seguido, para que no te busques problemas.

El tal Mauro asintió.

Ha dicho «a lo largo del fin de semana», pensó Mika, y estamos a jueves. ¿No vamos a volver?

Adam echó a andar hacia la avioneta, pero apenas había dado un par de pasos se volvió.

—Otra cosa, Mauro: ocúpate por favor de que alguien deje esta moto junto a una delegación de São Paulo *Express*, la empresa de mensajería.

Mika buscó algún logotipo escondido en el carenado.

—El chico llevaba una pegatina en el casco —le explicó Adam sin jactancia.

Levantó la portezuela y se encaramó al asiento delantero.

—¿Vas a pilotarla tú? —se sorprendió Mika.

Adam le habló mientras se ajustaba las cinchas de seguridad.

—No tiembles, que esto es como conducir una moto.

—No sé si eso me tranquiliza mucho.

—Veo que no pierdes el sentido del humor.

—No me dejas otra opción. ¿También hoy tendré que esperar a aterrizar para saber adónde vamos?

Sin esperar respuesta, se agarró a una de las barras que unían el ala al fuselaje, apoyó un pie en la banqueta colocada junto a la rueda y se introdujo de un brinco en el asiento trasero. Coloco sobre sus piernas una manta que alguien había dejado allí —supuso que más tarde, y más arriba, la necesitaría— y ajustó las cinchas de seguridad.

Adam puso en marcha el motor y le habló mientras la hélice comenzaba a tirar del aparato.

—Vamos a las cataratas de Iguazú. Verás qué maravilla.

Cada vez que Mika cogía el sueño, le sobresaltaba una caída repentina por cambios de presión o la proximidad de una montaña. No sentía miedo; sólo cansancio. Tardaron varias horas en llegar, pero, cuando por fin sobrevolaron su destino, la extraordinaria belleza del paisaje lo compensó todo.

Era noche de luna llena. Una luna que brillaba tanto como cualquier sol. Se asomó por la ventanilla. Divisaba cada gota de agua salpicada con una claridad polar.

—Esto es precioso...

El agua bramaba al precipitarse en caída libre. El choque contra las rocas formaba una tenue pero incesante lluvia. Densas columnas de vapor se elevaban hacia el cielo. Todo ello rodeado por la selva exuberante. Por un lado parecía el fin del mundo, como si el planeta entero se proyectase hacia el abismo. Pero aquel lugar transformaba la violencia del río en una sobrecogedora poesía natural. El estruendo era música; la salvaje espuma, algodón.

A lo lejos se veían las luces de Foz de Iguazú, la localidad ribereña que acogía a visitantes de todo el planeta atraídos por las cataratas, la represa hidroeléctrica y la desembocadura del río Iguazú en el Paraná, conocida como la Triple Frontera porque en ese punto confluían las de Brasil, Argentina y Paraguay. Mika divisó una inconfundible línea recta de balizas luminosas. Era la pista del aeropuerto. Se inclinó hacia delante para que Adam le oyera.

—¿Vamos a aterrizar allí?

—Sería lo más sencillo, pero no podemos. Mañana a estas horas la policía del estado de Paraná estará punteando todas las entradas y salidas del cuadro de vuelos buscando cualquier rastro que pueda conducirles al asesino del Génesis.

Volteó la avioneta para alejarse a tiempo y no despertar la inquietud de los controladores aéreos.

—¿Adónde vamos, entonces?

—Hay una pista abandonada unos kilómetros selva adentro. Formaba parte del aeródromo privado de un emprendedor que organizaba vuelos turísticos sobre las cataratas, pero los prohibieron al igual que hicieron con muchos baños y expediciones en lancha y le cerraron el negocio. Además, la pista no cumplía las condiciones.

—¿Cómo que no las cumplía? ¿Podremos aterrizar ahí?

Adam se volvió para que Mika viera que estaba sonriendo.

—Vamos a botar un poco, pero Mauro ha pasado todo el día apretando uno a uno los tornillos de este cacharro. —Al ver que ella permanecía callada, se compadeció—. Esta avioneta me ha acompañado en muchos vuelos selváticos. Ya la tenía cuando vivía en la zona de Manaos, y te aseguro que la pista que utilizábamos allí era mucho peor: llena de barro y de animales domésticos que había que espantar cuando se

acercaba un avión. Ésta al menos tiene hierba.

Viró de nuevo mientras reducía altitud. Mika estiró el cuello para ver dónde iba a morir estrellada. Le costó diferenciar la tonalidad de verdes en la oscuridad, el rectángulo delimitado en medio de la foresta.

La avioneta botó, y mucho, pero Mauro debía de haber hecho un buen trabajo porque todos sus tornillos aguantaron. Llegado un momento, Mika se sintió incluso deslizar. Al final de la pista, Adam dio media vuelta para colocarse en posición de despegue y apagó el motor.

—Puedes bajar si quieres —le sugirió mientras llamaba por el móvil.

—¿Qué vamos a hacer?

—Esperar a que vengan a recogernos.

Según le contó Adam, la Triple Frontera era tanto un destino turístico como un foco de delincuencia. En aquel crisol de etnias en constante transformación serpenteaban forajidos dedicados a la falsificación, el tráfico de drogas, la venta de vehículos robados y el contrabando de cigarrillos, aparatos electrónicos o armas. Apenas existía forma de controlarlo, dado que los negocios ilícitos solían partir de Ciudad del Este, la localidad del lado paraguayo donde la legislación era laxa como un chicle. Pero a Adam no le preocupaban los delincuentes, sino el ejército. Abundaban las operaciones sorpresa de las fuerzas aéreas brasileñas encaminadas a interceptar aviones sospechosos de pertenecer a las guerrillas o a los cárteles del narcotráfico.

Apenas tardaron diez minutos en acudir a buscarles. Lo hicieron dos jóvenes en sendas rancheras a cual más destartada. Tenían aspecto de vaqueros del salvaje oeste, con sombrero, botas y una despreocupada insolencia en la mirada. Adam les entregó un sobre con dinero que no se detuvieron a contar y recibió a cambio las llaves de la pick-up más vieja —si es que, a ese nivel, podían establecerse grados de deterioro—, cuya carrocería era una lasaña de capas de pintura negra abultadas por el óxido.

Adam chequeó un cajón de madera vacío que traían en la parte trasera del otro vehículo y, antes de despedirse, preguntó:

—¿Es necesario que repasemos algo? ¿Tenéis claro el plan?

—Claro como el agua, jefe.

—Llevamos sus instrucciones escritas a fuego —confirmó el otro, haciendo el gesto de marcar a un ternero.

Adam asintió y subió a la ranchera que le habían asignado.

Mika se instaló en el asiento del copiloto. Colocó los pies en el salpicadero y aguantó paciente sin hablar para no perturbar la conducción. Adam se abrió paso por senderos improvisados entre los árboles, concentrado para no impactar contra algún camión de contrabandistas que circulase sin luces. Al llegar a lo alto de una loma, acercó el morro a un terraplén. Desde allí se tenía una vista panorámica de la ciudad y las áreas circundantes al parque natural.

—Salgamos un rato —dispuso.

Mika aprovechó para estirarse. Estaba agarrotada por las horas de avioneta y por una inquietud creciente que no podía mitigar.

—Todavía no me has contado hacia dónde va tu plan.

—Lo dicen los medios.

Cogió un periódico local deshojado que los vaqueros habían dejado detrás del asiento. «El asesino del Génesis: ¿Dios o diablo?», rezaba el titular, y hacía una recopilación de otras portadas de diferentes países. Todas hablaban de ello. No sólo de las acciones que venían sucediéndose en Brasil, sino del contagio a otros enclaves del globo. El juicio final de Adam Green se extendía como una evolucionada pandemia. En Singapur habían linchado en plena calle al político que autorizó el último proyecto de robar terreno al mar para continuar la expansión de los rascacielos. En Ginebra, una multitud de ciudadanos supuestamente convencidos de los beneficios del sistema financiero se habían concentrado frente al Banco Nacional Suizo, amenazando con estacas, de la forma más primitiva, a los trabajadores que intentaban acceder a las instalaciones. En la cercana selva ecuatoriana habían ido más lejos; emulando la acción del martes en Mato Grosso, los miembros de una organización llamada Indignación Ecológica habían iniciado una batalla campal contra las madereras que actuaban en el Parque Nacional Yasuní, cuyos almacenes ardían ante la impotencia de la misma policía que venía consintiendo la explotación ilegítima.

—Parece que el efecto llamada va como un tiro. ¿Es eso lo que pretendías?

—Es sólo el principio.

—¿Y después? —Adam no contestó—. Ya, los interrogantes. No te cuestiono. Es sólo impaciencia.

Mika se encaramó al capó, recostándose con la espalda apoyada en el parabrisas.

Todas las estrellas del universo se habían sumado a la fiesta de la luna llena en aquella bóveda de planetario. ¿Qué divinidad no querría crear algo tan bello?

—Ayer —comentó sin dejar de mirar aquel cielo tan diferente al naranja opaco de São Paulo— escuché a un predicador callejero decir que Dios creó el mundo *exactamente* en seis días.

Adam también estaba apoyado en el capó, pero de pie en el suelo, con la vista clavada en el valle.

—¿Y qué pensaste?

—Ese creacionismo radical es un absurdo.

—Según se mire, como todo en la vida.

Mika recordó la batalla dialéctica sobre la pena capital que habían mantenido en el garaje del helipuerto.

—¿Acaso puedes defender que la creación (la primera, no tu Nuevo Génesis) se llevó a cabo en seis días naturales? Y no me hables de fe ni de simbología de los textos bíblicos.

—Puedo defenderlo desde un punto de vista científico.

—¡Ja!

—A ver cómo te lo explico... Einstein demostró que el universo tiene quince mil millones de años, pero ésa es una edad contabilizada según entendemos *hoy* el tiempo. Nuestras actuales coordenadas espacio-temporales son muy diferentes a las que servían de referencia cuando se produjo el Génesis. En aquel entonces el universo era mucho más pequeño, no se había expandido. Y, al igual que el espacio, el tiempo tampoco había experimentado su posterior expansión. Si hicieras los cálculos según las reglas de la actual cosmología física, te sorprendería el paralelismo que existe entre cada día bíblico y los sucesivos estadios evolutivos en los que fueron apareciendo los seres que a su vez, y en el mismo orden, narra el libro del Génesis. Es obvio que las tinieblas del Antiguo Testamento se corresponden con el período arcaico geológico real. Y luego vino la vida: las plantas, los peces y aves, los animales superiores y por último... el ser humano, el fin de la creación.

—Pero para ti la creación no acaba aquí —apuntó Mika hacia la luna.

Adam siguió hablando hacia el valle.

—La ciencia nos dice que la evolución se ha detenido en el ser humano, que no va a tener lugar ningún avance considerable en sentido biológico. Pero está claro que, tal y como estamos configurados, no funcionamos correctamente. Así que, sabiendo que no vamos a disfrutar de una evolución biológica, es hora de introducir una evolución social.

Mika se incorporó.

—Cuéntame el final de tu plan —insistió—. ¿Qué va a pasar tras el día sexto?

—Si lo hago, destruiré su esencia.

—¿Cuál es esa esencia?

Adam la miró a los ojos y susurró:

—La sorpresa.

Le acarició el rostro, luego el cuello, pasando las yemas por cada centímetro de piel de forma tan delicada y sensual como solo él —y tal vez algún escultor del Renacimiento— era capaz de hacer.

—Al menos me contarás para qué hemos venido aquí.

—Eso sí.

Él tomó aire para empezar.

—O mejor, espera —le pidió Mika.

Sacó su móvil y abrió una nota en la que, antes de ir al *terreiro* de Padre Erotides, había descargado el libro del Génesis. Leyó en voz alta la parte que le interesaba:

Dijo Dios: «Bullan las aguas de seres vivientes y vuelen los pájaros sobre la tierra frente al firmamento del cielo». Y creó Dios los grandes cetáceos y los seres vivientes que se deslizan y que las aguas fueron produciendo según sus especies, y las aves aladas según sus especies. Día quinto. Génesis 1, 20-

Se estiró hacia delante, besó a Adam en los labios y, entonces sí, le preguntó con orgullo:

—¿Con qué vas a asombrar al mundo por quinta vez?

—La performance sigue su propio curso, ya lo verás en su momento.

—¡Nooo!

—Ahora tenemos que precisar todo lo referente a la ejecución.

No había tiempo para juegos. Mika tragó saliva.

—Te escucho.

Adam movió su dedo índice a un lado y otro.

—La ciudad. La presa. La desembocadura. Allí detrás, las cataratas. Todo eso ya lo has visto desde el aire. Pero hay algo más que no sale en las guías turísticas. Precisamente lo que hemos venido a buscar.

Señaló un grupo de luces de menor intensidad concentradas en un área de selva.

—La Penitenciaría Paraná Oeste.

—Así que aquello de allá es una prisión... —murmuró Mika, adivinando en la tibia oscuridad lo que parecían torretas de vigilancia y sucesivos muros.

—Una de las más duras, regida por el procedimiento de los centros de alta seguridad al estilo de Guantánamo. Es un penal femenino, las presas pasan veintitrés horas al día en celdas de seis metros cuadrados.

—¿Y por qué la has escogido?

—En ella vive Jaira Guimarães, la ajusticiada del día quinto.

—¿Es una mujer? —preguntó Mika, como si esa circunstancia cambiase de forma repentina su visión de las cosas.

Adam no entró en el debate.

—Al menos es una convicta —se relajó ella a continuación. Sin duda ayudaba el hecho de que la inminente víctima hubiese sido condenada por un tribunal—. De acuerdo. ¿Cómo vamos a hacerlo?

—No es una reclusa, Mika. Jaira Guimarães es la alcaidesa.

—¡Joder! —Se puso en pie de forma automática sobre el capó. El jefe de un clan de narcotraficantes, un maderero sin escrúpulos, un predicador corrupto, un especulador bursátil pedófilo y, ahora, la alcaidesa de una prisión de alta seguridad—. ¿Qué apartado de su currículum le ha hecho merecedora de lo que le va a pasar?

—Es una sádica.

—¿Con las presas?

—No sólo con ellas.

Una ráfaga de aire trajo el rumor de las cataratas.

Mika saltó del capó al suelo.

—Háblame más de esa mujer.

—Antes de hacerse cargo de esta prisión estuvo en otras: Vila Velha, Barreto

Campelo... Yo la conozco desde su época de directora de la penitenciaría femenina de Manaos. Ya entonces la comparaban con la Perra de Belsen, la sanguinaria supervisora de prisioneros de los campos de concentración nazis durante la Segunda Guerra Mundial. A Jaira Guimarães le gusta mezclar a las preventivas con las condenadas, a las acusadas de faltas leves con las peligrosas, lo que da lugar a constantes agresiones y violaciones. Aunque las peores perversiones ocurren en su propio despacho.

—¿Por qué nadie la detiene?

—Sabe bien cómo cubrirse. Para hacer el trabajo sucio, otorga privilegios a algunas presas que se convierten en su escuadrón privado, a las que incluso permite llevar armas blancas. Como ella misma afirma con desvergüenza, es una forma de matar a la serpiente con su propio veneno y no mancharse las manos.

—Ahora me dirás que vamos a entrar en esa prisión como si tal cosa para acabar con ella.

—Eso sería imposible. Aunque pudiéramos entrar, no hallaríamos un momento o lugar exentos de vigilancia. La estructura del penal responde al modelo de panóptico, con un puesto de control situado en el centro, desde el cual se vigilan los pabellones de celdas distribuidos en círculo. Además, como fue inaugurada la pasada década, dispone de paneles electrónicos para regular la apertura electrónica de todas las puertas y un sistema de control por vídeo de cada centímetro cuadrado de sus galerías, incluyendo un moderno entramado de alarmas y detectores de metales fijos y móviles.

—Pero...

—Pero hay un momento de la semana en el que la alcaidesa sale de la prisión.

—Y se convierte en una ciudadana de a pie.

—Anónima y desprotegida —completó Adam, complacido.

—Así que será ella quien venga a nosotros. ¿Cuándo ocurrirá?

—Después del amanecer. Siguiendo la rutina que mantiene desde hace años.

—¿Y dónde pretendes interceptarla? ¿Cuando se interne en esa zona de selva que rodea la prisión?

—Hay agentes de ronda veinticuatro horas al día.

—¿Entonces?

—Lo haremos allí, durante su parada habitual.

Señaló una edificación con un par de luces que vibraban en una oscura carretera de tierra, a las afueras de Foz de Iguazú.

—¿Club L'Amour? —Así decía el cartel—. ¿Es un local de alterne?

—El contrabando y el tráfico de estupefacientes suelen ir unidos a la explotación sexual, por lo que hay varios similares. Pero éste es el que más le gusta a la alcaidesa. En su día libre toma su primera infusión (con algún que otro gramo de polvo añadido) en uno de sus cuartuchos mientras golpea a una prostituta.

—¿Por qué nadie hace nada? —se indignó Mika—. Se supone que ahí no la

protegen las murallas de su feudo.

—Amenaza a las chicas con encerrarlas si abren la boca. Es una especie de peaje que tienen que pagar por trabajar aquí.

—No puedo creerlo. Este mundo es una basura.

—Nosotros lo hemos hecho así.

—Pero este país... Debería ser un ejemplo para el resto. En pleno florecimiento, con tantas posibilidades...

—Este país es como todos. Millones de brasileños viven azotados por las desigualdades, la especulación y la corrupción. Mira a tu alrededor. Incluso esta selva maravillosa tiene sus días contados. Cada año deforestan para el cultivo de soja superficies tan grandes como algunos países de Europa. Es nuestra lacra, actuamos siempre pensando en el inmediato plazo. Dentro de poco, a los extranjeros que se acerquen a visitar las cataratas les dirán: «¡Hace años, en Brasil había indígenas y árboles!».

—Ya...

Adam detectó un atisbo de duda en la mente de su pupila.

—Hasta ahora, la gente se ha echado a las calles en movimientos espontáneos convocados por internet. Masas sin líderes que asustaban a políticos y analistas pero que, al igual que surgían, se desinflaban. Ninguno ha llegado a alterar este sistema enfermo. Sin embargo, el Nuevo Génesis supondrá un cambio radical. No te preocupes por tus reacciones (es bien sabido que el cuerpo es reactivo a los cambios), pero tampoco dudes en enfrentarte a ellas. Es el momento de gritarte a ti misma: «¡Despierta!». Cuando contemples el mundo con ojos nuevos, sin tamizar por los velos que nos impone el mismo sistema que queremos combatir, verás que estamos haciendo algo necesario e ineludible.

Mika asintió.

—Es como si me estuviera escuchando a mí misma, con la diferencia de que tú llevas el discurso hasta las últimas consecuencias. Realmente te admiro...

—Vayamos al Club L'Amour. Tienes que aclimatarte antes de tu encuentro con la alcaidesa.

—¿Qué estás diciendo?

—La *madame* ya tiene preparada tu habitación.

Detuvieron la ranchera en una explanada de tierra frente al Club L'Amour. Podía pasar por un chalet particular, con sus dos plantas, la balaustrada y el tejadillo a dos aguas que intentaba evocar la arquitectura colonial. Estaba pintado de un color salmón que dañaba la vista y mantenía encendidas dos lámparas rojas cual buque varado con sus luminarias de emergencia.

—¿Recuerdas que en São Sebastião te hablé de una ranita pequeña como una nuez? —le preguntó Adam.

¿A qué viene eso ahora?, pensó ella. De cualquier modo, agradecía retrasar el momento de bajar del vehículo y entrar en ese local infecto.

—¿La del veneno?

—*Phyllobates terribilis*, más conocida como rana dardo dorada. En realidad hay casi doscientas especies venenosas de esta familia de anfibios, pero ésta es la más mortífera.

—Me contaste que los indígenas la utilizan para cazar, acercándola a una hoguera para que exude y humedecer sus flechas.

—Lo hacen así porque en las glándulas de su piel porta un alcaloide llamado «batracotoxina» que funciona como un arma química letal.

Entonces se dio cuenta.

—No me digas que estás acabando con los ajusticiados al estilo indígena... ¿Cómo lo haces? ¿Les inyectas esa bata...?

—Batracotoxina. Basta con un pinchazo o, dependiendo de la dosis, incluso con acercarla a las mucosas. Un perro puede morir sólo por lamer un papel por el cual ha caminado una *terribilis*.

—¿Y cuántas ranas hacen falta para matar a un hombre?

—Deberías formular la pregunta al revés: a cuántos hombres puede matar una sola rana. La cantidad de toxina que porta cada ejemplar varía según su territorio y su dieta, pero puede promediarse en un miligramo. Suficiente para matar a quince mil ratones de laboratorio, dos elefantes africanos o veinte seres humanos.

—Parece increíble que con esa cantidad...

—La dosis letal para un hombre de setenta kilos es equivalente en peso a dos granos de sal de mesa. El problema es que estos batracios no son fáciles de conseguir. Intenté criar individuos en cautividad, pero cuando pierden su libertad también pierden su toxicidad.

—Supongo que será porque no se sienten amenazados.

—En parte. Pero sobre todo porque les damos de comer moscas de fruta y grillos pequeños carentes del alcaloide, en lugar de las hormigas y escarabajos endémicos de su hábitat a los que se atribuye la toxicidad.

Adam metió la mano en un bolsillo y sacó una cápsula metálica de unos seis centímetros. La desenroscó por el centro y, al separar la parte que hacía las veces de tapa, quedó a la vista una aguja que salía de la otra mitad. Se la pasó a Mika, sujetándola con cuidado. Ésta la acercó a sus ojos para examinarla con detenimiento bajo la sola luz de las lámparas del club que llegaba hasta el vehículo.

—Ten muchísimo cuidado de no pincharte. Ni siquiera toques la aguja.

—¿Cómo actúa el veneno? —preguntó, como hipnotizada.

—Técnicamente, estás frente a una neurotoxina que activa los conductos iónicos de las neuronas y las células musculares, dejando abierto el canal y produciendo su despolarización irreversible.

—Y menos técnicamente...

—Para que lo entiendas, impide a los nervios transmitir impulsos y deja los músculos en estado inactivo de contracción, produciendo hiperexcitabilidad de los tejidos, fibrilación y otros fallos cardíacos.

—Y, a la vista de cómo murió el pastor Ivo dos Campos en São Sebastião, actúa de forma inmediata.

—Depende de la dosis y la constitución física de la víctima, pero nadie pasa de los primeros minutos. Los síntomas de emponzoñamiento, con esa coloración azulada, son casi instantáneos, al igual que la inmovilización y la descoordinación motora. Al poco sobreviene la falta de aire, las convulsiones... Te advierto que no es agradable.

—Y nadie es inmune, ni hay antídoto.

—Las ranas dardo doradas son las únicas criaturas inmunes a su propio veneno. Les encanta comer los escarabajos que producen la toxina y, por gracia creativa de la naturaleza, los canales de sodio de su diminuto cuerpo vertebrado son diferentes al resto de las especies y no resultan dañados. Y no, no hay antídoto.

—«Encantada de conocerte, di tus plegarias, desde ahora no hay vuelta atrás» —canturreó Mika de forma apenas imperceptible, recordando una canción de Foo Fighters.

Adam le entregó la tapa de la cápsula. Ella la enroscó y la guardó en el bolsillo delantero del pantalón.

—Ya tengo el arma —dijo, pretendiendo parecer serena—. ¿Cuándo se la clavo? ¿Espero a que se desnude, si es que lo hace? ¿Puedo inocularle el veneno a través de la ropa?

—Lo importante es que la aguja traspase su piel, cuanto antes mejor. No le des tiempo a que saque sus juguetes.

—¿Qué juguetes?

—Cuando llegues a la habitación, mira debajo de la cama.

—¿Es que no vas a acompañarme?

—No puedo.

—¿Ni siquiera hasta la puerta, para hablar con la encargada?

—No sería prudente, faltando tan poco para el final del plan. Si alguien me reconociera se arruinaría todo.

—Pero...

—Confío en ti, Mika. Ya no eres el pequeño cisne blanco que vino a visitar mi empresa. Ha florecido el cisne negro que llevabas dentro. Sabía que estaba ahí. Un cisne negro bello e implacable.

Tras aquella referencia a la transformación en *El lago de los cisnes* de Tchaikovsky, Mika comprendió lo que Adam quiso decir cuando escuchó en Creatio su discurso sobre la pacificación de las favelas. «Mi pequeño cisne blanco», dijo entonces, y ella pensó que le reprochaba su fragilidad.

—Más bien soy un cisne negro cansado y asustado.

—Por eso admiro lo que estás haciendo. Yeats decía que a los mejores les falta convicción y a los peores les sobra pasión e intensidad. Tú lo tienes todo. Respira hondo y demuéstremelo. Para ayudarme en el día sexto y contemplar juntos el Nuevo Génesis, necesito que pases esta prueba.

—Así de crudo...

Adam sacó un sobre de dinero similar al que había entregado a los nativos en la pista de aterrizaje.

—Dale esto a *madame* L'Amour. Cuando termines el trabajo, haz la fotografía y envíala a mi móvil. Ya sabes cómo encuadrarla, has visto las otras cuatro. A partir de entonces deja todo tal cual esté y vuelve aquí.

—¿No podríamos asaltarla antes de que entre? —propuso Mika *in extremis*—. Esperamos a que llegue al aparcamiento y la sorprendemos. Mucho más sencillo.

Adam negó.

—Vendrá acompañada del chófer de la prisión y un guardaespaldas que permanecerán ojo avizor hasta que la vean cruzar la puerta del club. Entonces se marcharán y volverán a buscarla al cabo de una hora. Todo ha de hacerse en ese espacio de tiempo, incluyendo la retirada del cuerpo, pero eso no es cosa tuya.

Mika se reclinó sobre el reposacabezas y se quedó mirando al techo de la ranchera.

—Me dejas sola. ¿No serás tú el sádico?

—¿Seguro que estás bien?

—Acabaré con esa mujer. Te prometo que incluso me sentiré bien haciéndolo.

Adam maduró lo que acababa de oír.

—Deja que te cuente una historia. ¿Sabes quién es Pedro Rodrigues Filho?

—No.

—En Brasil se le conoce como Pedrinho Matador, un asesino en serie que cumple prisión por el asesinato de setenta y una personas, aunque se sabe que son muchas más. Este hombre liquidaba a otros criminales, descargando su instinto asesino en corruptos, traficantes... Seguro que me dirás que no te parece muy distinto a lo que hacemos, pero no tiene nada que ver. Primero, porque Pedrinho comenzó a ocupar el

lugar de sus víctimas en el negocio del hampa, dedicándose él mismo a vender droga o a extorsionar; y, sobre todo, por su desatinada motivación, que aún lleva tatuada en el brazo para no dejar lugar a dudas: «Mato por placer». Así es el ser humano, al final siempre hacemos las cosas pensando en la satisfacción de nuestros deseos más egoístas. Carecemos de un plan superior.

—Hasta ahora.

—Eso es, hasta ahora.

Mika se volvió hacia él sobre el asiento.

—Júrame que no haces esto por tu satisfacción personal, para dar rienda suelta a tu creatividad. Júrame que tu plan está por encima de tu propio ego.

—Podrás comprobarlo tú misma.

Mika agarró la manilla de la puerta, se lo pensó durante dos segundos y salió decidida.

Entró con cautela. El interiorista tampoco había tenido su mejor día. Las gruesas tulipas de la lámpara retenían casi toda la luz; los pocos rayos que escapaban eran sorbidos de inmediato por los tabiques pintados de malva, sumiendo al local en la penumbra; parquet sintético que parecía pulido con la cachaza de las *caipirinhas* por cómo se pegaban las suelas; una barra de bar con taburetes solitarios tapizados de cebra; colgado de un soporte, un televisor que proyectaba clásicos del fútbol europeo.

Tras la barra no había nadie. En un sofá frente a la pantalla, un hombre de color.

—Buenas noches —saludó sin volverse mientras miraba la repetición de un gol de Raúl en su partido homenaje.

—Busco a *madame* L'Amour.

Entonces sí, se volvió. Aún sentado, se le adivinaba una estatura superior a dos metros. Sus brazos de culturista le recordaron a los de Padre Erotides y, de rebote, pensó en Mamá Santa. Le habría gustado tenerla a su lado. La imaginaba entrando en el bar con su mezcla de desparpajo y paternalismo, hablando como si llevase un altavoz incorporado y poniendo orden tanto en la grasienta vajilla como en las aún más grasientas almas de las fulanas.

—¡Silvana! —llamó el vigilante a la *madame* por su nombre de pila.

Una mujer caballuna apareció a través de una cortina de hilos plateados que se deslizaban a duras penas por su rostro maquillado. La edad más que madura que intentaba soterrar bajo el rímel y el carmín de sus labios inflados salía a la superficie de forma violenta, como una pelota de plástico introducida a la fuerza en una piscina. Parecía una ajada transexual. Mika trató de entrever la nuez entre los pliegues del cuello.

—Perdona —dijo con un vozarrón que apoyaba la tesis—. Acababa de coger el sueño.

—Creo que tienes una habitación para mí.

—Llamaré a las chicas. —Reprimió un bostezo—. Están todas dormidas; eres la primera cliente del día.

—Me refiero a una habitación vacía.

La tal Silvana despertó de golpe.

—¿Eres la persona que yo estaba esperando?

—Quiero pensar que sí.

—No me dijeron que fuera a venir una *garota*. ¿Cómo te mandan a ti? Esa zorra te va a comer con patatas.

—Yo cumpliré mi parte. Cumple tú la tuya.

Silvana suavizó su mirada desafiante, se venció por fin al bostezo y dijo sin terminar de cerrar la boca:

—No sé para qué me meto. Hazlo como quieras, pero asegúrate de dar el golpe de gracia a esa zorra.

Mika le ofreció el sobre, pero en el último momento lo mantuvo agarrado. Pensó que la indefinida *madame* L'Amour podría delatarla y sacar tajada por duplicado. No había comentado con Adam ese extremo (ni ningún otro). Seguro que lo tendría controlado, pero habría sido mejor pagar al final. Qué estúpida...

—¿Vas a dármele o no? —se enojó. Debió de leer las dudas en los ojos de Mika—. Te aseguro que tengo muchas más ganas que tú de verla muerta. Esa zorra me está hundiendo el negocio. Todo el mundo sabe de sus visitas, ya sabes cómo corren las noticias por los bajos fondos, por lo que muchos clientes prefieren no venir y sólo puedo contratar a las chicas más desesperadas. Pero hay otra razón.

—¿Cuál es?

—Que a mí no me chulea nadie.

—Recuerda que tiene que entrar en mi habitación sin sospechar nada.

Silvana suspiró con hastío.

—Mi abuela fue una estrella de revista y yo llegué a actuar en el Teatro Guaíra de Curitiba, aunque para ello tuve que abrirme de piernas al pianista, ésa es la verdad. Así que no te alteres, que sé bien lo que tengo que decir para convencerla. Además, eres la chica ideal para la farsa. A Jaira Guimarães le gusta la carne fresca y virtuosa; ya se encarga ella de marcarla.

Mika se estremeció. *Madame* L'Amour aprovechó para arrancarle el sobre que aún mantenía sujeto. Sin necesidad de abrirlo, lo sostuvo sobre la palma de la mano como quien calcula el peso de un pescado. Satisfecha, selló el pacto con una última aclaración:

—Tú te llevas el cuerpo.

Mika pensó en el cajón que esperaba en el maletero de la ranchera y en el comentario de Adam al respecto.

—Se hará todo según lo acordado.

—No quiero que esto me salpique. Bastantes fluidos de esa zorra he tenido que limpiar de mis sábanas como para ahora tener que limpiar también su sangre.

—No habrá sangre.

Silvana se inclinó sobre la barra del bar y sacó de la cámara una lata de Guaraná Antarctica, el mismo refresco que ilustraba un calendario colgado junto a la caja registradora.

—Primer piso, habitación número 5 —dijo, y se zambulló de nuevo en la cortina de hilos.

La estancia, bastante más grande de lo esperado pero no menos desangelada, era una proyección del ambiente espeso que se respiraba —a duras penas se podía respirar— en la planta baja. Junto a la cama había una mesilla con una lámpara de plástico y un cenicero repleto; en un lateral, un lavabo y un retrete con una funda de tela en la tapa.

Le costaba mantenerse entera. Desde su adolescencia había conocido escenarios de gran dureza en los viajes con su padre, quien en ocasiones trabajaba en rincones del África bélica por los que evitaban pasar los propios milicianos. Pero el olor a desinfectante barato y la desesperanza adherida a las paredes le provocaban un cansancio atroz. Y también una profunda tristeza.

Examinó un ventanuco cubierto con un plástico fijado al marco con cinta de embalar. Se lavó la cara en el lavabo y secó las manos a base de agitarlas sin tocar la raída toalla.

Faltaba algo.

Se agachó a mirar debajo de la cama. Sacó una caja de cartón. Estaba llena de ropa erótica y artilugios sexuales para técnicas extremas. Argollas, máscaras de cuero con un solo agujero para la boca, en el que había una bola de plástico para potenciar la sensación de asfixia; un arnés de cintura con un consolador, incluso una fusta que casaba con su descripción de torturadora de las SS.

No creo que me deje darle un abrazo de bienvenida, caviló mientras los examinaba por encima, moviéndolos con un dedo para no tocarlos demasiado. Lo mejor sería echarse a sus pies como la esclava que vendría buscando y clavarle la aguja en la pierna. Tendría que tener cuidado con la tela de la falda o el pantalón, y fijarse bien en si llevaba botas. Si partía la aguja, habría hundido por completo el plan de Adam.

Al principio se dedicó a dar vueltas de pared a pared por la estancia, como una demente en su cuarto acolchado. Pensaba en todos los hombres que habrían yacido allí y le daba asco tumbarse sobre la manta sebácea. Camioneros y contrabandistas, camellos, turistas buscando algo más que cataratas. Creía notar partículas flotantes de sudor en el aire viciado.

Decidió no pensar en lo que iba a hacer. O, más bien, no pensar *exclusivamente* en lo que iba a hacer. Si analizaba el pinchazo a la alcaidesa como algo aislado de todo lo demás, le parecía una aberración. Pero visto desde el interior del huracán que conducía su vida desde que se asomó a la favela de Monte Luz en busca de Purone, comenzaba a antojársele algo natural. Más aún, como había dicho Adam: necesario e ineludible.

Cuando la espera empezaba a hacerse insoportable, oyó pasos por el pasillo. Se

detuvieron frente a su puerta. El corazón comenzó a golpear en su pecho de forma desbocada. No sabía dónde colocarse. Permaneció en pie en mitad de la habitación.

El pomo no acababa de girar. Por algún motivo se atrancaba.

Llevó la mano al bolsillo. La cápsula con la aguja impregnada de batracotoxina aguardaba ansiosa.

Dieron un tirón más fuerte y por fin se abrió.

Era el hombre de color de la planta baja, portando una bandeja de aluminio. La dejó sobre la cama y se marchó sin decir nada.

Mika soltó la respiración contenida y se acercó para ver qué había traído. Una comida completa, mucho más que un tentempié. Judías con pez del río frito, bolas de chipá elaboradas con almidón de mandioca y un vaso de tereré, el mate con agua fría que consumían en la zona. Adam debía de haber dado instrucciones de que cocinasen para ella. La imagen desprendía un aire carcelario, como si fuera una reclusa en el corredor de la muerte a punto de degustar su última comanda. Apartó esos pensamientos y se lanzó sobre el plato con ansia canina.

Apenas había empezado, volvió a oír ruidos en el pasillo. Frenó de golpe sus mandíbulas y apartó la bandeja a un lado. Se puso en pie. También oyó voces. Creyó distinguir a *madame* L'Amour hablando con otra persona.

Puedo hacerlo, puedo hacerlo...

Acarició el kanji que llevaba tatuado en su cadera derecha. El camino del guerrero que le había ayudado a superar la dureza de tantos entrenamientos e inspirado en mil combates. Ante el más difícil de todos, todo refuerzo era bienvenido.

Movimientos forzados en el pomo.

Se fijó en su atuendo y pensó con alarma —ya no había tiempo para corregirlo— que no tenía mucho aspecto de prostituta. Al menos no como ella imaginaba a las chicas de aquel local, con escueta ropa de encaje y zapatos de plataforma. Pensó en remangarse la camiseta hasta los pechos, pero decidió estirla aún más hacia abajo. Con aquellas deportivas y tejanos tan mojigatos, la única opción que le quedaba era adoptar un rol adolescente. En el último segundo trató de relajarse para, a su vez, parecer más desgarrada. Confió en que funcionase. Más valía que así fuera.

La puerta se abrió y apareció ante ella la alcaidesa Jaira Guimarães.

De mediana estatura. Constitución fuerte. Pelo grisáceo cogido en una trenza. Falda hasta la rodilla. Blusa y chaqueta. Zapatos masculinos de cordones. Con un toque de institutriz, pensó Mika. También de ejecutiva, si no fuera por cierta falta de higiene que traslucía la piel cubierta por una película de sudor y los ennegrecidos rebordes del cuello Mao.

Contemplaba a Mika con unos ojos grises sin expresión, inyectados en sangre como si hubiera pasado varias horas frente a un ordenador. Tenía un tic en la mejilla izquierda. Mika trajo a su mente todo cuanto le había contado Adam. Necesitaba ver el monstruo que albergaba.

—Así que eres nueva —fue lo primero que dijo—. Se nota a la legua, pero no te

preocupes. Siempre que hagas lo que te diga, conmigo no vas a tener ningún problema. Dentro de un rato saldré por esta puerta y tú podrás sacarles a esos cerdos del pueblo el dinero de la soja. Con ese cuerpo que tienes —la recorrió de arriba abajo—, no va a suponerle ningún esfuerzo.

Hablaba sin moverse del sitio, aún parada junto a la puerta.

Mika llevó la mano al bolsillo en el mismo acto reflejo que la vez anterior.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó la alcaidesa, curtida entre convictas.

—Nada.

—Yo creo que es algo.

—De verdad que no es nada.

—¡Enséñamelo!

Mika no podía creer que la hubiera descubierto antes de empezar. Lo extrajo despacio del bolsillo y se lo mostró sobre la palma de la mano.

—Es un pintalabios —se le ocurrió decir en el último momento.

La alcaidesa no consideró necesario examinarlo.

—Así que quieres ponerte guapa.

—Era por si quería usarlo usted.

¿De verdad había dicho esa estupidez? Había sido un instintivo paso adelante para aparentar no tener nada que ocultar, pero quizá se había pasado.

—Entonces soy yo la que no te gusto.

Sí, se había pasado.

—No he dicho eso.

—¿Te parezco desagradable?

—No.

—Vengo de trabajar, pequeña. —Su voz comenzó a endurecerse—. Llevo seis días seguidos en esa prisión del demonio metiendo en vereda a furcias como tú. Así que te ruego que me tengas un poco más de respeto y consideración.

—Lo siento.

Mika bajó la cabeza en señal de sumisión al mismo tiempo que, sin haberse preparado para ello, recibía una sonora bofetada que la tiró al suelo.

Aún conmocionada, se percató de que la cápsula con la aguja se le había caído de la mano y rodaba bajo la cama.

Gateó hacia ella.

—¡Mírala, si parece una perrita en celo! —exclamó la alcaidesa mientras le pisaba la espalda, aplastándola contra las baldosas.

Mika ya no la oía. Se arrastraba hacia la cápsula para terminar el trabajo cuanto antes. Era justo lo que no tenía que hacer, obrar de forma improvisada, pero sólo pensaba en cerrarle la boca.

Se estiró bajo el canapé de madera hasta que la alcanzó y dio media vuelta con agilidad, quedando de rodillas frente a la cada vez más brusca Jaira Guimarães. Fue a abrirlo, pero no acertaba a girar la tapa. Quizá estaba agarrándola del lado contrario.

—¿Ya estás otra vez con ese pintalabios? Y yo que te dejaba husmear ahí abajo creyendo que buscabas la caja de los juguetes. ¡Sácala!

Le dio una brutal patada en el pecho con sus mocasines de hombre, haciendo que Mika se golpease la espalda contra la estructura de madera de la cama. El borde se le clavó en una vértebra, produciéndole un dolor aún más intenso que el propio impacto en los senos. La alcaidesa se le echó encima y la volteó con tanta fuerza como pericia, volviendo a ponerla a cuatro patas.

—¡Qué te metas bajo la cama y saques la caja, perra! —exclamó con rabia.

Mika aguantó unos segundos en esa postura respirando como un buey mientras la alcaidesa le pateaba las nalgas y el costado. Quería levantarse para matarla con sus propias manos, pero tenía que hacerlo con el instrumento preciso para cumplir el protocolo y tomar la fotografía. Si se enzarzaba en un forcejeo, aún a sabiendas de que iba a salir victoriosa, se arriesgaba a romper la aguja.

La avispada alcaidesa se fijó en el puño cerrado de Mika y lo pisó hasta que aflojó los dedos y el supuesto pintalabios volvió a quedar libre. Le propinó un puntapié que lo mandó detrás del retrete y siguió pateándole el cuerpo.

Mika no lo soportó más. Según estaba arrodillada mirando a la cama, agarró la bandeja de la comida al tiempo que se ponía en pie, daba media vuelta y, dejando caer por el camino los platos y el vaso de mate, la estrelló contra la cabeza de la alcaidesa produciendo un ruido similar al de un gong.

—¿Qué haces, puta? —chilló ésta mientras su nariz se convertía en un surtidor.

Lo siento, madame L'Amour, pero sí que va a haber sangre.

Sin dejar que reaccionase, volvió a golpearle con la bandeja, esta vez en la barbilla, de abajo arriba. La alcaidesa se levantó unos centímetros del suelo y cayó desplomada junto a la puerta de entrada componiendo un gesto grotesco. Mika corrió hacia la cápsula, la desenroscó, sujetando el soporte con cuidado de no tocar la aguja, y repasó el cuerpo tendido decidiendo dónde pinchar.

En la pierna, como había previsto.

Cuando iba a lanzarse sobre ella, la alcaidesa arqueó la espalda y echó mano de una pequeña pistola Glock que llevaba enfundada bajo la chaqueta. Todavía tumbada en el suelo, la empuñó contra Mika mientras, con suma pericia, presionaba con el pulgar el interruptor del liberador deslizante y cargaba la primera bala de 9 milímetros dentro de la recámara.

—Te has equivocado de papel, pequeña. En esta obra sólo sacudo yo.

Mika vio con terror cómo apretaba el gatillo.

Despacio.

Regodeándose.

En ese momento, alguien se acercó a la puerta. Tal vez era el vigilante atraído por el escándalo de la bandeja y los cristales rotos, tal vez Silvana o alguna de las chicas. El caso es que el casi imperceptible roce de una oreja contra la madera al otro lado fue suficiente para que la alcaidesa desviase la mirada. Tan sólo unas décimas de

segundo que Mika aprovechó para saltar como una pantera hacia delante, apartándose de la línea de tiro al tiempo que se ponía en disposición de arrebatarse el arma.

La alcaidesa disparó.

La bala impactó en el lavabo, esparciendo trozos de cerámica sobre sus cabezas.

Mika aterrizó con la pierna izquierda y, simultáneamente, soltó la derecha como un látigo contra la Glock humeante, que salió despedida.

La alcaidesa trató de levantarse, pero Mika se balanceó hacia la puerta, agarró el pomo, la abrió —como si la empujase un tifón— y le golpeó la cabeza con el canto.

Fue un chasquido seco. Jaira Guimarães sufrió una convulsión y quedó inconsciente sobre la sangre que seguía brotando de su nariz.

Mika se asomó al pasillo. Quienquiera que se hubiese acercado había volado con el disparo. Cerró la puerta de nuevo, apartó la pistola con el pie, cogió a la alcaidesa a horcajadas y la arrojó sobre la cama.

Levantó su falda dejando el muslo al descubierto y empuñó la cápsula como si fuera un estoque.

Allá voy...

Sus músculos no respondían, como si la mano que sujetaba la aguja perteneciera a otra persona. No era fácil matar. Hacerlo en frío, a pesar de lo que había vivido unos segundos antes. La situación era otra. No estaba siendo agredida, no le apuntaban con una pistola. La alcaidesa era una fachosa muñeca de trapo, un maniquí desechado en un almacén.

Acaba el trabajo...

Movió los labios, apenas un temblor, diciendo algo ininteligible incluso para ella misma, tal vez una oración o el más sañudo desprecio, quién sabe.

Demasiada espera. Imaginó a Adam entrando en el cuartucho con gesto de decepción, quitándole la cápsula de la mano para ocuparse *en persona*.

No.

Levantó el brazo, dio un grito pavoroso y hundió la aguja en la carne blanda.

Silencio.

Dentro de aquel cuarto infecto. En el edificio. Silencio en todo Foz de Iguazú, en el mundo entero.

Mika derrengada en el suelo, junto a la cama.

Acariciaba sus propios brazos magullados por las patadas.

Le dio asco estar allí. Se levantó.

La alcaidesa desarrollaba sobre el camastro cada uno de los síntomas prescritos por la batracotoxina de la *Phyllobates terribilis*.

¡Flash!

La fotografía.

Abandonó la habitación dejando todo tal cual estaba, como le había indicado Adam. Bajó a toda prisa la escalera que conducía al bar. *Madame L'Amour* y su vigilante —una torre negra flanqueando a su reina en aquel grotesco tablero— estaban de pie junto a la barra. Ninguno dijo nada.

Salió al exterior y comenzó a tiritar. El alba era fría como el cuerpo de la alcaidesa. Caminó hacia la ranchera, solitaria en un extremo del aparcamiento. Tenía unas ganas terribles de abrazar a Adam.

El parabrisas estaba saturado de vaho de la condensación. Mientras se aproximaba, se abrió la puerta.

¿A quién pertenecía esa bota?

Era uno de los vaqueros que les habían recogido en el aeropuerto. Mika estiró el cuello para mirar en el interior del destartado vehículo.

Vacío.

—¿Dónde está? —preguntó, nerviosa.

—¿Te refieres al jefe?

—El que llegó anoche conmigo.

—Se ha ido.

—¿Cómo que se ha ido?

—Con la avioneta.

Mika no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Se ha marchado sin mí?

—Eso parece —le contestó con cierto retintín.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo puede dejarme aquí después de...?

—En cuanto llegue mi compañero nos ocuparemos de limpiarlo todo, tranquilícese.

Estaba demasiado aturdida para gritar. Parada en mitad del aparcamiento, en mitad de ninguna parte. Sola. Se llevó las manos a la cabeza. Todo le agredía. La gravilla del suelo temblaba como las moscas de un televisor codificado. El lejano estruendo de las cataratas le taladraba la sien.

El vaquero inclinó la cabeza y agitó la mano delante de su rostro.

—¿Hola? ¿Señorita? Hay que ponerse en funcionamiento.

Mika reaccionó.

—¿En funcionamiento?

—El jefe me ha pedido que le lleve a la estación de ómnibus de Foz de Iguazú. Allí tiene que subir a una furgoneta-taxi con destino a Brasilia.

—¿Cómo que a Brasilia?

—Es la capital.

—Ya sé que es la capital. Pero está en el centro del país. Tiene que estar a un millón horas de distancia.

—Si hay más viajeros con ese destino —siguió reproduciendo el mensaje sin inmutarse—, escoja un transporte compartido para pasar más desapercibida. En otro caso, contrate uno para usted sola y salga cuanto antes. El jefe ha dicho que pague lo que haga falta.

Metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes que Mika cogió sin mucha convicción.

—¿Por qué no puedo ir en avión? Con este dinero podría comprar la compañía aérea.

—El jefe no quiere que usted conste en los registros de entrada en la capital. La carretera es la única vía anónima. Cuando llegue a la estación central de Brasilia, diríjase a la consigna y busque la taquilla 6. La contraseña es 666. ¿Lo tiene?

—El número de la bestia —murmuró Mika mientras asimilaba la información.

Ya se lo preguntaban los periódicos: «El asesino del Génesis, ¿Dios o diablo?». Más que por la diabólica cifra, Adam habría querido hacer un guiño al día sexto. Todo seises, una combinación fácil de recordar. ¿Qué contendría la taquilla? Dependería de lo que fuesen a hacer en Brasilia. Allí estaba la sede del Gobierno del Distrito Federal. No estaría pensando en... Cada cosa a su tiempo, habría dicho él. La sorpresa. Y el orden. Y la focalización mental para evitar la dispersión. Mientras estemos con una acción —parecía estar oyéndole—, pensemos sólo en ella. Cerremos el día quinto y mañana hablaremos del sexto. ¿De verdad quiero seguir bailando al son que me marca?, se preguntaba una Mika al límite de su resistencia. Estoy aquí sola, con las manos manchadas de sangre. ¿Y qué puedo hacer? Después de lo que ha pasado ahí dentro, sólo cabe seguir adelante.

Di tus plegarias,

desde ahora no hay vuelta atrás...

Pusieron rumbo al centro a través de bulevares de palmeras, sorteando charcos que salpicaban barro naranja. La dejó en la puerta de la estación. Era temprano, pero algunos viajeros ya reptaban bajo sus mochilas. Una legión de vendedores ambulantes desplegaba mercancía ante sus rostros somnolientos. La humareda de los tubos de escape tiznaba de hollín las fosas nasales.

Contactó con el conductor de una furgoneta que tenía un cartel de BRASILIA en el parabrisas. Siguiendo las instrucciones de Adam, esperó un rato para ver si alguien más se unía al viaje.

—¿Te han gustado las cataratas? —le preguntó aquél para romper el silencio mientras apuraba una infusión en un vaso de cristal traído de la cafetería.

Mika no contestó. Hizo un gesto indefinido y permaneció de pie sin moverse, apoyada en la carrocería.

El conductor era un chico espigado que apenas pasaría de los veinte años, con deportivas altas y una camisa de cuadros abrochada hasta arriba. Le recordó al Purone que conoció el primer año en la facultad. ¿Se encontraría bien? A cada momento lo tenía en mente, quería llamarle al hospital, escuchar por fin su voz. Pero aún no habría despertado, apenas habían pasado dos días desde la operación. ¿O menos? En el universo de Adam Green el tiempo discurría a su propio ritmo. Los días del Nuevo Génesis, al igual que los de la creación bíblica, equivalían a millones de años.

Se acordó (¿por qué entonces?) de que, en la favela, a Purone le llamaban *coxinha* porque sus marcados gemelos parecían muslos de pollo; y de cómo él les explicaba que los tenía así porque de pequeño siempre caminaba de puntillas. No sólo de pequeño, pensó Mika. Eres un genio y, sin embargo, siempre pasas de puntillas por este mundo, con tu discreción y tu adorable sonrisa y ese corazón a escala de tus murales de cuatro pisos...

De repente sintió un estremecimiento ambiguo.

Placentero y doloroso.

¿Purone?

Por primera vez no pensaba en él como su amigo. Más bien como... ¿su pareja?

Ay, Dios...

Agitó la cabeza, como si quisiera expulsar una turbadora sensación que se hacía cada vez más patente. Pero esa sensación ya estaba adherida a todos sus huesos y piel, a cada célula. ¿Esto es por Adam Green? ¿Es algún tipo de mecanismo de autodefensa emocional?

¿Por qué me haces esto, Purone? Justo ahora que no hay vuelta atrás. ¿O sí la hay? ¿Qué me aconsejarías tú? ¿Me animarías a seguir? ¿Vendrías conmigo a Brasilia, a hacer lo que sea que haya de hacer? ¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo? Recuerdo lo que me dijiste el lunes. Cuando viste la estrella de luz sobre el rascacielos te pareció una obra de arte. Lo que me pasó a mí no lo empaña, dirías. Era arte, Mika, arte. Llega hasta el final.

Llega hasta el final...

Saltaba de un sentimiento a otro como si estuviera montada en ese barco pirata de los parques de atracciones que se balancea hasta que el estómago asoma por la boca. Pero en todo momento persistía un regusto a traición. Se estaba entregando a Adam, desnuda en el más amplio sentido de la palabra, pasando por encima tanto de Purone como de sí misma. Si algo odiaba en este mundo era la mentira, y Adam no había sido sincero con ella. ¿Por qué se lo consentía? Cuando hablaron en el apartamento del Copan ni siquiera mencionó su relación con el colectivo Boa Mistura. Silencio que su empresa Creatio patrocinó su proyecto artístico, que les colocó físicamente en la misma favela donde más tarde provocó la reyerta.

Seguro que no estaba previsto que las cosas sucedieran de ese modo. Era el primer ajusticiamiento, le diría Adam, tal vez el más complicado, y no calibraron

bien los efectos. Daños colaterales, como escribió en el correo electrónico. Maldito *mail*. En aquel momento pensaba que su amigo había muerto, estaba volviéndose loca, y en lugar de contárselo todo o dejarla en paz, le envió aquella misiva que la volvió más loca aún.

¡Eso fue cruel, Adam, cruel!

Un movimiento creciente entre los viajeros y empleados de la estación le devolvió a la realidad. Hablaban entre sí, se aglomeraban junto al aparato de radio de la mujer de la taquilla, consultaban los móviles.

Sacó el suyo y entró en Twitter.

Allí estaba la fotografía.

La que ella misma había disparado.

El rostro de la alcaidesa Jaira Guimarães, exhibiendo el beso de la rana dardo dorada bajo el consabido texto.

#DíaQuinto.

El conductor estaba recostado en el interior de la furgoneta, sin enterarse de nada.

—Vayámonos —dispuso Mika, entrando y cerrando el portón tras de sí.

Aquél dibujó un rostro de incredulidad.

—No podemos ir vacíos.

—Sí que podemos.

Extrajo cuatro billetes de cien dólares americanos del fajo y se los ofreció.

—¡Tachán, dijo el mago! Pues sí que podíamos, *gringa*, tenías razón. Pero tú pagas la gasolina.

—Sólo si llegamos antes del amanecer de mañana.

—¿Sin parar a dormir? ¡Está muy lejos!

—Entonces tendré que buscar a otro.

Hizo ademán de salir.

—¡De acuerdo, de acuerdo! —Cogió los billetes—. Si me quedo dormido y nos desayunamos un tráiler, explícale a mi jefe que al menos opuse resistencia a esta idea de locos.

Encendió el motor.

—Antes del amanecer —insistió Mika.

El otro giró el volante sin contestar y preguntó:

—¿Dónde recogemos tu equipaje?

—No llevo.

—¿No llevas ni una bolsita para las pinturetas?

Imitó el gesto de maquillarse. Mika se inclinó hacia delante y le habló a un centímetro de la oreja.

—He reñido con mi novio. No me hagas explicártelo si no quieres que riña también contigo. Te aseguro que puedo causar mucho dolor.

Lo dijo con convicción.

El conductor imitó un saludo militar y salió de la estación haciendo chirriar las

ruedas.

Ya estaban dejando atrás la ciudad cuando sonó un teléfono.

—¡Lo cojo con manos libres! —anunció el chico en plan profesional.

Conectó el altavoz.

—¡Sandro! —sonó una voz metálica al otro lado.

—*Eai, Pepe! Tudo bem?*

—*Tudo bom, tudo legal.* ¿Puedes hablar?

—Voy con una gringa hacia Brasilia. —Se volvió un instante hacia Mika—. Es mi amigo Pepe, el guía de las cataratas —le explicó, como si no hubiera otro—. ¿Qué pasa?

—*Nossa! Você não sabe o que aconteceu.*

—Pues dímelo ya.

—¡El día quinto aquí mismo!

—¿Qué dices? ¿Qué es eso?

—¡El día quinto, *cara*, otro fiambre y otro show! ¡El asesino del Génesis!

—Pero ¿cómo que aquí mismo?

—Pues en la misma Garganta del Diablo.

—*Ai, meu Deus!* —exclamó el conductor dando un volantazo, más atento a la pantalla de su móvil que a las pronunciadas curvas de la carretera.

—Tendrías que verlo.

—¡Y tanto que tendría! ¡Cuenta algo!

—Estoy aquí con un grupo, en un rincón de la isla de San Martín.

—Esperad un momento —intervino Mika, echándose hacia delante para acercarse al altavoz—. ¿Llamas desde el parque?

—¿Quién eres tú? —preguntó el guía al otro lado del teléfono.

—La *gringa* —le explicó el conductor; y se volvió para comentarle a Mika—: La Garganta del Diablo es la grieta...

—Pero ¡mira para delante mientras hablas! —le gritó ella cuando vio que se escoraba la furgoneta hasta casi despeñarse por el barranco.

—¡Vale, vale! —Cambió de marcha, nervioso. El motor rugió—. Te decía que es la grieta en la que vierten la mayoría de las cascadas, donde se forman las fumarolas. ¿Es que no has visitado el parque? La isla de San Martín es el peñasco que se levanta al pie de la Garganta, ése que tiene varios niveles para los visitantes.

Soltó una mano del volante y cortó el aire con la palma de la mano indicando diferentes alturas.

—Justo estamos en el nivel intermedio —informó el otro—, donde viven los pájaros.

—¿Qué pájaros? —preguntó Mika.

—¿No oyes este ruido infernal? Una colonia de zopilotes. Buitres negros, los

llamáis vosotros. Nunca había visto tantos. Deben de haberse juntado aquí todos los ejemplares de Sudamérica, porque el cielo está lleno. Pero tendríais que ver los peces que tengo delante, *cara*. Eso sí que es alucinante.

Los pájaros... Los peces...

Bullan las aguas de seres vivientes y vuelen los pájaros sobre la tierra frente al firmamento del cielo...

—¿Vas a terminar de contar ya o no? —le apremió el conductor.

—A ver: cuando hemos llegado a la isla de San Martín, con las primeras barcas con turistas ya nos ha parecido raro que hubiera tantos zopilotes. A medida que subíamos la escalinata había más y más. Te digo que ocultan el sol, *cara*. Y al llegar al segundo mirador lo hemos visto. Han arrojado el cuerpo de una mujer a uno de los estanques.

—¡Joder!

—Es la mujer que sale en la fotografía de Twitter, la del día quinto.

—*Ai, meu Deus!*, el asesino del Génesis en nuestra casa. ¡De película!

—Y eso no es todo. El estanque está lleno de peces amazónicos a cada cual más salvaje, *cara*. Hay pirañas y peces vampiro, pero también ése que tiene dientes humanos y come testículos... A ver quién se mete ahí.

—¿Y qué habéis hecho con la mujer?

—Que te digo que sigue en el agua. Yo ni me acerco hasta que llegue la policía. El cuerpo está azul. Igual es por eso que los peces lo esquivan.

Ni siquiera los peces más fieros se quieren comer a alguien tan repugnante... Enhorabuena, Adam.

—El día quinto en casa —repitió, abrumado, el conductor.

—Dentro de nada lo podrás ver colgado en internet. Aquí están todos grabándolo. Pero...

—¿Qué pasa?

—Espera —se excusó el guía, y comenzó a dar explicaciones en un inglés elemental a alguno de los turistas que estaban a su cargo.

Mika se recostó en el asiento trasero de la furgoneta.

Durante un rato siguió escuchando el relato del guía desde primera línea y los comentarios del conductor, quien, sin dejar de volverse hacia ella, se empeñaba en hacerle comprender el esfuerzo y la imaginación que el asesino del Génesis había derrochado a un paso de donde se encontraban. A Mika ya no le sorprendía nada relacionado con Adam. Le seguía asombrando, como a todo el mundo, pero no le sorprendía.

Sus secuaces se habían colado en el parque antes de que abriera sus puertas al público para depositar el cuerpo de Jaira Guimarães en el estanque del peñasco de los zopilotes. No sólo eso, previamente lo habían llenado con aquellos estrambóticos peces. El conductor no dejaba de contar casos registrados de ataques del pez vampiro. Era uno de los seres más escalofrantes del planeta. Un pequeño siluro, de cuerpo casi

trasparente, que se siente atraído por el olor de la orina y la menstruación y penetra por el conducto uretral, donde se fija con sus ganchos para succionar la sangre. No, no le sorprendía. Ni la elección de los animales ni la del lugar. ¿Qué mejor marco podía haber escogido Adam para aquella orgía natural? El nombre de Iguazú provenía de dos vocablos guaraní: «y» y «guasú», que querían decir «agua» y «grande». Un espectáculo atronador con doscientos setenta y cinco saltos, las mismas aguas repletas de vida que describía la Biblia. No sólo llenas de peces y aves (además de los buitres residentes, Adam convocó sobre la isla de San Martín a todos los que habitaban la zona con un reclamo eléctrico que los cuidadores del parque descubrieron al poco). También de monos, coatíes, pavas de monte, víboras de coral y un sinfín de insectos que aplaudían con sus alas la quinta performance del Nuevo Génesis.

Mika se preguntaba qué habría pasado con semejante montaje si ella hubiera fallado. Una vez más estaba todo calculado al milímetro y Adam le había confiado la parte más delicada. De no haber sido capaz, ¿habrían dado los vaqueros una patada a la puerta para culminar el encargo? Cada vez que recordaba el muslo de la alcaidesa atravesado por la aguja se le revolvía el estómago. Pensaba en Purone, en su padre, también en Mamá Santa —como una más de su familia—, todos ellos observándola desde un estrado fiscalizador con compasión e incredulidad.

Forzando su cordura, de la aprensión extrema pasaba a la emoción de estar formando parte de algo tan grande; al gozo de saberse elegida por la persona que, en una sola semana, estaba reiniciando el mundo.

Miró por la ventanilla. La carretera ascendía en curva, abriéndose paso entre la espesura. A lo lejos, la mancha de cemento de Foz de Iguazú y sus hermanas fronterizas. Como un mal sueño dejaba atrás el Club L'Amour, anclado en el sendero triste de los contrabandistas; los peces con dentadura humana; los miles de buitres negros que graznaban sobre el cuerpo de la alcaidesa, entre las fumarolas de espuma que se elevaban hacia el cielo.

El día quinto se había consumado.

Ahora sólo quedaba esperar.

Llegar a Brasilia y vivir el comienzo de una nueva era.

fieras y hombres

—**Y**a estamos llegando, *gringa*.

El reloj digital del salpicadero marcaba las 5:52.

Mika abrió los ojos y se apoyó en el asiento del copiloto. Apenas distinguía la carretera entre los mosquitos adheridos al parabrisas.

—¿Es aquello? —señaló. Bostezaba de tal forma que dos lágrimas se le derramaron por la cara.

En el horizonte, las primeras edificaciones vibraban tamizadas por una tenue luminosidad. El cielo increíblemente limpio, como los de las fotos de salvapantallas.

Brasilia.

—Dicen que antes aquí no había nada —comentó el joven conductor, como haciéndole una confidencia—. Sólo desierto. Hasta fabricaron el lago.

Mika vio destellar una colosal superficie de agua que abrazaba la ciudad por el este.

¿La has escogido por eso, Adam?, se preguntó. ¿Porque se creó de la nada? Brasilia era la muestra de que algunas utopías podían hacerse realidad.

Todo comenzó con una profecía. Un antiguo sacerdote salesiano llamado Don Bosco vaticinó que Brasil acogería una nueva civilización, concretamente en algún lugar entre los paralelos 15 y 20. A pesar de que se trataba de una zona inhóspita y deshabitada, la profecía caló hondo. Tanto que, en la década de los cincuenta, el visionario presidente Juscelino Kubitschek decidió trasladar allí la capital del país. Arengó a los brasileños para que aparcasen sus diferencias y trabajasen codo con codo para demostrar al mundo que no existían imposibles. Les convenció de que con esfuerzo y creatividad podía lograrse cualquier cosa. Y tres años después de colocar la primera piedra en aquel desierto, la ciudad estaba terminada con todas sus avenidas, monumentos y edificios institucionales, rodeada de aquel inmenso lago artificial.

Pero algo le decía que Adam Green no había escogido aquel escenario sólo por ser el icono de un mundo nuevo.

—Directo a la estación central —dispuso, impaciente.

Se internaron por una de las grandes autovías de acceso. Brasilia era tan perfecta que no tenía aspecto de ciudad. Más bien parecía la maqueta de una ciudad a escala 1:1. Una maqueta limpia, compuesta de piezas recién ensambladas, salpicada de estanques y esculturas sobre extensiones de césped recortado con el mimo de un *green* de golf. La gran obra conjunta del arquitecto Niemeyer, el urbanista Lucio Costa y Burle Marx, el diseñador de paisajes. Tres genios de dimensiones renacentistas que construyeron a partir de cero el paradigma de la creatividad. No había nada igual. Contemplada desde el cielo, la ciudad tenía la planta de un pájaro

con las alas extendidas.

El tronco del pájaro daba cabida a todos los edificios institucionales y los monumentos más emblemáticos. En la cabeza estaba situada la plaza de los Tres Poderes, con el Congreso Nacional y el Palacio de Justicia, cuyos edificios, más que sedes burocráticas, parecían museos de arte moderno. A medida que se bajaba por la columna vertebral hacia la cola del pájaro, iban sucediéndose los ministerios —todos ellos en bloques idénticos ubicados en perfecta simetría a ambos lados—, las embajadas y la insólita catedral de techo de vidrio.

Pero tal vez lo más impresionante del proyecto era la disposición de las dos largas alas del ave. Cada una de ellas estaba dividida en sectores longitudinales que daban cabida a una sola cosa: colegios, comercios, apartamentos residenciales, oficinas, consultas médicas..., de tal modo que nada estaba fuera de su sector. Ni un solo comercio en el sector de los médicos, ni una sola vivienda en el de las iglesias, ni una sola oficina en el educativo. Todas las alturas limitadas, todos los carteles anunciadores cortados por el mismo patrón. Orden enfermizo para combatir el caos inherente al ser humano. Los vehículos se detenían al paso de los peatones, los camiones tenían vetado su acceso a la ciudad, en un empeño por preservar su idílico cielo de humos contaminantes.

Mika pensó que no había nada más opuesto a las favelas de São Paulo donde había empezado todo.

¿Qué va a pasar aquí, Adam?

Releyó en el móvil los versículos del Génesis 1, 24-27 correspondientes al día sexto:

Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que domine los peces del mar, las aves del cielo, los ganados y los reptiles de la tierra». Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó.

¿Cómo iba a crear Adam un hombre nuevo? Recordó las palabras que pronunció en el garaje del helipuerto, cuando regresaron de São Sebastião: «Imagina que esos ajusticiamientos estuvieran encaminados a castigar a la sociedad entera», había dicho. En su mente se acumulaban las más peregrinas teorías.

¿Qué traca final tienes pensada?

Se detuvieron en doble fila frente a la puerta de la estación.

—Gracias por el esfuerzo, Sandro.

El conductor, reclinado de puro agotamiento en el reposacabezas, se limitó a suspirar y asentir.

Fue directa a la consigna. Era una estancia opresiva, con dos paredes enfrentadas de taquillas dispuestas de suelo a techo. Buscó la número 6. Era de gran tamaño, suficiente para meter una maleta. Pulsó los números:

6
6
6

Se abrió.

No había nada.

¿Cómo?

El interior estaba oscuro. Miró mejor y distinguió al fondo una pastilla negra del tamaño de una onza de chocolate. A su lado, enrollada, una cinta aterciopelada también negra.

No era lo que esperaba. Pero ¿qué esperaba? ¿Un lanzamisiles desmontable en una funda metálica?

Lo sacó. Era un pequeño reproductor de música para llevar en la muñeca como si fuera un reloj. Pasó la cinta por una hendidura preparada al efecto y se lo ató. Pulsó el botón de encendido. La pantalla sólo mostraba dos archivos de audio, con el nombre de «Día sexto 1» y «Día sexto 2». Sin duda mensajes dirigidos a ella.

Necesito auriculares...

Adam no se permitía fallos, ni siquiera mínimos despistes. Volvió a meter la cabeza en el interior de la cabina y, efectivamente, allí estaba. Un dispositivo no más grande que una avellana que a punto había estado de pasarle inadvertido. Lo activó pulsando un diminuto botón y lo encajó en su oreja. Estaba conectado a través de *bluetooth* al reproductor.

Accedió al primer archivo grabado, pero no se oía nada. Revisó el volumen. Qué extraño... Esperó unos segundos y por fin escuchó algo que le hizo dar un respingo. Tan sólo un golpe, como si alguien hubiese dado un bastonazo a una madera. Esperó a ver qué venía después, pero lo único que siguió fue un inquietante silencio.

Entró en el otro archivo.

Play.

«Hola, Mika», sonó la voz de Adam.

Aquí estás...

Se dejó caer, deslizando la espalda por el panel de taquillas hasta que se sentó en el suelo. Tal vez habría sido mejor salir de la estación y dirigirse a algún sitio menos ruidoso, pero no podía esperar. Además, mientras no llegase otro viajero tenía aquel cuartucho para ella sola. Cerró los ojos y dejó que le invadiera la voz de Adam con una suerte de efervescencia y relajo, como una drogadicta que siente la marea en sus venas...

«¿Qué te parece esta ciudad? Hay quien piensa que es artificial, pero a mí me parece un sueño. ¿Has visto qué edificios? El Palacio de la Alborada,

el Santuario Don Bosco... Pero hoy limitaremos la visita a uno de ellos: el Museo Nacional de la República. Ahí es donde estoy mientras escuchas esta grabación, preparándome para recibir a trescientas personas en un evento que organiza mi empresa Creatio por encargo de Gabriel Collor. ¿Recuerdas a mi amigo multimillonario? No se separa de mí ni a sol ni a sombra. Por eso no podías viajar conmigo en la avioneta. Venía personalmente a recogerme. Y por eso tienes que hacer esto sola».

Mika puso cara de susto. ¿De verdad iba a matar a Gabriel Collor, la persona más rica del planeta? ¿Por qué si no necesitaba pasar desapercibida, después de haberle conocido en São Sebastião? Y la forma en la que Adam había dicho «mi amigo»... Siguió escuchando con atención para no perder detalle.

«Seguro que has empezado a refunfuñar con eso de que te vuelvo a dejar sola —se permitió bromear Adam en la grabación—, pero antes deja que te cuente. Y esta vez lo haré desde el principio».

Se detuvo y respiró con fuerza.

«Recién terminé mi tesis universitaria en Estados Unidos, vine a Brasil contratado por una maderera. Siempre había soñado con trabajar en la Amazonía, pero la experiencia no resultó ni mucho menos como esperaba. Tuve una suerte nefasta con mis jefes (seguro que si hubiera recaído en otra compañía más decente las cosas habrían sido de otra forma) y me di de bruces con un terrible escenario que no iba conmigo. Los trabajadores eran explotados hasta niveles rayanos en la esclavitud. Los trataban como si fueran animales... y pronto descubrí que no sólo en el ámbito laboral. El patrón y el capataz de la maderera tenían un negocio paralelo de cacerías humanas.

»Sí, Mika, has oído bien. Hablo de lo más espantoso que pueda imaginar tu adorable cerebro. Mis jefes organizaban batidas para millonarios depravados que, tras hartarse de disparar a especies protegidas africanas, se excitaban cazando indígenas amazónicos.

»Tuve la desgracia de comprobar con mis propios ojos el resultado de una de esas batidas. No muy lejos de donde estábamos talando, acababan de asesinar a seis niños de una tribu que apenas había tenido contacto con la civilización, dos de ellos poco más que bebés. Los organizadores de la cacería se llevaron sus cuerpos en un cajón de madera que escondieron en el almacén de mi campamento. Querían hacerlos desaparecer para evitar denuncias y fotografías incómodas de los grupos proderechos de los

indígenas y, de paso, vender sus órganos para rituales horrendos. No puedes imaginar lo que sentí cuando me asomé al interior de aquella caja. En ese mismo instante me di cuenta de que la perversión del ser humano no tenía límites. Comprendí que nuestra civilización estaba enferma. Puede decirse que esa noche di el primer paso hacia lo que soy ahora. Decidí quedarme a vivir en la selva; no como ingeniero, sino como un nativo más.

»Durante los años que siguieron trabajé duro como activista contra la deforestación y los abusos que se cometían con las minorías tribales. Incluso me emparejé con una nativa, otra luchadora empedernida con la que compartí días de protesta y noches de pasión. Ya sabes: manifestaciones (como las que hicimos cuando tratábamos de impedir el paso de la carretera transamazónica), demandas a las instituciones, recogidas de firmas... Incluso pequeñas acciones de guerrilla, explosiones de andar por casa y cosas por el estilo. Fue en esa época cuando conocí a la gente del FLT».

Mika iba atando cabos. Era obvio que Adam no había podido forjar su red de apoyos de un día para otro. Según desvelaba ahora, hacía años que conocía a los miembros del Frente de Liberación de la Tierra que colaboraron en la acción del martes, cuando ajusticiaron al maderero y dibujaron un arcoíris con el humo de los almacenes incendiados.

«Todos los taladores de la región nos la tenían jurada —seguía él, sin poder ocultar un brote de nostalgia—, pero nada podía quebrar nuestro compromiso con la selva amazónica. Fue una etapa intensa. Quizá demasiado, ya que la tensión que soportábamos terminó con nuestra relación sentimental. Por fortuna, antes de que la llama se extinguiese me hizo un último regalo: dio a luz a mi hijo. Mi querido hijo... Recuerdo como si fuera ayer el momento en el que salió del cuerpo de su madre. El mismo momento en el que decidí desplazarme a São Paulo y fundar Creatio».

«Sé lo que te estarás preguntando: por qué me fui entonces, recién nacido mi bebé. Puedo asegurarte que para mí fue una tortura, pero había varias razones que me empujaron a tomar esa decisión. En primer lugar, estaba harto de dejarme la piel en reivindicaciones que se quedaban en meros pataleos y opté por cambiar de campo de batalla e iniciar una lucha más política que guerrillera. Un empeño que requería de un determinado estatus social que, a su vez, no podía alcanzar sin dinero... Considérame un desplazado más como los que cada día llegan a nuestra ONG Bienvenidos, pero eso fue lo que me llevó a mudarme a São Paulo: la búsqueda de riqueza. Sumado (tal vez éste fuera el motivo que terminó de convencerme) a la esperanza de que la empresa que tenía pensado fundar me brindase la oportunidad de ir cambiando este podrido mundo a base de creatividad. Con

el nacimiento de mi hijo había surgido en mí una ineludible responsabilidad: convertirlo en un lugar mejor. Y Creatio satisfaría ese anhelo. Aportaría a la sociedad una nueva forma de resolver los problemas, soluciones innovadoras inspiradas en el modo de entender la vida que aprendí en el Amazonas».

Así que ésta es tu historia, pensó Mika.

Proyectó en su mente las fotografías que encontró en la mesa del despacho de Adam, abrazado a aquellos indígenas como si fueran su familia...

Eran su familia.

Le habría gustado preguntarle mil cosas, detenerse a meditar sobre todo lo que estaba oyendo. Sobre la brutalidad, los sueños, la lucha...

«Todo fue bien durante un tiempo —continuaba la grabación sin darle un respiro—. Mucho mejor de lo esperado. A pesar de la distancia, conseguí mantener un estrecho vínculo con mi hijo (iba a visitarlo a menudo a Manaus y de vez en cuando lo traía conmigo una temporada, como la que pasamos en São Sebastião para que viera el mar) y, mientras él crecía, Creatio también se hizo grande. Al menos lo suficiente como para permitirme arriesgar en proyectos innovadores que a su vez me daban más reputación y financiación para seguir arriesgando. Seguí apostando por hacer este mundo cada día un poco más habitable, más efectivo, más feliz. Un empeño que se frustró el día que...».

Unos segundos de silencio. Cuando Mika pensaba que se había interrumpido la grabación por algún fallo técnico, la voz de Adam prosiguió, un tanto quebrada.

«El día que asesinaron a mi pequeño.

»¿Recuerdas que te dije que mi hijo había muerto? Uno de esos perversos lo mató en una cacería humana. Fue hace dos años. Le persiguió por la selva, en los alrededores de nuestra comunidad, y le pegó un tiro».

Mika abrió los ojos de par en par. De pronto se había esfumado todo el sueño acumulado. Se estampó en su cerebro la imagen de ese pobre niño huyendo entre los árboles con el corazón en la boca, escondiéndose como un animal.

«Todo mi mundo se vino abajo. El horror que experimenté años atrás, cuando me asomé a aquel cajón de madera lleno de pequeños cadáveres, regresaba aumentado a mi vida. Multiplicado hasta el infinito. En esta ocasión, el cuerpo agujereado por las balas pertenecía a mi propio hijo».

El horror, repitió Mika para sí, y además el peso de sentirse responsable por haber emigrado, por haber abandonado los grupos de resistencia que lideraba y mantenían a los madereros a raya, dejando hueco para que volvieran los abusos y, por lo visto, también las cacerías... ¿Cómo saber si nuestros actos son o no los acertados?, se preguntaba pensando en ella misma mientras Adam seguía con su relato.

«Mi primera reacción fue buscar al cazador para estrangularlo con mis propias manos. Contraté a un investigador privado que se desplazó a Manaos para descubrir su identidad. Le costó dar con él, pero al final lo consiguió. Se llamaba Baltazar Pávlov, un magnate que controlaba el tráfico de armas en medio mundo. Vendía desde los clásicos AK-47 para las guerrillas africanas hasta los submarinos nucleares que utilizan los reyes de la droga para transportar la mercancía por las vías intercontinentales (y no hablo de los insignificantes cárteles colombianos, sino de los emporios con apariencia legal que se encargan de la distribución planetaria). Incluso tenía su propio ejército de mercenarios. Todo un hombre de la guerra que en sus ratos libres acostumbraba a ir de batida al Amazonas para cazar niños.

»El verdadero problema se planteó una vez dispuse de su identidad. ¿Cómo dar con él? Quizá viviera en una isla búnker en mitad del Pacífico. Empecé a replantearme las cosas. Pensé que eliminándolo del mapa no impediría que al instante surgieran diez más como él. ¿Cuántas cacerías humanas habría habido que yo ignorase? ¿Cuántos horrores similares estarían ocurriendo al mismo tiempo en otras partes del mundo? La muerte de ese bastardo, por sí sola, no arreglaría nada. Del mismo modo que nada habían arreglado los actos de protesta que me empeñé en abanderar primero en mi etapa en la selva y, después, entre los políticos de São Paulo. Unos y otros (las protestas, la lucha de guerrilla, mi ONG...) eran simples pataletas sordas que se perderían como lágrimas en la lluvia».

«Al percatarme de ello alcancé, por decirlo de algún modo, la iluminación. Comprendí que no cabían los cambios graduales; que esta sociedad enferma sólo reaccionaría ante un estímulo radical, uno tan potente como el meteorito que terminó con la era de los dinosaurios. El cambio de modelo financiero llegaría gracias a un cataclismo, no por el triunfo de la razón. Necesitaba generar ese estallido y reiniciar el mundo. Era mi destino. El destino de Creatio. Ya sólo tenía que encontrar el modo de hacerlo».

«Justo entonces, el multimillonario Gabriel Collor llamó a mi puerta».

«Ya habíamos trabajado antes para su corporación. El gerente de una de sus empresas nos encargó hace tiempo una aplicación para optimizar la gestión de su stock. Nos ocupamos de diseñar tanto el software como la reestructuración física de sus almacenes y quedaron muy satisfechos. A partir de entonces se sumaron como clientes otras muchas firmas del grupo, para

las que hicimos trabajos de consultoría y fabricamos diversos prototipos, pero nunca había coincidido con Gabriel en persona... hasta que hace unos meses vino a verme a Creatio».

«La verdad es que no lo esperaba. Se sentó en mi despacho como un cliente más y, sin preámbulos, dijo: “Quiero formar un grupo de influencia con las personas más ricas del planeta”. Lo decía con una convicción que asustaba. No hablaba de recuperar la gloria caduca del Club Bilderberg, sino de ir mucho más allá. Quería constituir una corporación capaz de controlar el mundo, más bien de... comprar el mundo. Me quedé de piedra cuando a continuación me propuso que fuera yo quien lo diseñase todo: el nombre del grupo, los criterios de selección de los miembros, los protocolos internos para celebrar convenciones... Todo».

«Era una maravilla de encargo: sentar las bases de un imperio. El sueño de cualquier creativo. Pero no era fácil. Gabriel Collor había calculado que, para aglutinar suficiente poder como para imponerse a los gobiernos y estructuras internacionales, debía reunir a las trescientas personas más influyentes del planeta, con independencia de su perfil más o menos turbio. Así que de inmediato me puse manos a la obra. Mi equipo estudió a fondo las listas elaboradas por Forbes, como la de los Midas de la tecnología... En fin, todas las relaciones de millonarios y emprendedores que difunden las publicaciones especializadas. Después nos dimos cuenta de que la élite verdaderamente poderosa no aparece en esas listas. Teníamos que aunar en un solo grupo no sólo a los dueños de los dólares y petrodólares, sino a los que trazaban los flujos de ese dinero y controlaban el mercado monetario global: las cabezas de las sociedades de inversión, aseguradoras, fondos de cobertura y de capital riesgo... Los responsables últimos del sistema financiero. Gente que no airea sus nombres. Si ya era complicado dar con ellos, mucho más iba a ser aunarlos en un proyecto común».

«En principio, por el mero hecho de ser Gabriel Collor el anfitrión ya contábamos con el apoyo indiscutible de billonarios provenientes de los BRIC, esa palabra inventada que en inglés suena como “ladrillo” y al mismo tiempo es el acrónimo de Brasil, Rusia, India y China. Es cierto que esas cuatro economías dominarán el futuro por su gran población, su enorme territorio y sus inagotables recursos naturales, pero en nuestro megalómano proyecto no podíamos limitar el acceso de los miembros por criterios de bandera. Tenía que exprimir mis dotes de marketing para idear algo que llamase la atención de todos los billonarios del globo».

«Era consciente de que esa gente posee cualquier cosa que puedan desear. Por ello, la propuesta de Gabriel Collor, ante todo, debía resultarles excitante. Más allá de espolear su avaricia, necesitaba despertar sus pasiones más primarias. Algo similar al sexo, una pulsión incontrolable que cuando

menos les empujase a acudir a la primera reunión (que comenzará hoy a las diez en punto), en la que se expondrán con detalle los fundamentos conceptuales y los objetivos del grupo. Le di mil vueltas hasta que surgió la chispa: llamaría al grupo simplemente “300”, como los guerreros de Esparta que defendieron el paso de las Termópilas».

«Imagínalo: las trescientas personas más poderosas del planeta unidas con su fuerza descomunal para someter al resto de la humanidad. No me pasó por alto que el paralelismo con los espartanos podía arrastrar una connotación negativa, dado que aquéllos cayeron derrotados. Pero la épica que trascendió a su valerosa acción era justo lo que necesitaba para activar los hastiados egos de los billonarios. Cuando se lo conté a Gabriel Collor me entendió a la perfección. Dijo: “Ése es el espíritu que buscaba. Aquellos guerreros eran dioses que se sacrificaron para dar una lección de bravura y heroísmo. Hoy las cosas han cambiado, los dioses hemos cambiado. Yo, y los que son como yo, tenemos la única espada capaz de doblegar al mundo: el dinero. Y tras haber contemplado durante décadas cómo se venían abajo todo tipo de imperios, por fin sabemos qué hacer con él para volvernos inmortales. Nosotros sí que venceremos a quien se atreva a plantarnos cara. Nos convertiremos en los amos absolutos de este planeta”».

«Durante los meses siguientes escogimos a los trescientos integrantes y pergeñamos las bases de la primera convención que había de celebrarse aquí, en Brasilia. Ante todo debía ser secreta, para evitar la presencia de activistas antiglobalización. De hecho, cada invitado ha acudido con un alias que, respectivamente, se corresponde con el nombre de uno de los guerreros de Esparta. Te aseguro que están encantados con este detalle...».

«A estas alturas ya te habrás preguntado qué tiene todo esto que ver con el Nuevo Génesis. Pues has de saber que la idea nació el día que mi equipo me pasó el listado definitivo de invitados a la convención (me refiero a sus nombres verdaderos). Ese día supe que tenía que poner mi creatividad al servicio no de unos pocos poderosos, sino de toda la humanidad. Tenía que utilizarla para salvar al mundo antes de que fuera demasiado tarde».

«¿Cuál fue la tecla que me hizo pensar así? Un nombre. Un solo nombre que figuraba en ese listado de trescientos miembros, el de uno de esos invitados que no aparecía en los listados de Forbes: Baltazar Pávlov, el cazador de niños».

Mika se llevó las manos a la boca. Vas a vengarte, pensó. Ese Baltazar Pávlov, y no Gabriel Collor, será tu último ajusticiado...

«No podía creerlo —seguía Adam—. Tuve que leerlo tres veces. Baltazar Pávlov... Mi gente lo había seleccionado para el club de Gabriel Collor y el

bastardo iba a acudir».

«A partir de entonces fui concibiendo mi plan. Por un lado diseñé las performances simbólicas, relacionadas con cada uno de los días del libro de la Creación. Por otro, seleccioné los ajusticiamientos. Quería evocar un juicio final que diera paso al nuevo principio. Había mucho donde elegir y, adaptándome a la simbología del Génesis, me decidí por un narco, un destructor del medio ambiente, un pastor corrupto, un pedófilo, la sádica de Iguazú y, cómo no, el asesino de mi hijo. ¿Qué mejor ajusticiado para el día sexto, la jornada de las fieras y los hombres?».

«Había llegado el momento de poner el plan en marcha, y a toda prisa. No podía dejar pasar la oportunidad. La reunión de los 300 me serviría a Pávlov en bandeja durante unas horas. Así que ultimé los detalles y... El resto ya lo sabes».

«Para cuando escuches esta grabación, Pávlov estará a punto de llegar al museo, al igual que el resto. A las diez dará comienzo oficialmente la convención en el auditorio, pero los invitados tendrán la sala de exposiciones a su disposición desde las 8.30 para encuentros informales previos. Gabriel Collor quiere saludarles, hacer algunas presentaciones... Crear el clima propicio. El caso es que tenemos al cazador en nuestra propia jungla. ¿Qué te parece?».

«Vamos a cazarlo nosotros».

Mika detuvo la grabación. Aún no la había escuchado completa, pero necesitaba un respiro para replantearse la situación.

¿Eso es todo?, dijo para sí. Matarás a ese malnacido delante de esa panda de ricachones y... ¿ya está? Ese Baltazar Pávlov sólo será uno más, como tú mismo decías antes. ¿Esto es lo que pretendías lograr con todo esto? ¿Un efecto ejemplarizante? Porque para dar lecciones al mundo podrías haber publicado un tutorial en YouTube sin necesidad de montar semejante espectáculo durante toda la semana...

Se levantó y bufó un par de veces.

¿De verdad me has conducido hasta aquí sólo para vengar la muerte de tu hijo? Me prometiste que no estabas pensando en ti mismo...

Agitó la cabeza. No podía dejar de pensar en aquel niño, pero eso no eximía a Adam de su peor delito: le había mentado. ¡En todo momento había hablado de un plan superior, le había prometido un efecto similar al del meteorito que terminó con los dinosaurios!

Respiró hondo.

Estaba agotada.

Decidió no venirse abajo. No podía permitírselo, y menos aún después de lo que ya había hecho en el motel de Foz de Iguazú. Si Adam le había convertido en la

protagonista del último capítulo de su Nuevo Génesis, sin duda sería por algo. Era Adam Green, el creador de estrellas de luz, arcoíris de humo y lluvias de cacao. Tenía que confiar en él.

Se dispuso a escuchar el final de la grabación. Entre otras cosas, necesitaba saber cómo iba a llevarse a cabo la caza. Se le antojaba imposible pinchar la batracotoxina a Pávlov en mitad de una convención infestada de seguridad, delante de otros doscientos noventa y nueve asistentes.

Levantó el reproductor de muñeca. Cuando iba a pulsar *play* sintió una presencia. Miró a ambos lados. En la puerta de la consigna, un guarda de la estación le clavaba los ojos mientras cuchicheaba por su intercomunicador. Ya se había fijado antes en él, no era la primera vez que se asomaba. Seguro que la consideraba una simple mochilera sin dinero, pero no podía arriesgarse a ser detenida.

Abandonó la estación seguida de lejos por el guarda. El tráfico se intensificaba por minutos. Necesitaba un rincón para sentarse a escuchar el resto de la grabación, pero tenía la impresión de que todo el mundo la miraba.

¿Por qué has tenido que hablarme a través de una máquina? ¿No dispones de un maldito minuto para explicarme las cosas cara a cara? ¿Acaso no lo merezco, después de lo que me has empujado a hacer por ti?

La segunda vez que hicieron el amor, Adam declaró que ella era la persona a quien quería coger de la mano cuando el Nuevo Génesis se hiciera realidad. Sólo necesitaba eso. Cogerle la mano, aunque fuera un instante. Miró el reloj. Las 7.55. Aún faltaban dos horas para el comienzo. Preguntó a una mujer cómo llegar al Museo Nacional de la República y enfiló a toda prisa hacia allí.

Los habitantes de Brasilia destilaban cierto aroma a androides. Funcionarios y ejecutivos atravesaban los jardines del centro con sus acreditaciones y camisas planchadas. Se introdujo en la avenida Eixo Monumental —el espinazo del pájaro que servía de planta a la ciudad— y no tardó en divisar el museo. Se alzaba en mitad de una enorme plaza, despejada y sin apenas transeúntes. La mayoría de los que rondaban la zona formaban parte de los dispositivos de seguridad.

El diseño del edificio era sorprendente: media esfera de cemento, sin ventanas, con tan sólo unas aberturas de las que partía una pasarela suspendida. Parecía el escorzo de un planeta con su anillo. Un pequeño Saturno incrustado en el suelo.

Adam sabía bien lo que hacía cuando escogió aquel escenario, pensó Mika. Los trescientos invitados de la convención también vivían en su propio planeta, ajeno a la desolada Tierra. Además, precisamente por estar tan céntrico y expuesto, nadie se plantearía que allí dentro estaba cociéndose el acta fundacional de una hermética y poderosa logia.

Se acercó como una turista más en busca de las excentricidades arquitectónicas de la capital. Incluso hizo como que tomaba alguna foto con el móvil. Fotos sin gente. Teniendo en cuenta la hora, le extrañaba no ver más movimiento. Los invitados ya deberían estar llegando. Rodeó la media esfera hasta que se asomó al aparcamiento situado en la parte trasera.

Aquí estáis...

Berlinas de lunas tintadas discurrían como cautelosas serpientes por los carriles marcados en el suelo. Antes de dirigirse a la plaza que cada una tenía reservada, se detenían junto al acceso destinado a carga y descarga de las exposiciones itinerantes. Mika se apoyó en el enorme caparazón de cemento y observó cómo la tropa de billonarios se apeaba de los vehículos y entraba disparada por aquella velada puerta de servicio. Algunos trajeados, otros con ropa informal. Viejos y jóvenes. Pero todos con la seguridad de un actor que siempre pisa sobre una alfombra roja de cuentas bancarias con números nunca rojos. Los recibían cautelosas azafatas que se limitaban a comprobar la acreditación con el nombre del correspondiente guerrero de Esparta. Como había resaltado Adam: ante todo, discreción.

Tampoco había carteles ni aderezos que dejasen entrever la desmesurada entidad del evento. El único distintivo era un plotter desplegable con el logotipo de Creatio en la puerta principal, bajo la plataforma suspendida. Un detalle precario y, sin duda, calculado. Dado que cualquiera podía alquilar tanto el área de exhibición como el auditorio para iniciativas privadas, a nadie resultaría extraño que una empresa estuviese celebrando allí un congreso.

Mika trató de acercarse por ese lado, pero dos gorilas enfundados en un traje

negro le echaron el alto.

—El señor Green me está esperando.

Gesto de suspicacia.

—¿Nombre?

—Mika Salvador.

El más robusto —si cabía— de los dos tecleó un iPad que, en sus manazas, parecía una caja de cerillas.

—Lo siento, usted no está acreditada.

—Debe de tratarse de un error.

—Le ruego que se aparte.

—Por favor, ¿por qué no le pregunta directamente al señor Green?

—Váyase.

Mika no se dejó intimidar. Señaló el intercomunicador del guarda.

—Sólo le pido que diga unas palabritas por ahí: «Señor Green, Mika Salvador le espera afuera». Estoy seguro de que será capaz de hacerlo, no es tan complejo.

—Se lo repito por última vez: váyase de aquí.

Mika miró por encima del hombro del gorila. Junto a la puerta de cristal, diez o doce metros más allá, había otro control; y no sería extraño que en los edificios cercanos —el más próximo era la Biblioteca Nacional, ubicado en la misma plaza— hubieran apostado francotiradores para velar por la seguridad de los invitados. No valía la pena seguir insistiendo y tentar a alguno que tuviera aspiraciones de héroe.

Reculó unos metros (en un ejercicio de orgullo permaneció lo suficientemente cerca como para que le vieran hablar con Adam) y sacó su móvil.

«*El número al que usted llama no está disponible en este momento*», contestó la locución.

—¡Ahora no!

Comprobó que había marcado bien. No había duda. El propio Adam introdujo su contacto en la agenda cuando, el primer día, le entregó aquel terminal tras haber perdido Mika el suyo en la favela. Miró el reloj. El tiempo apremiaba y ni siquiera había escuchado todavía las instrucciones concretas sobre cómo debía actuar.

El sol pegaba fuerte. Oteó a ambos lados colocando la palma como visera. No había ningún lugar donde resguardarse. Se acercó al estanque. Allí al menos sentiría el frescor del agua. Mojó sus manos y las pasó por el pelo. Seguía resultándole extraño notarlo tan corto. Por un momento incluso dudó ser ella misma. Se tumbó en el borde, volviendo a adoptar la pose de turista desenfadada, y retomó la grabación.

«Sin duda te preguntarás cómo voy a inocular la batracotoxina en mitad de la convención —reapareció la voz de Adam, tan serena y seductora al mismo tiempo—. Te lo diré: gracias a un dispositivo similar al que en este momento tienes en la oreja. Bueno, con la diferencia de que el tuyo no va cargado con el veneno».

Mika lo palpó de forma inconsciente. La ranita *terribilis* volvía a hacer aparición. Estaba claro que Adam no iba a variar su protocolo en la última acción.

«A todos los miembros de la reunión se les ha entregado uno de esos auriculares, fabricados por Creatio, a través de los cuales hacemos la traducción simultánea de las intervenciones. No fue difícil colarlos en el presupuesto. Gabriel Collor es un apasionado de la tecnología y estos dispositivos, a diferencia de los habituales cascos enmarañados de cableado, son tan estéticos como fáciles de usar. Cada uno está conectado por bluetooth al móvil de la persona que lo lleva. Y, a su vez, todos los móviles están conectados a través de internet a un canal de Skype por el que uno de mis empleados emite en directo la traducción simultánea al inglés de las intervenciones».

«Pero, como te he adelantado, este auricular no sólo incluye innovaciones en telecomunicaciones. Cuando fabriqué el prototipo me preocupé de incorporar un minidepósito capaz de albergar la batracotoxina y un detonador para reventarlo en el interior de la oreja, lo que producirá su inoculación inmediata en la víctima. De nuevo llegamos a un cómo: ¿cómo se activa ese detonador? Ahí es donde tú entras en juego».

A Mika se le contrajo el estómago.

«El interruptor está preparado para accionarse al escuchar una señal de audio que tú dispararás en el momento preciso. Necesitaba escoger un sonido específico que con seguridad no fuera a producirse en el mundo real, para evitar que el detonador hiciera estallar el depósito de veneno antes de tiempo, y me decidí por un tam-tam amazónico. Lo habrás oído antes de mi locución, es el que está grabado en el primer archivo de tu reproductor. Algunas tribus utilizan esa percusión de madera para comunicarse. Es un sonido que no se confunde ni solapa con ningún otro de la selva, con el que emiten una especie de morse que se oye a kilómetros de distancia».

«Te surgirá otra pregunta: ¿cómo has de enviar tú la señal para que el dispositivo la reconozca y se active? Es fácil. Sólo tienes que apropiarte del canal de retroalimentación de Skype por el que estará emitiendo el traductor simultáneo. Para ello utilizarás la clave que grabaré al final de este mensaje. De ese modo, además de ser receptora de audio, también te convertirás en emisora. Me explico: los invitados a la convención, según están conectados al canal, sólo pueden oír a través de sus auriculares; pero tú también podrás comunicar a través del tuyo. Incluso podrías ponerte a hablar y todos los demás te oirían, pero no te pido que digas nada. Bastará con que, en el

momento preciso, emitas la señal que te he dejado preparada».

«Última pregunta: ¿cuándo has de hacerlo? Última respuesta: en la inauguración del acto. En concreto cuando comience la intervención de un nativo al que he invitado. Mi viejo amigo Camaleón subirá al estrado a las diez para decir unas palabras de bienvenida en guaraní. En el momento en que oigas su voz, pulsa play en el archivo “Día sexto 1”».

«Haz sonar el tam-tam».

«Y mi plan habrá concluido».

Mika sintió un repentino vacío.

Habrá concluido...

Terminó de escuchar el mensaje de Adam. Se despedía no sin antes, como había anunciado, darle los números de la clave que necesitaba para conectarse al canal de Skype.

Se incorporó hasta quedar sentada en el suelo. Introdujo de nuevo la mano en el estanque y la removi6, formando ondas que fueron expandiéndose como la mortífera señal acústica que pronto tendría que emitir. Parecía fácil, pero... Había algo que no terminaba de encajar. ¿Por qué Adam no asaltaba a Baltazar Pávlov en su habitación del hotel, en el ascensor, en un lavabo? En algún momento se quedaría solo, como los anteriores ajusticiados. Un par de segundos bastarían para pincharle la batracotoxina. Tal vez buscaba que aquel cazador de niños se retorciese en patéticas convulsiones delante del resto para amplificar el efecto ejemplarizante. Pero tanta sofisticación para ejecutar a un solo miembro de la convención...

¿Uno solo?

Un repentino sofoco le subió por el esófago. ¿Cuándo había dicho Adam que se trataba sólo de Pávlov? ¿Lo había dicho... o lo había presupuesto ella?

El calor se convirtió en escalofrío.

Dios...

Sacó la mano del agua. La secó contra su pecho mientras trataba de pensar. Su mente se exprimía para rendir al máximo a pesar del agotamiento. ¡Piensa, piensa!

Adam le había pedido que disparase la señal acústica cuando comenzase la intervención del indígena. Con ello, dado que éste iba a dirigirse a los invitados en lengua guaraní, se aseguraría de que todos sin excepción tuvieran colocado el auricular para escuchar la traducción simultánea...

Dios, Dios...

Otro detalle que le pasó desapercibido cuando hablaron en el interior de la ranchera, frente al Club L'Amour: Adam dijo que las *Phyllobates terribilis* no eran fáciles de conseguir y que, por ello, había intentado criarlas en cautividad. Pero si un solo ejemplar bastaba para terminar con la vida de veinte hombres, ¿para qué necesitaba una colonia de ranas?

No puede ser...

Va a matar a los trescientos.

Dejó caer la mirada hacia el reproductor de audio que llevaba anudado a la muñeca.

Yo

voy a matar a los trescientos...

Se puso en pie de un salto y comenzó a dar vueltas sobre sí misma. Tictac. ¿Por qué no se detenía el maldito reloj? Necesitaba tiempo para replantearse las cosas. Los trescientos... Ellos eran el meteorito de Adam. Ni siquiera imaginaba la reacción que provocaría esa guillotina simultánea. Una nueva toma de la Bastilla a escala planetaria. El levantamiento contra el despotismo financiero. Si el mundo había aplaudido los cinco primeros ajusticiamientos del Nuevo Génesis —que ya estaban provocando revueltas en varios países por el vertiginoso efecto llamada—, ¿qué locura colectiva no ocasionaría esta última acción, con los ánimos ya calientes? Respondía al anhelo de millones de personas desesperadas que soñaban con aniquilar a los banqueros y dueños de corporaciones explotadoras que se reían de la miserable humanidad y la manejaban a su conveniencia. Mika no podía dejar de dar pequeños pasos en todas las direcciones como un muñeco de cuerda. Sus emociones oscilaban entre la embriaguez y un pánico atroz.

Tictac. El reloj avanzaba inclemente. Lo miraba de forma compulsiva. Soy una guerrillera, intentaba convencerse, como antes lo fueron la pareja nativa de Adam o sus amigos del FLT. Se trata de obedecer, de no cuestionar las órdenes... Pero no era tan sencillo. Su padre, a través del arte marcial que practicaron juntos durante años, le había enseñado a pensar por sí misma para ir por el camino recto, *el camino del guerrero*, a luchar sin perder su humanidad. Siempre había respetado los principios del *bushido*: justicia, coraje, benevolencia, respeto, honestidad, lealtad y honor. Ante todo, honor, la virtud más importante. El auténtico samurái sólo tiene un juez de su propia dignidad: él mismo. Las decisiones que toma y cómo las lleva a cabo son un reflejo de quién es en realidad. ¿Qué tenía de honorable aquel brutal sacrificio de inocentes? ¿Qué tenía que ver con ella misma?

Aún faltaba más de una hora para las diez. Cerró los ojos y respiró hondo. Necesitaba hablar con Adam como fuera. Volvió a marcar su número. Seguía apagado. ¿Qué podía hacer? Sólo le quedaba una opción: montar una escena tan fuerte como para hacerlo salir, pero no lo bastante como para que, mientras lo intentaba, le pegasen un tiro. ¿Cómo calibrarlo?

A la mierda.

Echó a correr hacia los gorilas.

Éstos se pusieron en guardia en medio segundo. Bastaría con convertirse en muros humanos, debieron de pensar; placar a aquella loca que se les venía encima y arrojarla fuera de la plaza como si fuera una bolsa de basura. Con lo que no contaban era con lo que Mika hizo a continuación. En lugar de intentar esquivarles o bien chocar contra sus ciento treinta kilos o tratar de golpearles de forma sin duda estéril,

se limitó a saltar por encima de ellos. Su único objetivo era llegar hasta el segundo control apostado en la puerta de cristal. Así que, sin dejar de correr, apoyó el pie en la rodilla del gorila (que había tensado todo el cuerpo esperando el impacto), luego el otro en su hombro y pasó sobre él para caer a su espalda. Sin darles tiempo a girar, siguió corriendo hacia la puerta donde le esperaban los otros dos. Éstos sí, la agarraron al vuelo cuando intentaba colarse al interior.

Mika, que ya había llegado hasta donde pretendía, agarró con ambas manos la cabeza afeitada de uno de ellos y le espetó al oído:

—Llama ahora mismo al señor Green o me pongo a gritar por todo Brasilia lo que estáis haciendo aquí dentro.

Pero el gorila se limitó a atizarle un puñetazo en la boca del estómago que la dejó sin respiración. El otro, desde atrás, le retorció el brazo y le inmovilizó el cuello.

—¡Aaaaam! —chilló como pudo.

El primer gorila le tapó la boca con la mano mientras la manoseaba en busca de armas u objetos sospechosos. Mika intentó morderle y se llevó a cambio otro puñetazo en el costado. Aun después de eso seguía revolviéndose como un caimán amazónico, con movimientos espaciados y enérgicos. El otro estaba a punto de partírsela el brazo, pero ella no dejaba de patear.

—¿Qué ocurre? —protestó alguien.

Era una mujer joven con falda tubo y el pelo recogido en una coca con agujas japonesas. Apareció como un rayo por el pasillo que conectaba con la sala de exposiciones. Sus núbiles facciones se habían teñido de estupor.

—Esta loca ha intentado entrar —le informaron.

Mika intentó decir algo, pero todo esfuerzo era inútil. El gorila seguía presionando su mandíbula con suficiente fuerza como para partírsela en dos.

—¿Llevaba algo encima?

—Está limpia.

—¿Ha dicho algo?

—Chillaba como una hiena.

—¿Ha sido ella la que ha gritado «Adam»?

—No puedo decirle.

—Destápele la boca.

—También muerde como una hiena.

—Hágalo.

El gorila apartó la mano. Mika, lejos de dar las gracias a la recién llegada, demandó desafiante:

—Quiero ver a Adam Green ahora.

—No sé quién es usted —dijo aquélla con altivez. Mantuvieron un breve pulso de miradas. Sin duda se había ganado el puesto. Tenía el don de transmitir autoridad sin perder un ápice de femineidad. Mika fue a hablar, pero la mujer se adelantó—. Y mejor nos ahorramos las presentaciones. Lo que pretende es imposible.

¿Te ha seleccionado Adam en persona?, habría querido preguntarle, más encolerizada que celosa. ¿Has pasado por su *loft* del edificio Copan? Pero lo que dijo fue:

—Yo no estaría tan segura.

—Sacadla a la calle —ordenó con desdén a los gorilas.

—¡Tengo un importante mensaje para él! —añadió Mika revolviéndose de nuevo.

—Mañana estará en su oficina de São Paulo. Pida hora a su secretaria.

Dio media vuelta.

—¿Y si fueran trescientos mensajes? ¿También entonces cargarías con la responsabilidad de no haberle avisado?

La mujer detuvo con un gesto sutil a sus fornidos guardias de seguridad y permaneció unos segundos impertérrita. Después les ordenó que la soltaran.

En cuanto aflojaron la presión, Mika se los quitó de encima con un manotazo rabioso.

—Sígame —dispuso la mujer; pero apenas había dado un par de pasos se detuvo y avisó—: Si noto algo raro en usted, un solo movimiento extraño...

Se ahorró la segunda parte de la advertencia. Lo dijo con semejante poderío, y al mismo tiempo con un gesto tan angelical, que no habría resultado extraño que llevase las agujas del moño untadas en batracotoxina. Atravesaron un acceso disimulado en la pared y descendieron una escalera angosta. La condujo por un corredor reservado para el personal de mantenimiento que terminaba en una puerta. Introdujo una llave y le pidió que entrase.

Mika obedeció. La mujer fue detrás. Era un pequeño almacén con una estantería al fondo. En las baldas no cabían más cajas. Eran de plástico transparente y contenían herramientas, escarpas, cintas adhesivas, cables, bombillas... Todo lo necesario para el montaje de las exposiciones que recalaban en el museo. En una pared libre parpadeaban las luces de un cuadro eléctrico. Olía a pintura. No como el estudio de su amigo Purone y los Boa Mistura en Malasaña; más bien a barniz industrial. La vibración grave de un generador se expandía por el suelo de resina.

—Espere aquí —dispuso la mujer, y se encaramó a un montacargas que conectaba con la planta superior.

Presionó el pulsador y comenzó a ascender. Su aspecto de relaciones públicas de la Semana de la Moda de Londres resultaba aún más impactante sobre aquel elevador para palés. Mika observó cómo el traje de Prada y los zapatos de tacón se perdían por el hueco del techo.

Oyó unos pasos sobre su cabeza.

Después nada.

Volvió a consultar la hora.

Tictac.

Permaneció un rato con los ojos clavados en la base metálica del montacargas. ¿Qué habría allí arriba? Dado que estaba conectado con el almacén, quizá fueran los bastidores de la sala de exposiciones... o del propio auditorio. Imaginó a los trescientos cogiendo sitio con sus auriculares encajados en la oreja y se le aceleró el corazón. Se concentró en perfilar lo que iba a decirle a Adam. Pero ¿y si no bajaba, ni él ni nadie? Fue hacia la puerta por la que había entrado. Por ese lado carecía de manilla.

Estoy encerrada.

Cuando el montacargas volvió a ponerse en marcha dio un respingo. Primero aparecieron unos zapatos marrones de cordones. Luego la pernera de lino beige. Siguió bajando, dejando a la vista el cinturón trenzado de cuero, la americana del traje, la impecable camisa blanca, el cuello bronceado, los labios que había besado...

—Hola, Adam.

Se apeó despacio de la plataforma. No hubo reproches ni muestras de afecto. Permaneció de pie a un metro de ella, como si les separase un cristal.

—No tendrías que estar aquí.

—Necesitaba verte.

—No debo apartarme de Gabriel Collor ni un segundo. Ya te lo explicaba en la grabación.

—Sí, ese punto en concreto lo explicabas con *toda* claridad.

Adam se tomó unos instantes para sí. No parecía enfadado. Más bien decepcionado.

—Lo que has escuchado es mi historia más íntima.

—¿De verdad quieres que forme parte de ella el asesinato de trescientas personas inocentes?

—¿Inocentes como Baltazar Pávlov?

—No todos son como él.

—Sólo tienes que consultar los periódicos de hoy.

—Hablan de lo que hicimos en Foz de Iguazú...

—Me refiero a los otros titulares: extorsión, cohecho, malversación, tráfico de influencias entre dirigentes políticos y criminales fichados por los servicios de inteligencia, abusos de las grandes corporaciones... —Señaló hacia el techo—. Los protagonistas de ese tipo de corrupción a escala planetaria están ahí arriba, charlando mientras toman té con galletitas.

—¡No puedes justificar una masacre con acusaciones genéricas! ¡Se supone que tus ajusticiamientos eran selectivos!

Adam dejó pasar un par de segundos para que se esfumase el resonar de los

gritos.

—Vamos a provocar el seísmo social que salvará a este planeta. Eso es algo que está muy por encima de nombres y apellidos concretos.

Tal y como Mika había supuesto, aquel brutal atentado no era sino la mecha del plan superior de Adam Green. La Primera Guerra Mundial también comenzó con un asesinato. Un insignificante estudiante abatió al archiduque heredero del Imperio austrohúngaro y provocó diez millones de muertos y un nuevo orbe. ¿Qué no ocurriría mañana? En cuanto se conociera el ajusticiamiento colectivo, las masas sedientas de cambio y linchamientos se inflamarían tan rápido como la pólvora.

Negó con la cabeza.

—Nada está por encima de un nombre y un apellido. Detrás de cada uno hay una historia, y muchas estarán bañadas por un esfuerzo y una ilusión que los harán merecedores de sus cuentas de doce cifras. ¿Me estás diciendo que por el hecho de tener tanto dinero merecen acabar así, víctimas de ese diabólico tam-tam?

Adam paladeó el espíritu combativo de Mika sin ocultar un brote de orgullo. Ella estaba convencida de que actuaba cegado por el humo de la cacería humana. Sólo necesitaba hacerle despertar.

—Tienen padres, parejas... e hijos —insistió, torpedeándole la línea de flotación—. ¿No haces todo esto por tu hijo? ¿No fue él la chispa que encendió tu Nuevo Génesis? Si conocieras de verdad a esas personas no lo culminarías de esta forma. Y no te hablo de sus grandes empresas ni de sus movimientos bancarios. Hablo de la parte de ellos que respira, de la que se enamora.

Adam caviló durante unos segundos y le pidió que se sentase. A falta de otra cosa, lo hizo en una caja de cartón llena de barras de aluminio, a los pies de la estantería. Él, a su vez, acercó una banqueta que los empleados del museo utilizaban para alcanzar las baldas más altas. Le acarició la cara y comenzó a recitar con voz serena:

—El primer invitado es Alfred Menard. Cincuenta y seis años. Se casó la pasada primavera con Eileen, su novia de toda la vida. Tienen un hijo de trece años pero hasta ahora no habían pasado por el altar. Alfred también es propietario de una de las corporaciones agroquímicas que monopolizan el mercado a través del cártel de las semillas transgénicas; amén de ser el encargado de sobornar a la cúpula de la Organización Mundial del Comercio para anular políticas proteccionistas de los pequeños productores locales fuera de las regiones que controlan la cadena alimentaria.

»El segundo invitado se llama Sam Pacquiao. Casado dos veces. Su primer matrimonio fue un fracaso. Con la segunda mujer, Telma, tiene seis hijos, uno de ellos con parálisis cerebral que, por cierto, es su ojito derecho. La familia de Sam es propietaria de uno de los imperios textiles que más plantas de producción tiene en Bangladesh, un fallido país con enfrentamientos políticos que la propia empresa se encarga de avivar para impedir cualquier atisbo de desarrollo que pueda generar aranceles a la exportación.

»El tercero, Rashman Bilashi, es un fanático de la ópera. Su pareja, un hombre bastante más joven que él, es representante de músicos. Suelen ir juntos a los pequeños conciertos que se organizan en el patio del Victoria and Albert Museum de Londres, donde viven. Rashman también es director ejecutivo de la farmacéutica que bloquea la aprobación por la OMS de la última vacuna contra la malaria, además de ser el principal accionista del banco que blanquea los lingotes de los dictadores de tres países que, paradójicamente, se encuentran entre los más afectados por esa enfermedad.

»El cuarto, Elmer Marrugo, tiene una pareja de mellizos llamados Edgar y Vanessa. Su...

Mika le tapó la boca con la mano y bajó la cabeza.

—Basta, por favor.

Apenas podía respirar por el nudo que se le había formado en el pecho. Adam había estudiado todos y cada uno de los historiales personales, los trescientos. No sólo eso, los había aprendido de memoria para demostrar —demostrarse— que sus convicciones eran lo suficientemente firmes. Se había obligado a conocer en profundidad aquellas vidas antes de segarlas con su guadaña impregnada de veneno.

—No soy un psicópata, Mika. Además, no se trata de que merezcan o no este final. Quien lo merece es el sistema. Por eso han de morir, por el buen fin del Nuevo Génesis.

—Otra vez...

—¿Cómo?

—Tus «daños colaterales». —Mika fundió una sonrisa con un gesto de inmensa pena—. Vaya dos palabras. Por ellas nos conocimos. Cuando me mandaste aquel *mail* horrendo, «Purone = Daño colateral. ¿Hasta dónde llegarías para cambiar el mundo?», lo hiciste porque estabas arrepentido de haberle herido en la reyerta que prendió después de que asesinaras al narco. Ya entonces necesitabas justificarte.

Adam lanzó una mirada furtiva a su reloj. Con un movimiento mecánico, sacudió unas motas de polvo de su pantalón a la altura del muslo.

—No fue arrepentimiento, ni necesitaba justificarme. —Se inclinó hacia delante y le cogió las manos tratando de recuperar la complicidad—. Tu amigo Purone es un héroe. Sólo quería que tú también lo vieras así.

—Me haces ver que soy importante para ti, pero no has dejado de jugar conmigo.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te has dedicado a ponerme pequeños cebos para que te siguiera hasta este callejón sin salida.

—¿Crees que habría sido prudente contarte todo el primer día? Me dejaste maravillado, Mika; ésa es la verdad. Cuando te subí en brazos a mi apartamento sufrí una convulsión que no experimentaba desde que conocí a la madre de mi hijo. Pero necesitaba estudiarte, confirmar mi presentimiento, y no era necesario correr. Disponíamos de una semana entera para fraguar nuestra conexión.

—Yo más bien creo que has esperado hasta hoy para contarme tu historia con el fin de impresionarme y conseguir un efecto inmediato. Seguro que pensaste que, si me enteraba de sopetón de cómo había muerto tu hijo, reaccionaría en plan volcán y cumpliría mi parte sin dudar. ¿Una cacería humana? ¡Por Dios! ¡Acabemos con ese cabrón y con todos los que son como él!

Abrió la boca y los ojos, tanto que parecía que se le fueran a salir de las cuencas, y simuló apretar el botón del reproductor de audio de la muñeca.

Él no dijo nada. Mika se levantó de forma brusca.

—¿Por qué tanto empeño en que lo haga yo, Adam? Tú mismo acabas de decirlo: una semana, eso es todo lo que nos une. Ni siquiera te hago falta para detonar los depósitos de batracotoxina; bien podrías emitir tú mismo la señal. Sé que hay algo más. Lo vi en tus ojos cuando hablamos en tu apartamento. Dijiste que era tu musa (tal vez eso signifique que me quieres a tu manera, no lo dudo), pero hay algo más.

Adam respiró profundamente. Volvió a apresarle con su mirada azul y, dejando fluir esa grave voz que sonaba a murmullos del río Amazonas y a vieja sabiduría de los árboles sagrados, dijo:

—Eres mi heredera. Desde el primer momento vi en ti a la persona que perpetuará mi legado.

—¿Has dicho... «mi heredera»?

—Cuando te metiste en mi coche te convertiste no sólo en una pieza imprescindible, sino en una extensión de mí mismo. Te vi como un regalo caído del cielo, tan íntegra, con tu tatuaje samurái en el costado y esa efervescente conciencia social... Más que un regalo, eras un reto. Supe que mi plan quedaría cojo sin tu participación. Así es la mente del creador, su grandeza y su esclavitud. Si brota una chispa nueva que pueda engrandecer nuestra creación (un matiz, por minúsculo que sea), no podemos obviarlo. ¿Cómo conformarse con legar al mundo algo simplemente bueno cuando puedes firmar la *gran obra*? Mejoras mi plan, Mika. No, aún diría mucho más: el que seas tú quien pulse el botón legitima el Nuevo Génesis. Cuando tú, con tu integridad y tu tatuaje y tu compromiso con las causas perdidas y tus inagotables depósitos de esperanza emitas la señal acústica que inoculará la batracotoxina... Será la confirmación de que mi plan funcionará a gran escala. Entonces sí, podré desaparecer tranquilo.

—Adam, por favor... —Estaba confusa. Aún había algo que no le cuadraba, pero no sabía bien qué objetar—. Ahora son trescientos y ¿luego? El odio sólo genera odio, lo sabes porque en eso basas tu revolución. ¿Cuántas muertes inocentes ocasionará el levantamiento que has diseñado?

—Abraham utilizó los mismos argumentos cuando intentó convencer a Dios para que no castigase a Sodoma y Gomorra.

—No me vengas ahora con...

—Si en estas ciudades vivieran cuarenta hombres justos, imploraba el patriarca a su Señor, ¿renunciarías a destruirlas? ¿Y si fueran treinta? ¿Y veinte? ¿Y diez? No

estuvo mal ese regateo. Pero lo cierto es que sus habitantes eran el paradigma de la misma abyecta perversión que hoy invade este planeta. Por eso fueron aniquilados. Y por eso ahora hemos de seguir el plan trazado.

—No se trata de regatear. Lo que destaca el libro del Génesis es que Abraham no se limitó a pedir la salvación para los inocentes. Pidió el perdón para todos, para los justos y para los que no lo eran. Sabía que el deseo de Dios no era destruir, sino salvar la ciudad, dar vida al pecador y redimirlo a través del amor.

—La hora del amor ya pasó, Mika. Considera que estamos en el juicio final previo al Nuevo Génesis. Ya no caben las medias tintas.

—¿Medias tintas? ¿Te estás escuchando, Adam? ¡Con que hubiera un solo hombre justo entre los trescientos ya sería suficiente para interrumpir esta locura!

—¿También conoces al profeta Jeremías? —ironizó, dejando asomar un átomo de fatiga antes de volver a recitar—. Recorred las calles de Jerusalén, buscad por sus plazas a ver si encontráis un hombre que practique el derecho y la verdad y yo perdonaré a la ciudad.

Mika asintió despacio. Jamás había oído esos versículos, pero ésa era la intención. Adam consultó de nuevo la hora con disimulo. Gabriel Collor andaría nervioso preguntándose adónde había ido.

—Hablamos de seres humanos, Adam.

Él se levantó y ella le dio la espalda. Temía que las fuerzas le abandonasen y terminase de someterla. Apoyó ambos brazos en una balda de la estantería y pegó la frente. Adam la abrazó desde atrás y le susurró al oído:

—Yo, que conviví con las fieras del Amazonas, puedo asegurarte que el mayor depredador del ser humano es el propio ser humano. Por eso hace falta esta revolución. Hemos generado una situación que no tiene vuelta atrás. Sólo nos queda hacer tabula rasa, destruir toda estructura de este sistema infecto y empezar a construir desde cero.

—Querrás decir desde el caos —musitó ella.

—Lo de mañana será un nuevo principio. Quizá caótico, pero al estilo de los primeros días del universo. Un caos ansioso de vida, saturado de posibilidades para crecer.

Mika se volvió levemente. Al hacerlo rozó los labios de él.

—Adam...

—Estoy aquí, siempre contigo. Ya te dije que viviríamos esto juntos.

—Lo siento.

—No te disculpes. Todos atravesamos momentos de duda.

—Me refiero a que no voy a hacerlo.

En el angosto almacén se hizo el vacío.

Adam cerró los ojos y respiró hondo.

Se separó de ella despacio y se limitó a decir:

—Está bien.

—Está... ¿bien?

Esta vez fue él quien sacó su móvil.

Abrió una aplicación de vídeo.

—Mira.

Extendió la mano.

A Mika le daba miedo seguirle la corriente. Mantenía los ojos apartados de la pequeña pantalla.

—¿Qué quieres que mire?

—Mi plan B.

—¿Te refieres a un cambio en tu hoja de ruta?

—Los verdaderos creativos estamos arriesgando a cada paso, por lo que siempre conviene tener un plan B por si las cosas no salen exactamente como esperábamos.

—Claro que sí... —susurró ella.

—Lo importante es conseguir el resultado ansiado —siguió Adam con un renovado ímpetu—. El primer creativo de la historia que carecía de una alternativa para su plan era Dios. Y mira adónde nos ha conducido su falta de previsión: a la perdición. He tenido que llegar yo para repararlo. Para... sustituirle.

Aquel mesianismo le angustiaba, pero aun así quería abrazarle. Estaba dispuesto a dar media vuelta.

—¿De verdad vas a suspender la acción? ¿Vas... —estaba tan emocionada que le daba reparo decirlo en voz alta— a perdonar a los trescientos?

Adam frunció el ceño.

—Creo que no me has entendido bien.

—¿Cómo?

—Este plan B se refiere a ti.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Entonces sí, cogió con cautela el móvil que Adam seguía empuñando hacia ella. La pantalla mostraba una retransmisión en directo, tomada desde una cámara de seguridad.

Una garra gigante le atravesó el pecho y le estrujó el corazón y los pulmones.

—Papá...

Era su padre. Saúl Salvador. Dando vueltas en el interior de una diminuta habitación sellada.

Apenas podía ligar unas palabras con otras.

—¿Qué le has hecho?

Adam abrochó un botón de la americana con intención de marcharse.

—La verdad es que es un tipo duro. Era de suponer, por lo que me contaste el primer día en mi apartamento. Empresario de seguridad privada, trabajando en Libia...

—Cabrón mentiroso. Al instante se te ocurrió que podrías utilizarlo contra mí.

—Sólo previsión, Mika, ya te lo he dicho.

Contempló de nuevo el vídeo. La cámara estaba situada a la altura del techo, por lo que la toma era un acentuado picado que mostraba, sobre todo, la coronilla de Saúl. Se aferró a una lejana pero bendita posibilidad: que todo fuera un montaje. Y huyó hacia delante.

—Puedes hacerle lo que quieras a ese hombre. Se parece a él, pero no es mi padre. ¿Acaso has ido al desierto de Libia a buscarlo?

—No ha hecho falta. Él ha venido a mí.

—Eso es imposible.

—¿Recuerdas tu portátil?

Cascadas de imágenes irrumpieron a codazos: la puerta entreabierta de su habitación de la *pousada*; las tejas desprendiéndose bajo sus pies mientras perseguía al luchador de capoeira; la carroza de la escuela de samba, alzada entre la batahola de tambores; el ladrón al otro lado de la ventanilla del vagón, con su Mac en la mano y aquel símbolo tatuado en el cuello, el rectángulo con el ojo en su interior.

—¿También eso fue cosa tuya? ¿Enviaste a ese animal para robarme?

—No deberías haberle sorprendido en plena faena.

—Y yo que creía que habían sido los narcos de Monte Luz. Eres despreciable...

No podía apartar la vista del vídeo. Era Saúl. Sin duda era Saúl.

—Como te he dicho antes, necesitaba saberlo todo de ti antes de dar el paso definitivo. Así que ¿por qué no leer tu mente? O lo que es lo mismo: tu portátil. Cuanto más hurgaba en tus archivos, más obnubilado me dejabas. Las cartas de recomendación, el proyecto de fin de carrera... Fascinante. Aunque lo que más decía de ti eran tus *posts*. Esa arrolladora sucesión de pensamientos sobre una sociedad que te asquea. ¿Acaso no estamos de acuerdo en eso?

—En lo que desde luego no lo estamos es en la forma de repararla —dijo con desprecio—. Pero ¿qué tiene que ver todo eso con mi padre?

—Comenzó a enviarte correos electrónicos.

—¿También entraste en mi *mail*?

—Tenía las bandejas abiertas delante de mis narices y no dejaban de llegar

mensajes: «Mika, llámame por favor»; «Mika, estoy viendo lo que ocurre en Brasil y no coges el teléfono»; «Mika, al menos mándame un par de líneas diciendo que estás bien». Pobre hombre. Cuando su novia, esa tal Sol, se decidió por fin a contarle lo ocurrido en la favela no lo pensó ni un minuto. Decidió venir para estar contigo durante la convalecencia de tu amigo. En el último correo escribió todos los detalles: número de vuelo, hora de llegada... Nos lo puso en bandeja. Sólo tuvimos que ir a recibirle.

Mika se abalanzó sobre él. Lo aprisionó contra la pared y le gritó a la cara.

—¿Dónde está?

—Sabes bien que no puedo decírtelo.

—¡Te voy a matar aquí mismo!

Le presionó la garganta con el antebrazo. Adam apenas se resistía. Se limitó a aglutinar fuerzas para musitar:

—No puedes hacerlo. Al igual que no puedes llamar a la policía. ¿Qué vas a decirles? ¿Qué acabas de asesinar a la alcaidesa de la Penitenciaría Paraná Oeste? Estamos juntos en esto, Mika.

Le soltó y cayó al suelo de rodillas, derrengada. Adam alisó el lino de la pechera.

—No te reconozco.

—Te aseguro que no ha cambiado nada. Sigo formulándote la misma pregunta del primer día: ¿hasta dónde llegarías para cambiar el mundo? —Abrió los brazos como dándole tiempo a responder, pero fue él quien siguió, implacable—. Es curioso el ser humano, siempre pensando en su propio interés. Si te preguntaran qué harías para salvar a la persona amada, estoy seguro de que responderías: sería capaz de matar al resto del mundo. Pero ¿qué harías para salvar al resto del mundo? ¿Serías capaz de matar a la persona amada?

Levantó la mirada.

—¿Qué insinúas?

—Antes me has reprochado que he jugado contigo, que no me importabas realmente. Pero fíjate si confío en tu criterio e intuición que voy a darte la llave para interrumpir mi plan.

—La llave... ¿Con qué me sales ahora?

—Tienes dos opciones:

»Primera: acepta de una vez por todas que el Nuevo Génesis es legítimo y necesario, emite el sonido de tam-tam que reventará los depósitos de batracotoxina y, al tiempo que harás historia, salvarás a tu querido padre.

»Segunda: echa por tierra mi plan, pero entrégame a cambio su vida para demostrar que es una decisión madurada y no guiada por motivos emocionales.

—¡Eso es un burdo chantaje!

—No me has escuchado. No te estoy obligando a hacer nada. Como tú has mencionado antes, yo mismo podría emitir la señal para detonar el veneno, pero ya no quiero hacerlo. He apostado por ti, mi musa, mi heredera, y seré consecuente hasta

el final. Tú tienes la última palabra. En tus manos encomiendo mi espíritu, podría proclamar. Sólo entiende que, llegados a este punto, tengo que estar seguro de que no decidirás a la ligera.

—Estás loco...

—¿Loco? Yo creo que no puedo ser más cuerdo. Ni más desprendido.

—Te desprendes al precio que tú mismo marcas.

—Toda disyuntiva realmente importante nos obliga a pagar un alto precio. Escoger implica renunciar.

El agotado cerebro de Mika seguía funcionando a duras penas. Sus engranajes giraban diente a diente, luchando contra el óxido y la falta de combustible.

—Eres un fraude —espetó de súbito, esbozando una sonrisa desesperada.

Adam detectó que no era un insulto vano.

—¿A qué viene eso?

—Parloteas acerca de la entrega a los demás, de que no hay que actuar en el propio interés y, sin embargo... ¿Recuerdas cuando me hablaste de ese asesino brasileño que lleva tatuado en el brazo «Mato por placer»?

—Pedrinho Matador —confirmó él, intrigado.

—Me aseguraste que tú eras diferente, que no te guiaban motivaciones egoístas. Declaraste que ibas a entregarlo *todo* por el Nuevo Génesis. ¡Todo!

—Y así va a ser.

Mika, que seguía de rodillas en el suelo, se levantó y le encaró, casi escupiéndole en el rostro.

—Pues me gustaría saber de una vez cuál es el maldito precio que te toca pagar a ti. ¿Qué vas a dar a cambio de llevar esto adelante?

Adam se tomó un par de segundos y contestó:

—Mi propia vida.

Frío repentino.

Recordó una frase que él había dicho un rato antes y que le había pasado desapercibida. Algo así como que cuando ella emitiese la señal sería la confirmación de que el plan funcionaría a gran escala y, entonces sí, podría desaparecer tranquilo.

Desaparecer...

—¿Me estás diciendo que vas a morir con el resto?

Adam ladeó la cabeza y le mostró su oreja izquierda. En ella portaba el letal auricular.

—Yo mismo soy un daño colateral, ya ves. —Se encogió de hombros—. Sólo hay un destino posible para mí: predicar con el ejemplo, que el mundo sepa que estaba comprometido con mi plan hasta la muerte.

Mika se vino abajo. No podía luchar contra un demente.

—Por eso has dicho que me escogiste como heredera. Hablabas textualmente...

—Heredera de mi Nuevo Génesis, de mi empresa, de todo lo que tengo y de todo lo que he sido. He dejado firmado hasta el último papel. Estoy convencido de que

sabrás qué hacer con cada miligramo de mí. Eres al mismo tiempo cisne blanco y cisne negro, la excepción a la cita de Yeats. Tú tienes la pasión e intensidad que les sobra a los peores y la convicción que les falta a los mejores. Celebremos juntos el advenimiento del Nuevo Génesis en esta ciudad con planta de pájaro. ¿Dónde mejor podríamos llevar a cabo la última acción? Brasilia será el ave fénix que resurge de las cenizas de la decadencia y alza un nuevo vuelo.

—Esto no puede estar pasando...

—Tengo que irme, aún he de recibir a varios invitados —resolvió, hablándole de pronto como lo haría a una esposa—. Quédate aquí para que nadie te perturbe. Si, como confío que harás, decides cambiar el mundo, aprieta el botón y, acto seguido, el Capitán Nemo liberará a tu padre.

—¿Es él quien lo tiene retenido?

—Si a las diez en punto veo que no lo has hecho —continuó Adam sin contestar—, dejaré que el planeta siga rodando como si nada hubiera pasado pero a cambio... Te quedan exactamente veintiséis minutos. Ni uno más.

Cogió el pulsador del montacargas y se encaramó a él con energía. Lo hizo dando un pequeño brinco, como un pirata que se alza al palo mayor de un galeón, y volvió a perderse por el hueco del techo.

Veintiséis minutos...

Se fijó en que su móvil apenas tenía cobertura. Pero había algo peor. La batería. No lo había cargado desde que se lo entregó Adam.

Tam, tam.

Tam, tam.

No era la mortífera señal acústica.

Era su corazón, que palpitaba al ritmo de la agonizante línea roja.

La cabeza le hervía. Su heredera, física y espiritual. ¿Quién rechaza la oferta de poseerlo todo? Tenía en su mano la oportunidad de salvar a su padre, culminar el Nuevo Génesis y dedicarse a perpetuar el legado de Adam Green. Seguir cambiando el mundo con nuevas acciones —nunca más pataleos, por fin acciones—. Era fácil. Un solo clic. Eso bastaba para hacer historia y convertirse en una divinidad creadora.

El precio: ¿acaso era tan alto? Según parecía, los trescientos invitados tenían motivos de sobra para ser ajusticiados.

Pero algo fallaba. Lo notaba en el pecho, ese nudo.

Se sentía sola.

De repente sola, como el propio Adam.

¿Cómo se lo explicaría a su padre cuando lo liberasen del zulo? Seguro que, si él pudiera escoger, entregaría su vida como un valiente y recto samurái a cambio de salvar a uno solo de aquellos billonarios anónimos.

¿Cómo se lo explicaría a Purone cuando despertase del coma? Cuando recibió el disparo estaba pintando en las *velas* las palabras «orgullo», «firmeza», «belleza», «dulzura» y «amor».

¿Cómo podría mirarlos a la cara?

Los imaginaba a ambos amaneciendo en un mundo nuevo en el que se sentían... perdidos. No felices, en absoluto felices. Confusos, desasosegados.

¿Qué os pasa? ¿Por qué no dais saltos de alegría? ¡Todo ha cambiado! Pero ellos no hablaban. No la reconocían. No era la Mika que amaban y admiraban con sus grandezas y sus torpezas y esa risa contagiosa y también con sus temores y conflictos, como los que plasmaba en su blog no publicado, siempre luchando por buscar la luz, por pulir las piedras del *camino del guerrero*. No la reconocían porque ni siquiera la veían. Estaba cubierta de cadáveres. Trescientos cuerpos pesados y fríos.

—No puedo más... —sollozó, como si pudieran oírle.

Y una voz —sí, una voz real, que retumbó entre las cuatro paredes cubiertas de cuadros de luces y estanterías— le contestó:

¿Dónde te crees que estás, mi niña?

¿Mamá Santa? ¿Eres tú?

Ya te lo dije el primer día, cuando apareciste en mi casa con aquel molesto esguince. En las favelas hay gente que trabaja duro en pos de la libertad y de la paz, buscando alternativas saludables para los jóvenes, pero no se crea un mundo mejor de un día para otro. Este planeta es una gran favela que no vamos a cambiar en una semana. Pero cada vez somos más los que caminamos hacia el futuro por las callejuelas más limpias de nuestras comunidades, sin importarnos que también sean

las más empinadas. ¡Ya viste qué cantidad de escaleras hay en Monte Luz! ¡Y también viste mis piernas de Bahía, capaces de subir mil escalones y siempre hacia arriba! Los verdaderos esquinces están en la mente, mi niña.

Brotaron lágrimas retenidas durante años. Lloró todos los combates perdidos, dentro y fuera del tatami; y lloró de emoción por los que le quedaban por disputar. No pudo evitar hacerle una última pregunta.

¿Qué tal está mi amigo Purone... mi... mi amor?

Por fin lo había dicho.

Bendito Yemanyá. A este coxinha le quedan todavía muchos colores por pintar.

Sentada en la esquina de la cama del Hospital de Clínicas de São Paulo, Mamá Santa siguió lanzando al aire sus plegarias, y los dioses del candomblé las cogieron al vuelo y las fueron pasando de uno a otro, a través de montañas y llanuras y selva virgen y talada, hasta los oídos de Mika. Hasta su corazón.

Tam, tam.

Tam, tam.

Marcó el número del investigador Baptista.

—He hecho algo espantoso —dijo cuando contestó—. Pero tiene que confiar en mí.

—¿Eres Mika Salvador?

—El único problema es el tiempo, investigador. Va a ocurrir algo terrible y cada segundo cuenta.

Baptista guardó silencio. Mika llegó a dudar si se había cortado la línea. De pronto dijo algo inesperado, guiado por su intuición de viejo perro policía:

—Deja lo que hayas hecho para otro momento y concéntrate en lo que tengamos que hacer ahora.

Ella le hizo un recorrido panorámico. En principio obvió revelar la identidad de Adam y el lugar de la convención. Eran su moneda de cambio y decidió guardarlos para cuando Baptista ya se hubiese comprometido a liberar a su padre.

Tras explicarle que iba a ser ajusticiado a las diez horas y un minuto, concretó su petición:

—Prométame que pondrá a trabajar de inmediato a todos sus efectivos para encontrarlo y yo le entregaré al hombre más buscado del globo.

Baptista resopló.

—Has empezado diciendo que confíe en ti. ¿Por qué habría de hacerlo?

Mika miró el reloj. Sólo tenía una oportunidad.

—Por su hijo.

—¿Cómo sabes que tengo...?

—La segunda vez que estuve en su despacho vi que había colgado un dibujo en la pared. Supuse que el autor no era el agente Wagner.

—¿Y qué pelotas tiene que ver mi hijo en todo esto?

—Le aseguro que no le gustaría verlo crecer en el mundo que quedará si no me ayuda. Quizá quiera ser policía como usted.

—Eso ni lo sueñes. Futbolista y va que chuta, nunca mejor dicho.

Mika se fijó en la hora y en la moribunda batería.

—Investigador, no queda tiempo.

—¿Seguro que no tienes ni idea de dónde lo tienen retenido? No puedo ayudarte si no sé dónde buscar.

—Esperaba que usted me aportase alguna luz.

—Tal y como lo has descrito, ese zulo podría estar en cualquiera de los veinte millones de casas de esta ciudad. Tienes que darme algo más. ¿No habrán dejado algún rastro? ¿Notas, sms, correos?

La luz.

—Vuelvo a llamarle en un minuto.

Cuando telefoneó desde Creatio a Sol, la pareja de su padre, y le pidió que localizase la procedencia del *mail* que recibió el primer día, aquélla le dijo que el emisor lo había hecho rebotar por mil puntos del globo y que le había perdido la pista en Noruega, pero se comprometió a remitirle la información cuando rastrease la ruta completa.

Por favor, Sol, dime que has podido...

Accedió desde el móvil a su cuenta de correo. Tardaba en abrirse.

Maldita batería, aguanta, aguanta.

Bandeja de entrada.

Allí estaba.

Querida Mika:

Quienquiera que haya escrito ese endiabrado correo sabe lo que hace. Tenía encriptaciones a las que nunca me había enfrentado. Pero lo que me ha dejado de piedra es comprobar que procede de la misma favela donde ocurrió lo de tu amigo Purone. Lo he comprobado varias veces y no hay duda. La dirección IP corresponde a un ordenador conectado a la red de Monte Luz. No puedo darte datos más concretos, lo siento.

Por favor, cariño, ten muchísimo cuidado. Te queremos.

Sol

Desde la misma favela...

¿Qué tenía que ver Adam con Monte Luz?

¡La ONG Bienvenidos!

Miró el reloj.

Faltaban diecinueve minutos para las diez.

No, no, no. ¡Detente! Ahora que estoy tan cerca necesito más tiempo...

Pulsó el botón de rellamada y transmitió a toda velocidad sus conclusiones al investigador.

—De acuerdo —resolvió Baptista—. Acepto el trato y cumplo mi parte. —Apartó el teléfono de la boca—. ¡Agente Wagner! ¡Wagner, joder, asoma la cabeza! ¿Dónde estabas? Conecta con la unidad pacificadora de Monte Luz y que a la voz de ya envíen un escuadrón a esta dirección con todo el equipo de asalto, incluida la tanqueta. —Debió de pasarle el papel en el que había tomado nota—. Que activen el protocolo de liberación de rehenes. Diles que les llamo en un minuto por la línea cerrada para instrucciones. —Volvió a dirigirse a Mika—. Y tú ya estás viniendo aquí de inmediato. Tenemos que hablar largo y tendido.

—No puedo ir.

—Se acabaron los jueguitos, *garota*. He dicho de inmediato.

—Estoy en Brasilia.

—¿Me estás tomando el pelo? No me habrás preparado alguna encerrona en esa favela del demonio...

—No, no, se lo juro. He viajado toda la noche en una furgoneta desde...

—Déjate de rollos y suelta de una vez por esa boca. ¿Quién es mi hombre? ¿Quién es el jodido asesino del Génesis y dónde puedo encontrarlo?

Justo entonces, la pantalla del móvil se tiñó de negro.

Mika lo observó con horror y soltó un alarido. Después gritó como si Baptista pudiera oírle.

—¡Le estoy diciendo la verdad! ¡No es ninguna encerrona! ¡Soy yo la que está encerrada!

No servía de nada. Se había apagado.

Sin previo aviso, como la vida de un anciano.

Simplemente, la línea roja de la batería había dejado de latir.

Arrojó el móvil contra la pared. Los pedazos se esparcieron por el suelo. Lo había tenido tan cerca... Baptista pensaría que había colgado deliberadamente y daría marcha atrás al dispositivo policial.

Su padre iba a morir.

Permaneció un rato de pie con la cabeza caída. Los tabiques del almacén se le echaban encima como los émbolos de una prensa. Maldito Adam, ¿a qué pozo me has conducido con tus citas de Abraham y de Sodoma y Gomorra?

De Abraham...

¿Y si la amenaza a su padre fuera sólo una prueba de fidelidad?, se preguntó con un repunte de energía. El patriarca bíblico estuvo a punto de entregar la vida de su hijo Isaac como ofrenda. El propio Dios le ordenó que lo hiciera, pero en el último momento le pidió que detuviese el sacrificio, que le bastaba con haber comprobado su nivel de compromiso.

¿Sería el dios Adam Green tan magnánimo como para perdonarle? Al instante decidió que no. Es más, comenzaba a dudar que fuese a cumplir su palabra. Cuando comprobase que Mika no había emitido la señal acústica, no se conformaría con sacrificar a Saúl. Quería acabar sí o sí con esa cúpula de billonarios para generar su revolución global. Caería en la tentación y él mismo emitiría el tam-tam para inocular la batracotoxina.

El panorama no podía ser peor.

Su padre no sólo iba a morir.

Iba a morir en vano.

Lo único que podía hacer era sentarse en el suelo y esperar los trescientos gritos de dolor. ¿Acaso estaba en su mano hacer algo para salvarlos?

Sí.

Podía matar a Adam antes de que pulsase el botón.

Matar a Adam...

Si hubiera tenido el móvil habría podido emitir la señal acústica antes de que empezase la convención, y dado que Adam era el único que por el momento llevaba puesto el auricular habría sido el único en morir. Pero sin móvil no podía acceder a internet. Sin internet no podía conectarse al canal de Skype por el que iba a emitirse la traducción simultánea. Sin conectarse no podía enviar la señal del tam-tam y detonar el depósito de batracotoxina.

Mamá Santa, son demasiados escalones...

Un millón de escalones empinados.

Quieta como estaba, con la boca temblorosa y los ojos cerrados, revivió el que fue su último combate con la federación de kárate. Le abordaron proscritas imágenes de

aquella tarde, tres meses antes de su viaje, en la que perdió por tercera vez el campeonato europeo. Fue así, ni más ni menos. Lo perdió. Ella misma. Tenía el tobillo tocado por la torcedura y, en lugar de ir a por todas (en el pasado había competido mil veces con lesiones parecidas), dio media vuelta y regresó al banquillo cojeando como si la pierna le midiese diez centímetros menos. Había caído antes de comenzar. Le había vencido el miedo a perder. Desde que terminó la universidad venía sufriendo el destructivo fracaso laboral y no quería acumular más derrotas de otro tipo. Tal vez fuera el mismo motivo por el que nunca se había atrevido a mirar a su amigo Purone como le pedía aquella pulsión interior que durante mucho tiempo se había empeñado en sofocar.

Abrió los ojos. Contempló el mudo almacén, un nuevo tatami. Miró el reloj. Faltaban catorce minutos para las diez. ¿Acaso iba a quedarse allí parada, emborrachándose de viejas derrotas? Tal vez fuera un buen modo de autoinfligirse un castigo por sus erráticos pasos dados desde su llegada a Brasil. Cada bochornoso recuerdo, un penitente flagelo, una vuelta de tuerca a la argolla que aprisionaba su garganta. Tal vez lo fuera. Pero no era así como su padre le había enseñado a enfrentarse al mundo.

Papá...

No había podido salvarle, pero aún podía honrarle.

Es lo menos que merecía su samurái.

Aún quedan unos minutos. Voy a llegar hasta ti, Adam Green. Te mataré y pararé esta locura.

Repasó cada centímetro cuadrado a su alrededor. La puerta metálica era imposible de forzar, al igual que la plataforma del elevador que obturaba el hueco que unía el almacén con el piso superior. Pero estaba en un museo, no en una cárcel. Tenía que haber alguna otra forma de salir de allí y llegar a la sala en la que se celebraba la convención.

Tratándose de un almacén, pensó que quizá hubiera un acceso al patinillo de registro de instalaciones, uno de esos conductos que incluso disponen de asideros a modo de escala como los submarinos, por los que se introduce el personal de mantenimiento para recorrer las entrañas de los grandes edificios. Recorrió las paredes buscando alguna portezuela disimulada, pero comprobó con desilusión que no iba a tener tanta suerte. También se asomó entre las baldas de la gran estantería, con el mismo resultado. Siguió dándole vueltas a la cabeza hasta que se le ocurrió que aquella construcción en forma de media naranja no tenía ventilación natural, por lo que debía disponer sí o sí de una red de renovación de aire. ¿Dónde? Lo normal sería entre el forjado y los falsos techos.

Cogió la banqueta y se asomó entre los anaqueles más altos. No le costó ver la tapa de rejilla.

—¡Sí!

Saltó al suelo e hizo un intento baldío de apartar aquel mueble enorme. Pesaba un

quintal, por la estructura de madera y metal y, más aún, por la cantidad de material que acumulaba. Sin perder un instante fue cogiendo una por una las cajas de plástico transparente repletas de herramientas y las apiló a un par de metros de la estantería. Cuando aún quedaba media docena por bajar, volvió a tirar ansiosa de un extremo. Esta vez logró apartarla de la pared lo suficiente como para dejar a la vista el respiradero.

Acercó la banqueta y, de puntillas, pegó los ojos a la rejilla. El interior estaba oscuro, pero distinguía un conducto metálico por el que, apretándose, podía caber una persona de su tamaño. Se hizo con un destornillador y soltó la tapa. Le golpeó una bocanada de aire viciado. Introdujo la cabeza y le envolvió una mareante resonancia. Su sola respiración producía eco.

El mero hecho de pensar en meterse por ahí le causaba una angustiosa claustrofobia. ¿Qué haría al llegar al primer recodo? Quizá pudiera salvarlo y continuar avanzando en la nueva dirección que tomase el conducto, pero ¿y si daba con un ramal demasiado estrecho que le obligase a volver sobre sus pasos? Tumbada hacia delante le resultaría muy complicado ir marcha atrás. Se le ponían los pelos de punta. Se volvió. Vio la puerta sin manilla. El elevador anclado en el piso superior. Los pedazos del móvil esparcidos por el suelo. Lanzó otra mirada al reloj.

Las diez menos diez.

Que sea lo que Dios quiera.

Trepó por la estantería para llegar al hueco. Cuando se arqueó para meter el tronco sintió un pinchazo en la espalda. Estaba en plena forma, pero no por ello dejaban de pasarle factura los golpes que le habían propinado los gorilas de seguridad y, un día antes, la alcaidesa Jaira Guimarães en el siniestro motel de Foz de Iguazú. El pensar en ella le dio el empujón que necesitaba para terminar de introducirse en aquella catacumba de acero inoxidable.

Avanzó centímetro a centímetro por la negrura total. Intentaba convencerse de que no necesitaba mirar, de que le valía el tacto para superar aquella prueba, pero no lograba engañar a su cerebro. Era como avanzar por el interior de un féretro sin principio ni final. Además, el sentido del tacto tenía sus *handicaps*. Rogaba para no cruzarse con una rata. No quería ni imaginar lo que sería, en plena oscuridad, sentir en la cara un cuerpo peludo. Oía crujidos y chasquidos, pero no eran animales. Se debían a algo mucho más preocupante. Los anclajes que soportaban el conducto no estaban preparados para tanto peso.

Pasó unos segundos de pánico al darse cuenta de que el sistema de ventilación impulsaría en cualquier momento su ración periódica de aire renovado. Para climatizar todo el museo debía de haber macrobombas cuya brutal corriente le abrasaría la cara. ¿O se la congelaría? No podía pensar con lucidez. Su mente estaba colapsada por un debate constante entre continuar o dar marcha atrás —algo que cada vez se antojaba más difícil—. Estaba a punto de abandonar cuando tocó con la punta de los dedos el final de tramo del conducto.

Palpó a un lado y otro. Era un recodo en el que confluía más de un ramal. Decidió tomar la dirección ascendente confiando alcanzar la altura del techo del auditorio. Se contorsionó como una artista circense —benditos años de estiramientos en el gimnasio— e inició la subida haciendo presión con las manos en los laterales para ayudarse. Intentaba mantener la mente en blanco para no sucumbir ante el pavor que poco a poco infectaba sus defensas. Piensa sólo en avanzar, decía para sí, pero a cada momento sufría el abordaje de espantosas imágenes de emparedamientos y enterrados vivos.

La chapa era resbaladiza y algunas juntas mal acabadas sobresalían como cuchillas. Cuando tocó con la cabeza en el final del conducto de subida, se asustó y no pudo evitar deslizarse un metro hacia abajo. Al presionar con fuerza con las manos para frenar se hizo un corte profundo en la palma derecha. La acercó a la boca y sorbió la sangre para evitar resbalarse, pero no dejaba de fluir.

Trató de respirar hondo, pero sufría ya las convulsiones que preconizaban un severo ataque de nervios. El corazón le palpitaba a mil por hora. Consiguió alcanzar de nuevo el extremo donde finalizaba el conducto y se contorsionó aún más hasta lograr colocarse en horizontal. Aquel ramal era mucho más estrecho, y más quejumbrosos sus anclajes. Tenía miedo de que se quebrasen y se derrumbase todo el conducto encima de...

No tenía ni idea de dónde estaba.

Se arrepintió de su absurda ocurrencia. Jamás llegaría hasta Adam a tiempo. Tampoco había forma humana de impedir que los trescientos se colocasen el auricular. Se le ocurrió activar la alarma antiincendios y disolver la convención por la tremenda, pero ¿cómo iba a provocar fuego en un cajón de metal, aunque fuera una simple llama?

Más frecuencia en los latidos. Comenzó a faltarle el aire. Pero siguió avanzando, contrayéndose y estirándose como una oruga.

Ya se te ocurrirá algo, repetía.

Avanza, avanza.

¿Hasta cuándo?

Aquel tramo no acababa nunca. Era imposible calcular dónde se encontraba. La mano no dejaba de sangrar. Hacía tiempo que había cruzado el punto de no retorno y no era capaz de continuar. Estaba encajonada. La sensación de ahogo se multiplicó. Abrió la boca de par en par, pero no podía respirar. Como si hubiese consumido todo el oxígeno.

Se detuvo.

Ya debían de ser más de las diez.

¿Para qué seguir engañándose?

También ella iba a morir.

Cuando tomó conciencia, dejó de estar asustada. Le embargó una extraña serenidad.

Apoyó la cabeza en la chapa fría y...

Se puso a cantar.

Lo hizo con entonación infantil. O más bien del modo en que ella cantaría a un niño si tuviera que consolarlo. Era una disociación extraña, pero le hacía sentirse tranquila.

*La tierra desnuda y fría
se vistió con árboles gigantes.
Entre las ramas el viento silbaba.
Shhh... Shhh... Shhh...*

Era la vieja canción indígena que había escuchado a Adam en la *pousada* de São Sebastião. La que, según le había contado, canturreaban en las noches de tormenta para que los niños concillasen el sueño. ¿Por qué le venía a la cabeza? Tal vez sirviera también para conciliar el sueño último, el sueño definitivo. El caso es que siguió entonándola, repitiendo las estrofas y también aquel silbido del viento entre los árboles:

Shhh... Shhh... Shhh...

En un momento dado, oyó una voz.

Calló. ¿Deliraba?

De nuevo la oyó. No había duda. Llegaba a ella a través del negro conducto.

Trató de adivinar su procedencia, pero la voz se detuvo.

Mika permaneció alerta unos segundos. Nada. Y retomó el canto:

La tierra desnuda y fría

La voz regresó.

¡Sí, alguien la oía y respondía!

Agudizó sus oídos al máximo, auscultando el aire viciado. Aun cuando las palabras le llegaban amortiguadas, distinguió un acento nativo. Tenía que tratarse del indígena. ¿Había empezado ya su mensaje de bienvenida? Los trescientos debían de seguir sanos y salvos ya que, de ser así, reinaría un revuelo enorme. Muy al contrario, sólo se oía aquella voz cada vez más cargada de inquietud.

Intervino otra persona cuyo tono grave Mika no tardó en reconocer. Era Adam. Estaba inmerso con su amigo Camaleón en una agitada conversación que llegaba hasta ella envuelta en una manta, pero de la que cada vez cazaba más frases.

El indígena, que abandonaba su dialecto selvático y le hablaba en portugués, decía que quería marcharse de allí. Que no quería estar en un lugar en el que sus ancestros cantaban desde el techo las viejas trovas de su pueblo. Que tenía que tratarse de algún tipo de maldición o de advertencia.

Así que era eso. No sólo la habían oído.

Habían reconocido la canción.

El conducto ha hecho de caja de resonancia...

Se añadió una tercera voz. Era Gabriel Collor, quien les acompañaría en el estrado. Adam se excusaba con él. Exhortaba a los invitados a que se colocasen los auriculares para escuchar la traducción simultánea mientras pedía al nativo que se tranquilizase y comenzase ya su intervención. No dejaba de repetir que todo estaba controlado. Que el canto debía de provenir de algún trabajador del museo, alguien que estuviera haciendo tareas de reparación de las modernas instalaciones del edificio.

Mika abrió los ojos de par en par en la oscuridad, como si así pudiera oír mejor. Seguían llegándole las frases en el interior de una burbuja de gelatina, pero ya apenas se le escapaba nada.

Adam repitió a los invitados que se pusieran cuanto antes los auriculares para dar comienzo al evento. No pensaba en otra cosa. Mika detectó una repentina urgencia en su voz, incluso un toque de desesperación. Imaginó a todos los asistentes perplejos, pero sin dejar de seguir las instrucciones del organizador para no romper el protocolo. Aunque muchos habrían activado el sexto sentido que avisa de las calamidades, ninguno querría ser el primero en montar el numerito, ni podían adivinar que llevaban la verdadera amenaza encajada en sus orejas.

Entonces se le ocurrió.

Si el conducto metálico había amplificado su voz hasta el punto de que el indígena reconociese la nana, ¿qué ocurriría si cambiase el canto por...?

Se retorció como pudo para alcanzar con la mano el collar con el amuleto que le había dado Mamá Santa. Se lo quitó y palpó el fetiche de hierro con forma de cuerno.

Con forma de punzón.

Mi querida sacerdotisa, ya dijiste que tu amuleto me sería de ayuda tarde o temprano, aunque seguro que pensabas en otra cosa...

Lo agarró con el puño izquierdo —la otra mano no dejaba de sangrar— y comenzó a arañar la chapa metálica del conducto, apretando con todas sus fuerzas. El roce producía un chirrido espeluznante. Si a ella misma le rechinaban los dientes y se estremecía y contraía como una epiléptica, aplastándose contra la chapa hasta abombarla, no quería imaginar lo que estarían sufriendo los que estuvieran en el auditorio bajo el efecto amplificado. Por eso mismo siguió raspando milímetro a milímetro con el amuleto punzón, dejando surcos en el acero inoxidable que vibraba produciendo aquella dentera atroz.

El brazo iba a estallarle de la tensión. Rompió a reír y a llorar mientras notaba que abajo aumentaba el revuelo, los pasos, el trajín entre los asientos y las primeras increpaciones. Bastó con que uno de los billonarios se levantara para que los demás le siguieran. No era ni por aquel canto de sortilegio llegado de otra dimensión, ni por la discusión de sus anfitriones o por el chirrido insoportable que no cesaba. Era por todo al mismo tiempo, agitado en un explosivo cóctel de alarma. Algo no marchaba

bien. No marchaba nada bien. Había sido un error acudir allí y debían desaparecer cuanto antes.

En medio minuto todos habían abandonado sus asientos y se abrían paso sin ninguna ceremonia. Arrancaban los auriculares de sus orejas y los arrojaban al suelo. Los de atrás pisaban los que tiraban los de delante, moteando el suelo de diminutos charcos de batracotoxina.

—¡Pónganselos y dejen que les explique! —gritaba Adam, y los demás le miraban perplejos sin saber el porqué de su empeño mientras salían en desbandada hacia los coches.

Cuando Mika notó que el rumor se había desvanecido, dejó de arañar el metal. Aguantó la respiración para escuchar mejor.

Llegó un momento en el que no se oía nada.

Se arrastró hacia delante —un último y sobrehumano esfuerzo— hasta que llegó, por fin, a una rejilla de ventilación. Estaba abierta en la base del conducto, coincidiendo con un hueco en el falso techo del auditorio.

Miró abajo.

Allí estaba Adam. Solo. De pie, apoyado en el estrado, levantando la vista hacia la salida de aire.

Mika se fijó en las líneas de su cara. Las ojeras por primera vez marcadas.

Permanecieron en silencio, contemplándose a través de la rejilla como si se tratase de un confesionario. Un silencio lleno de palabras, de preguntas y respuestas sobre cómo serían algunas cosas y por qué otras no podían ser, un silencio lleno de tiempo y de espacio, ésos que dicen infinitos y que sin embargo caben en el puño apretado de un adolescente encaramado a un árbol sagrado.

Adam dejó caer la mirada. Triste como una galaxia que brilla a millones de años luz, donde nadie puede verla.

Mika oyó un chasquido. El conducto en el que estaba introducida se agitó. El corazón le dio un vuelco.

Al momento otro. Esta vez parecía haberse desprendido alguna pieza. Se apretó de forma instintiva contra los laterales. Una nueva sacudida. Ruido de tornillos, quejidos metálicos que sonaban a bodega de barco.

Tras un engañoso respiro, se terminaron de romper los anclajes y el conducto se vino abajo atravesando el falso techo. Las placas de yeso se hicieron añicos contra el suelo del auditorio. Mika tuvo tiempo de ver desde el aire cómo se estaba precipitando contra la primera fila de asientos. Intentó arquear la espalda, pero no consiguió apartarse lo suficiente. Se golpeó en la cadera con un apoyabrazos y, volteado su cuerpo como un fardo entre la lluvia de planchas metálicas, estrelló la cabeza contra la tarima.

Cuando despertó, la estaban subiendo a una camilla.

Había mucha gente alrededor, pero nadie relacionado con la convención. Ni Adam, ni Gabriel Collor, ni el nativo, ni los invitados. Nadie. Sólo los enfermeros, el responsable del museo y dos agentes de policía que analizaban los cascotes y las piezas desprendidas del sistema de ventilación.

Cuando vieron que Mika abría los ojos, se lanzaron a por ella.

—¿Puedo hacer una llamada? —fue lo primero que dijo. Le dolía todo el cuerpo. Debía de tener rotos algunos huesos.

—Antes tendrá que contestarnos a un par de preguntas —dispuso rotundo uno de los policías.

—Por favor, necesito hablar con el investigador Baptista, del Grupo de Operaciones Especiales de São Paulo.

Los presentes intercambiaron un gesto de extrañeza.

—¿Con el GOE, dice?

—Él se lo explicará todo.

El policía encogió los hombros y el responsable del museo accedió a pasarle su teléfono.

Mika marcó el número. Soportó los tonos de llamada con expresión plana.

—Al habla Baptista.

—Hola, investigador.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Tú otra vez.

—Todo ha terminado.

Él carraspeó.

—¿Todo ha terminado... bien o mal?

¿Cuál era la respuesta correcta?

—Y usted y sus chicos, ¿llegaron a...?

Mika no se atrevía a formular la pregunta.

Sonaron algunos ruidos. Baptista debía de estar pasando el teléfono a alguien.

—Hola, hija —se emocionó Saúl al otro lado.

¿descanso?

El olor a sopa se apoderó de la planta tercera del Hospital de Clínicas. Los carritos danzaban por las habitaciones de forma sincronizada, como en un musical. Purone estaba sentado en la cama con un cuaderno. Bocetaba la portada del nuevo disco de Santana, un encargo de la compañía Sony Music para la que ya habían diseñado otras carátulas.

—No veo el momento de comerme un cocido —bufó—. Frijoles, caparrones, fabes, alubias... ¿Por qué me habéis abandonado?

Mika, acurrucada en un sillón junto a la ventana, le habló sin levantar la vista de la novela que estaba leyendo.

—No llores, que mañana te dan el alta.

—Pero si me he portado como un santo.

Entonces sí, ella cerró el libro y le miró con dulzura.

—Anda, enséñame cómo llevas eso que no me fío.

Dio la vuelta al cuaderno y se lo mostró. Parecía mentira que un puñado de líneas transmitieran tanta vida.

—¿No te gusta?

—Bueno, no sé...

—Eres cruel.

En ese momento se abrió la puerta. Eran sus cuatro compañeros de Boa Mistura. Todos con una gran sonrisa en la cara, dando voces.

—¡Último día! —exclamó Pahg.

—Se te acabó el chollo —dijo Derko, chocando su mano.

De pronto la habitación estaba repleta de camisetas y bermudas y brazos y piernas que se movían aquí y allá.

A pesar de lo ocurrido en Monte Luz, se habían empeñado en culminar la intervención artística que interrumpió la reyerta. La favela necesitaba más que nunca unas pinceladas de color, como constató el júbilo de los niños y no tan niños que se volcaron a ayudarles con las brochas para rematar la faena. Había sido complicado conseguir los permisos de la recién asentada policía pacificadora, pero al fin estaban pintadas las cinco calles con las palabras flotantes: «belleza», «firmeza», «amor», «dulzura» y «orgullo».

—¿Qué tal fue la fiesta de despedida? —les preguntó Purone.

—Mucha *caipirinha* —contestó rDick—. Por ahí andaba Mamá Santa.

—Me prometió que no faltaría.

—No veas cómo baila —bromeó, moviendo las caderas—. Ha dicho que antes de abandonar São Paulo la llames para despedirte.

—¿Y tú qué tal? —preguntó Arkoh a Mika—. ¿Todavía no te has hartado de éste?

—¿Estás celoso? —Rió—. Creo que sí, todos lo estáis.

—No eres mala cuñada —dijo Pahg—. Los demás tendremos que conformarnos con eso.

Ella le lanzó un beso sonoro.

Los cuatro visitantes se congregaron sobre la cama de Purone para mostrarle fotos de la obra terminada.

En esa favela empezó todo, pensó Mika mientras los observaba, y también terminó todo. Fue allí donde el investigador Baptista rescató a su padre. Jamás olvidaría lo que hizo por ellos... y lo que siguió haciendo después. Cuando Mika le narró su historia completa, incluido el crimen que cometió en el motel de Foz de Iguazú, el investigador no quiso presentar cargos. Sacó del expediente la hoja en la que el primer día escribió «Big Bang» y, mientras la rompía en pedazos, sentenció: «El mundo sigue rodando, y seguramente rodará mejor sin esa mujer. Además, *garota*, el juicio más severo es el que nos infligimos nosotros mismos. Ya te tocará pasar lo tuyo». «No le estoy pidiendo que me exculpe», dijo Mika entonces. «Por eso lo hago», concluyó él, y se disculpó porque tenía que cambiarse para la final del campeonato interpolicial de fútbol. «Mi hijo viene a verme», añadió desde la puerta.

Mientras recordaba esta escena sonó un móvil.

—Es el mío —dijo Mika.

Se levantó a buscarlo entre el cactus, el jersey de algodón, el bolso, los libros y las revistas que se amontonaban en la repisa interior de la ventana. Sonrió al ver el número del investigador.

Mi querido Sherlock Holmes siempre tan intuitivo, como si acabara de leerme la mente desde el cuartel del GOE.

—Groar —saludó a aquél.

—Hola, leona.

—Justo estaba pensando en usted.

—Eso se lo dirás a todos.

—Bueno, a todos a todos...

—¿Cómo están las cosas por el hospital?

—Muy bien. Mañana le dan el alta a Purone.

—Lo celebro. ¿Y tu padre?

—Salió hacia Libia anteayer. Tenía ganas de volver a trabajar, aunque no lo confesase.

—¿Y tú?

—Dentro de unos días volaremos a España. También con ganas de alejarnos, para qué le voy a mentir. Han sido unas semanas complicadas.

—Hasta entonces anda con mil ojos, ya sabes.

—Apenas salgo del hospital.

—Mejor. Con la presión que estamos ejerciendo en la favela, el Comando Brasil Poderoso ha replegado velas en todos los sentidos. Incluso es posible que se hayan

olvidado de ti, pero nunca se sabe. Lo cierto es que me quedaré más tranquilo cuando abandones la ciudad.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Tengo que preguntártelo; lo entiendes, ¿verdad?

—Hágalo, investigador. Con esa entonación de CSI que usted pone.

—¿Has sabido algo de Adam Green? ¿Alguna llamada o mensaje desde nuestra última conversación?

Cada tres días, el investigador Baptista telefoneaba y le hacía la misma pregunta. No era por desconfianza, en absoluto suponía que Mika quisiera ocultar información. Lo hacía para protegerla. Temía que el huido propietario de Creatio apareciera de nuevo en la vida de su pupila y que ésta volviese a caer rendida bajo su influjo. Mika era una mujer muy fuerte. Muchísimo. Pero de alguien que había ideado —y casi llevado a efecto— un plan semejante se podía esperar cualquier cosa. Toda la policía de Brasil y los servicios internacionales de inteligencia estaban alerta a cualquier señal, siguiendo sus (imperceptibles) huellas. Creatio había sido desmantelada de un día para otro. Los trabajadores, despedidos con cuantiosas indemnizaciones por un despacho de abogados designado meses antes para culminar el proceso en veinticuatro horas. Para cuando llegó la policía tras lo ocurrido en Brasilia, el palacete de las gárgolas estaba vacío. Sin ordenadores de última generación, sin muebles renacentistas, sin folios clavados en las paredes con inspiradores mensajes. El sol Adam Green que iluminaba aquella galaxia de una sola estrella, de pronto extinguido. O, más bien, oculto tras un voluntario eclipse.

—Lo siento, pero no tengo noticias de él.

—Si albergases la mínima sospecha de que está cerca me llamarías, ¿verdad?

—¿Por qué cree que va a ponerse en contacto conmigo?

—Las preguntas son cosa mía. Tú concéntrate ahora en lo más importante, que es cuidar a tu chico.

—Le veo muy sensible, investigador.

—Será una reacción a dejar de fumar —dijo Baptista antes de colgar.

Mika permaneció un rato con la mirada perdida en el exterior. Contemplando el mundo desde su lado de la ventana hermética. Árboles anclados en pequeños parterres, vehículos echando humo en los atascos, farolas que se encendían por la noche y se apagaban por la mañana siguiendo un patrón, un día tras otro el mismo patrón. Personas que vagaban en silencio. En silencio... Tenía la sensación de que así había contemplado siempre al mundo, protegida por un cristal. Más que nunca, sentía la necesidad de romperlo de un puñetazo.

No echaba de menos a Adam. A su demencia, a su gélida crueldad, y mucho menos a su ferocidad de última hora. Tampoco añoraba los pasajes de ardor (ahora estaba con la persona a quien verdaderamente había amado durante años). Pero no podía dejar de pensar en el edificio Copan, en el helicóptero, en la avioneta sobre las cataratas, momentos vividos siempre por encima de las nubes, vagando ambos de la

mano por su particular universo. Era raro. Como si alguna de las semillas que cayeron del cielo de São Sebastião hubiese germinado en su conciencia. Pensaba en cómo ella misma, y nadie más, había desbaratado su plan superior —así le gustaba llamarlo a Adam—, y aún sentía una punzada de culpa. Contemplaba a través del cristal de la ventana cómo el mundo silencioso seguía rodando (Baptista tenía razón) mientras el efecto llamada se multiplicaba de forma exponencial. Concentraciones a escala global, manifiestos, riadas de seguidores del profeta Green dispuestos a exterminar a los opresores a cambio de su propia vida. ¿Quería eso decir que había algo —un ápice, cuando menos— de victoria tras el incompleto Nuevo Génesis?

Incompleto...

—Voy a aprovechar que estáis aquí para escaparme un rato —anunció al resto.

Purone advirtió una expresión conocida en su rostro.

—¿Todo bien?

—Tengo pendiente un... fleco.

Como si en verdad fueran cinco cabezas y un solo corazón, el grupo de artistas la miró con una compartida gravedad.

—No os preocupéis. A la vuelta os lo cuento.

Una hora después llegaba a la Galería del Rock. De nuevo estaba frente a sus balconadas sinuosas, desde las que se precipitaban a la calle la mezcolanza de músicas y el zumbido de las pistolas de tatuar.

El día que salió corriendo de aquel templo siniestro —después de que el cónsul telefonease para informar del paradero de Purone—, dejó pendiente una visita. Kurtz el Loco, el fumado residente del lugar, había asegurado que un tal Maikon era el autor del tatuaje que lucía el sicario que le robó el portátil.

A Mika le seguía obsesionando aquel dibujo. Un vulgar rectángulo con un ojo en el interior. ¿Vulgar?

Se zambulló en el lento caminar de las tribus urbanas. Esquivó chupas de cuero, gorras hip-hop y monopatines y enfiló la escalera hasta la segunda planta, donde se ubicaba el estudio.

La puerta estaba abierta.

Un hombre con barba, pelo largo recogido en una coleta y toda la epidermis estampada con motivos del Japón antiguo, organizaba los botes de una vitrina. Era él. A su lado estaba su empleada, la asiática con rayas de cebra en los brazos que le atendió el primer día. Mika les explicó por qué estaba allí y dibujó el tatuaje en un folio.

—Necesito saber de dónde proviene el símbolo.

Maikon se volvió hacia su empleada, que se retiró para seguir ordenando el muestrario de tintas.

—Fue hace cosa de dos años. Un hombre trajo una fotografía del diseño original.

Era un tío *legal*. Hablamos largo y tendido de arte indígena. Toda mi familia procede de Manaos y siempre me ha fascinado el tema. Antes de irse me adelantó una gran cantidad de dinero para que lo tatuase a todos aquéllos que vinieran de su parte. Como si fuera el líder de una secta, ya me entiendes. Aunque su aspecto era normal. Un tío *legal* —repitió.

—La fotografía, ¿era de alguna pared con pinturas rupestres o algo así?

—De una estatuilla.

Una luz momentánea.

—¿Cómo era esa... estatuilla?

—Negra, muy oscura al menos, de unos veinte centímetros. Si afino tanto es porque en la foto se veía la estantería donde estaba colocada, delante de una hilera de libros. Representaba una especie de sacerdote de alguna civilización ancestral que sujetaba una tabla con caracteres pictográficos.

Mika sintió un calambre en el brazo. Una réplica del que recibió cuando intentó coger *esa misma* estatuilla en el apartamento de Adam. ¡Había tenido la respuesta en la mano! Desde que la vio por primera vez le llamó la atención, entre los objetos exóticos que adornaban su librería. ¿Cómo no se había dado cuenta? El motivo del tatuaje aparecía en la tabla que sostenía aquel enigmático clérigo.

Según le explicó a continuación el tatuador, su cliente encontró aquella figura en el foso de un geoglifo amazónico.

Geoglifo... Mika no había oído esa palabra.

—Yo tampoco, hasta que conocí a ese tipo —le confesó Maikon—. Luego entré en internet y me pareció algo alucinante. Esas estructuras arqueológicas han estado ocultas durante siglos bajo la espesura y ahora, por la maldita deforestación, pueden verse desde un avión comercial.

—El hombre que vino a verte... ¿Te contó dónde está *exactamente* ese lugar?

Cuatro días después, Mika y Purone remontaban el río en un bote de sucupira al que habían instalado un precario motor. Él aún llevaba unas cuantas pastillas encima, además de la venda que le cubría media cara para proteger del sol la cicatriz, pero no habría dejado de ir con ella por nada del mundo.

Les acompañaba un guía nativo. Sortearon los meandros de la serpiente, cruzaron la gran laguna y tomaron el brazo que derivaba hacia el sur, corriente abajo entre garzas, caimanes y un jaguar que, recostado en la orilla, lamía con fruición a su cría.

—Ya casi estamos —anunció el guía, sumergiéndose en una bóveda de ramas—. ¿Ven aquella sombra al fondo? Es la Piedra de las Almas.

Mika cogió a Purone de la mano. Un enorme monolito en forma de menhir se erguía dándoles la bienvenida.

Saltaron a la orilla. Mientras el nativo amarraba el bote, la pareja se introdujo tierra adentro. Siguieron una suerte de conducción que se apreciaba bajo la hojarasca

hasta un murete de metro y medio de altura. Se encaramaron a él y contemplaron los fosos que formaban la inmensa composición de círculos y rectángulos, conectados entre sí por caminos y canales. Tal vez enclave religioso, tal vez fortaleza. Oculta durante milenios.

La boca literalmente abierta. No daban crédito a lo que tenían delante.

Purone la abrazó con fuerza.

Podría estar así toda mi vida, pensó ella.

Cerró los ojos.

Lejanos chillidos de mono aullador. Los loros batían sus alas sin moverse de las ramas. Los líquenes ronroneaban y las enredaderas se estiraban para abrazarla también. Oyó un bisbiseo. Hojas movidas por el viento y palabras que retumbaban en el paraje como un eco eterno:

*¿Quién pobló esta tierra
antes de que se cubriera de selva?
de selva... de selva...
¿Qué clase de atlantes,
más antiguos que los árboles?
los árboles... los árboles...
¿Qué mal hicisteis
para merecer el castigo del olvido?
del olvido... del olvido...*

Se volvió hacia la Piedra de las Almas que se alzaba, impasible, en la ribera del río. Contempló desde la distancia su cara trasera. Había pasado algo por alto.

—¿Lo ves tú también?

Volvieron sobre sus pasos hasta la base del monolito.

A media altura, como si se tratase de una gran pizarra, alguien había escrito un texto a base de rayar con otra piedra más clara.

—Esto no estaba aquí la semana pasada —aseguró el guía, acercándose desde la orilla.

Mika leyó en voz alta:

Así quedaron concluidos el cielo, la tierra y el universo. Y habiendo concluido el día séptimo la obra que había hecho, descansó. Génesis 2, 1-2.

Dio una vuelta sobre sí misma.

¿Cuándo has venido, Adam Green?

¿Ayer? ¿Hace una hora?

También sabías que fui a visitar a Maikon...

Podía estar en cualquier sitio, tal vez contemplándole desde la copa de un árbol sagrado, mimetizado entre las hojas con su amigo Camaleón. Vigilando a su...

heredera. Cuidando que la semilla germinase en su corazón y que de ella surgiera una selva entera de ramas siempre verdes y siempre firmes, éstas sí, inquebrantables.

Eso es lo que haces, ¿verdad, Adam? Velas por mí para que no me despeñe por las fisuras que se abren a cada paso en este mundo incierto...

Recordó la dirección de correo que Adam utilizó para mandarle el *mail* el primer día: lcmytepyafyh¿d?@gmail.com, compuesta por las iniciales de «luz», «cielo», «mar y tierra», «estrellas», «peces y aves» y «fieras y hombres». Seis días de una creación siempre incompleta, ahora lo comprendía, seguidos de un interrogante para el que ya tenía respuesta.

Miró a Purone a los ojos y dijo:

—Nosotros no vamos a descansar, prométemelo.

—¿Descansar? ¡Hay que seguir creando!

—Todavía no ha llegado el día séptimo.

La besó.

La piel de Mika suave y caliente, por ese ardor que le subía a los mofletes cuando estaba emocionada.

—Podríamos pintar estas estructuras de piedra —propuso ella con una sonrisa que se le salía de la cara—. Devolverle el brillo a esta civilización.

—¿Hablas de la civilización perdida o de la nuestra?

—¿Acaso no son la misma?

—Todas lo son.

—Entonces ¿te animas a coger los aerosoles y las brochas? Estos círculos y rectángulos merecen verse desde la luna.

—Ya lo visualizo: pintura plateada brillando en plena selva en mitad de la noche, como si de nuevo se hiciera la luz.

—La luz...

Nota del autor

Casi todos los escenarios de esta novela son un retrato del Brasil real. En mi página web www.andrespascual.com podéis visitar las galerías de fotos de los viajes de documentación que realicé: a las selvas de Manaus y Mato Grosso, cuyos nativos me regalaron valiosas claves para sobrevivir en el universo amazónico (y en cualquier otro); y a las favelas de São Paulo y Río de Janeiro, allá donde las sonrisas plantan cara a la desesperanza. Si por algo escogí este país para contar mi historia, fue porque me ofrecía un abanico de escenarios naturales y urbanos llenos de color y de energía. El mismo color y la misma energía de los que se nutren mis protagonistas para cambiar una civilización que les ha decepcionado.

A diferencia de las localizaciones geográficas, en estas páginas hago alusión a muchas personas con nombre y apellido, algunas de ellas cargos públicos, que no tienen áter egos de carne y hueso. Como suele decirse, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia, salvo... Hay una importantísima excepción. Los miembros del colectivo artístico Boa Mistura (cinco personajes fundamentales de esta historia) son tan reales como el cariño que me une a ellos. Mi primo Pablo Purón «Purone» y sus compañeros: Javier Serrano «Pahg», Rubén Martín «rDick», Pablo Ferreiro «Arkoh» y Juan Jaume «Derko» me han prestado sus vidas y, sobre todo, su asombrosa intervención pictórica en la favela de Brasilândia para este experimento creativo. Ellos existen, como también existe su obra (podéis admirarla en www.boamistura.com), pero lo que les pasa en este puñado de páginas es pura ficción, tan imaginado como el resto de la trama.

Queridos Boa Mistura, sois un lujo para cualquier escritor. ¿Quién no querría a un grupo de genios con esa humanidad que no os cabe en el pecho como protagonistas? Gracias por compartir conmigo esta aventura.

Agradecimientos

A mi editor Alberto Marcos y a mi agente Montse Yáñez, por acompañarme con tanto cariño y dedicación en cada paso de este sueño que se prorroga y prorroga.

A mi primo Pablo Purón y a sus compañeros de Boa Mistura (Javier Serrano «Pahg», Rubén Martín «rDick», Pablo Ferreiro «Arkoh» y Juan Jaume «Derko»), como ya he contado en la nota del autor, por prestarme vuestras apasionantes vidas para dar color a esta novela.

A los responsables de IDEO, por aquella charla en vuestras instalaciones de San Francisco, donde compartisteis conmigo una forma de trabajar que he reflejado en la enigmática empresa Creatio; y a los integrantes de la expedición #NASF, que me abrió las puertas a esa visita y a una forma de enfrentarse al mundo que ha calado hondo en estas páginas. ¡Sé caballo, no carroza!

A mis amigos de las favelas de Cantagalo y Vidigal en Río de Janeiro y Brasilândia, en São Paulo (sobre todo a la adorable Issa Menezes), así como a todos aquéllos que me acogisteis en mis periplos por la selva amazónica (João y familia, Charles A. Munn, Shane y sus *brothers...*). Guardo un baúl lleno de recuerdos (los que sobrevivieron a tantas caipirinhas compartidas con Cristina, Isabel, Aurora, Jota, Ana y Pío).

A José Antonio Pérez Terreros, por asesorarme en los temas más diversos del país y presentarme a tus amigos de São Paulo: la cineasta Andrea Pasquini, Camila y Luiz Medeiros, Patricia Lafuente Jungers y Juan Antonio Correas, de la Oficina Comercial de la Embajada Española (Juan Antonio, perdóname por haber dibujado a tu homólogo bastante menos agradable que tú, pero eran exigencias del guión; al igual que Patri, fuiste un encanto conmigo).

A Francisco de Blas, jefe de Actividades Culturales del Instituto Cervantes de São Paulo, por aquel sábado inolvidable por el Sampa más *cool* y por compartir conmigo tu visión del país, candomblé incluido.

A Berta Montaner, campeona de España de kárate, por ayudarme a cincelar el perfil de Mika.

A Mar Monsoriu, por ser mi inspiración para el personaje de Sol.

A mi hermanito Miguel Pascual, por tu asesoramiento sobre ingeniería informática aplicada a las bolsas de valores y por esa gran idea que brilla en el día cuarto.

A Fabián Peña, por la espeluznante historia de las cacerías humanas y por tu asesoramiento sobre ingeniería de telecomunicaciones para... (Mejor no lo desvelo, que me matarían quienes leyeran esto antes de terminar el libro).

A Mar Ruiz, por tu asesoramiento sobre arquitectura en cada libro que escribo, siempre con esa pasión que destilan tus explicaciones.

A Paulino de la Rosa, meteorólogo de la Delegación Territorial de la AEMET en La Rioja, por tus explicaciones a este paisano que se presentó en tu oficina sin avisar.

A Elo, mi monitora brasileña de pilates, por hablarme de tu tierra mientras me enderezas la espalda.

A Vanessa Cordero, cuerpo y alma de la academia Masquedanza, por hacer de modelo para la portada.

Gracias también a todos los autores cuyos libros he consultado para componer esta historia, que versa sobre algunos temas que nunca había abordado hasta que mis personajes me han empujado a ello. Entre otros, a David Botero y su tratado *Parasitosis humanas*; al doctor en física nuclear Gerald Schroeder, por sus tesis sobre la creación del mundo; al divulgador científico Jared Diamond, por sus reflexiones sobre el paralelismo de las sociedades indígenas y la civilización moderna; y, cómo no, a Daniel Estulin, quien me contó de viva voz en su visita a La Rioja sus escalofrantes tesis sobre las elites que dominan el planeta. Los textos de la Sagrada Biblia pertenecen a la versión oficial de la Conferencia Episcopal Española publicada en 2010 (Biblioteca de Autores Cristianos).

Una vez más, quiero terminar este apartado de agradecimientos con una mención a la banda sonora de la novela. Mientras escribía he escuchado a mis habituales Linkin Park, Coldplay, Metallica, Dido..., aquéllos que en cada libro me ayudan a marcar el tono de los capítulos según la intensidad de la trama. Pero hay dos canciones que me han acompañado especialmente en este viaje brasileño, por cómo suenan y más aún por lo que cuentan. Michael Jackson cantaba desde una favela: «They don't really care about us». Sin duda es muy triste y muy cierto, pero sé que eso cambiará pronto. Como reza el *Heroes* de David Bowie, el otro himno de este libro: «We can be heroes, just for one day». Es el momento de despertar y demostrarlo.

Antes de despedirme, un apunte musical más actual: en el tramo final de la novela he imaginado a Mika, la protagonista, escuchando a todo volumen *Burn* de Ellie Goulding. El estribillo «We got the fire... And we gonna let it burn» me resulta inspirador, acorde con el espíritu de rebeldía y de búsqueda de la luz que impulsa a mis personajes. Y además es la canción favorita de mi ahijada Carlota, para quien deseo de corazón un nuevo y mágico Edén...



ANDRÉS PASCUAL (Logroño, 1969) compatibiliza su profesión de abogado con la escritura. Es coordinador del Aula de Cultura de Vocento en La Rioja, imparte conferencias en distintos países y colabora en radio con una sección sobre los innumerables viajes que ha realizado alrededor del mundo. Gran amante de la música, ha formado parte de varias bandas de rock como cantante y pianista.

Su primera novela, *El guardián de la flor de loto* (2007), emocionó a más de cien mil lectores en España y se tradujo a varios idiomas. Con su segunda obra, *El compositor de tormentas* (2009), quedó finalista en el VIII Premio de Novela Ciudad de Torrevieja y consolidó su proyección internacional. Dos años más tarde se consagró como novelista con *El haiku de las palabras perdidas* (2011), un canto a la paz, a la espiritualidad y al amor.